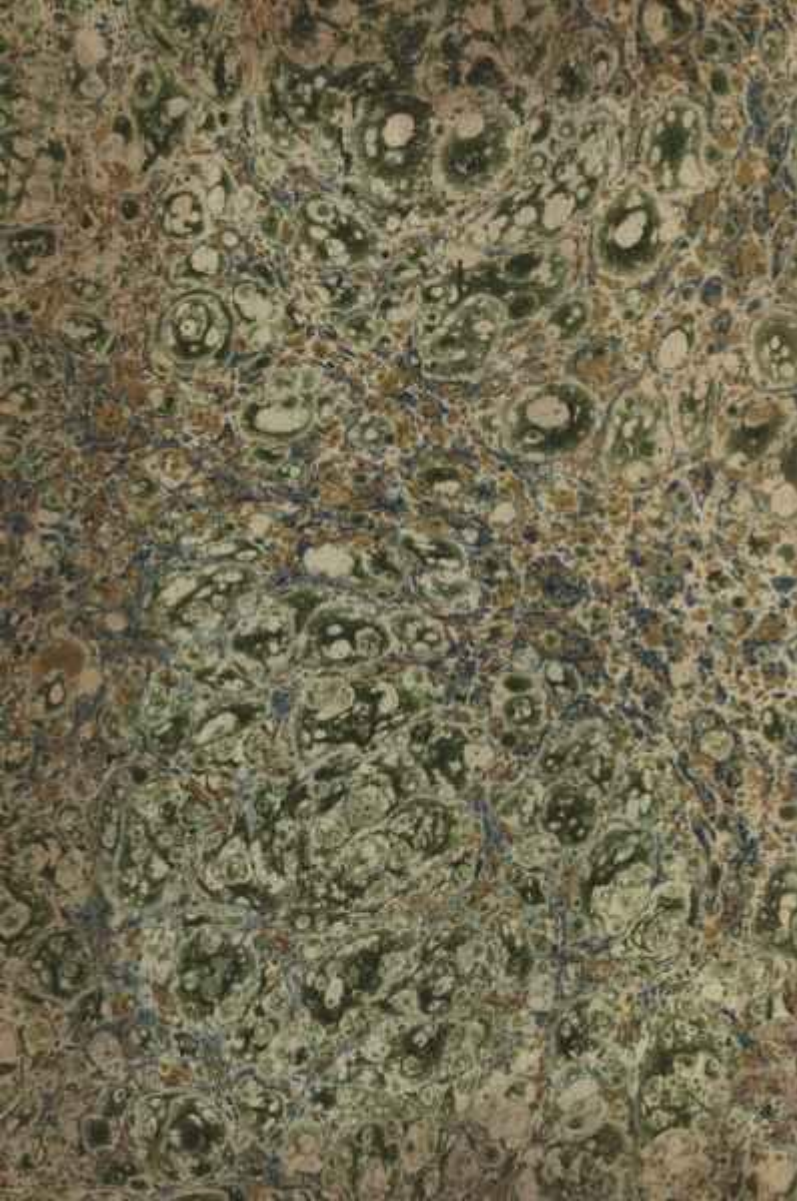






4291
1627
C. 1011X

1844. X

e 448a

EE COMENDADOR DE MALTA.

X. 111

CONTEINER DE MATIÈRE



EL COMENDADOR

DE MALTA.

POR

EUGENIO SUE.

CADIZ: 1844.

**Imprenta del COMERCIO, de don Manuel José de Uclés,
calle del Vestuario, núm. 97.**

IN VERIFICATION

OF THE

INVESTIGATION

OF THE

CADRE 1884

Report of the Commission on the General Land in Brazil
with the accompanying maps

EL COMENDADOR DE MALTA.

INTRODUCCION.

Los viajeros que recorren ahora las costas pintorescas de las Bocas-del-Ródano, los pacíficos habitantes de las riberas embalsamadas por los naranjales de Hieres, los curiosos anticuarios transportados incesantemente por los paquetes de vapor de Marsella á Niza ó á Génova, ignoran quizá que ahora doscientos años, bajo el ministerio floreciente del cardenal de Richelieu, el litoral de la Provenza estaba, casi todos los dias, infestado de piratas argelinos ú otros berberiscos, cuya audacia no tenia límites.

No solamente apresaban todos buques mercantes al salir de los puertos (aunque todos estuviesen armados de guerra), sino que tambien desembarcaban hasta bajo el tiro de los fuertes, é iban impunemente á llevarse á los habitantes, cuyas casas no estaban suficientemente armadas y fortificadas.

Las cosas empeoraron hasta el punto que, por los años de 1633, el cardenal de Richelieu encargó á Mr. de Séguiran, uno de los hombres mas emi-

nentes de aquella época, visitase las costas de Provenza, á fin de proporcionar medios de poner aquella provincia al abrigo de la invasion de los piratas.

Citarémos un pasage de la memoria de Mr. de Séguiran á fin de dar al lector una idea exacta del teatro de la accion que va á seguir.

„Hay, dice, en el lugar de la Ciotat una vigía
„que los cónsules hicieron edificar sobre una de las
„puntas de las rocas del cabo del Aguila, en la cual
„mantienen un hombre muy esperto en la navegacion, que está allí, dia y noche, para tener cuidado con los buques piratas.

„Todas las tardes á la entrada de la noche, el
„guarda vigía de la Ciotat enciende su hoguera, y
„asi se hace en otras semejantes vigías hasta la torre de Bouc.

„Esta es la señal segura de que no hay corsario
„ninguno en la mar.

„Si el dicho guarda de la vigía, por el contrario,
„reconoce alguno, hace dos candeladas, y tambien
„los demas desde Antibes hasta la torre de Bouc,
„lo que está concluido en menos de media hora.

„Los habitantes de la Ciotat confiesan que en dos
„últimos años el comercio habia mejorado. Pero es-
„tá arruinado hasta el punto que se vé.

„Los corsarios de Berbería le llevaron en un año
„veinte y cuatro barcas é hicieron esclavos como
„unos cincuenta de sus mejores marineros.”

Como hemos dicho, el terror á los piratas berberiscos era tan grande en la costa que todas las casas estaban transformadas en fortalezas.

„Continuando nuestro camino, dice Mr. de Sé-

„Síguiran, llegamos á la casa del señor Boyer, gen-
 „tilhombre ordinario de la cámara del rey , la cual
 „casa hubieramos hallado defensa , en caso de
 „desembarco de los corsarios , teniendo delante un
 „terraplen, que da á la entrada de la costa del mar,
 „y doce piezas de hierro colado, muchos bastar-
 „des (piezas de tercer calibre) y dos pedreros, y en
 „la casa, cuatrocientas libras de pólvora, doscien-
 „tas balas, dos pares de armaduras, doce mosquetes
 „y medias-picas.

„En Bormes y en Saint-Tropez , dice mas ade-
 „lante Mr. de Séguiran , el comercio está tan mo-
 „lestado que no podia llegar á 10.000 libras. Lo
 „cual procede no solamente de la pobreza de los ha-
 „bitantes, sino tambien de las correrias que hacen
 „los piratas que abordan casi todos los dias á sus
 „puertos, de suerte que muy á menudo las barcas
 „se ven obligadas á dar en tierra, para que los hom-
 „bres que las tripulan puedan salvarse , ò que los
 „habitantes se pongan sobre las armas.

„En Martigues, poblacion que ha sufrido gran-
 „des pérdidas en las personas de sus habitantes, te-
 „nidos por los mas valientes y mejores marineros del
 „Mediterráneo, habiendo sido muchos de ellos he-
 „chos esclavos por los corsarios de Argel, y de Tu-
 „nez que ejercen mas que nunca sus piraterias á la
 „vista de los fuertes y de las fortalezas de esta pro-
 „vincia.”

El lector concebirá el poco caso de los berberis-
 cos a los fuertes de la costa, sabiendo que el lito-
 ral estaba en tan deplorable estado de defensa que
 Mr. de Séguiran dice en otro pasage de su relacion
 al cardenal de Rechelieu.

„El día siguiente, el 24 del dicho mes de Enero, á las siete de la mañana, fuimos al castillo fuerte de dicho Cassis perteneciente al obispo de Marsella, donde hallamos, por toda guarnicion, nada mas que un conserge, criado doméstico de dicho Obispo el cual nos hizo ver la dicha plaza, donde solamente hay dos falconetes, uno de ellos aventado.»

Mas adelante, el arzobispo de Burdeos hacia la misma observacion respecto á una de las posiciones mas fuertes de Tolon.

„El primero de estos fuertes y el mas importante, dice el prelado guerrero, en su relacion, es una torre vieja donde hay dos baterias, en las cuales se podrian poner cincuenta cañones y doscientos soldados; hay un buen cañon dentro, pero está desmontado, y ningunas municiones sino las que han sido enviadas por orden de Vuestra Eminencia (se trata del cardenal de Richelieu), hace quince dias. Un buen hombre de gobernador que no ha tenido otra guarnicion que su muger y su criada, está allí, haciendo veinte años que no ha recibido ni un dinero, segun él dice.»

Tal era el estado de las cosas, cuando algunos años antes el cardenal de Richelieu fué investido por Luis XIII con el cargo de gran maestro gefe superintendente general de la navegacion y comercio de Francia.

Estudiando atentamente el objeto, la marcha, los medios y los resultados del gobierno de Richelieu, comparando en fin el punto de partida de su administracion con los fines imperiosos de centralizacion absoluta hácia que tendió siempre, y que

alcanzó tan victoriosamente, llama sobre todo la atencion, especialmente en lo que concierne á la marina, la increíble confusion y multiplicidad de poderes ó de derechos rivales que cubrian el litoral del reino con su intrincado enredo (*).

Cuando el cardenal fué encargado de los intereses marítimos de la Francia, apenas podia contar con el apoyo de un rey timorato, débil, inquieto y caprichoso; conocia tambien que la Francia estaba sordamente agitada por profundas discordias políticas y religiosas. Solo, al frente de pretensiones exorbitantes representadas por las mas poderosas casas de Francia, altivas y celosas depositarias de las últimas tradiciones de independencia feudal, fué menester que la voluntad de Richelieu fuese muy in-

(*) Asi, ademas de los derechos del almirante de Levante, del gobernador de la provincia, de las comunidades consulares de cada barrio y del almirante de Francia, cantidad de hidalgos ejercian diversos derechos en virtud de cédulas conferidas por distintos reyes. Asi se lee en la misma relacion de M. de Séguiran: „Sabiendo tambien que habia un derecho llamado *La mesa de la mar*, dado por empeño del difunto rey el difunto señor de Libertat, hemos sabido que hoy pertenece á los señores Sanson y de Paris en calidad de „maridos de las señoritas de la Libertat; consistiendo „los dichos derechos en medio por ciento que se exige „sobre todos los extranjeros y sobre todas especies de „mercaderias, escepto las drogas y especeria que pagan „uno por ciento.“

Mas adelante nos dice: „Que de treinta años á esta „parte, el señor de Boyer, gentil hombre ordinario de „la cámara del rey por real cédula de Enrique IV, habia tenido el solo permiso y facultad de poner en la „mar redes para pescar atunes, desde el cabo de Agui- „la hasta Antibes, &c.“ Sourdís, t. m. pag. 261.

trépida, muy obstinada para poner al nivel de la unidad administrativa intereses tan numerosos, tan vivaces, tan rebeldes! Tal fué no obstante la obra de este gran ministro.

Sin duda, el ardiente y santo amor del bien general, el noble instinto de las necesidades y de los progresos, de la humanidad, estas puras y serenas aspiraciones de los Dewit ó de los Franklin, no hubiesen sido suficientes al cardenal para emprender y para sostener una lucha tan encarnizada, quizá le hubiera sido además preciso sentirse animado de una ambición descomedida, insaciable, á fin de arrostrar tantos odios formidables, despreciar tantos clamores, prevenir ó castigar tantas revueltas como amenazaban, con la prisión, con el destierro ó con el cadalso, y llegar á reanir en su mano moribunda y soberana todos los medios de acción del estado.

Así fué, á lo menos lo pensamos, como el genio de Richelieu, exaltado por su indomable personalidad, llegó á consumir la admirable centralización de los poderes, objeto constante, glorioso término de su ministerio.

Por desgracia murió cuando comenzaba á organizar aquella autoridad tan valientemente conquistada.

Si la Francia, al morir el cardenal, ofrecía aun en su superficie los grandes vestigios de un completo trastorno social, el suelo comenzaba á lo menos á estar desembarazado de mil poderes parásitos y roedores que lo destruían desde largo tiempo.

También, se dirá, que casi siempre los hombres eminentes, aunque de genios diversos, nacen en disposición de acabar los grandes trabajos de las sociedades.

A Richelieu , el infatigable y resuelto desmoro-
nador , sucedió Mazarin , que nivela el terreno tan
profundamente laborado, luego Colbert, que lo siem-
bra , que lo fecunda!

La imperial voluntad de Richelieu aparece bajo
una de sus fases mas brillantes en la larga lucha que
tuvo que sostener , cuando fué encargado de la or-
ganizacion de la marina.

Hasta entonces los gobernadores generales de
Provenza habian siempre reusado las órdenes del al-
mirantazgo de Francia , diciéndose *Almirantes-Na-
tos* de Levante.

Como tales , tenian pretensiones al mando marí-
timo la provincia ; algunos de estos gobernadores,
como los condes de Tende y de Sommerives , y , en
la época de que hablamos , el duque de Guise , re-
cibieron del rey despachos de almirantes particula-
res ; estas concepciones sacadas á la debilidad del
monarca, léjos de apoyar las pretensiones de los go-
bernadores generales , protestaban al contrario con-
tra su usurpacion ; pues estos titulos probaban cla-
ramente que los mandos de tierra y de mar debian
ser distintos. (*)

(*) Lo mismo sucedia respecto á las demas provin-
cias. Los tenientes generales de Guyena se mostraban
tambien rebeldes al almirante de Francia. Pretendien-
do tener bajo sus órdenes el litoral y las fuerzas nava-
les desde la punta de Ratz hasta Bayona, en virtud de
un tratado concluido en 1453 entre Carlos XII y el rey
de Inglaterra, tratado por el cual se estipuló, con mo-
tivo de la rendicion de Burdeos, que los gobernadores
de Guyena continuasen teniendo el mando superior de
la marina. Pero la vieja Armórica fué la que resistió
mas largo tiempo á esta centralizacion de poderes. Los

Estos dos poderes tan divididos , tan rivales eran los que el cardenal quiso imperiosamente reunir y centralizar en su cargo de gran-maestre de la navegacion.

Se ve por este rápido relato, y por las citas que hemos tomado de la relacion de Mr. de Séguiran, que reinaba un espantoso desórden en todos los ramos del poder.

Este desórden se aumentaba mas con las competencias de jurisdiccion perpetuamente suscitadas, ya por los gobernadores de provincia, ya por los almirantazgos, ya por las pretensiones feudales de muchos hidalgos ribereños.

En una palabra, abandono ó desorganizacion de las plazas fuertes, ruina del comercio , rapiñas del fisco, invasiones del litoral, terror de las poblaciones, retirándose al interior para huir de los ataques de los

duques de Bretaña, aunque grandes vasallos de la corona, habian en un principio ejercido en sus estados el derecho regular de almirantazgo, como príncipes soberanos, en virtud de un tratado concluido por San Luis y Pedro de Dreux; pero, despues de la reunion de esta provincia á la corona, el gobernador general de la Armórica y sus sucesores se negaron siempre á abdicar su autoridad y á reconocer los derechos del almirantazgo de Francia. Richelieu, y despues de él Mazarini y Colbert, no pudieron vencer la obstinacion de la Bretaña; porque, en el reinado de Luis XIV, habiendo el conde de Toulouse sucedido á Mr. de Vermandois como almirante de Francia, el rey encontró en aquella provincia una resistencia tan enérgica á reconocer los derechos de Mr. de Toulouse, que se vió forzado á reemplazar á Mr. de Chaunes, gobernador de Bretaña, por Mr. de Toulouse, que, siendo de esa suerte gobernador general de Bretaña y almirante de Francia, pudiese reunir estos dos poderes en uno solo.

piratas berberiscos ; tal era el cuadro afligente que presentaba la Provenza en la época en que va á comenzar esta historia , hechos increíbles que parecen mas bien que pertenecen á la barbarie de la edad media que al siglo XVII.



1. The first of these is the fact that the
2. second of these is the fact that the
3. third of these is the fact that the
4. fourth of these is the fact that the
5. fifth of these is the fact that the

6. sixth of these is the fact that the
7. seventh of these is the fact that the
8. eighth of these is the fact that the
9. ninth of these is the fact that the
10. tenth of these is the fact that the

11. eleventh of these is the fact that the
12. twelfth of these is the fact that the
13. thirteenth of these is the fact that the
14. fourteenth of these is the fact that the
15. fifteenth of these is the fact that the

16. sixteenth of these is the fact that the
17. seventeenth of these is the fact that the
18. eighteenth of these is the fact that the
19. nineteenth of these is the fact that the
20. twentieth of these is the fact that the

21. twenty-first of these is the fact that the
22. twenty-second of these is the fact that the
23. twenty-third of these is the fact that the
24. twenty-fourth of these is the fact that the
25. twenty-fifth of these is the fact that the

26. twenty-sixth of these is the fact that the
27. twenty-seventh of these is the fact that the
28. twenty-eighth of these is the fact that the
29. twenty-ninth of these is the fact that the
30. thirtieth of these is the fact that the

31. thirty-first of these is the fact that the
32. thirty-second of these is the fact that the
33. thirty-third of these is the fact that the
34. thirty-fourth of these is the fact that the
35. thirty-fifth of these is the fact that the

36. thirty-sixth of these is the fact that the
37. thirty-seventh of these is the fact that the
38. thirty-eighth of these is the fact that the
39. thirty-ninth of these is the fact that the
40. fortieth of these is the fact that the

41. forty-first of these is the fact that the
42. forty-second of these is the fact that the
43. forty-third of these is the fact that the
44. forty-fourth of these is the fact that the
45. forty-fifth of these is the fact that the

46. forty-sixth of these is the fact that the
47. forty-seventh of these is the fact that the
48. forty-eighth of these is the fact that the
49. forty-ninth of these is the fact that the
50. fiftieth of these is the fact that the

51. fifty-first of these is the fact that the
52. fifty-second of these is the fact that the
53. fifty-third of these is the fact that the
54. fifty-fourth of these is the fact that the
55. fifty-fifth of these is the fact that the

56. fifty-sixth of these is the fact that the
57. fifty-seventh of these is the fact that the
58. fifty-eighth of these is the fact that the
59. fifty-ninth of these is the fact that the
60. sixtieth of these is the fact that the

CAPITULO I.

MISTRAOU.

ACIA fines del mes de Junio de 1633, tres viajeros de distincion, al llegar de Marsella se establecieron en la mejor posada de la ciudad. Su traje, su acento parecian extranjeros; se supo pronto que eran moscovitas; aunque su comitiva fuese poco numerosa, vivian con magnificencia; el de mas edad de los tres viajeros fué á visitar al mariscal de Vitry, gobernador de Provenza, entonces residente en Marsella. El mariscal lo visitó; circunstancia que hizo presumir mucho la importancia de los extranjeros.

Empleaban su tiempo en visitar los edificios públicos, el puerto, los astilleros. El ayo del mas jóven de estos viajeros se ocupó principalmente con los cónsules (con consentimiento del mariscal de Vitry) se ocupó, decimos, de las producciones y del comercio de la Provenza, del estado de la marina mercante, de sus armamentos, de su destino, deseoso al parecer de hacer comparar á su discípulo la

marina naciente del Norte, con la marina de una de las mas importantes provincias de Francia.

Un dia estos moscovitas dirigieron su paseo hacia el camino de Tolon.

El mas viejo de los tres extranjeros parecia tener cincuenta años , su fisonomia ofrecia una singular mezcla de desden y de causticidad; estaba vestido de terciopelo negro; una larga barba bermeja caia sobre su pecho; sus cabellos del mismo color , mezclados de algunas mechas plateadas, salian de un gorro tártaro, guarnecido de ricos forros. Sus ojos verde-mar, su tez descolorida, su nariz encorvada, sus cejas pobladas, sus labios delgados, le daban un aire irónico y duro.

Marchaba á alguna distancia de sus compañeros, hablaba poco y solo para lanzar de tiempo en tiempo algun sarcasmo.

La edad y la figura de los otros dos moscovitas ofrecian un contraste que llamaba la atencion.

Uno que parecia ser el preceptor del mas jóven, tenia unos cuarenta y cinco años, era pequeño, grueso, casi obeso, aunque de constitucion vigorosa al parecer,

Llevaba puesto un ropage de tafetan de aguas oscuro á lo oriental, una gorra de forma asiática; un puñal persa, de un esquisito trabajo , adornaba su cinturon de seda color de naranja,

Su cara gruesa, colorada, sombreada con una espesa barba negra, sus labios crasos , respiraban la sensualidad; sus chicos ojos gris chispeaban de malicia; á veces dejaba escapar con una voz aguda algunas chanzas de un audaz cinismo, á menudo en

latín, y principalmente tomadas de Petronio ó de Marcial; los dos viajeros, haciendo sin duda alusión al gusto de su compañero por las obras de Petronio, le habían dado el nombre de uno de los héroes de este escritor, y le llamaban *Trimaleyon*.

El discípulo de este singular preceptor parecía tener á lo mas veinte años; su estatura era mediana, pero perfecta; su traje, como el de los moscovitas de aquella época, ofrecia una agradable mezcla de modas del Norte y del Oriente equilibradas con un gusto delicado.

Su larga cabellera negra, rizada naturalmente, echada á un lado y adornada con una trenza de oro y púrpura; los dos cabos de esta trenza, finamente trabajados, caian sobre el cuello de una túnica de brocatel de fondo negro con dibujos púrpura y oro, sujeta en la cintura por un chal de cachemira; una segunda túnica de mangas perdidas de rica veneciana negra, forradas con tafetan punzó, le llegaba un poco mas abajo de las rodillas; en fin sus anchos pantalones á lo moruno flotaban sobre borceguis de tafílete encarnado.

Un observador se hubiera visto muy embarazado en asignar un carácter cierto á la fisonomía de este jóven.

Sus facciones tenian una perfecta regularidad; un vello naciente y suave sombreaba su barba y sus labios; sus grandes ojos brillaban como diamantes negros bajo sus escasas cejas negras; el brillante esmalte de sus dientes apenas igualaba al carmin subido de sus labios; su tez era de una palidez apagada y morena; sus formas esbeltas y nervudas reunian la fuerza á la elegancia.

Pero este semblante, tan encantador como expresivo y movable, reflejaba sucesivamente las impresiones diversas que los dos compañeros de este joven despertaban en él.

Trimalecyon decia algun chiste grosero y licencioso, el joven á quien llamaremos *Erebo* lo aplaudia con una sonrisa burlona y libertina, ó escedia aun el cinismo de su preceptor.

El señor *Pog*, el hombre silencioso y sarcástico, pronunciaba alguna rara y amarga palabra, de repente las narices de *Erebo* se inflaban, su labio superior se arremangaba desdeñosamente, y sus facciones espresaban al instante la mas despreciativa ironia.

Si por el contrario *Erebo* no sufría estas dos fatales influencias, si no hacia alarde del vicio por una culpable jactancia, su cara se ponía amable, serena, una deliciosa calma se extendía por sus nobles facciones, porque si el cinismo y la ironía agitaban de paso su alma, sus instintos nobles, elevados, recobraban pronto su curso, lo mismo que un arroyo claro recobra su pureza primitiva cuando una mano cenagosa no enturbia ya el cristal de sus aguas.

Tales eran los tres personajes.

Se paseaban entonces, lo hemos dicho, en el camino de Marsella á Tolon.

Erebo, silencioso y pensativo, iba algunos pasos delante de sus compañeros.

El camino se internaba en las gargantas de Ollioules, y se encajonaba en medio de aquellas rocas solitarias.

Erebo acababa de llegar á un pequeño terreno,

desde donde dominaba una gran parte del camino; este camino, muy escarpado en aquel parage, formaba un recodo al pie de la eminencia donde estaba colocado el jóven, y la contorneaba elevándose hácia ella.

Sacado de la distraccion por un canto aun lejano, Erebo se paró para escuchar.

La voz se acercaba cada vez mas.

Era voz de muger, de un sonido lleno de hermosura y de gracia.

La música y la letra que cantaba respiraban una alegría natural.

Presto, volviendo prontamente el camino, Erebo pudo ver sin ser visto un grupo de viajeros; venian buenamente al paso de sus monturas que subian con trabajo aquel escarpado camino.

Si la costa de Provenza era á menudo desolada por los piratas, el interior estaba tambien poco seguro; las gargantas de Ollioules, soledades casi impenetrables, habian muchas veces servido de refugio á cuadrillas de ladrones.

Erebo no se admiró pues de ver la pequeña caravana andar con una especie de circunspeccion militar.

Sin duda el peligro no parecia inminente, porque la jóven no dejaba de cantar, pero el caballero que abria la marcha apoyaba no obstante por precaucion su mosquete sobre su muslo izquierdo, y de cuando en cuando avivaba la mecha de su arma que dejaba detras de sí una pequeña nube de humo azulado.

Este hombre en la fuerza de la edad, de aire militar, llevaba puesto un colete viejo, sombrero an-

cho gris, calzones de grana, botas fuertes, y montaba un caballo pequeño blanco; de su cinturón pendía un cuchillo de caza; en fin un gran galgo negro de largas lanas y collar de cuero, cubierto de puntas de hierro, caminaba delante de su caballo.

A unos treinta pasos detras de esta centinela avanzada, venia un anciano y una jóven.

Esta montaba una jaca negra como el azabache, elegantemente cubierta con un mosquitero de seda, y una mantilla de terciopelo azul, las antojeras de plata relucian con el sol: las riendas apenas sostenidas por la jóven, caian negligentemente sobre el pescuezo de la jaca cuyo paso era tan suave, tan arreglado, que no alteraba en nada el harmonioso compas de los cantos de la bella viagera.

Esta llevaba noblemente el gracioso vestido de montar reproducido tan frecuentemente por los pintores del reinado de Luis XIII. En la cabeza un sombrero negro con plumas azules, que caian atras sobre un ancho cuello de encajes de Flandes; su jubon de tafetan gris-perla, con anchas faldillas cuadradas, un largo trage del mismo género y del mismo color, adornados ambos con franjas de seda azul celeste, cuyo apagado matiz se acomodaban muy bien con el color del vestido.

Si pudiese poner en duda que el tipo griego no se hubiese conservado en toda su pureza en algunas familias de Marsella y de la Provenza inferior, despues de la colonizacion de los Phoceos (el resto de la poblacion provenzal recordaba mas la fisonomía liguriana y árabe), el aspecto de la jóven hubiera servido de prueba viviente de esta transmision de

la belleza antigua en todo su esplendor primordial.

Nada mas suave, mas fino, mas puro, que las líneas de este gracioso semblante; nada mas claro, mas cerúleo que sus grandes ojos azules, guarnecidos de largas pestañas negras; nada mas blanco, mas imperial que aquella frente de marfil, en que juguetaban numerosos rizos de cabellos castaño claro que contrastaban deliciosamente con el arco justo y fino de sus cejas de un negro de azabache y aterciopelado; las proporciones de su talle, fino y redondo, se acercaban mas á la Ebe ó á la Venus de Praxiteles que á la Venus de Milo.

Sin dejar de cantar, se dejaba descuidadamente ir al paso mesurado de su montura, y las voluptuosas ondulaciones de aquel cuerpo flexible, gracioso, hacian penetrar tesoros de hermosura.

Su piesecito chico y combado, con un borceguí de cordoban, estrechamente encordonado en el tovillo, aparecia de cuando en cuando debajo de los pliegues de su largo traje. En fin su mano infantil, con guante de gamuza bordada, jugaba negligentemente con una varilla destinada á estimular la marcha de la jaca.

Seria difícil pintar el candor de la cara virginal de esta jóven, la alegría serena de sus grandes ojos azules, brillantes en felicidad, juventud y esperanza, la malicia sencilla de su fina sonrisa, y sobre todo la mirada llena de esquisita solicitud, de tierna veneracion, que dirigia algunas veces á su padre, viejo todavia robusto que la acompañaba.

La petulancia, la apariencia alegre y arrogante de este viejo caballero, contrastaba un poco con su bi-

gote blanco, mientras que el color fuerte de sus mejillas, un poco sonrosadas, anunciaba que no era insensible al atractivo de los vinos generosos de la Provenza.

Un sombrero negro con pluma encarnada, una armilla escarlata galoneada de plata con una capa corta del mismo color, un tahalí de seda, ricamente bordado, sosteniendo una larga espada, botas altas de badana blanca, con espuelas doradas, manifestaban bastante la calidad de Raimundo V, baron de Ambiez, cabeza de una de las mas antiguas casas de Provenza, pariente ó aliado de las elevadas é ilustres casas baroniales de los Castellane, de los Baux, de los Villeneuve, de los Fraus, &c.

El camino que seguia la caravana era entonces tan estrecho que apenas podian andar dos caballos de frente, asi un tercero personage se mantenía algunos pasos detras del baron y de su hija. Dos criados tambien montados cerraban la marcha.

Este tercer personage, jóven de unos veinte y cinco años, de estatura alta y airosa, de cara agradable y llena de amabilidad, manejaba su caballo con gracia, y llevaba puesto un vestido de caza verde, con galon de oro.

Sus facciones espresaban á veces un indecible arrobamiento contemplando á la señorita Reina de Ambiez, que de cuando en cuando volvia la cabeza, y, sin dejar de cantar, le dirigia una graciosa mirada á la que el caballero Honorato de Berrol correspondia muy bien, como novio perdidamente enamorado que era.

El baron escuchaba el canto de su hija con un

contento, con un orgullo enteramente paternal: su buena y venerable cara brillaba en felicidad.

Algunas veces sin embargo su felicidad contemplativa era turbada un poco por los repentinos respingos de su pequeño caballo de la Camargue, gañon bayo de largas crines y larga cola, ojo socarron, bravio, lleno de viveza y de fuego, y que parecia continuamente ocupado del deseo de botar á su amo, á fin de ir á buscar sin duda en libertad los pantanos solitarios y los matorrales silvestres donde habia nacido.

Desgraciadamente para las intenciones de *Mistraoü* (1) (asi llamado á causa de la rapidez de su andadura y tambien sin duda por su mal carácter), el baron era excelente jinete.

Aunque padeciendo siempre de resultas de un balazo recibido en la cadera durante las disensiones civiles, Raimundo V, clavado en una de sus antiguas sillas que se llaman en nuestros dias sillas de campo, acogia con buenos varazos (2) y espolazos las veeidades caprichosas del indomable animal.

Mistraoü, con la sagacidad paciente y diabólica que los caballos llevan hasta el estremo, despues de algunas vanas tentativas, habia esperado sordamente una ocasion mas favorable de deshacerse de su jinete.

Reina de Anbiez continuaba cantando.

(1) El viento de N. O. llamado mistral ò *mistraoü* por los provenzales, es un viento muy impetuoso y muy desastroso cuando reina: causa á menudo muchos daños.

(2) En la antigua equitacion se servian de vara en vez de látigo.

Por un pueñil capricho, se divertia en dirigir á los ecos sonoros de las gargantas de Olhoules modulaciones sucesivamente vibrantes ó bajas que hubieran desesperado al ruiseñor.

Acababa de hacer oir el mas brillante, el mas melodioso arpegio, cuando de pronto, escediendo casi á los ecos, una voz á la vez suave, varonil y melodiosa, repitió el canto de la jóven con una perfeccion increíble

Durante algunos momentos, estas dos voces deliciosas, puestas asi por acaso en un maravilloso unísono, fueron largamente repetidos por los numerosos ecos de aquella profunda soledad.

Reina dejó de cantar, y miró á su padre poniéndose encarnada.

El baron asombrado se volvió hácia Honorato de Berrol y le dijo con su exclamacion habitual:—Mal dia!!! caballero, es el diablo el que remeda así la voz de un ángel?

En su primer movimiento de sorpresa, el baron dejó por desgracia caer sus riendas sobre el cuello de Mistraoü.

Desde algun tiempo el indócil animal seguia disimuladamente el paso con una gravedad, con una sabiduría digna de la mula de un obispo, apenas se sintió abandonado á sí mismo, cuando con dos respingos vigorosos, y antes que el baron hubiese tenido tiempo de reconocerse, trepó por un tajo bastante rápido que encajonaba el camino.

Por desgracia, el caballo hizo tanto esfuerzo para subir aquella rápida cuesta, que al llegar á su cima bajó bruscamente la cabeza, las riendas le pa-

saron por encima de las orejas, y flotaron al acaso. Todo esto duró menos tiempo del preciso para escribirlo.

El baron, excelente jinete, aunque un poco sorprendido por el repentino atentado de Mistraoü, se repuso en la silla; su primera atencion fué procurar volver á coger sus riendas.... No pudo lograrlo.

Entonces, á pesar de todo su valor, se estremeció de espanto, viéndose á merced de un caballo sin freno, que se puso encolerizado dando botes hácia los bordes de un torrente desaguado.

Esta sima ancha y profunda se estendia paralelamente al camino, y no estaba separada de él mas que por un espacio de unos cincuenta pies.

Embutido en su silla, incapaz de salir de ella por causa de su herida y de tirarse á tierra, antes de llegar al obstáculo insuperable donde su caballo iba á abismarse, el viejo puso su último pensamiento en Dios, en su hija, hizo voto de una misa diaria y una peregrinacion anual á Nuestra Señora de la Guarda, y se preparó á morir....

Desde la altura en que se habia colocado, Erebo vió el peligro del baron; se hallaba separado de él por el lecho profundo del torrente, de diez á doce pies de ancho, hácia el cual llegaba el caballo.

Con un movimieato mas rápido que el pensamiento, de un salto vigoroso, casi desesperado, Erebo pasó el abismo, se precipitó delante del caballo, cogió las riendas flotantes y rodó bajo sus pies....

El baron dió un grito terrible.... creyó á su sal-

vador arrastrado con él á la sima, porque Mistraoü, á pesar del dolor y del susto que le causó aquella violenta sobarbada, no pudo detener súbitamente la impetuosidad de su carrera, y arrastró tras sí á Erebo algunos pasos.

Este, dotado de una fuerza poco comun y de una admirable sangre fria, habia, al caer, liadose las riendas en sus muñecas.... Asi el caballo, teniendo los asientos lastimados con el tiron enorme, se apoyaba en sus correjones, despues de haber obedecido al impulso involuntario que le imprimia su viveza.

Diez pasos apenas separaban al baron de los bordes escarpados del torrente, cuando Erebo se levantó gallardamente, cogió con una mano el bocado ensangrentado del caballo, y con la otra echó sobre el pescuezo humeante de Mistraoü las riendas que ofreció al viejo.

Lo repetimos, todo esto pasó tan vivamente que Reina de Ambiez y su novio, subiendo la cuesta del camino, llegaron al baron, sin haber ni aun sospechado el espantoso riesgo que acababa de correr.

Erebo, despues de haber puesto las riendas en las manos del viejo, recogió su gorra, se sacudió el polvo que cubria su vestido, se arregló su cabellera, y, á no ser por el color no acostumbrado de sus mejillas, nada en su talante revelaba la parte que acababa de tomar en aquel acontecimiento.

—Dios mio, padre! por qué haber subido esta cuesta? que imprudencia! exclamó Reina, inquieta, pero no asustada, saltando ligeramente de su jaca, y sin notar al desconocido que estaba al otro lado del caballo del baron.

Luego, viendo la palidez y la alteracion del viejo que bajó trabajosamente del caballo, la jóven presintió el peligro que habia corrido el baron, y dijo, echandose en sus brazos.—Padre mío, padre mío, que os ha sucedido?...

—Reina, hija mia, querida hija mia! dijo el señor de Aubiez con voz interrumpida, abiaçando á su hija con efusion.—Ah! que horrible me hubiera sido la muerte... no verte mas!....

Reina se retiró bruscamente de los brazos de su padre, puso las dos manos en los hombros del viejo, y lo miró como pasmada.

—A no ser por él, dijo el baron, apretando cordialmente entre sus manos la de Erebo que se habia acercado un poco, y que contemplaba con admiracion la belleza de Reina.—A no ser por este jóven.... á no ser por su valeroso sacrificio, me hubiera hecho pedazos en la sima.

En pocas palabras, el viejo contó á su hija y á Honorato de Berrol como el desconocido lo habia salvado de una muerte cierta.

Muchas veces, durante la narracion, los ojos azules de Reina encontraron los ojos negros de Erebo, si ella apartó lentamente su vista para ponerla en su padre con adoracion, no fue porque la apariencia del jóven fuese usada ó presuntuosa; por el contrario, una lágrima brillaba en sus ojos, su graciosa cara espresaba la conmocion mas profunda. Contemplaba este interesante cuadro con un noble, con un sublime orgullo. Cuando el viejo le abrió los brazos, con un impulso casi paternal, se echó en ellos con una felicidad indecible, lo estrechó muchas

veces contra su corazón, como si fuese atraído hacia el viejo caballero por una secreta simpatía, como si aquel joven corazón noble aun y generoso hubiese salido al encuentro de los latidos de un corazón noble y generoso tambien.

De repente Trimalcyon y Pog, que á veinte pasos de allí, y desde lo alto de la roca donde se habian quedado, habian presenciado aquella escena, dijeron á su joven compañero algunas palabras en lengua estrangera.

Erebo se estremeció, el baron, su hija y Honorato de Berrol volvieron vivamente la cabeza.

Trimalcyon miraba á la hija del baron con una especie de codicia burlona y grosera.

La estraña fisonomía de estos dos hombres sorprendió al baron, su hija y Honorato los observaban con una especie de temor involuntario.

Un pintor hábil y colorista hubiera sacado partido de esta escena.

Representese una soledad profunda, en medio de grandes rocas de granito rojizo, cuya cima estuviese solamente iluminada por los últimos rayos del sol.

En el primer término, casi al borde del torrente seco, el baron, abrazando con su brazo izquierdo el cuerpo de Reina, estrechaba en su mano derecha la mano de Erebo, y fijaba una mirada inquieta, sorprendida, sobre Pog y Trimalcyon.

Estos, en segundo término, al otro lado del torrente, estaban en pié, juntos, los brazos cruzados, y dejaban ver su perfil sobre el azul del cielo, que se descubria en aquel lugar al traves de un rompimiento de las rocas.

En fin, á algunos pasos del baron, se veia á Honorato de Berrol, teniendo su caballo y la jaca de Reina, mas léjos los dos criados, uno de los cuales se ocupaba entonces en componer el jaez de Mistrão.

A las primeras palabras de los estrangeros, las bellas facciones de Erebo espresaron una especie de impaciencia dolorosa, se hubiera dicho que sufría los sentimientos de una lucha interior; su cara donde brillaban poco antes las mas nobles pasiones, se oscureció poco á poco, como si hubiese sufrido una misteriosa é invencible influencia.

Pero cuando Trimalcyon, con su voz aguda y burlona, pronunció de nuevo algunas palabras indicando á Reina con una insolente mirada, pero cuando el señor Pog añadió en la misma lengua, ininteligible para los otros actores de esta escena, sin duda algun cruel sarcasmo, las facciones de Erebo cambiaron completamente de espresion.

Con un gesto casi despreciativo, repelió secamente la mano del viejo y fijó en la señorita de Ambiez una mirada descarada.

Esta vez la jóven se sonrojó y bajó los ojos.

Esta desconocida metamorfosis en las maneras del desconocido fué tan patente que el baron retrocedió un paso. Sin embargo, despues de un silencio de algunos segundos, dijo á Erebo con voz conmovida: —Como reconocer nunca, caballero, el servicio que acabais de prestarme?

—Ah! caballero, añadió Reina, venciendo la singular emocion que le habia causado la última mirada de Erebo. —Como podrémos probaros nuestro reconocimiento?...

—Dandome un beso y este alfiler para memoria vuestra, respondió el audaz jóven.

Apenas pronunciadas estas palabras cuando su boca tocó los labios virginales de Reina, mientras con mano osada tomó el alfiler de plata esmaltada que sujetaba las vueltas del jubon de la jóven.

Despues de estos dos hurtos, Erebo con una agitacion maravillosa pasó de un nuevo brinco la sima que tenia detras, y se reuniò con sus compañeros, con los cuales desapareció pronto por entre las rocas.

.....

La agitacion, el espanto de Reina fueron tan violentos que perdió el color, le flaquearon las piernas, y cayó desmeyada en los brazos de su padre.....

El dia siguiente al en que habia pasado la escena que acabamos de describir, los tres moscovitas se despidieron del mariscal duque de Vitry, dejaron á Marsella con su comitiva, y tomaron, se dice, el camino de Langüedoc.



CAPITULO II.

EL VIGIA.

L golfo de la Ciotat, situado á igual distancia de Tolon y de Marsella, penetra entro los dos cabos de Alon y del Aguila. Este último se eleva al oeste de la bahia,

Los cónsules de la Ciotat habian hecho edificar en la cumbre de este promontorio una casita destinada al vigia. Este hombre, encargado de descubrir cuando venian piratas berberiscos y de hacer señales cuando se acercasen, debia dar el alarma en toda la costa, encendiendo una gran hoguera que pudiese verse desde muy léjos.

La escena que acabamos de describir pasaba al pié de esta casita á mediados del mes de Diciembre de 1633.

Un impetuoso viento del noroeste, el terrible mistraou de la Provenza, soplaba con furor. El sol, medio oculto por grandes masas de nubes oscuras, bajaba lentamente en las olas. Su curva inmensa, de un verde sombrío, se separaba por una ancha

sona de luz rogiza, que disminuía á medida que nubes negras, espesas, se extendían en el horizonte.

Desde la cumbre del cabo del Aguila donde estaba la casilla del vigia, se dominaba todo el circuito del golfo; los últimos tajos calizos de las montañas blanquizas de Sixfours y de Nuestra Señora de la Guardia, bajaban en anfiteatro hasta las orillas del golfo, se unían á las pequeñas costas formadas de una arena fina y blanca, que, levantada por el viento del mediodía, invadía una parte de la costa. Un poco mas léjos, sobre el declive de las colinas, brillaban los resplandores de muchos hornos de cal, cuyo humo negro aumentaba el sombrío aspecto del cielo.

Casi al pié del cabo de Aguila, á la entrada de la bahía, arrimada á las montañas, se veía á vuelo de pájaro la isla Verde, y la pequeña ciudad de la Ciotat, dependiente de la diócesis de Marsella y de la veguería de Aix.

La ciudad formaba con corta diferencia un trapecio, cuya base se apoyaba en el puerto. Este contenía una docena de polacras y de carabelas, cargadas de vino y de aceite; no esperaban mas que un tiempo favorable para dirigirse á la costa de Italia. Como treinta barcos destinados á la pesca de la sardinas, y llamados Essanguis por los provenzales, estaban amarrados en una pequeña bahía del golfo llamada la ensenada de la Fuente. Los campanarios de las iglesias y del convento de las Ursulinas rompían solos la monotonía de los techos casi enteramente cubiertos de tejas.

Sobre la vertiente de las colinas que dominaban

la ciudad, se veían campos de olivos, algunos sotos de encinas verdes, muchos ribazos de viñas, y en lo último del horizonte las cimas pobladas de pinos de la cordillera de montes de los montes Roquefort.

En la orilla oriental de la bahía de la Ciotat, entre las puntas *Carboneras* y *de los Leques*, se distinguían las antiguas ruinas romanas llamadas *Torreutum*; á grandes distancias, hácia el norte, muchos molinos de viento, colocados acá y acullá sobre las alturas, servían de señales de reconocimiento á los buques que venían á fondear en el golfo.

En fin, afuera y al oeste del cabo del Aguila, situado casi en la orilla del mar, se elevaba una casa fortificada llamada *los Aubiez*, de que hablaremos mas adelante.

La cumbre del cabo del Aguila formaba un terrero de cincuenta pies de circunferencia. Casi en todas partes, se hallaba lo vivo de una roca de granito amarillento, con mezcla de oscuro; las retamas marinas, los brezos, los citisos crecían por todas partes; la casilla del vigia estaba construida al abrigo de dos alcornoques achaparrados, y de un enorme pino, que hacia dos ó tres siglos desafiaba la furia de las tempestades.

Aunque el viento fuese muy fuerte, aunque el promontorio estuviese elevado mas de 300 pies sobre el nivel del mar, se oía sonar sordamente la resaca de las olas que se rompían en su base.

La casilla del vigia, solidamente construida de anchos pedruzcos de asperones, estaba cubierta de pedazos sacados de la misma cantera; esta construcción maciza y tosca podía solamente resistir á las

ráfagas de viento que, en los lugares elevados, son en extremo violentas.

La principal abertura de aquella choza daba al mediodía, desde donde se podía descubrir completamente el horizonte.

Junto á la puerta, se veía un ancho y hondo hornillo cuadrado, hecho con una reja de hierro colocada sobre cimientos de piedras.—Este hornillo está siempre lleno de sarmientos y de leña de olivo, á propósito para producir una llama muy alta y muy brillante que debia verse desde muy léjos.—Los muebles de aquella choza eran muy pobres, á escepcion de un cofre de ébano tallado, de muy buen trabajo, adornado con un escudo de armas y con la cruz de Malta, y que contrastaba singularmente con la modesta apariencia de aquella habitacion.—Un baul de nogal contenia algunos libros de marina y de pilotage muy buscados por los eruditos de nuestros dias, entre otros la *Guia del viejo Lamaneur* y la *Pequeña antorcha de la mar*; en las paredes cubiertas con un tosco baño de cal pendian un machete, un hacha de armas y un mosquito.

Dos estampas ordinarias representando á San Telmo, patron de los marineros, y el retrato del gran maestro del órden hospitalario de San Juan de Jerusalem, estaban clavadas encima del cofre de ébano; en fin, en el suelo, cerca del hornillo donde ardía lentamente un grueso tronco de olivo, una estera de junco cubierta con una alfombra vieja de Turquía formaba una muy buena cama, porque el habitante de aquel aislado retiro no era indiferente á una especie de comodidad.

El vigía del cabo del Aguila examinaba entonces todos los puntos del horizonte con ayuda de un anteojo de Galileo, como se llamaban entonces los de larga vista. El sol poniendose atravesó la espesa cortina de nubes que lo ocultaba, dió un último reflejo que doró el tronco rojizo del pino grande y los ángulos de un trozo de roca donde se apoyaba el vigía.

La cara tranquila, inteligente de este hombre brilló así un momento iluminada vivamente.

Su tez quemada por el viento, curtida por el sol, era de color de ladrillo y estaba llena de arrugas; el capucho de su grueso marsellés de anchas mangas, ocultando sus blancos cabellos, trazaba una sombra sobre sus ojos negros y sus cejas, sus largos bigotes entrecanos caían mucho mas abajo de su labio inferior, y se juntaban con su ancha barba.

Un ceñidor de lana encarnada y verde sujetaba sus calzones por la cintura; sus botines de cuero estaban amarrados encima de sus rodillas con correas; una bolsa de género muy ricamente bordado, pendiente de su ceñidor al lado de un largo cuchillo con vaina, contenia su tabaco, mientras que su *cachimbabaoü* ó larga pipa turca con hornillo de barro aun humeando, estaba apoyada en la pared exterior de la casilla.

Diez años hacia que Bernardo Peyroü era vigía del cabo del Aguila, habia sido recientemente elegido prioste de los prohombres pescadores de la Ciotat que tenian sus sesiones los Domingos cuando habia materia que deliberar.—El vigía habia servido de patron en las galeras de Malta por espacio de mas

de veinte años, no habiéndose separado casi nunca en sus navegaciones de comendador *Pedro de Anbiez*, de la venerable lengua de-Provenza, y hermano de Raimundo V, baron de Anbiez, que habitaba en la costa la casa fuerte de que hemos hablado. En ninguno de sus viages á Francia, dejaba el comendador de ir á visitar al vigía. Sus conversaciones duraban; se notaba que la sombría y habitual melancolía del comendador se aumentaba despues de ellas.

Peyroü, siempre padeciendo de muchas heridas de gravedad, y no pudiendo servir ya activamente en la mar, habia sido, por recomendacion de su antiguo capitan, elegido para vigia por los cónsules de la Ciotat. Cuando presidia el Domingo el consejo de los prohombres, un marino esperto lo reemplazaba en la casilla. Dotado de un talento cabal, de un sentido recto, Peyroü, viviendo desde muchos años en la soledad, entre el cielo y la mar, habia aumentado su inteligencia con la reflexion. Provisto ya de los conocimientos nauticos y astronómicos necesarios á un comitre de galera en el siglo diez y siete, habia ademas aumentado su saber estudiando atentamente los grandes fenómenos de la naturaleza que tenia constantemente á la vista.

Gracias á su experiencia, á su habitud de comparar los efectos y las causas, ninguno mejor que él sabia casi sobre seguro predecir el principio, la duracion ó el fin de los diferentes vientos que reinaban en la costa.

Anunciaba la calma y la tempestad; los desastrosos uracanes del Mistraouü (noroeste, en proven-

zal), las lluvias suaves y fecundantes del *Miegion* (sur), las violentas tormentas de los *Labechades* (suroeste), en fin la forma de las nubes, el azul mas ó menos vivo del cielo, los tintes variados de la mar, los ruidos vagos, sordos, sin nombre, que se oyen á veces en medio del silencio de los elementos, eran para él otros tantos signos evidentes de que sacaba las inducciones mas ciertas.

Nunca un capitán de buque mercante, nunca un patrón de barca se daba á la vela sin haber consultado al señor Peyroü.

Los hombres rodean casi siempre con una especie de aureola supersticiosa á las personas que viven en un profundo aislamiento.

Peyroü sufrió la ley comun.

Como sus predicciones meteorológicas se habian realizado casi siempre, los habitantes de la Ciota y de las cercanias se persuadieron bien pronto de que un hombre que conocia tan bien las cosas del cielo debia no ser extraño á las de la tierra.

Sin pasar precisamente por hechicero, el solitario del cabo del Aguila, consultado en muchas circunstancias graves, llegó á ser el depositario de muchos secretos.

Un pícaro hubiera cruelmente abusado de esta influencia. Peyroü se aprovechó de ella para animar, para sostener, para defender á los buenos, para acusar, para confundir, para espantar á los malvados.

Filósofo práctico, conocia que sus consejos, sus predicciones ó sus amenazas perderian mucho de su autoridad si no estuviesen cercadas de una cierta pompa cabalística; también las acompañaba casi

siempre, aunque con sentimiento, de fórmulas misteriosas.

Lo que ayudaba maravillosamente á Peyroü en su adivinacion, era su excelente anteojo de Galileo; no solamente lo encaraba al horizonte para descubrir en él los jabeques ó las galeras berberiscas, sino tambien lo paseaba sobre la pequeña poblacion de la Ciotat, sobre las casas aisladas, sobre los campos, sobre las playas: sorprendió asi muchos secretos, muchos misterios, de que se aprovechó para aumentar la especie de veneracion temerosa que inspiraba.

Peyroü se colocaba pues sobre los hechiceros vulgares por su completo desinterés. Tenia que consolar alguna honrada miseria, ordenaba á uno de sus clientes algo acomodado que depositase alguna módica ofrenda en algunos parages secretos que él le indicaba; el cliente pobre, advertido por Peyroü, iba en seguida á recoger aquella misteriosa limosna.

Llevados de un celo ciego, los clerigos de la diócesis de Marsella quisieron acriminar la vida misteriosa de Peyroü, pero la poblacion de las inmediaciones tomó pronto una actitud tan amenazante, los cónsules de la Ciotat dieron tan buenos informes del vigía que continuó pacíficamente su vida solitaria.

Su solo compañero en aquel profundo retiro era un águila hembra, que, dos años antes, vino á poner sus huevos en uno de los *baouïs* ó huecos inaccesibles de las rocas que guarnecen la costa. Sin duda habian matado al macho, porque el vigía no lo vió volver para traer la comida a sus aguiluchos.

Peyroñ dió algun alimento á estos; poco á poco su madre se habituó á verlo; se fué, y el año siguiente vino con toda confianza á poner en un escelente nido, que Peyroñ le preparó en una roca inmediata.

Muchas veces el águila se posaba sobre las ramas del enorme pino que daba sombra á la casilla del vigia, y algunas veces hasta iba á pasearse con su pesado y torpe paso sobre el pequeño terrado.

Un dia *Brillante* [asi llamaba el vigia al noble pájaro] fué á sacarlo de su distraccion; descendió pesadamente de las ramas superiores del pino, y con las alas medio abiertas corrió al lado de su amigo, con aquel contoneo desagradable, particular á las aves de rapiña tan poco hechas á andar.

Su plumage, de un negro oscuro sobre las alas, era ceniciento y con lunares blancos en el cuerpo y cuello; sus garras formidables, que parecian cubiertas de escamas espesas y doradas, terminaban en tres uñas y un espolon cortante, de un cuerno negro y lustroso.... *Brillante* alzó al vigia su cabeza lisa y gris, donde brillaban dos grandes ojos arrogantes, redondos, cuyo iris negro se dilataba en una cornea transparente, color de topacio.

Su pico, fuerte y azulado como de acero bruñido, dejaba ver medio abriendose una lengua delgada de un rojo apagado.

Sin duda para llamar la atencion del vigia, el águila mordió ligeramente la punta de su zapato de cuero leonado.

Peyroñ bajó la cabeza y acarició á *Brillante*, que, encoibado el cuello, erizó las plumas de su lomo, haciendo oir un chirrido ronco é interumpido...

Pero de repente, oyendo andar á alguien en la estrecha vereda que conducia á la casilla, el águila se elevó, dió un grande chillido, desplegó sus poderosas alas, se circió un instante sobre el pino gigantesco, de un solo vuelo se lanzó rápidamente en el espacio. . . . y pronto no pareció mas que una mancha negra sobre el azul oscuro del cielo,



CAPITULO III.

ESTEFANIA.

UNA joven de tez dorada, ojos negros, blancos dientes, con maligna y alegre sonrisa, se presentó y se detuvo un momento en el último escalon de la escalera de techos que conducia á la casilla del vigía.

Llevaba el traje tan gracioso, tan pintoresco de las muchachas de Provenza, un zagalejo oscuro, un corpiño encarnado con mangas ajustadas; su sombrero de fieltro dejaba ver un elegante cerviguillo, y largas trenzas de cabellos negros, recogidos en una especie de redecilla de seda grana.

Huerfana, hermana de leche de la señorita Reina de Ambiez, Estefania le servia con corta diferencia de compañera, y era mas bien tratada por ella como amiga que como criada.

El corazon de Estefania era bueno, reconocido, su conducta irreprochable; no tenia otro defecto que una maliciosa coqueteria lugareña, que hacia desesperar á todos los pescadores y patrones de las barcas del golfo de la Ciotat, no exceptuarémos del

número de estas interesantes víctimas al jóven, el capitán Luquin Trinquetaille, ex-bombardero, y entonces capitán de la polacra. *El Santo-Terror-de-los Moros, con la gracia de Dios.*

Larga y significativa apelación inscrita en la popa del buque del capitán Trinquetaille.

Armada valientemente con seis pedreros, la polacra comboyaba por un tanto á los buques de la Ciotat que, obligados por su comercio á frecuentar á menudo las costas de Italia, temian á los piratas berberiscos.

Estefania participaba de la veneracion temerosa que el vigia del cabo del Aguila inspiraba á los habitantes de las inmediaciones; se acercó á él, con los ojos bajos, casi temblando.

—Dios os guarde, hija mia! le dijo afectuosamente Peyroü, que la amaba como á todo lo que pertenecia á la familia de su antiguo capitán el comendador de Ambiez.

San Magno y San Elzear os asistan, señor Peyroü, respondió Estefania con una muy bella reverencia.

—Gracias por vuestros deseos, Estefania. Como está monseñor y la señorita Reina, vuestra jóven y buena señora? Se ha repuesto de su susto del otro dia?

—Sí, señor Peyroü, la señorita sigue mejor, aunque está todavía muy pálida. Se ha visto semejante infiel? Atreverse á abrazar á la señorita! y esto, delante de monseñor y aun de su novio! pero se dice que las gentes de Moscovia son tan bárbaras! son mas salvages y mas hijos del Antecristo que

el Turco, no es, verdad, señor Peyrou? Sarán condenados dos veces y á doble fuego?

Sin responder á la argumentacion teologica de Estefania, el vigia le dijo:—y Monseñor? no se resiente de aquella conmocion?

—El, señor Peyrou? tan verdad como Roselina la santa está en el paraíso, la noche misma del dia en que estuvo para perecer en el torrente de Ollioules, monseñor cenó tan alegremente como si hubiese venido de una romería. Ciertamente! y bebió mas que de ordinario dos grandes copas de vino de España á la salud del jóven infiel! Creeriais, señor Peyrou, que monseñor no se cansaba de alabar el valor y la agilidad de aquel moscovita?—Eh! Mal „dia, decia monseñor, en lugar de robar aifiler „y beso, como un ladron, que no les pediria?... „Mi hija Reina se lo hubiera dado todo con un beso, y aun de buen corazon! “Indudablemente, estos moscovitas son raros compañeros!” no deja de repetir monseñor desde aquel dia; lo cual no impide á Mr. Honorato de Berrol, á pesar de su apariencia amable y reservada, sonrojarse de indignacion, cuando oye hablar de aquel jóven atrevido que arrebató un beso á su novia. Pero lo que es muy extraño, señor Peyrou, es que monseñor nunca ha querido deshacerse del malvado caballito Mistraou, que fué la causa de todo el mal; lo monta con preferencia á cualquiera otro: decid, señor Peyrou, no es esto tentar á Dios?

—Y esos estrangeros han salido de Marsella? preguntó el vigia sin responder á Estefania.

—Sí, señor Peyrou; han tomado, se dice, el ca-

mino de Languedoc, despues de haber ido á visitar á monseñor el mariscal de Vitry. Se dice que el viejo duque es tan raro y tan perverso, que es muy digno de conocer á semejantes malvados. Ah! si monseñor pudiese lo que quiere! el mariscal no seria mucho tiempo gobernador de la provincia... El señor baron no puede oir hablar de ese señor sin encolerizarse... éncolerizarse... como no podeis tener idea, señor Peyroü.

—Sí, hija mia, vi á monseñor, cuando la rebellion de los Cascaveoux, obrar como habia obrado su padre cuando la de los Razats, en tiempo de Enrique III, y tambien cuando la revuelta contra los Gascones del duque de Epernon, en el último reinado; sí, sí, sé que Raimundo V aborrece á sus enemigos tanto como ama á sus amigos.

—Teneis mucha razon, señor Peyroü, la cólera de monseñor contra el gobernador se ha aumentado principalmente desde que el secretario del almirantazgo de Tolon, el señor Isnard, que dicen que es tan malo, visita los castillos de la diócesis por órden de S. E. el cardenal. Monseñor dice que esta visita es un ultrage á la nobleza, y que el mariscal de Vitry es un malvado. Entre nosotros, soy de este parecer, pues protege á los desvergonzados moscovitas que son tan atrevidos que abrazan á las jóvenes sin que ellas lo consientan.

—Me parece, Estefania, que sois muy severa con los jóvenes que abrazan á las muchachas, dijo el viejo con una severidad burlona, esto prueba vuestro natural huraño y arisco, pero que quereis de mí?

—Señor Peyroü, dijo la joven con algun embara-

zo, queria saber si el tiempo promete una buena travesía para ir á Niza? y si se puede salir para aquel puerto con seguridad?

—Vais á Niza.... hija mia?

—No, yo no precisamente, sino un guapo y honrado marino el cual.... que....

—Ah! ya estoy, ya estoy, dijo el vigia con tono misterioso interrumpiendo á Estefania que tartamudeaba, se trata del jóven Bernardo, patron de la tartana *Santa Baume*?

—No, señor Peyrou, os lo aseguro, no se trata de él, dijo la jóven poniendose encarnada como un tomate.

—Vamos, vamos, no es menester sonrojarse por eso; y el vigia añadió en voz muy baja:—Y el hermoso ramo de tomillo verde que puso, hace tres dias, en la reja de vuestra ventana con una cinta color de rosa? era de vuestro gusto?

—Un ramo de tomillo verde? de que ramo hablais, señor Peyrou?...

El vigia amenazó á Estefania con el dedo y añadió:—Qué, el Jueves, á la hora de amanecer, el patron Bernardo no puso un ramo en vuestra ventana?

—Esperad pues... esperad pues, señor Peyrou, dijo la jóven, como recorriendo su memoria, si será que ayer al abrir mi ventana, encontré sobre ella una cosa como un paquete de yerbas secas?...

—Estefania... Estefania... no se engaña al viejo vigia... Escuchad: apenas el patron Bernardo habia bajado, fuisteis al instante á quitarle la cinta color de rosa del ramo, lo pusisteis en una linda maceta de

barro, y lo habeis regado todas las mañanas... solo ayer lo descuidasteis y se ha marchitado....

La jóven contemplaba al vigia como absorta, y quedaba pasmada. Esto tenia algo de mágia.

El viejo la miró con aire maligno, y continuó: Segun eso no es el patron Bernardo el que se va á Niza?

—No, señor Peyroü....

—Entonces es menestar que sea el práctico Terzarol.....

—El práctico Terzarol! exclamó Estefania, juntando las manos, valgame Nuestra Señora! Ignoro si ese práctico debe salir á la mar.

—Vamos, vamos, hija mia, me he engañado atento al patron Bernardo, en hora buena: porque en efecto dejaste secar en su ramillete; pero no me engaño acerca de Terzarol, porque ayer desde lo alto de la torrecilla del castillo estuvisteis mas de dos horas mirando al atrevido práctico echar sus redes.

—Yo, señor Peyroü? yo?

—Vos misma, Estefania, y á cada buen lance de su red, Terzarol meneaba su gorra en señal de triunfo, y vos correspondiais con vuestro pañuelo en muestra de felicitarle..... Tambien era menester ver con que ardor echaba su red, debió hacer una muy buena pesca... Venis pues á preguntarme si Terzarol el práctico tendrá buena travesia para ir á Niza?

Por el pronto Estefania tuvo miedo, al ver al vigia tan bien enterado.

—Ah! Dios mio, señor Peyroü, lo sabeis todo! exclamó ella sencillamente.

El viejo se sonrió, meneó la cabeza y respondió con el proverbio provenzal: *La experiencia equivale á la ciencia.*

La pobre muchacha, temiendo que los maravillosos descubrimientos del vigia acerca de sus inocentes coqueterias le diesen mala opinion de ella, gritó, juntando las manos casi con espanto, mientras que sus grandes ojos se bañaban en lágrimas:

—Ah! señor Peyrou, soy una muchacha honrada!!!

—Lo sé, hija mia, y le apretó afectuosamente la mano, sé que sois en todo digna de la proteccion, del afecto que os manifiesta vuestra noble y buena señora. No es mas que por pura malicia y travesura de jóven por lo que os divertis en trastornar las cabezas á nuestros jóvenes, y para encelar al pobre Luquin Trinquetaille que tanto os ama, y á quien amais verdaderamente..... Pero escuchadme, Estefania, sabeis el proverbio de los viñadores de nuestros valles: *ten pocas viñas y cultivalas bien.* En vez de desparramar asi todas vuestras coqueterias, concentrad vuestras seducciones en un novio que pueda llegar á ser un marido sabio y bueno para vos.... os hallareis mejor.... y despues, bien lo veis, hija mia, esos jóvenes son vivos, ardientes, valerosos; el amor propio puede mezclarse en ello, la rivalidad agriarse.... seguirse á ello una riña, correr la sangre, y entonces.....

—Ah! señor Peyrou, que es lo que decis? me moriria de desesperacion. Todo eso es una locura, he hecho mal, convengo en ello, en divertirme con

las miradas de Bernardo y de Terzarol.... pero antes de todo amo á Luquin , bien lo veis,.... él me ama, debemos casarnos el mismo dia que la señorita y Mr. Honorato de Berrol; monseñor lo quiere asi.... En fin, vos que lo penetráis todo, debeis saber muy bien que nunca he pensado mas que en Luquin. Atento á su viage.... es lo que os venia á consultar.... El señor Talebard-Talebardon, cónsul de la Ciotat, envia á Niza tres tartanas cargadas de mercancías. Se ha ajustado con Luquin para que las comboyee.... creéis, señor Peyrou, que será buena la travesía? Puede irse á la mar con seguridad? no hay piratas á la vista. Oh! desde luego, si los corsarios están próximos, si la tempestad amenaza, Luquin no partirá.

—Hola!... hola, hija mia , creéis tener ese influjo sobre nuestro intrepido borbardero? os engañáis, creo: detenerlo en el puerto cuando hay peligro en salir de él.... valdria tanto como anclar un navio con un hilo de vuestra rueca!

—Tranquilizaos, señor Peyrou , dijo Estefania con seguridad, para detener á Luquin á mi lado, yo le hablaré ni de Labedachos (1), ni de tempestades, ni de piratas..... le diré tan solo que daré el Domingo al patron Bernardo una cinta de mi corpiño para que adorne su lanza de los juegos de la mar, ó bien que pediré al práctico Terzarol un buen sitio en una de las ventanas de la casa de su madre, para ir con la señora Dulceline, el ama de gobier-

(1) Ráfagas de vientos del sudoeste muy violentos en las costas de Provenza.

no de la Casa fuerte, á ver la lucha y el salto de la barra en la plaza de la Ciotat, entonces... os juro, señor Peyroü, que Luquin no saldrá del golfo, aun cuando el cónsul Talebard-Talebardon le alfombrase con monedas de oro la cubierta de su polacra.

—Lo veis, fina mosca? dijo el viejo sonriendose, nunca bubiera pensado en esas astucias... ay!... ay! *El buey viejo hace su surco derecho.* Vamos, vamos, tranquilizaos, Estefania... no tendreis que desguarnecer vuestro corpiño para dar una cinta á Bernardo, ni pedir un sitio en la ventana de la casa de Terzarol, el viento sopla del poniente, si no cambia al ponerse el sol y si Martin-Bouffo (1) no dice nada mañana al amanecer, Luquin podrá salir del golfo é ir á Niza sin temor; en cuanto á la travesía, respondo de ella; en cuanto á los piratas voy á daros un conjuro de efecto cierto, sino para conjurarlos, al menos para impedirles que se apoderen del *Santo-Espanto-de-los-Moros, con la gracia de Dios.*

—Ah! cuanto reconocimiento, señor Peyroü, dijo la jóven ayudando al viejo á levantarse, porque andaba con mucho trabajo.

Este fué á su casilla, tomó una bolsita cubierta con signos cabalísticos y la entregó á Estefania, recomendandole ordenase á Luquin se arreglase escrupulosamente á las instrucciones que hallaria allí.

(1) Caverna muy profunda situada en lo interior del golfo; cuando las aguas se precipitan en ella con ruido, es señal de estar próxima la tempestad.—Corografía de la Provenza.

—Que bueno sois, señor Peyroü, como reconocer?... ..

—Prometiendome, hija mia, dejar en adelante los ramilletes de Bernardo secarse en las rejas de vuestra ventana; entonces, creedme, no volverá mas. Porque un ramillete que se riega hace nacer otros.... Ah! ... es menester tambien prometerme no animar la pesca de Terzarol el práctico.... por complaceros, destruiria todo el pescado de la bahia. Concluiria por ser llamado ante el consejo de los prohombres pescadores... y me veria yo obligado á condenarle... A propósito, donde está la discusion de monsñor y de los cónsules acerca del derecho de pesca de la Eusenada... Raymundo V sigue teniendo almadrabas?

—Sí, señor Peyroü, no quiere retirarlas, dice que le pertenece el derecho de pesca hasta las recas de Castrembaoü, y que no cederá este derecho á nadie.

—Escuchad, Estefania, vuestra ama tiene el oido de su padre, procurad pues que le aconseje que se arregle amistosamente con los cónsules, esto será mejor para todos.

—Sí, señor Peyroü, estad tranquilo, hablaré de ello á la señorita Reina.

—Bien, hija mia, ea, adios! principalmente nada de coqueterias, me lo prometeis?

—Sí, señor Peyroü... solamente...

—Pues bien!

—Únicamente, señor Peyroü, ya veis, no quisiera desesperar enteramente á Bernardo y á Terzarol, no por causa mia... Virgen santísima! pero

por causa de Luquin.. porque es menester que tenga yo siempre un medio de detenerlo en el puerto en caso de grandes... pero de muy grandes peligros, no es eso, señor Peyroü? y para esto, los celos valen mas que todas las anclas de su buque!

—Es justo, dijo el vigia sonriéndose con malicia, es preciso antes de todo pensar en Luquin...

La jóven bajó los ojos, y se rió, luego repuso:— Ah! se me olvidaba, señor Peyroü, preguntaros si creéis que el señor comendador y el reverendo padre Elzear habrán llegado aqui para la pascua de Navidad, como lo espera monseñor? Tiene tanto deseo de ver á sus dos hermanos! sabeis que se han festejado ya dos pascuas sin ellos en la Casa-Fuérte?

Al nombre del comendador la fisonomia del vigia se sombreó de pronto y tomó una espresion de melancolía profunda.

—Si Dios oye el mas ardiente de mis votos, hija mia, llegaran los dos, pero, ay! el padre Elzear fué á rescatar cautivos á Argel, como digno y animoso fraile de la Merced, y la fe de los berberiscos es muy pérfida.

—Ay! sí, señor Peyroü, su reverencia el padre Elzear lo probó muy bien cuando estuvo retenido por espacio de mas de un año en la mazmorra entre los esclavos!!! en su edad.... padecer tanto!!!

—Y sin quejarse.... sin que su adorable bondad se hubiese alterado en nada...

—A propósito de esto, señor Peyroü, por qué la galera del señor comendador, en vez de ser blanca y oro como las valientes galeras del rey ó de monseñor el duque de Guisa, está siempre pintada

de negro, como un ataúd? Por qué sus velas y sus palos son tambien negros? En verdad, nada hay mas lúgubre.... y sus marineros?.... y sus soldados? tienen la apariencia dura y severa como los monges españoles; ademas de todo esto no es admirable que el señor comendador tenga siempre el aire tan triste... su cara pálida no se desarruga sino una vez.... esto es cuando al llegar á la Casa Fuerte, abraza á mi señor y á mi jóven señora... y tambien, Dios mío! que sonrisa tan melancólica! es cosa estraña, no es así, señor Peyroü? tanto mas que Luquin me dijo el otro día que cuando servia de bombardero, abordo de *la Guisarde*, galera de monseñor el almirante, en los mares de Levante, muchas veces vió en Nápoles comendadores y capitanes de Malta que, á pesar de la severidad de su órden, eran alegres como los demas oficiales.

Despues de algunos momentos el vigía no escuchaba al parecer á la jóven, pronto cayó en una meditacion profunda, inclinó la cabeza sobre el pecho, y respondió con un ademán afectuoso de mano á la despedida de Estefania.—Algunos momentos despues de la partida de la jóven, fué á su casilla, abrió la caja de ébano esculpida que habia alli, tocó á un secreto y sacó de él un cofrecito de plata cincelada; una cruz de Malta damasquina adornaba su tapa. Miró largo tiempo este cofrecito con una dolorosa atencion: su vista parecia despertar en él memorias crueles... luego, habiendose así asegurado de que el misterioso depósito estaba intacto, cerró la caja y volvió enteramente pensativo á la puerta de su casilla.

CAPITULO IV.

LOS NOVIOS.

 STEFANIA habia dejado al vigía á paso largo; iba á abandonar la esplanada cuando vió presentarse en los últimos escalones de la grada la larga figura del capitan Luquin de Trinquetaille.

Con una seña imperativa la jóven le ordenó se volviese por donde habia venido.

El marino mostró una sumision ejemplar; se paró, volvió la cara al enemigo con una presteza y precision dignas de un granadero aleman, y bajó gravemente los escalones que acababa de subir.

Esta cita estaba convenida entre los dos novios? Lo ignoramos; lo cierto es que Estefania, precedida de su obediente adorador, bajó como un gamo la estrecha y tortuosa vereda que conducia á la casilla del vigía.

Luquin volvió muchas veces la cabeza con el fin de ver el pie que andaba con tanta agilidad por los desiguales peñascos: pero Estefania con un gesto amenazador y una dignidad real, contuvo la cu-

riosidad del ex-bombardero. Este se vió pues obligado á precipitar su marcha para obedecer á estas palabras repetidas vivamente y á menudo: Luquin adelantaos, adelantaos!

Mientras que los dos amantes bajan los tajos del cabo del Aguila, dirémos algunas palabras acerca del capitán Luquin de Trinquetaille.

Era este un robusto mozo como de treinta años, moreno, tostado, de figura varonil y arrogante, ademan franco, resuelto y un poco fanfarron; llevaba un vestido que recordaba á la vez al marino y soldado, un colete y calzones anchos á lo provenzal sujetos por el cinturon de su pequeño y encombado sable.

Siendo el frio bastante vivo, llevaba sobre su colete un marsellés oscuro, cuyas costuras estaban bordadas con lana encarnada y azul, y cuyo capucho, médio cubriendo su frente, dejaba ver un bosque de cabellos negros y rizados.

Estefania, asi que llegó al pié de la montaña, á pesar de su agilidad, conoció que necesitaba descansar un poco.

Luquin, enagenado con esta ocasion que le ofrecia una conversacion á solas, buscó cuidadosamente un buen sitio, donde su novia pudiese sentarse comodamente.

Así que lo halló, se quitó galanamente el marsellés, lo acomodó sobre la roca, de modo que Estefania tuviese una especie de silla con respaldo, luego, cruzando sus dos nerviosas manos sobre el puño de su alto baston, y apoyando en ellas su barba, contempló á Estefania con una especie de adoracion sosegada y feliz.

Cuando los movimientos menos precipitados del jubon de Estefania anunciaron que se reponia algun poco de la rapidéz de su carrera, dijo á Luquin, con el aire caprichoso de un niño mimado, y como muger segura de su dominacion despótica:

—Por qué, Mr. Luquin, os habeis permitido venir á buscarme á la casilla del vigia, habiendoots suplicado que me esperaseis al pié de la montaña?

Ocupado enteramente en admirar á Estefania, á quien su marcha precipitada habia dado los colores mas brillantes, Luquin no respondió.

—Se ha visto cosa igual! exclamó la jóven dando impacientemente en el suelo con su lindo pié.== Sabéis lo que os digo, Mr. Luquin?

—No, dijo el capitán saliendo de su contemplacion, todo lo que sé, es que de Niza á Bayona, de Bayona á Calés, de Calés á Hamburgo, de Hamburgo á....

—Concluireis pronto esa navegacion europea, Mr. Luquin?

—Es que en fin, de uno á otro polo no hay una muchacha mas linda que vos, Estefania.

—Como, para llegar á descubrir eso habeis hecho un viage tan largo, señor capitán? Compadezco á los armadores *del Santo-Espanto de los moros, por la gracia del Señor*, si los viages de esa pobre y vieja polacra no tienen resultados mas interesantes.

—No-hableis mal de mi polacra, Estefania; os agradará mucho ver su bandera azul y blanca des-

plegarse en sus antenas (1) cuando llegare de Niza, y que acechareis mi vuelta desde la torrecilla de la Casa Fuerte.

La fatuidad de Luquin irritó la dignidad de Estefania; respondió con aire de ironía:

—Vamos, vamos, veo que el vigia del cabo del Aguila será pronto inútil. Todas las jóvenes que esperan con impaciencia la vuelta del señor capitán Trinquetaille, y todos los celosos que esperan su partida, con los ojos fijos en la mar, bastarán para observar, y descubrir á lo léjos los piratas.... No habrá ya así que temer los desembarcos de los corsarios.

Luquin tomó inmediatamente un aire triunfante y dijo:

—Por San Esteban, mi patron, estoy muy seguro y soy muy feliz con vuestro amor; Estefania, para hacerme esperar ó sentir por otras jóvenes, y aunque Roseta, la hija del tendero del Angel-Custodio, en la Ciotat, sea semejante á la flor cuyo nombre tiene, y que me dice á menudo....

—Dios mio! gracias por vuestras confianzas, Mr. Luquin, dijo Estefania con una celosa impaciencia que procuró disimular, si os contase tambien todo lo que me dicen el patron Bernardo y el señor Terzarol, duraria hasta la noche.

Al oir pronunciar el nombre de estos dos rivales, el capitán Luquin frunció las cejas, y dijo:

—Rayos del cielo! si supiese que esos dos peri-

(1) Bandera de los buques de comercio.—Solo los buques de guerra llevaban la bandera blanca.

llanes se atrevían tan solo á mirar otra cosa que la punta de sus zapatos cuando pasais... haria con el uno un figuron para la proa de mi palacra, y con el otro una grímpola para su palo mayor! Pero no, ellos saben que Luquin Trinquetaille es vuestro novio, y este nombre se parece mucho á batalla, para que piensen en burlarse de mí!.....

—Vamos, vamos, bello matasiète, repuso Estefania, acordandose del consejo del viejo, y temiendo escitar muy vivamente los celos del inflamable capitán, si Bernardo y Terzarol me hablan, no les respondo; se sabe muy bien que estoy prendada del diablo mas travieso de la Ciotat... Pero tomad, he aqui lo que el señor Peyroü me ha entregado para vos. Leedlo, y haced sobre todo lo que os ordena. Ya es tarde, el sol se pone, el frio se aumenta, volvamos á la Casa-Fuerte; la señorita podria inquietarse.

Los dos novios apresuraron el paso, y sin pararse Trinquetaille leyó las instrucciones siguientes, dadas por el vigia.

„—Todas las mañanas al salir el sol, el capitán „cambiará la carga de sus cañones y pondrá sobre „la bala una de las moscas encarnadas que acompa- „ñan á este papel.

„—Despues de haber hecho dos cruces sobre la „bala con el pulgar de la mano izquierda.

„—Desde que salga el sol hasta que se ponga „se relevarán los grumetes para estar de vigia en lo „alto del palo, mirarán siempre hácia el oriente y „el sur, y de cinco en cinco minutos dirán *San „Magno*.

„—Se colocarán en la popa de tres en tres, y con la punta para abajo, las espadas y los chuzos.

„—A la derecha de la cubierta los mosquetes, tambien tres á tres.

„—El dia de la partida, al salir la luna, se llevará sobre la cubierta un vaso lleno de aceite, se le echarán siete granos de sal, diciendo, á cada grano, *San Telmo y San Pedro*.

„—Se dejará el vaso sobre la cubierta hasta que se ponga la luna. En este momento se le cubrirá con un velo negro sobre el cual se escribirá con vermellon *Syrakoë*. Con este aceite se frotarán todas las mañanas, al salir el sol, las armas y los ras-trillos de los mosquetes.

El capitán Trinquetaille se interrumpió en este pasaje de su lectura, y dijo á Estefania.—Por San Telmo, que Martin Peyroü es hechicero... Ahora tres meses si hubiera yo tenido las tres moscas encarnadas de papel mágico, en vez de estar mudos sobre sus egos cuando le arrimé la mecha, mis pedreros hubieran reciamente respondido al jabeque tunecino que vino á sorprender nuestro comboy, y que no se vió hasta que casi estuvo sobre nosotros.....

—Pero vuestros, vigias, Luquin, no observabau á lo léjos?

—No, y si hubieran observado sin dejar de decir *San Magno* cada cinco minutos, como dice el señor Peyroü en su conjuro, ciertamente la virtud de San Magno hubiera impedido que los piratas se acercasen sin ser vistos.

—Y hubierais hecho uso de ese aceite mágico para los moquetes?

—Sin duda, aquel mal día en que mis pedreros no dispararon hubiera dado todo el aceite que arde en la lámpara de Nuestra Señora de la Guarda por una gota de este aceite con los siete granos de sal y con la tapadera en que está escrita la palabra formidable Syrakœ.

—Como fué eso, Luquin?

—Mi artillería era inútil, quise abordar al jabeque al arma blanca con gran refuerzo de mosquetazos... pero una mala suerte quiso que las armas estuviesen abajo, y que las baterías de los mosquetes estuviesen mohosas; ya veis, Estefania, que si se hubiesen colocado cabalísticamente las armas tres á tres sobre la cubierta, y si se hubiese untado el rastrillo de los mosquetes con el aceite milagroso de Syrakœ, hubieramos podido resistir, y quizá coger al pirata en vez de huir de él como una nube de gorrones de un gabilan.

Se ha notado ya sin duda que bajo estas formulas misteriosas y cabalísticas el vigia del cabo del Aguila daba los mejores consejos prácticos, y procuraba poner en vigor excelentes precauciones náutica, caídas en desuso por negligencia.

Así las moscas encarnadas, puestas todas las mañanas sobre las balas con una doble señal de cruz, tenían sin duda una virtud muy negativa; pero, para hacer esta operacion mágica, era menester necesariamente cambiar cada mañana la carga de artillería, muchas veces averiada por el agua del mar, cuyas olas barrían la cubierta en el mal tiempo: en

cuyo caso la pólvora húmeda no prendía fuego, y el socorro de los pedreros, llegaba á ser nulo.

El consejo del vigia seguido con esactitud impedía pues estos graves inconvenientes.

Lo mismo era el aceite de Syrakoë, los gritos de *San Magno* dados por los vigias, y el número tres aplicado á la colocacion de las armas sobre la cubierta.

Obligados á invocar á *San Magno* cada cinco minutos, no arriesgaban dormirse en las gabias.

En fin era muy importante tener siempre sobre la cubierta las armas listas y en buen estado; el vigia ordenaba pues que estuviesen colocadas de tres en tres, y cuidadosamente embarradas en el aceite mágico de Syrakoë que las ponía perfectamente al abrigo de la intemperie del aire, preservandolas del moho.

Lo repetimos, si el solitario del cabo del Aguila hubiera dado simplemente esas recomendaciones sin duda se hubieran despreciado, olvidado. Formulandolas de una manera misteriosa y cabalística, aseguraba casi su ejecucion.

Despues de haberse de nuevo estasiado acerca de la ciencia y de la sagacidad del vigia, Luquin y Estefania llegaron cerca de la Casa-Fuerte. A pesar de su genio burlon y jovial, la jóven sintió que se le oprimia dolorosamente el corazon al despedirse de su novio que partia al amanecer del día siguiente. Las lágrimas empañaron su mirada siempre tan maligna y tan alegre, dió la mano á Tinquetaille, y le dijo con voz conmovida:

—Adios, Luquin; todas las mañanas y todas las

noches pediré al Señor, para que os libre de todo mal encuentro.... Ah! Dios mio.... cuando dejareis ese peligroso oficio que me da siempre nuevas zozobras?.

—Cuando tuviere lo bastante para que la señorita Triquetaille no tenga que envidiar nada á las mas ricas de la clase media de la Ciotat.

—Podeis hablar asi, Luquin? dijo la jóven con un acento de cariñosa represion, enjugándose las lágrimas que bañaban sus ojos—Que me importa á mí la compostura y un poco mas ó menos de comodidad.... Ireis por esto á arriesgar cada dia vuestra vida?

—Estad tranquila, Estefania, los consejos del vigía del cabo del Aguila no serán perdidos: con la ayuda de San Magno y del aceite mágico de Sy-rakoë, desafiare á todos los piratas de la regencia.... Pero, adios.... Estefania, adios, y pensad en Luquin.

Diciendo esto, el digno capitán apretó en su mano vigorosa las blancas manos de Estefania, y se fué bruscamente por temor de dejar ver una emocion que queria ocultar, como si fuese indigna de él.

La jóven siguió á su novio con la vista todo lo que pudo, y se volvió tristemente á la Casa-Fuerte de Raimundo V, baron de Ambiez, donde llegó al entrar la noche.



CAPITULO V.

LA CASA-FUERTE.

LA casa-Fuerte ó castillo de Ambiez se elevaba á la orilla del mar. En el mal tiempo las olas bañaban el pie de una especie de terrado ó terraplen que salia bastante sobre la costa para favorecer la entrada del puerto de la Ciotat y una pequeña enseada donde se veian fondeados algunos barcos pescadores y la tartana de recreo de Raimundo V, baron de Ambiez.

El aspecto del castillo no ofrecia nada de notable; edificado hácia la mitad del siglo XV, era de una arquitectura ó mas bien de una construccion sólida. Dos torres á cada punta flanqueaban el edificio situado al mediodia y dando sobre el mar. Sus gruesas murallas, labradas de arena y piedra, eran de un color rojo oscuro irregularmente llenas de algunas raras ventanas que parecian troneras. Solo las de una galeria que atravesaba, en el primer cuerpo, el castillo en toda su estension, eran grandes y salientes.

Tres de ellas daban á un balcon adornado de una muy bella reja de hierro forjado, en medio de la cual estaba cinc lado el escudo de armas del baron, escudo de armas que se encontraba tambien sobre la cornisa del cuerpo principal.

Una gradería de pocos escalones descendia al terraplen.

Las necesidades de las guerras civiles y religiosas del fin del último siglo y el temor incesante de los piratas habian mudado en terraplen armado lleno de almenas este terrado, que estaba paralelo á la fachada del castillo y se reunia al pie de las torres por dos ángulos rectos.

Algunos naranjos viejos con troneo negro y con ojas relucientes atestiguaban todavia el antiguo destino de esta esplanada, en otro tiempo un alegre huerto, pero dos garitas para centinelas, algunos parques para balas, ocho falconetes, dos piezas de á cuatro sobre sus cureñas y una larga culebrina con afuste giratorio mostraban que la casa-Fuerte del baron de Aubiez estaba en buen estado de defensa.

La posicion de este castillo era tanto mas importanté cuanto la pequeña bahia que dominaba como tambien el golfo de la Ciotat, era solo el lugar donde los barcos podian fondear; lo restante de la costa no ofrecia sino rocas inaccesibles.

La fachada del castillo de Aubiez, que miraba al norte y á tierra, ofrecia una vista bastante pintoresca.

Algunos edificios irregulares, añadidos al principal segun las diferentes necesidades de los propietarios sucesivos, rompian la monotonía de sus líneas.

Las caballerizas, la perrera, los corrales, las piezas de servicio, el alojamiento de los labradores y de los colonos formaban la cerca de una especie de patio inmenso, plantado de dos filas de sicómoros, á la cual se llegaba por un puente levadizo echado sobre un ancho y hondo foso.

Este puente se levaba todas las noches, y una fuerte puerta de encina sólidamente apuntalada ponía la pequeña colonia en seguridad durante la noche.

Todas las ventanas de estos edificios daban al patio, á escepcion de algunas lumbreras sólidamente enrejadas que daban á la campiña.

La Casa-Fuerte y sus dependencias contenian cerca de doscientas cincuenta personas, todos criados, colonos, labradores ó pastores.

Entre ellos, se encontraban unos sesenta hombres de treinta á cincuenta años de edad, cuya mayor parte habia estado habituado al manejo de las armas durante las guerras civiles en las cuales habia muchas veces tomado parte el impetuoso baron.

Realista y católico, Raymundo V habia siempre montado á caballo cuando se trataba de defender contra los gobernadores ó contra sus delegados las antiguas inmunidades y los derechos adquiridos de la Provenza, de la cual los reyes de Francia no eran reyes, sino *condes*.

Los intendentes de justicia ó los presidentes de los tribunales, siempre encargados de cobrar los impuestos y anunciar á los estados reunidos el encabezamiento de los donativos voluntarios que la Provenza debia ofrecer al soberano, eran casi siempre víctimas

de estos levantamientos contra la autoridad realista, hechas á los gritos de : Viva el rey.

En estas circunstancias, el viejo Raymundo V era de los primeros en incorreccionarse. Cuando las últimas rebeliones de los Cascaveoux (1) que habían tenido lugar dos años antes, ninguno había gritado con una voz mas retumbante, *viva el Rey, fuoro Eleus*, ninguno había mas precipitadamente agitado y hecho agitar por los suyos el cascabel que servía de señal á los revolucionados.

En esto el baron se mostraba digno hijo de su padre Raymundo IV, uno de los caballeros mas gravemente comprometidos en la rebelion de los Ra-

(1) Se hablaba en toda la Provenza del mal que los nuevos impuestos iban á causar allí, impuestos que comprendían no solamente los bienes raíces, sino los muebles y hasta el trabajo del artesano. Unos decían que era menester oponerse á una novedad perniciosa y, como de boca en boca se decía: *Pero quien comenzará á tocar el cascabel?* hubo algunos que pusieron un cascabel, *cascaveu* en dialecto provenzal, en la punta de una correa, y amontonando un gran número de estos, marcado en la punta de la correa con lacre el nombre del gefe de la compañía, los dieron á los que quisieron reunir-seles, con el cargo de que, en cualquier parte donde oyesen hablar de elecciones y de elegidos, hiciesen sonar sus cascaveoux gritando *viva el Rey, fuoro eleus*, de donde deriba el nombre de cascaveoux dado á todos los que hicieron en aquel tiempo algunas revueltas en Provenza. Dauvray, intendente de la justicia en Ex, primera víctima, transfirió la oficina de las cuentas de Ex á Tolon. Se envió allí al principe de Condé y á toda la nobleza de Provenza. —Bonche, tomo IV, libro 12.

zats (1) que estalló en tiempo de Enrique III en 1578, y que fué difícilmente comprimida por el mariscal de Retz.

El baron veia impacientemente la omnipotencia del cardenal de Richelieu aumentarse á costa de la autoridad real y desaparecer el soberano en la sombra del primer ministro.

Algunos movimientos se habian manifestado en Langüedoc y en Provenza, en favor de Gaston de Orleans, hermano de Luis XIII, que la faccion realista oponia al cardenal.

No hay duda que, á no ser por el recelo que causaban los piratas en la costa, el baron no hubiera tomado una parte activa en estos alborotos, pero obligado á concentrar sus fuerzas, para defender su casa y sus propiedades, se contentó con declamar violentamente contra el cardenal, sobre todo despues que este dió al mariscal de Vitry el gobierno de la Provenza.

Estas importantes funciones habian hasta entonces sido desempeñadas por el duque de Guisa, almirante de Levante, que, con gran alegria de los

(1) El conde de Carces, siendo gran senescal de Provenza, dió tal libertad á la gente de guerra para el cobro del dinero, que hacian grandes exacciones en todas partes donde se alojaban, y se llevaban los bienes de los habitantes por donde pasaban; de donde vino el nombre de *Razats* á estos pobres despojados de sus bienes, como si hubiesen sido afeitados, por los empleados del conde de Carces, ó el otro nombre bárbaro *Marabez* ó *Maraboux*, nombre que he oido atribuir en mi tiempo en Provenza á los hombres crueles y salvages.—HISTORIA DE PROVENZA, lib. X, pág. 667, Honorato Bouche, en f. °, tomo I.

provenzales, y despues de muchos obstáculos , habia reemplazado al duque de Epemon.

El viejo oso fué así devorado por el jóven leon, dijo á este respecto Cesar de Nostradamus, celebrando el nombramiento del jóven príncipe de Lorena para este puesto importante.

Cuando Mr. de Vitry fue promovido al gobierno de Provenza, la nobleza manifestó su indignacion, pues apenas un miembro de la casa de Lorena le habia parecido digno de desempeñar esta dignidad, ordinariamente reservada á un príncipe de la sangre.

A propósito de Mr. Luis Galluccio del Hospital, marques, luego duque de Vitry , y para dar una idea de los modos de ver tan diferentes segun los tiempos y las costumbres, se hará notar que el cardenal de Retz, sin condenar de otra manera á Mr. de Vitry de haber sido uno de los asesinos del mariscal de Ancre, dijo simplemente de él: »Tenia »poco sentido, pero era atrevido hasta la temeridad, »y el encargo que tuvo de matar al mariscal de Ancre le habia dado en el mundo *un cierto aire de empeño y de ejecucion.*»

El baron de Anbiez , á pesar de sus veleidades de independencian y de rebelion, era el mejor , el mas generoso de los hombres.

Adorado de los labradores de sus dominios, venerado de los habitantes de la pequeña ciudad de la Ciotat, que le habian siempre encontrado pronto á dirigir sus fuerzas, y ayudarles con todo su poder á defenderse contra los piratas, ejercia una verdadera influencia en las cercanias.

En fin, su vigorosa oposicion á algunas órdenes

de Mr. de Vitry, que le parecía atentar á las inmundades de la Provenza, habia sido general y altamente aprobado en el país.

Cuando Estefania volvió á la Casa-Fuerte, el sol se estaba poniendo. El primer cuidado de la jóven fué presentarse á la señorita Reina de Ambiez.

Esta ocupaba habitualmente un gabinete situado en el primer piso de una de las torres del castillo.

Esta pieza, de forma redonda, le servia de gabinete de estudio, y estaba amueblada con un cuidado y un esmero estremado.

El baron, ídolatra de su hija, habia consagrado este arreglo interior, una suma bastante considerable; las paredes circulares desaparecian bajo una rica tapicería flamenca, fondo verde, con dibujos mas oscuros realzada con hilo de oro.

Se notaba, entre otros muebles, una biblioteca de nogal curiosamente trabajada al gusto moderno, y embutida de mosaicos de Florencia.

Una rica y tupida alfombra turca cubria el suelo; los intérvalos que separaban las vigas del techo eran de un color azul, sembrados de arabescos de oro de un trabajo muy delicado.

Una lámpara de plata estaba colgada en la viga mayor de una cadena tambien de plata. La forma de estas lámparas, todavia usadas en algunos pueblos de Provenza, era muy sencilla; se componian de un cuadro de metal, cuyas orillas, levantadas una pulgada, contenian el aceite, y formaban en cada ángulo una especie de pico, donde estaban las torcidas.

En fin, sobre una mesa de pies torcidos, colocada

en el hueco de la ventana se veía un laud , una tiorba , y algunas obras empezadas de tapicería.

Dos retratos, uno de muger, el otro de hombre, con el traje del reinado de Enrique III, estaban colocados encima de esta mesa, y oblicuamente alumbrados con pequeños vidrios con marcos de plomo, que guarnecían la estrecha y larga ventana.

En fin , para rémediar la falta de chimenea, se veía en un rincon de esta pieza un ancho bracero de cobre muy curiosamente cincelado, y sostenido por cuatro asas macisas.

Contenia una cama de ceniza y de ascuas donde humeaban algunas vardascas de retama olorosa.

Reina de Anbiez tenia puesto un traje de tafetan oscuro un poco largo, con mangas y jubon bastante ajustados; sus hermosos cabellos castaños estaban sujetos con una redecilla de seda encarnada.

Cuando Estefania entró en la habitacion de su señora, encontró á esta en un estado de agitacion extraordinario; sus mejillas estaban coloradas , su semblante espresaba la sorpresa, casi el espanto.

Reina tomó vivamente á su doncella por la mano, la condujo cerca de la mesa , y le dijo:—
Mira!

El objeto que señalaba á la atencion de Estefania era un vaso de cristal de roca.

Desu elegante y largo cuello salía una especie de lirio color de naranja oscuro, cuyo caliz azul dejaba ver flexibles pistilos de un blanco plateado.

Esta brillante flor exalaba un olor delicioso y comparable á los olores mezclados de la vainilla, del limon y del jazmin. Estefania juntó las manos con admiracion, y exclamó:

—Ah! señorita, que hermosa flor! Es este un presente del caballero de Berrol.

Al nombre de su novio, Reina se sonrojò, perdió sucesivamente el color; luego, sin responder á Estefania, tomó el vaso con una especie de miedo, y le enseñó una figurita esmaltada que habia en él; este esmalte representaba una paloma blanca con pico color de rosa, teniendo las alas estendidas, y llevando entre sus garras purpúreas un ramo de oliva.

—Virgen santísima! gritó Estefania con espanto, este es el retrato del alfiler de esmalte que aquel jóven incrédulo os arrebató en las rocas de Ollioules, despues que salvó la vida á monseñor!

—Y quien ha podido traer aqui este vaso y esta flor? preguntó Reina meneando la cabeza como horrorizada.

—Lo ignorais pues, señorita!

Reina hizo, perdiendo el color, una señal afirmativa con la cabeza.

—Virgen Santa, aqui hay hechiceria, gritó Estefania poniendo vivamente el vasito sobre la mesa, como si se hubiese quemado la mano.

Reina, conteniendo apenas su conmocion, le dijo:

—Salí para ver á mi padre montar á caballo; me paseé hasta la noche en la gran calle de árboles del puente levadizo; al volver aqui, encontré esta

flor sobre la mesa.... Mi primer impulso fué creer, como tu, que habia sido traida ó enviada por Mr. de Berrol, aunque en esta estacion fria esta flor me hubiera parecido una maravilla; pregunté si el caballero habia venido á la Casa-Fuerte; me respondieron que no; por otra parte tenia en mi poder la llave de esta habitacion.

—Señorita.... habrá mágia en esto?

—No sé que pensar!.... Examinando mas atentamente este vaso, noté la estampa esmaltada representando el alfiler que.....

Reina no pudo acabar.

Los movimientos precipitados de su pecho manifestaban la violenta emocion que le causaba la memoria de aquel dia en que el estrangero se habia atrevido á arrimar sus labios á los de ella.

—Señorita, es menester consultar al señor capellán ó al vigia, exclamó Estefania.

—No.... no; callate.... No divulguemos este misterio que me espanta á pesar mio; aguardemos.... Registra bien los alrededores de esta habitacion, quizá descubriremos alguna cosa.

—Pero esta flor! pero este vaso! señorita!

Por toda respuesta, Reina echó la flor en el brasero.

Si hubiera dicho que la pobre planta se quemaba dolorosamente sobre los carbones encendidos; el ligero silbido producido por la parte acuosa de la sabia que salia, parecian otros tantos quejidos lastimeros.

Pronto todo fué ceniza.

Reina en seguida abrió la ventana que daba á la

esplanada, tiró el vasito de cristal, el cual se hizo pedazos sobre el parapeto, y sus restos cayeron en el mar. En este momento pasos pesados y desiguales resonaron en las gradas de la escalera; la voz un poco rouca de Raymundo V llamó alegremente á su hija para que fuese á verlo: este demonio de Mistraouï!

—No digas una palabra de esto á mi padre, dijo Reina á Estefania, poniendo un dedo sobre sus labios.

Y salió al encuentro del buen viejo caballero.



CAPITULO VI.

LA CENA,

 eina ocultando apenas su conmocion, se reunió con su padre.

Raimundo besò cariñosamente á su hija en la frente; apoyandose en su brazo, bajó los últimos pasos de la escalera de la torre. Llevaba puesto un vestido verde de caza, con franjas de oro, calzas de escarlata, grandes botas de badana, llenas de lodo, y largas espuelas de hierro mohosas. Tenia en la mano su sombrero oscuro; porque, á pesar del frio bastante intenso, la frente tostada y arrugada de Raimundo V estaba bañada en sudor.

En el patio del castillo, á la luz de un hacha, un criado de la hacienda tenia por la brida al socarron é indómito Mistraoü cuyos hijares estaban chorreando.

Un galgo grande negro con pelo largo y un perro chico de parada color de naranja estaban echados á los pies del caballo.

El galgo parecia estar jadeando; sus orejas echadas sobre su cráneo, su boca entreabierta y llena de espumajo, sus ojos medio cerrados, el latido febril precipitado de sus hijares, su respiracion interrumpida, todo anunciaba que acababa de correr mucho.

La vista de Mistraoü, recordandole la escena de las rocas de Ollioules, aumentó mas la turbacion de Reina. Pero el barón era tan poco perpicaz, el suceso de su caceria de que queria gloriarse lo preocupaba de tal manera, que no advirtió la agitacion de su hija.

Desató una correa que suspendia una gran liebre al arzon de su silla, la presentó orgulosamente á Reina compesandola y le dijo:

— Creerás tú que *Rayo* (á estas palabras el galgo, sin dejar de jadear, alzó su larga cabeza, fina é inteligente), creerás tu que *Rayo* corrió esta liebre en trece minutos, en los matorrales de Savenol? el viejo *Retama* (el perro chico alzó á su vez la cabeza) el viejo *Retama* fué quien la levantó. La viveza de este demonio de Mistraoü es tan grande, que no perdí de vista á *Rayo* sino el tiempo que eché en subir el cerro de las Piedras-negras... Así anduve, estoy seguro de ello, mas de legua y media.

— Padre mio... como os esponeis á montar todavía este caballo, despues del espantoso peligro que os hizo correr?

— Maldito dia! gritó el viejo caballero con un aire de gravedad burlona, no se dirá que Raimundo V cede nunca á uno de los hijos indómitos de Camarga.

— Pero padre... ..

—Pero, hija, no cederé un paso en tierra ó en mar, te digo esto porque acabo de visitar las almadras que los perillanes de la Ciotat quieren impedirme que ponga en la ensenada afuera de las rocas de Castembraou; ahora poco encontré al consul Talebard-Talebardon en su jaca; hablamos de ello. No ha tenido el descaro de amenazarme con el tribunal de los prohombres pescadores... de que el vigia es sacerdote... Maldito dia! me rei tanto, que el demonio de Mistraou, aprovechandose de mi distraccion, partió como una flecha!

—Todavía peligros, padre mio. Este caballo os ha de ser funesto!

—Tranquilízate, hija mia, aunque no tenga el puño tan vigoroso como el jóven moscovita medio silvestre que detuvo tan diestramente á Mistraou al borde del precipicio, la varilla, la brida y la espuela darán siempre razon de las coces y buincos de un caballo vicioso; pero permitidme, bella castellana, que os ofrezca el pié del animal que he cazado.

Diciendo esto, el baron sacó su cuchillo, cortó la pata derecha de la liebre y la ofreció gallardamente á su hija, que tomó, no sin alguna repugnancia, este trofeo de montería.

Llevaron á Mistraou á su cuadra, pero Rayo y Retama, favoritos del baron, lo siguieron juntos, paso á paso, mientras que apoyado en el brazo de Reina, Raimundo V hacia lo que él llamaba su inspeccion de la tarde, esperando la hora de la cena.

Los labradores y los colonos, de vuelta ya del campo, se dedicaban á las ocupaciones de la velada de invierno, en un vasto establo caliente y bien cerrado.

Las mugeres , las jóvenes hilaban al torno , los hombres componian sus redes, sus aperos ó limpiaban sus armas ; el señor Laramée, antiguo saigento de la compañía franca , levantada por Raimundo V cuando las disenciones civiles, y ahora mayordomo y comandante superior de la guarnicion del castillo, exigia que los arrendatarios del baron que hacian por turno el servicio de centinelas en el terrado de la orilla del mar, estubiesen armados militarmente.

Otros pintaban con los colores del baron (encarnado y amarillo) las largas lanzas destinadas para las justas marítimas, ó las estacas que se emplean en los saltos de la barra, diversiones de costumbre en las fiestas de Navidad.

Algunos, ocupados mas seriamente, preparaban los granos destinados para las sementeras tardías; esotros tegian con gran esmero canastillos de junco para los regalos de Pascua.

Estos trabajos eran ya amenizados con canciones del pais, ya acompañados de alguna leyenda maravillosa ó de alguna espantosa relacion de las crueldades de los piratas.

En una sala alta llena de frutos, los niños y los viejos se ocupaban en visitar los racimos de uvas colgados en las vigas, ó en encestar los higos odoríferos que secaban en cañizos de paja.

Mas lejos estaba la ropa blanca, donde las lavanderas, bajo la inspeccion de la señora Dulcelina, ama de gobierno, se ocupaban de la ropa del castillo y la perfumaban poniéndole en sus pliegues blancos como la nieve yerbas aromáticas.

Al lado de la ropera estaba la botica del castillo, en la que los aldeanos de las cercanías encontraban todas las medicinas indispensables.

La botica estaba á cargo del capellan del baron, el señor Mascarolus, anciano y escelente sacerdote, de una piedad angelical, y de una rara sencillez. Este capellan poseia conocimientos médicos bastante estensos, y creia firmemente en la eficacia de la estraña farmacopea de aquel tiempo.

A pesar del continuo temor de los piratas, todos los habitantes de la Casa Fuerte participaban de la alegría por decirlo así tradicional que causaba siempre en Provenza la proximidad de Navidad, la mas alegre, la mas grande solemnidad del año.

Todas las noches antes de cenar, el baron hacia pues, acompañado de su hija, lo que él llamaba su inspeccion, es decir recorria el teatro de las ocupaciones tan diversas de que acabamos de instruir al lector, hablando familiarmente con todo el mundo, acogiendo las peticiones, las quejas, impacientándose á menudo, encoferizándose y riñendo algunas veces; pero, siempre lleno de justicia, de bondad, hacia olvidar con su cordial naturalidad sus movimientos de viveza.

Raimundo V labraba una grande parte da sus tierras; hablaba largo en la velada con sus principales hortelanos, viñadores, labradores y colonos, vigilaba él mismo sus cuadras y sus establos, persuadido de la sabiduría de los dos refranes provenzales dignos del vigía del cabo del Aguila: *El ojo del amo engorda el caballo.*

Buen pastor, buen ganado.

El viejo caballero concluía ordinariamente su vuelta con una visita á la botica, donde hallaba al clérigo Mascarolus, que le hacía una especie de estado higiénico de la salud de los habitantes del dominio de Ambiez.

El día de que hablamos, Raimundo V llegó á la botica, acompañado de Reina, pasando por la ropería. Se ocupaban de los preparativos de la fiesta de Navidad en casi todos los departamentos del castillo; pero la composición de la pieza mas importante de esta solemnidad estaba reservada á la venerable Dulceline, que habia suplicado al clérigo la iluminase con sus consejos.

Se trataba del *Pescbre*, especie de cuadro de relieve y de colores, que se colocaba el día de Navidad en la mejor habitacion, castillo, casa ó choza.

Este cuadro representaba el nacimiento del niño Jesus; se veia en él el establo, el buey, la mula, San José, la Virgen teniendo en sus falda al Salvador del mundo.

Cada familia, pobre ó rica, debia tener un *Pescbre* mas ó menos esplendido, y adornado con guirnaldas de yerbas, oropel y sobre todo iluminado magníficamente con bugias.

Raimundo V, al entrar en la ropería, se sorprendió de no ver allí á Dulceline. Todas las lavanderas hicieron una respetuosa reverencia al baron, el cual preguntó donde estaba el ama de gobierno.

—Monseñor, dijo una jóven de ojos negros y mejillas color de granada, la señora Dulceline está en el cuarto de los filtros, con el señor capellan y The-

reson; ha prohibido que se entre, trabaja en el Pesebre.

—Que diablo, dijo el baron, tengo que interrumpirla, pero es hora de cenar, y es menester que el capellan nos bendiga la mesa.

Se dirigió á la puerta, estaba cerrada por dentro. Llamó:

—Vamos, vamos, padre capellan, la sopa está en la mesa, y tengo una hambre de todos los diablos.

—Permitidme.... un momento, monseñor, dijo Dulceline, no podemos abriros todavía. Esto es un misterio.

—Ah!.... ah! capellan, os cogí, haceis misterios con Dulceline, dijo festivamente el viejo caballero.

—Ah! monseñor, Dios nos libre! Está aquí Thereson, gritó la venerable señora, picada con la chanza del baron. Abriendo precipitadamente la puerta, mostró una cara pálida, arrugada, encuadrada en una gorguera y un gorro blanco, todo digno del pincel de Holbein.

El clérigo, de cincuenta años de edad, vestido con un balandran negro y un bonete del mismo color encajado en la cabeza, tenia una figura amable y sencilla.

Thereson, en el momento en que entró el baron, acababa de tapar con un gran lienzo el misterioso Pesebre.

El baron acercandose iba temerariamente á levantar este velo cuando Dulceline dijo en tono suplicante:

—Ah! monseñor, dejadnos el placer de sorpren-

deros; estad solamente cierto de que nunca un Pesebre mas hermoso ha adornado la grande sala de la Casa Fuerte, y esto no es lo menos, Virgen Santísima! pues el señor comendador y su reverencia el padre Elzear deben venir de países lejanos para asistir á la Navidad!

—Mal dia! seria muy desgraciado si no asistiesen á ella, dijo el baron, hace dos años que mis pobres hermanos no han pasado ni una noche ni un dia en la casa de nuestro padre, y por San Bernardo mi patron, que me asista, el Señor me hará la gracia de reunirnos esta vez.

—Dios os oirá, monseñor, y uno mis oraciones á las vuestras, dijo el clérigo, Luego añadió:—Monseñor, habeis hecho buena caceria?

—Muy buena, padre capellan, aqui está! y el baron cogió la pata de la liebre que tenia Reina en la mano y la enseñó al clérigo.

—Si la señorita no fuese á guardar esa pata, dijo el clérigo, se la pediría para la botica, suplicándole con todo eso á monseñor me diga si es la pata derecha ó la izquierda del animal?

—Hola! que quereis hacer con ella, padre capellan?

—Monseñor, dijo el buen Mascarolus, mostrando un libro abierto sobre la mesa, ayer recibí este libro de Paris. Es el diario de Mr. Maucaunys, hombre muy ilustre y muy sabio, y leo en él esto, página 317: „Receta para la gota. Llévase sobre el muslo, entre „los calzones y la camisa del lado enfermo, la pata de una liebre matada entre la festividad de „Nuestra Señora de Setiembre y la Navidad, pero

„con la importante observacion de que es menester
„servirse de la pata izquierda trasera, si el enfermo
„es el brazo derecho; y de la pata derecha delante-
„ra, si la pierna ó muslo izquierdo es el enfermo; al
„instante cesará el mal.”

—Que diantre! padre capellan, exclamó el baron, vaya un bello descubrimiento; de aqui en adelante los cazadores furtivos dirán que son boticarios y que si tiran á una liebre al acecho, no es sino para procurarse remedios contra la gota!

El buen clérigo, bastante cortado con los sarcasmos del baron, continuó para contenerse, y añadió: Veo mas léjos, señor baron, en la página 177: »Las xcochinillas dadas á los ruisseñores hidrópicos los curan enteramente.”

Aqui se redobló la risa del buen caballero. Reina, á pesar de su distraccion, no pudo menos de imitar á su padre.

El clérigo Mascarolus se sonrió agradablemente, toleró éstas inocentes burlas con una resignacion enteramente cristiana, no procurando ni aun defender sus recetas empíricas á las cuales se hubiera por otra parte hallado frecuentes analogías en los libros mas seriamente escritos acerca del arte de curar en aquella época.

Raimundo V iba á entregarse á un nuevo acceso de alegría, cuando Laramée, á un tiempo mayordomo, maestre de sala y capitán de la Casa-Fuerte, vino á anunciar al baron que la cena le esperaba habia mucho tiempo.

Laramée, á quien hemos visto formar la vanguardia de la escolta del baron en las gargantas de O-

llioules, tenia una fisonomía de verdadero panduro; su tez envidada, su voz ronca, sus cabellos canos y rapados, sus largos bigotes entrecanos y su continuo modo de jurar no eran siempre del gusto de Dulceline.

Acogió esta la entrada del mayordomo en el santuario del clérigo con una especie de gruñido sordo que se cambió en agrio ahullido, cuando vió á Laraméc acercarse inmediatamente al velo que cubria el misterioso Pesebre, y tratado de levantarlo.

—Hola! Hola! Laramée, dijo el baron, mal dia!! quieres tú ser mas privilegiado que tu amo, y ver las maravillas que Dulceline oculta á nuestros ojos. Vamos, vamos, toma ese velon y alumbranos, soldado viejo.

Luego, Raimundo V, volviendose hácia Mascaretus añadió alegremente:—"Pues segun vuestro festivo libro, las cochinillas curan á los rui señores hidrópicos, será menester ensayar vuestro remedio en este pícaro viejo, sin cesar amenazado, de hidropesia, porque es una verdadera odre, siempre llena de vino... Por lo demas, no hay rui señor que tenga la costumbre de cantar por la noche, y el diablo sabe que canciones!

—Sin contar, monseñor, que canta con una voz capaz de despertar á todo el castillo y hacer huir los mochuelos de la cima de la torre, añadió el ama de gobierno.

—Tan verdad como he bebido esta mañana dos vasos de Saouvo-Christian (1). Las aves noctur-

(1) Aguardiente en que se echan en infusion uvas con especias finas.

nas son inteligentes en mochuelos, Dulceline mia! dijo el mayordomo con aire truhan, al pasar con su velon por delante de la superintendente de la ropa blanca.

— Monseñor, gritó esta, ya ois la insolencia del señor Laramée.

— Y sereis vengada, querida mia, voy á hacerle beber una pinta de agua á vuestra salud. Vamos... vamos... anda, mayordomo... la sopa se enfria.

El baron, Reina y el clérigo dejaron la botica, bajaron una escalera muy pendiente, y atravesaron la larga y sombría galeria que unia los dos costados de la Casa-Fuerte, entraron en un vasto comedor, brillantemente alumbrado por un fuego de haya, de raiz de olivo y de piñas que daban á aquella pieza un olor balsámico.

La grande chimenea con su correspondiente campana de piedra, con caballetes de hierro macizo humeaba un poco, pero en cambio las ventanas enrejadas de plomo y las gruesas puertas de encina no se cerraban tan herméticamente que impidiesen salir el humo por sus numerosas hendeduras.

El viento frio, introduciendose así por estas aberturas, hacia oír largos silbidos, victoriosamente combatidos por los alegres chisporreos del haya y los crugidos de los troncos del olivo que ardian en el hogar.

Las paredes sencillamente encaladas, como tambien el techo de gruesas vigas de encina negras y salientes, no tenian mas adorno que algunas pieles de zorros, de tejones y de lobos, siméticamente colocadas y clavadas por el mayordomo,

En los intervalos que dejaban entre sí estas pieles, se veían sedales para pescar, armas de caza, látigos, varillas, y como curiosidad una brida moruna con su bocado y sus borlas de seda carmesí.

Sobre un aparador de encina de un corte muy hermoso se veía una antigua y pesada vagilla de plata cuya riqueza contrastaba singularmente con la rusticidad casi silvestre de aquella sala.

Grandes garrafas de vidrio blanco llenas de vinos generosos de la Provenza y del Langüedoz; unas botellas mas pequeñas contenían los vinos de España, que venían muy fácil y muy prontamente de Barcelona por los buques costaneros.

Algunos criados campechinos, con casacas de ca-
diz ó gerguilla oscura, hacían el servicio á las órdenes del mayordomo; las libreas con los colores del baron no salían del armario sino los días de fiestas.

La mesa oblonga, colocada muy cerca del hogar, reposaba sobre una tupida estera de esparto. Lo restante de la sala estaba enlozado.

En la cabecera de la mesa se veía el sillón con las armas de Raimundo V, á su derecha el cubierto de su hija, á su izquierda el del extranjero, uso de una hospitalidad afectuosa.

Después de este lugar, el del capellan.

La mesa estaba delicada y abundantemente servida.

En torno de una inmensa sopera de sopa compuesta de excelentes murenas de la Ciotat, de trozos de espadarte, y de mariscos, se veían gangas ó pollas cebadas de los Pirineos rodeando un ausar perfectamente asado; en otro lado un trozo de cordero de

tres meses y medio cabrito de un mes justificaban con su apetitoso olor el refran de cocina, *Cabrito de un mes, cordero de tres*; mariscos de todas especies, teniendo sobre todo el sabor de roca, como dicen los provenzales, llenaban los espacios que habia entre estos manjares substanciosos.

En fin los platos muy bien condimentados de langostinos, langostas, alcauciles, apio y otros formaban una reserva formidable que Raimundo V llamaba á su ayuda para escitar su sed cuando esta empezaba á agotarse.

Esta profusion, que parecia enorme á primera vista, se esplica facilmente por la abundancia de los recursos del pais, por la costumbre hospitalaria de aquella época y por el gran número de personas que un señor de aquella época tenia que mantener.

Echada la bendicion por el digno clérigo Mascarolus, el baron, su hija y el capellan se sentaron en la mesa. Laramée ocupó su puesto habitual detras del sillon de su amo.



CAPITULO VII.

LA NOVIA.

R. PENAS se hubo sentado el baron cuando exclamó:

—Donde diablo tengo la cabeza? Y Honorato no debía venir á cenar con nosotros?

—Nos lo prometió ayer á lo menos, dijo Reina.

—Y tu sientes que tu novio falte así á su palabra! Que hora es, Laramée?

—Monseñor, acabo de poner los dos centinelas en la muralla.

—Es decir que son las ocho, no es verdad, señor capitan? dijo festivamente el baron al mayordomo poniendole su vaso.

—Sí, monseñor, las ocho muy largas.

—Ya! repuso el caballero, volviendo á poner el vaso en la mesa sin haberlo vaciado, con tal que no haya sucedido nada á Honorato.

—Padre, si se enviase inmediatamente á algu-

no á caballo en busca de Berrol! dijo vivamente Reina.

—Tienes razon, hija mia, de todos modos, estaremos mas tranquilos; no hay grande cosa que temer, pero la noche, el camino de los pantanos y de las lagunas de Berrol no es seguro.

—A quien envio á buscar al caballero, monseñor? dijo Laramée.

El baron iba á responder cuando el caballero de Berrol pareció precedido de un criado que traia un velon.

—De donde diablos vienes tú, hijo mio, dijo el señor de Anbiez. Y dió la mano á Honorato, á quien llamaba su hijo desde que debia casarse con Reina—Has encontrado á la bruja Esterela en las barrancas de Berrol?

—No, padre, pues fuí á casa del señor de Saint-Ives, y despues.... interrumpiendose para acercarse á la jóven, Honorato le dijo:—Dispensadme, os lo suplico, Reina, que me haya tardado.

Esta le alargó la mano con una gracia encantadora, diciendo con un tono penetrante casi serio:—Me tengo por afortunada.... por muy afortunada en veros, Honorato, porque estabamos inquietos.

Hubo en estas pocas palabras, en la mirada que las acompañó tal expresion de confianza, de afecto, de solicitud, que el caballero se estremeció de felicidad.

—Vamos, vamos, sientate á la mesa; y ahora que has hecho la paz con Reina, cuéntanos porque te has detenido en casa del señor de Saint-Ives.

El caballero se desembarazó de su espada y de su sombrero que entregó á Laramée, se sentó al lado del baron, y respondió;

— El escribano del almirantazgo de Tolon, que ha venido á la provincia, acompañado de un escribiente y de dos guardias del gobernador, habia ido, por órden de este último, á visitar el castillo del señor de Saint-Ives.

—Mal día! exclamó el impetuoso baron, estoy seguro que se trata de algun mandato insolente! Este mariscal, matador de patillas, no da nunca otros; y se dice que ese escribano de Tolon es el mayor bribon que ha notificado providencias.

—Padre, calmaos, dijo Reina.

—Tienes razon... Vitry no merece una cólera generosa. Es sin embargo penoso para la nobleza ver á semejante hombre desempeñar funciones siempre dadas hasta aqui á príncipes de la sangre. Pero vivimos en un tiempo singular. Los reyes dormitan, los cardenales reinan, los obispos llevan coraza y tahalí (1). No es esto muy cómico, capellan?

El buen Mascarolus no queria de ningun modo pronunciarse de una manera precisa. Así respondi6 humildemente:—Sin duda, monseñor, los cánones de Juan VIII y el texto de San Ambrosio prohiben á los prelados llevar armas, pero, por otro lado, la glosa del concilio de Worms los autoriza para ello (con aprobacion del Santo Padre) cuando poseen dominios de la corona. En tiempo de Luis-el-jóven, los obispos de Paris iban á la batalla, Hincmar y Hervien, arzobispo de Reims, mandaron

(1) El obispo de Nantes y el arzobispo de Burdeos tenian mandos militares de consideracion. Este último estuvo á la cabeza de las escuadras de Francia de 1637 á 1638.

tropas en tiempo de Cárlos-el-Calvo , y en el de Cárlos-el-Simple Tristan de Salazar armado de punta en blanco, montado en un buen caballo, una jabalina en la mano....

—Bien, bien! señor capellan, por la gracia del cardenal, nos acostumbraremos á los santos obispos vestidos de gendarmes, con un casco por mitra, un tahali por estola, una lanza por báculo, esparcir la sangre en lugar de agua bendita. Está convenido, padre capellan; de beber, Laramée! y tu, Honorato, acaba tu historia.

—El hecho es este, dijo el caballero. El escribano Isnard, que se dice en efecto que no tiene compasion á los pobres, venia acompañado de gente de justicia á informarse del número de armas de guerra y de la cantidad de municiones que poseia el señor de Saint-Ives en su castillo, á fin de hacer un estado segun las órdenes del mariscal de Vitry.

El baron acababa de vaciar gloriosamente su vaso. Lo tenia todavia por el pié entre el pulgar, y el índice de su mano derecha. Al oir estas palabras quedó inmóvil, echando una mirada de asombro sobre Honorato, y limpiando maquinalmente con el reverso de su mano izquierda su cano bigote empapado en vino.

—El caballero, sin notar las señales de sorpresa del baron, continuó:—Como el señor de Saint-Ives tubeaba en consentir lo que pedia el escribano, y este insistia casi con amenazas, diciendo que obraba por órden del gobernador de la provincia en nombre de monseñor el cardenal, quise interponerme entre ellos, y....

—Que! Saint-Ives no ha hecho clavar los cuervos por los pies y por las manos á la puerta de su casa, para que sirva de espantajo á los otros! gritó el baron, rojo de indignacion, poniendo su vaso tan violentamente sobre la mesa que lo rompió.

—Padre! dijo Reina con inquietud, viendo las venas, que surcaban la frente calva del baron, hincharse en extremo.

—Padre! que os importa.... sin duda el señor de Saint-Ives ha accedido á las órdenes del gobernador.

—El! obedecer tales órdenes!! gritó Raimundo V, él! si hubiese cometido esa vileza, y se atreviese á parecer en la primera reunion de la nobleza de Ex, iría yo á su banco á cogerlo por el cuello, y lo echaria de la sala á cintarazos.... Que! un escribano vendrá á nuestras casas-fuertes á contar nuestras armas, nuestra pólvora y nuestras balas! como un alguacil va á contar los géneros de un mercader! Mal-dia! aunque fuese por orden espresa y firmada del rey de Francia, nuestro conde (1), yo responderia á semejante orden á tiros de falconete.

—Pero, señor, dijo Honorato.....

—Visitar nuestros castillos! esclamó el baron cada vez mas exasperado.—Ah! no es bastante haber puesto á la cabeza de la antigua nobleza de Provenza á un Vitry! un asesino asalariado... es menester todavia que ese cardenal que el infierno confunda (orad por él, capellan, lo necesita en extremo), nos

(1) Los Reyes de Francia eran condes de Provenza.

imponga las obligaciones mas humillantes... Visitar nuestras casas! Ah! Vitry, tu quieres saber cuantos tiros de mosquete y de falconete podemos disparar! pues bien! por la muerte de Dios! ven pues á visitar la puerta de nuestros castillos y lo sabrás!!—
 Luego, volviendose vivamente hácia Honorato:—
 Pero que hizo Saint-Ives?

— En el momento en que lo dejé, se proponia entrar en composicion, estender él mismo el inventario que se le pedia, y enviarlo directamente al mariscal.

— Laramée, dijo el baron, levantandose de repente de la mesa, haz ensillar á Mistraoü; que cinco ó seis de los tuyos monten á caballo, ármalos bien, y está tambien listo para seguirme.

— En nombre del cielo, que quereis hacer? dijo Reina cogiendo una de las manos del baron entre las suyas.

— Impedir al bondadoso Saint-Ivez cometa una vileza que deshonoraria á la nobleza de Provenza... es viejo y endeble, no tiene mucha gente á su lado.... se habrá dejado intimidar.... Laramée, mis armas, y á caballo!... á caballo!

— Esta noche oscura, por malos caminos; no pensais en ello? dijo Honorato tomando la otra mano del baron.

— Me has oido, Laramée! gritó Raimundo V con voz impetuosa....

— Pero, señor, dijo Honorato....

— Hola! Mal dia! mi jóven amo! hago lo que deberiais hacer! en vuestra edad, hubiera echado por la ventana al escribano, su amanuense y las

guardias del gobernador. Voto á brios! la sangre de vuestros padres no corre en vuestras venas, jóvenes!... Laramée, mis armas y á caballo!

A las reconvenções del baron, Enrique no respondió nada; bajó tristemente la cabeza, y miró á Reina meneando la cabeza como para hacerle comprender lo que habia de injusto y de duro en las reconvenções de su padre.

La jóven lo entendió sin duda; mientras que Laramée se ocupaba en descolgar, de una de las panoplias que adornaban el comedor, las armas de su amo, dijo:

—Laramée, haced tambien ensillar mi jaca; acompañaré á monseñor....

—Que diablo de loca! dijo el baron encogiéndose de hombros.

—Loca é no, os acompañaré.

—Hola! mal dia! no. : no, cien veces no; no me acompañarás por semejantes caminos... á la hora que es!

—Os seguiré, padre... sabeis que soy voluntariosa y terca....

—Ciertamente.... como una cabra... cuando os meteis en ello. Sin embargo esta vez, me cedereis, lo creo.

—Bajo yo misma á hacerlo preparar todo para vuestra partida, dijo Reina... Venid, Honorato.

—Que diablo de loca! es capaz de hacerlo, como lo dice! exclamó el baron. Pero como ha de ser! he sido tan bueno, he sido tan débil con ella..... abusa, dijo el caballero anciano dando una patada en el suelo.—Luego tomando un tono mas dulce,

Vamos.... Reina.... hija mia.... sé razonable, un galope y estoy al lado de Saint Ives, el tiempo de echar á esos miserables á latigazos, y vuelvo...

Reina dió un paso hácia la puerta...

—Únete pues á mí, Honorato; estas ahí como un término!

—Ah! padre mio... olvidais que habeis ahora tratado de cobarde su conducta prudente y firme en este asunto.

—El? Honorato? mi hijo, cobarde? cortaria la cara al que osase decirlo.... si he dicho eso, he hecho mal, me arrebató la cólera.... Honorato.... hijo mio.....

Raimundo V abrió sus brazos á Honorato que se echó en ellos diciéndole:—Creedme; no emprendais ese viage.... por Dios! no dejareis de ver pronto á esa gente.

—Que dices?

—Mañana por la mañana, sin duda, estarán aquí..... ninguna casa noble está esceptuada de esa medida.

—Estarán aquí mañana! exclamó el baron con una espresion de alegría difícil de explicar=Ah!... el escribano estará aquí mañana... el que ha hecho condenar á galeras á pobres diablos por delitos de contrabando de sal... ah!... estará aquí mañana. Vive Dios! esto me hace rebozar de alegría. Laramée, no hagas encillar los caballos... no... mañana, al amanecer, prepara veinte buenas varas de avellano, porque creo tendremos que pegar... luego arregla una trampa encima del foso, y... pero te lo diré al acostarme. De beber, Laramée, de beber!

dame la copa de mi padre y vino de España. Es menester beber con solemnidad por semejante noticia: vino de Jerez, te digo.... y vaya al diablo el vino de Limalgue!.... pues las gentes del tirano de la Provenza estarán aquí mañana, y podremos zurrar en las espaldas á Vitry.

Diciendo esto, el baron se colocó en su sillón, cada cual ocupó su lugar con gran contento del pobre clérigo que, durante esta escena, no se había atrevido á decir ni una palabra.

La cena alterada por este incidente concluyó con alguna incomodidad.

Raimundo V, preocupado de la recepcion que preparaba á los agentes del gobernador, se interrumpia á cada momento para hablar bajo al oído de Laramée; era fácil adivinar el asunto de estos coloquios secretos, viendo el aire profundamente satisfecho con que el soldado viejo recibía las instrucciones de su amo.

Como todos los militares, Laramée alimentaba un odio instintivo contra los curiales, no disimulaba su alegría diabólica, pensando en la buena burla de que el escribano y su amanuense debían ser víctimas, á la mañana siguiente.

Reina y Honorato se trocaban miradas inquietas... conocían el humor irascible y terco del baron, su gusto á las revueltas y su aversion á Mr. de Vitry.

La jóven y su novio temían con razon que el baron se dejase arrastrar á algun paso importuno. Ultimos y recientes ejemplos habian probado que Richelieu queria poner un término á la independencia

de los señores, y absolver, en el poder real, muchos de sus privilegios feudales.

Desgraciadamente no se debía pensar en hacer mudar de parecer á Raimundo V; además, todas las personas que dependian de él debian secundarlo mucho en sus peligrosos proyectos.

El buen clérigo Mascarolus se atrevió á decir algunas indirectas acerca de la obediencia de que los mismos señores debian dar ejemplo; pero una mirada severa é irritada del baron interrumpió la moralidad del capellan, no se atrevió ni aun á defender al mariscal, como habia defendido á los prelados guerreros.

Lo que asustó á Reina, fue que su padre, habiendo bebido menos de lo que acostumbraba, se dejaba á veces llevar á unos arrebatos de alegría casi loca durante los *apartes* misteriosos con Laramée.

Concluida la cena, por un antiguo é invariable uso de hospitalidad, el baron tomó un velon y condujo el mismo á Honorato de Berrol á la habitacion que debia ocupar.

Como siempre, el jóven quiso pretestar su posicion de novio de Reina para ahorrar este ceremonial al baron; el anciano respondió tambien, como siempre, que despues de las fiestas de Navidad, es decir despues del casamiento de Honorato con Reina, el señor de Berrol, siendo ya su hijo, no lo trataria ya con formalidad. Hasta entonces Raimundo V no dejaria de tener con sus huesped los miramientos debidos á todo caballero que dormia bajo su techo.

Reina se fué á su habitacion, seguida de Estefania. Esta estaba muy cerca de la de su padre; es-

cuchó, y advirtió, con gran sentimiento, que Laramée estaba en la habitación del baron mas tiempo que el de costumbre; vió por eso que el baron proseguia en sus proyectos contra el escribano y los curiales; en fin, á pesar de la hora avanzada de la noche, oyó al mayordomo mandar á dos criados del baron que montasen á caballo para llevar, decía él, *invitaciones*.

Inquieta con los designios de su padre, despidió á Estefania y se fué á su alcoba.

Un nuevo objeto de estrañeza, casi de susto, la esperaba allí.



CAPITULO VIII.

EL CUADRO.

Despues de haber cerrado la puerta de comunicacion que conducia á la habitacion de su padre, Reina se acercó maquinalmente á la mesa colocada junto á su ventana. Cual fué su admiracion, viendo sobre esta mesa un cuadroito guarnecido con una moldura de filigrana de plata sobredorada.

El corazon de Reina latió violentamente, se acordó del vaso de cristal; un secreto presentimiento le advertia que este cuadro tenia tambien una relacion misteriosa con la aventura de las rocas de Ollioules.

Se acercó á él casi temblando.

La perfeccion de esta miniatura pintada sobre vitela, á manera de los antiguos manuscritos, era increíble.

Representaba la escena de las gargantas de Ollioules en el momento en que el baron, abrazando á su hija sobre su seno, tendia cordialmente la mano al jóven desconocido; á lo léjos, sobre la roca,

Pog y Trymalcion, los dos extraños personajes de que ya se ha hablado, parecia que dominaban esta escena.

Aunque Reina no los hubiese visto sino un momento, su semejanza era tan grande que los reconoció. Se estremeció involuntariamente al aspecto siniestro de la cara de Pog, conocido principalmente por su larga barba roja y por la sonrisa amarga que contraia sus labios.

Las facciones del baron, las de Reina, estaban sacadas con verdad, con un arte sorprendente, aunque las caras apenas tuviesen el tamaño de la uña del dedo pequeño. Estaban modelados con una finura que se acercaba á lo maravilloso.

A pesar del talento inimitable de esta maravillosa pintura, una cosa rara, extravagante, destruía su efecto y conjunto.

La posicion, el aire, el traje de Erebo (el joven desconocido), estaban perfectamente sacadas; pero su cabeza desaparecia bajo una pequeña nube, en medio de la cual estaba tambien representada la paloma esmaltada, ya reproducida en el vaso de cristal.

Esta omision era extraña, quizá habilmente calculada, porque Reina, á pesar de su estupor, á pesar de su temor, no pudo menos de evocar sus memorias para hacer el retrato del desconocido.

Pronto le vió por decirlo así en ella... en lugar de verlo sobre la vitela que tenia en la mano.

Habia tambien por parte del extranjero, una especie de delicadeza en borrar sus facciones bajo un símbolo que representaba sin duda en su pensa-

miento la memoria mas preciosa de este dia; quizá, en fin, era esta una manera de calmar los escrúpulos de la jóven, si se decidia á conservar esta pintura, aunque las facciones del desconocido no se encontraban alli reproducidas.

Para hacer comprender la lucha que se suscitó en el ánimo de la jóven, entre el deseo de conservar este cuadro y su resolucion de destruirlo, es menester volver un poco atras, decir una palabra del amor de Reina á Honorato de Berrol, y tambien de sus sentimientos, despues de la aventura de las gargantas de Ollioules.

Honorato de Berrol era huérfano, y pariente lejano de Raimúndo V; tenia un caudal bastante considerable; sus bienes enclavaban en los del baron; algunas comunidades de intereses estrechaban mas los vínculos que existian entre el jóven y el viejo caballero.

Hacia dos ó tres años que Honorato venia casi diariamente á la Casa-fuerte. El caballero era la sinceridad, el honor mismo. Su educacion, sin estar bien cultivada, era superior á la de la mayor parte de los jóvenes de su edad.

Se ocupaba activamente en administrar su bienes; su orden y su economia eran notables, aunque supiese á tiempo mostrarse generoso.

Su talento no era muy eminente, pero tenia buen sentido, mucha razon; su caracter, de una amabilidad encantadora, era muy firme y muy decidido cuando las circunstancias lo exigian.

Lo que predominaba en Honorato de Berrol era una perfecta exactitud de entendimiento; poco ca-

paz de entusiasmo ó de ~~ex~~ageracion, muy arreglado en sus deseos, supremamente contento con su pasion, esperaba con una alegria tranquila y serena el dia de su casamiento con la hija del baron.

No habia en este amor ningun aspecto romancesco. Antes de dejarse arrastrar á su amor á Reina, Honorato habia francamente espuesto sus miras á Raymundo V, pidiendole sondease las disposiciones de su hija.

El buen caballero, muy poco hecho á los medios, y á mediasmedidas, respondió à Honorato que su alianza le convenia perfectamente; dió al instante parte de las miras del caballero á la señorita de Ambiez.

Reina tenia entonces diez y seis años; se prendó de Mr. de Berrol, cuya figura, educacion y maneras eran muy superiores á las de la mayor parte de los caballeros de lugar que en ciertas solemnidades se reunian muchas veces en la Casa-Fuerte.

Reina acogió maravillosamente los proyectos del baron. Este escribió largamente respecto á esta union á sus hermanos, el padre Elzéar y el comendador, sin el parecer de los cuales no concluia casi nada.

Su respuesta fue muy favorable á Honorato. El baron le anunció que podia mirar á Reina como á su esposa, fijó el casamiento para las fiestas de Navidad que seguirian al cumpleaños de los diez y ocho de la jóven.

Dos años se pasaron así, en medio de las dulces esperanzas de este amor tranquilo y puro.

Honorato, serio y tierno, empezó desde entonces

su papel de mentor, tomó poco á poco un grande y útil ascendiente sobre el ánimo de Reina.

Raimundo V amaba tan ciega, tan locamente á su hija, que la dichosa influencia de Honorato salvó á esta de la peligrosa debilidad de su padre.

Habiendo perdido á su madre casi en la cuna, criada á la vista del baron por una buena y honrada muger, de quien era hija Estefania, Reina, felizmente dotada de los mejores instintos, no habia tenido nunca otra guia que su voluntad y su capricho.

De imaginacion viva, ardiente, sus juicios, sus simpatias, sus repugnancias eran á menudo muy exageradas; tambien acogia algunas veces con una impaciencia terca y una maliciosa ironia las sabias observaciones de Honorato, siempre llenas de razon y de medida.

Embaucada con cuentos, con leyendas estravagantes y románticas; muchas veces Reina se habia visto en su pensamiento la heroína de alguna estraña aventura.

Honorato, con un soplo, disipaba estas visiones fantásticas; y vituperaba á su novia, con tanta alegría como gracia, estas imaginaciones vagas.

Pero estas ligeras discusiones se olvidaban pronto. Reina confesaba sus faltas con una adorable franqueza; y la amable intimidad de los dos novios no hacia mas que aumentarse.

Sin saberlo, sufría cada vez mas la influencia de Honorato; en lugar de complacerse con pensamientos vagos y sin fin, de evocar acontecimientos improbables, en los cuales estaria mezclada, Reina ocu-

paba su entendimiento con pensamientos mas graves; pensaba en el dulce y apacible porvenir que le ofrecia su casamiento con Honorato. Reconocia la nada de sus visiones de otro tiempo. Cada paso suyo en este camino sabio y feliz probaba los progresos de su amor al caballero de Berrol.

El ánimo y el carácter de Reina sufrían en fin una trasformacion tan completa, que Raimundo V decia algunas veces chanceandose, que su hija le imponia por su seriedad y por la severidad de su mirada, cuando empezaba á traspasar un poco los límites de la templanza.

El sentimiento de Reina á Honorato no era pues un amor apasionado, febril, alimentado de dificultades, de accesos, é inquieto de su fin, era un afecto sincero, tranquilo, racional, en el cual la jóven reconocia, con una especie de tierna veneracion, la superioridad de la razon de su novio.

Tales eran los sentimientos de la señorita de Anbiez, cuando el fatal encuentro en las rocas de Ollioules.

La primera vez que vió á Erebo, fué bajo la influencia de un profundo sentimiento de reconocimiento. Acababa de salvar la vida del baron.

Reina no hubiera quizá notado la sorprendente belleza del estrangero, sin las circunstancias agravantes en que se presentaba á ella.

Pero acababa de sacar á su padre de un horroroso peligro. Esta fué la mas poderosa resolucion de Erebo.

Sin duda el encanto cesó cuando despues de haber dicho algunas palabras á sus compañeros, el

desconocido mudando de repente de fisonomia, tuvo la audacia de arrimar sus labios á los labios virginales de Reina.

Las facciones del desconocido, que allí habia un instante antes encontrado de una belleza tan pura, de una gracia tan tierna, parecieron desaparecer de repente bajo una máscara insolente y libertina.

Despues, Erebo se le apareció siempre bajo estas dos fisonomias diferentes.

Ya trataba echar de su memoria al temerario que le habia tan insolentemente arrebatado un favor que hubiera apenas concedido al salvador de su padre.

Ya pensaba, con un profundo sentimiento de gratitud, que el baron debia la vida á este mismo extranjero que le habia parecido al principio tan valiente y tan tímido.

Desgraciadamente para el reposo de Reina, Erebo reunia y justificaba, por decirlo así, estas dos fisonomías tan distintas, y en su pensamiento ella le concedia sucesivamente su admiracion y su desprecio.

Pero vacilaba sin cesar entre estos dos sentimientos.

La exageracion natural de su carácter mas apagado que destruido, era despertada por esta extravagante aventura.

Le parecia ver al mismo tiempo, en el desconocido, el genio del bien y el genio del mal.

Involuntariamente, su entendimiento ardiente trataba de penetrar el secreto de este doble poder, y adivinar cual de estas dos influencias era superior á la otra.

Reina no advirtió su constante preocupacion á este respecto sino por las tiernas reconvenções de Honorato de Berrol, que la acusaba de distracciones no acostumbradas.

Por primera vez, Reina sintió casi con espanto el imperio que la memoria del desconocido tomaba en su ánimo; resolvió librarse de él, pero, como debia ser, la misma persistencia que puso en echar á Erebo de su pensamiento lo estableció mas en él todavía.

En su despecho, vertió lágrimas amargas, oró, buscó un refugio y una distraccion en la sabia y tranquila conversacion de Honorato.

Nada pudo hacerla olvidar lo pasado. A pesar de su dulzura, de su bondad, su novio le imponia mucho por su terneza seria, casi solemne.

No se atrevió á abrirle enteramente su corazon. El baron era el mejor de los padres, pero absolutamente incapaz de comprender las angustias indefinibles de su hija.

Concentrado por el silencio, mas escitado por la soledad, un sentimiento mezclado de curiosidad, de admiracion y casi de odio, empezó á echar sus profundas raíces en el corazon de Reina.

Muchas veces se estremeció al notar que la gravedad de Honorato le chocaba. Le echaba en cara casi siempre no tener en su carrera nada de aventurero; nada de romancesco.

Comparaba á pesar suyo la existencia pacífica y uniforme de su novio con el misterio que rodeaba la vida del estrangero.

Luego, avergonzada de estos pensamientos ponía

toda su esperanza en su próxima union con Honorato, union santa, solemne, que trazándole los deberes sagrados, debian borrar sus últimas ideas de jóven.

Tal era el estado del corazon de Reina, cuando, por un misterio inesplicable para ella, encontró en el mismo día dos objetos cuya vista vino á redoblar todas sus angustias, exaltar todas las potencias de su imaginacion.

¿Este estrangero ó uno de sus agentes estaba invisiblemente cerca de ella?

No podia sospechar que los criados interiores de la Casa-Fuerte tuviesen inteligencia con el desconocido. Todos eran viejos servidores encañecidos en el servicio de Raimundo V.

Criada, por decirlo así, por ellos, conocia de tal modo su vida y su moralidad que los creia incapaces de ser cómplices en estas maniobras subterráneas.

El hecho del cuadro colocado sobre su reclinatorio, en su alcoba, la inquietaba principalmente.

Estuvo á punto de ir á dar á su padre, pero el atractivo casi instintivo de lo maravilloso la retuvo; temia romper el hechizo,

Su caracter romanesco encontraba en este misterio una especie de placer mezclado de temor.

Imacesible á las ideas sobrenaturales, de entendimiento firme, decidido, conociendo ademas que no tenia nada allí de realmente peligroso para dejar desarrollar los resultados de esta extraña aventura, Reina se sosegó algun poco, sobre todo así que hubo visitado escrupulosamente su alcoba y la que le pre-

Tomó el cuadro de nuevo, lo considerò algun tiempo; luego, despues de haber estado un momento pensativa, lo tiró en el brazero como con sentimiento,

Siguió con una mirada melancólica la destrucion de esta pequeña obra maestra.

Por un extraño acaso, la vitela quitada del marco se inflamó al principio por los lados.

Así la figura de Erebo ardió la última, y se diseñó solo un momento sobre las ascuas ardientes del brazero.... despues una ligera llama voltigeó sobre ella, todo desapareció....

Reina permaneció largo tiempo.... largo tiempo con los ojos fijos sobre el hogar.... como si continuase viendo el cuadro, aunque estubiese consumido,

El reloj de la Casa-Fuerte dió las dos de la mañana; la jóven volvió en sí, se acostó, y buscó largo tiempo al sueño.



CAPITULO IX.

EL ESCRIBANO.

3 El día siguiente al en que habian pasado las diferentes escenas que acabamos de referir, un grupo de muchas personas, unas à pié, otras á caballo, costeaban la orilla del mar y al parecer se dirigian hácia el golfo de la Ciotat.

El personage mas importante de esta pequeña caravana era un hombre de un aspecto respetable, figura grave y compasada, con una capa de camino encima de su vestido de terciopelo negro.

Tenia una cadena de oro al cuello, y montaba un caballo pequeño que andaba al paso castellano.

Estos personajes no eran otros que el señor Isnard, escribano del almirantazgo de Tolon, y su dependiente ó amanuense que, montado en una vieja mula blanca, llevaba en la grupa enormes sacos llenos de legajos y dos grandes registros en sus estuches de zapa negra.

El escribiente era un hombre pequeño entre las dos edades, nariz y barba puntiagudas, pómulos

salientes, ojos penetrantes. Nariz, barba, pómulos y ojos estaban muy encarnados, gracias al viento del norte mas picante.

Un criado montado en otra mula cargada de alforjas, y dos alabarderos con casacas verdes y naranja con galones blancos, acompañaban al escribano y á su escribiente.

Estos dos curiales parecia no gozaban de una serenidad perfecta.

El señor Isnard principalmente manifestaba de cuando en cuando su mal humor con imprecaciones contra el frio, contra el tiempo, contra los caminos, y sobre todo contra su mision.

El escribiente respondia á estas quejas con un aire humilde y lastimoso.

—Voto á brios! exclamó el escribano, hace solamente dos dias que empecé mi visita.... pero está lejos de anunciarse de una manera agradable. Vaya! la nobleza lleva á mal el recuento de las armas que ha ordenado el mariscal de Vitry; se nos recibe en los castillos como al turco.

—Y somos muy afortunados cuando se nos recibe, señor Isnard, dijo el escribiente.—El señor de Serignol nos dió en la cara con la puerta de su morada, y nos vimos obligados á chacharear al claro de la luna.... El señor de Saint-Ives nos recibió muy de mala gana.....

—Y todas esas resistencias manifestas ó sordas á las órdenes de Su Eminencia el cardenal serán debidamente registradas... y las malas voluntades serán castigadas!

—Por fortuna el recibimiento del baron de Ambiez

nos compensará de estas tribulaciones, señor Isnard? Se dice que ese viejo Señor es el mejor de los hombres. Su humor jovial es tan conocido en el país como la austeridad de su hermano el comendador de la galera Negra y como la caridad del padre Elzéar de la Merced, su otro hermano.

—Que!... Raimundo V hace bien en ser hospitalario, murmuró el escribano; es uno de aquellos viejos revoltosos siempre dispuestos á desenvainar la espada contra todo poder establecido.... Pero paciencia, escribiente! buen animo! el reinado de los hombres de paz y de justicia ha llegado, á Dios gracias! Todos estos batallones con largas espadas y grandes espuelas se están agazapados en sus casas fuertes como lobos en sus cubiles, ó síno, voto á brios!.... se arrasarán sus casas para sembrarlas de sal! En fin, añadió el señor Isnard como si hubiese querido darse un valor facticio, estamos siempre seguros del apoyo del cardenal. Y quitarnos un cabello de la cabeza.... bien lo veis, escribiente, es arrancar un pelo de la barba de su Eminencia.

—Lo cual debe ser perjudicial y sensible á dicha Eminencia, señor Isnard, porque se dice que tiene una verdadera barba de gato, rara y dura.

—Sois un verdadero tonto, dijo el escribano encogiéndose de hombros y dando con el talon á su caballo.

El escribiente bajó la cabeza, no dijo una palabra y se sopló en los dedos como por contención.

La pequeña caravana caminaba hacia algun tiempo por la playa, teniendo la mar á su dere-

cha, á la izquierda interminables rocas, cuando se le reunió un viajero modestamente sentado en un burro.

Por el color tostado de este hombre, por su ropilla de piel, por su gorra encarnada de la cual salía un bosque de cabellos negros, crespos y erizados, en fin por una pequeña fragua portatil colocada en un lado de las ancas de su burro, se reconocia ser uno de los gitanos ambulantes que iban de pueblo en pueblo á ofrecer sus servicios en las casas para soldar ó remendar sus utensilios.

A pesar del frio este hombre estaba descalzo de pié y pierna. Sus miembros delgados pero nerviosos, su cara espresiva apenas sombreada por una barba negra y clara, ofrecia el tipo peculiar á los hombres de su raza.

Su burro, de fisonomia sosegada y mansa, no tenia freno, ni brida; lo conducia por medio de una vara larga que le arrimaba al ojo izquierdo, si queria hacerlo ir á la derecha; y al ojo derecho si queria hacerlo andar á la izquierda. Al acercarse al escribano y su comitiva, el gitano cogió al burro por una de sus largas orejas pendientes, y lo paró.

—Podriais, señores míos, dijo respetuosamente al escribano, podriais decirme si estoy todavia muy léjos de la ciudad de la Ciotat?

El escribano, mirando sin duda como indigno de él responder á aquel hombre, hizo un gesto desdeñoso y dijo á su escribiente:—Dependiente, respondle, y siguió adelante.

—La boca es el ama, la oreja la esclava, dijo

el gitano inclinándose humildemente ante el escribiente.

Este infló sus flacas mejillas, tomó una apariencia soberbia, se plantó sobre su mula con aire triunfante, y dijo al criado que le seguía, señalando al gitano:

—Lacayo, respondedle..... y pasó adelante.

Juanito, mas compasivo, dijo al vagamundo que podía seguir la caravana, que iba á un parage muy próximo á la Ciotat.

Habiéndose dos alabarderos, que venian un poco atras, reunido con el grupo, continuaron marchando por la playa.

Pronto hizo el sol sentir su dulce influencia; aunque se estaba en el mes de Diciembre, sus rayos llegaron á ser tan vivos que el señor Isnard conoció la necesidad de quitarse la capa; la tiró á su escribiente, diciéndole:—Etais bien seguro de saber el camino que conduce á la Casa-Fuerte de Raimundo V, baron de Ambiez? porque pararemos desde luego en la casa. Por alli comenzaré el recuento de las armas en esta diócesis. Ah! ah! escribiente, el aire de la mañana y el olor salino de la playa me han abierto el apetito! dicen que el baron tiene una mesa de abad, y que da una hospitalidad digna del rey Renato, tanto mejor, voto á brios! tanto mejor; asi en vez de irme á establecer por quince dias, en algun meson lúgubre de la Ciotat, vaya! vaya!.... tomaré.... cuarteles de invierno en la Casa-Fuerte de Raimundo V, y estareis conmigo, añadió el escribano como satisfecho.—En lugar de vuestro tocino con ajos y habas ó de vues-

tro vaíto (1) de los dias grandes , no tendreis sino elegir entre las aves domésticas, la caza y el excelente pescado del golfo... Vaya!... vaya! vaya! para un hambriento como vos, es una ganga; asi, os vais á dar una buena...

El pobre escribiente no respondió nada á estas groseras chanzas con que se sentia humillado , á pesar de su infortunio; tan solo dijo al escribano: Conoceré fácilmente el camino, señor Isnard , porque hay un poste y un mojon en el escudo de Raimundo V que marca las tierras Baussenques (2).

—Tierras Baussenques! exclamó el escribano con indignacion, ese es uno de los abusos que destruirá Su Eminencia, voto á brios! Es para volverse loco querer entender este leberinto de privilegios feudales! Luego pasando de lo severo á lo festivo, añadió con gran risa:—Vaya! vaya! vaya! seria eso una tarea tan difícil como si os fuese preciso distinguir el vino de Jerez del vino de Málaga , habituado como estais á entonaros con mal aguapie, y á probar un vaso de Salva-cristiano por la buena boca.

—Y felices si no nos falta el agua, señor Isnard! dijo el pobre escribano suspirando.

—Vaya! vayal.... entonces no falta nunca el rio, y los burros pueden beber en él á su placer, repuso insolentemente el escribano.

(1) Bacalao aliñado con aceite y vino. Comida de los provenzales pobres.

(2) Tierras exentas de derechos y de contribuciones de resultas de concesiones hechas á los señores de la casa de Beaux, una de las mas antiguas de Provenza, con la cual Raimundo V estaba aliado.

Su desgraciada víctima no pudo menos de bajar los ojos sin responder, en tanto que el escribano, envanecido con su triunfo, se ponía la mano sobre los ojos para ver si descubría en fin la Casa-Fuerte de Ambiez; pues el apetito del curial estaba vivamente escitado.

El gitano, que caminaba junto á los dos interlocutores, habia escuchado su conversacion.

Aunque sus facciones fuesen vulgares, anunciaban mucha sutileza é inteligencia. Sus chicos ojos negros, penetrantes, movibles, se dirigian sin cesar del escribano al dependiente con una espresion sucesivamente irónica y compasiva. Cuando el señor Isnard terminó su conversacion con una chanza grosera acerca de los burros, frunció vivamente sus cejas y parecia estar á punto de hablar; pero, sea que temiese al escribano, sea que tuviese miedo de hablar demasiado, calló.

—Decidme, escribiente! exclamó el escribano parandose delante de un poste con armas, marcando la entrada de una senda, no es este el camino de Ambiez?

—Sí, señor Isnard. Es menester abandonar la playa. Este es el camino de la Casa-Fuerte; está á doscientos pasos de aqui; esa roca os la oculta, añadió el escribiente mostrando una especie de promontorio que entraba en la mar é impedía en efecto divisar el castillo.

—Entonces, id delante, dijo el escribano deteniendo su caballo y dando un latigazo á la mula del escribiente.

Este pasó adelante, y la pequeña escolta entró por

una especie de camino de herradura muy rápido que serpentaba por en medio de las rocas de la costa.

Después de haber andado un cuarto de hora, el camino era mas llano, colinas pobladas, viñas, olivares, campos sembrados, sucedieron á las rocas. El señor Isnard vió en fin con alegría la mole imponente de la Casa-Fuerte. Se diseñaba al fin de una inmensa calle de árboles, plantada con seis filas de hayas y de sicómoros, que conducia al grande patio de que hemos hablado.

—Vaya!... Vaya!... dijo el escribano abriendo sus anchas narices, pronto serán las doce. Esta debe ser la hora de la comida de Raimundo V; porque estos señores campecinos siguen la antigua moda provenzal; hacen cuatro comidas de cuatro en cuatro horas, almuerzan á las ocho, comen á las doce, meriendan á las cuatro, y cenan á las ocho.

—Ay! eso es lo mismo que si comiesen todo el dia, dijo el escribiente suspirando apetitosamente, pues están á veces dos ó tres horas en la mesa.

—Vaya!... Vaya!... os estais ya relamiendo!... No veis un humo espeso por el lado de las cocinas?

—Señor Isnard, no sé donde están las cocinas, dijo el escribiente, nunca he entrado en lo interior de la Casa-Fuerte... pero se vé, en efecto, un humo encima de la torrecilla que mira á poniente.

—Y no sentis ningun olor á cocido ó asado? Voto á brios! en casa de Raimundo V, debe ser Pascua todos los dias... O'ed... escribiente... oled...

El escribiente avanzò la nariz como un perro que vuela una pieza, y respondió meneando la cabeza: No huelo nada.

Así que el escribano estuvo á algunos pasos del patio de la Casa-Fuerte, se admiró de no ver á nadie fuera de aquella vasta habitacion á una hora en que las ocupaciones domésticas exigen siempre tanto movimiento.

Hemos dicho que el patio formaba una especie de paralelogramo.

En el fondo se elevaba la parte principal de la casa.

A cada lado, se veian sus partes colaterales, como tambien las de servicio.

En fin, en el primer término, una alta muralla, con troneras, en medio de la cual se abria una macisa puerta; delante de esta muralla habia un ancho y hondo foso lleno de agua, el cual se pasaba por medio de su puente volante colocado en frente de la puerta.

El escribano y su gente llegaron á la entrada del puente. Allí encontraron al señor Laramée.

El mayordomo, solemnemente vestido de negro, tenia en la mano una varilla blanca, señal distintiva de sus funciones.

El escribano bajó del caballo con aire de importancia, y, dirigiendose á Laramée, le dijo:

—De parte del Rey y de su Eminencia monseñor el cardenal, yo, el licenciado Isnard, escribano, vengo á hacer el censo y enumeracion de las armas y de las municiones de guerra detenidas aqui en esta Casa-Fuerte, perteneciente al señor Raimundo V, baron de Ambiez.

Luego volviendose hácia su comitiva, á la cual se habia unido el gitano, dijo.—Vosotros, seguidme.

Laramée hizo una profunda cortesía con aire so-
carron, respondió al escribano mostrandole el cami-
no:— Si quereis acompañarme, señor escribano, voy
á abriros nuestros almacenes de armas y de arti-
lleria.

Animado con este recibimiento, el señor Isnard y
su gente, pasaron el puente, dejando fuera sus caba-
llos amarrados al parapeto, segun recomendacion es-
presa del mayordomo.

Al entraren el patio plantado de árboles, el escri-
bano dijo á Laramée:— Tu amo está ahí dentro! Va-
ya!... vaya!... tenenos mucha hambre y mucha sed,
amigo mio....

El mayordomo miró al escribano, se quitó el som-
brero y respondió:— Me tuteais, me llamais amigo,
me honrais mucho, señor escribano.

— Sea, sea, soy buen príncipe. Si el baron no es-
tá en la mesa, llévame primero á el, y si está en la
mesa, conduceme mucho mas pronto á él.

— Se acaba justamente, señor escribano, de ser-
vir á monseñor, voy á abriros la puerta de honor
como conviene.

Dichas estas palabras, Laramée desapareció por
un estrecho corredor.

El escribano, su escribiente, su criado, el gitano
y los dos alabarderos se quedaron en aquel grande
patio, ocupados en mirar el lado de la puerta prin-
cipal del castillo que cuyas dos hojas esperaban, á
cada instante, verlas abrir.

No advirtieron que dos hombres retiraban del foso
el puente volante; de la parte del campo; de suerte
que toda la retirada estaba cortada á los curiales.

CAPITULO X.

EL RECuento.

 N el lado del patio, que daba á la mar, habia tres ventanas en la galería que se estendia á lo largo del edificio, y salian á un balcon que caia encima de la puerta principal del castillo.

El escribano comenzaba á notar que se empleaba mucho ceremonial en introducirlo con el baron, cuando se abrieron de pronto las ventanas, y salieron al balcon diez ó doce caballeros en traje de caza, con galones, botas, espuelas, teniendo un vaso en una mano y una servilleta en la otra, dando voces y risas descompasadas.

A su cabeza estaba Raimundo V.

Se veia por el color envinado de los compañeros del alegre anciano, que se levantaban de la mesa y que habian gloriosamente vaciado mas de una botella de vino de España.

Los convidados de Raimundo V pertencian á la nobleza de las inmediaciones; casi todos eran conocidos por su odio al mariscal de Vitry, y por la

oposicion manifiesta ó solapada que hacian incesantemente al poder del cardenal de Richelieu.

Honorato de Berrol y Reina, no habiendo podido disuadir al baron de su peligroso proyecto, se habian retirado á la habitacion de la torre.

El escribano empezó á creer que se habia engañado contando con un recibimiento favorable por parte del baron, temia tambien ser víctima de alguna burla diabòlica viendo la estrepitosa alegría de los huespedes de la Casa-Fuerte, reconociendo principalmente entre ellos al señor de Serignol, que le habia negado brutalmente la entrada de su castillo.

Con todo eso se mantuvo sereno: seguido de su escribiente, que temblaba á mas no poder, fué debajo del balcon, llevando detras sus dos alabarderos.

Dirigiendose á Raimundo V, que, echado sobre la reja del balcon, lo miraba con aire irónico, le dijo:—En nombre del Rey y de su Eminencia monseñor el cardenal...

—Vaya al diablo el cardenal! que su Eminencia infernal vaya al lugar de donde vino! gritaron algunos caballeros, interrumpiendo al escribano.

—Bercebú hace en este momento caldear un birrete de acero para su Eminencia, dijo el señor de Serignol.

—Los frailes Franciscos de su Eminencia deberían estar en buenas cuerdas en la horca, repuso otro.

—Dejad hablar al escribano, gritó el baron volviendose á sus convidados, dejadlo hablar, por un solo chirrio no se conoce el pájaro nocturno... Va-

mos... mal dia! habla, escribano!...habla pues! continúa tu gregueria!!

El escribiente, completamente desmoralizado y meditando ya sin duda su retirada, volvió la cabeza al lado de la puerta, y advirtió con terror que el puente estaba quitado.

—Señor Isnard, dijo en voz muy baja y temblona, hemos sido cogidos como en una ratonera, han quitado el puente.

No obstante la tranquilidad que afectaba, el escribano echó una ojeada por encima de su hombro, y respondió en voz baja:—Mandad á los alabarderos que se acèrquen á mí insensiblemente.

El escribiente obedeció, el pequeño grupo se encontró en medio del patio, escepto el gitano.

Colocado debajo del balcon, parecia contemplar con curiosidad á los caballeros que estaban en él.

El señor Isnard, deseando cumplir su comision lo mas pronto, y viendo que se habia engañado acerca de las disposiciones hospitalarias de Raimundo V, leyó con voz un poco alterada esta notificacion judicial:

—En nombre de Su Magestad, nuestro señor, Rey de Francia y de Navarra, y conde de Provenza, y de Su Eminencia monseñor el cardenal de Richelieu, yo, Tomas Isnard, escribano del almirantazgo de Tolon, enviado por el procurador del rey en el juzgado del dicho almirantazgo, vengo aqui á esta Casa-Fuerte á hacer el censo y enumeracion de las armas y municiones de guerra que se encierran aqui, para formar un estado, segun el cual determinará Su Escelencia monseñor el mariscal de Vitry, go-

bernador de Provenza, á fin de acordar la cantidad de armas y de municiones que deberá dejar en la dicha Casa-Fuerte; en su consecuencia, yo Tomas Isnard, escribano del almirantazgo de Tolon, me presenté personalmente al dicho señor Raimundo V, baron de Anbiez, requiriéndole y en caso necesario intimándole obedezca las órdenes notificadas.... Hecho en la Casa-Fuerte de Anbiez dependiente de la diócesis de Marsella y de la Vegueria de Ex, el 17 de Diciembre de 1632.

El viejo baron y sus amigos escucharon al escribano con una perfecta calma, dirigiendose unos á otros algunas miradas irónicas. Asi que el señor Isnard dejó de hablar, Raimundo V se echó sobre el balcon y respondió:

—Digno escribano, digno enviado del digno mariscal de Vitry y del digno cardenal de Richelieu (Dios libre al Rey, nuestro conde, de su Eminencia), nos Raimundo V, baron de Anbiez y dueño de esta pobre casa, nos te autorizamos para cumplir tu comision. Tu vez esta puerta?... á la izquierda donde está colocado el rótulo que dice *Armas y artilleria*?... Abre, y has tu oficio,.....

Diciendo estas palabras, el viejo gentilhomme y sus huespedes se asomaron al balcon como si se preparasen á gozar de algun espectáculo interesante é imprevisto.

Isnard habia seguido con la vista el gesto del baron que le indicaba el misterioso almacén.

Era una puerta de mediano grandor sobre la cual se veía en efecto pintado un rótulo que contenia estas palabras: *Armas y artilleria*.

Esta puerta estaba situada hácia en medio del ala izquierda.

El escribano sin poder darse cuenta de su repugnancia dirigió al almacén una mirada inquieta, y dijo á Raimundo V con aire resuelto,

—¿Cual de vosotros viene á abrir esta puerta?

El gesto del viejo gentilhombre le hizo encenderse de cólera: iba al punto á declarar; pero se contuvo, y respondió:

—Uno de los míos, señor escribano, ay de mí; no tengo mas que un hombre; el buen viejo que habeis recibido es mi único criado. Los impuestos que percibe vuestro digno cardenal, y los dones voluntarios que exige de nosotros reducen la nobleza provenzal al estado de mendicidad que veis. Estais acompañado de dos compadres con alabardas, y de un galante con capa de sarga (aquí el escribiente hizo un respetuoso saludo) vuestro mundo es mas que suficiente para que lleveis vuestras órdenes á ejecucion.

Viendo Raimundo V al gitano al pie del balcon le gritó:

—Hombre del sombrero colorado, ¿quien diablo eres? Aproximate, ¿qué haces? apartate á este lado.

El vagamundo se acerca al balcon y responde:

—Señor, soy un pobre artesano ambulante que busca la vida con su trabajo: vengo de Bani y voy á Ciotat: he entrado para saber si habia ocupacion en el castillo.

—¡Qué! tu eres mi huesped? gritó el varon, no permanezcas mas tiempo en este sitio!! Al oír semejante indicacion se miraron atemorizados los

dependientes de justicia, en tanto que el gitano con una maravillosa agilidad trepaba como un gato á uno de los pilares de granito que sostenian el balcon, y se asió de los pies del baron por fuera de la balaustrada.

La rápida ascension del gitano, y la destreza con que la ejecutó, escitó la admiracion de los huéspedes de Raimundo V.

Este, con aire festivo, tirándole de una de las largas mechass de su cabellera negra, le dijo:

—Tú brincas muy bien para pararte en buen camino, entra en la casa; Laramée te dará un trago.

Con la mayor ligereza pasó el gitano por encima del balcon y entró en la galeria que servia de comedor en ocasiones solemnes, en la cual encontró los restos de la abundante comida que acababan de disfrutar los huéspedes del baron.

El escribano permanecia inmóvil en medio de los que le rodeaban sin saber qué resolver.

Contemplaba aquella puerta fatal con una vaga inquietud, mientras que el viejo gentil hombre y sus amigos parecian aguardar con impaciencia el término de esta escena.

En fin el señor Isnard queriendo salir de esta posicion embarazosa, se volvió hacia el baron y le dijo con aire solemne:

—Tomo por testigos á cuantos me acompañan de lo que pueda sucederme de malo, y vos responderis, señor, de cualquier desgracia ó aciaga emboscada que resulte atento á la dignidad de la ley y de la justicia ó de nuestra recomendable persona.

—Y bien, ¿que es lo que decis? Ninguna per-

sona se opone aquí dentro á que hagais vuestro oficio, mis armas y mi artillería están ahí; entrad, visitad, contad, la llave está en la puerta.

—¡Sí, sí, entrad, la llave está en la puerta! repitieron en coro los huéspedes del baron en un tono que pareció al escribano de siniestro agüero.

Este último, exasperado, pero sintiéndose fuerte, alejado de la fatal pueta, dijo á su escribiente:

—Id á abrir esta puerta, y concluyamos.

—Pero, señor Iznard....

—Obedeced, obedeced, dijo el escribano haciéndose atras.

—Pero, señor Iznard.

—Y el pobre escribiente mostró el registro en una mano y la pluma en la otra.

—Yo no tengo las manos libres. Es preciso que yo pueda arreglar el proceso verbal en cualquier caso. Si él aclara algunos maléficios detras de esta puerta ¿no debo yo al instante mismo echarlos sobre el proceso verbal?

Estas razones parece que hicieron alguna impresion en el escribano.

—Juanito, abre esta puerta, dijo entonces á su lacayo.

—Señor, yo no me atrevo, replicó Juanito retirándose detras de su amo.

—Me entendeis, miserable!

—Sí, señor; pero yo no me atrevo: hay ahí algunas hechicerías.

—Pero, diablo.....

—Aunque estribase en ello la salud de mi alma, aseguro señor, que no la abriré, dijo Juanito en tono resuelto.

—Vamos, vamos, dijo el escribano con despecho; y dirigiendose á los alabarderos:—Se dirá.... mis bravos, que vosotros solos obrareis como hombres en este negocio. Abrid la puerta y que esta escena ridicula se concluya.....

Los dos guardias hicieron un movimiento de retirada, y uno de ellos respondió:

—Escuchad, señor Isnard, nosotros estamos aquí para prestaros nuestro apoyo hasta donde podamos, si se revelan contra vuestras órdenes, pero no se os impide la entrada.... la llave está en la puerta... entrad pues solo si gustais.

—Como? tambien tu tienes miedo?

El alabardero, meneó la cabeza y dijo:

—Escuchad, señor Isnard, las partesanas y las espadas no valen nada aqui; lo que valdrá será un sacerdote con su estola y teniendo en la mano el hisopo.

—Miguel tiene razon, señor Isnard, dijo el otro guardia—poner un aviso, que podrá ser como el del exorcismo de los delfines del año pasado. (1)

—Si ese perro de Bohemia no se hubiera escapado en el camino, dijo el escribano dando una patada con rabia, él hubiera abierto esta puerta.

Despues, volviendo maquinalmente la cabeza, el escribano, percibió en casi todas las ventanas de la

(1) Cesar de Nostradamus cuenta en 1632 la fabulosa historia de los delfines, los cuales eran tan feroces que deboraron muchos marineros del puerto y llegaron a amenazar á la villa de una invasion.

Afortunadamente el clero los exorciso y desaparecieron.

Casa-Fuerte, figuras de hombres y de mugeres, que medio cubiertas detras de los vidrios parecian mirar con curiosidad á los individuos del tribunal.

Mas bien por amor propio, que por valor, el señor Isnard, viéndose objeto de las miradas de tantas personas, marchò resueltamente hácia la puerta, y puso la mano en la llave.

En este momento le faltó el corazon. Oyó en el almacen un ruido sordo y una especie de movimiento extraordinario que hasta entonces no habia penetrado en sus oidos.

Un poder mágico parecia sugetar la mano del escribano á la llave de la puerta.

—Vamos, escribano, ya estas ahí, ya estás ahí, gritó uno de los huéspedes dando palmadas.

—Yo apuesto que tiene calor como en el mes de Agosto, aunque el viento sopla del norte, dijo otro.

—Dejadle tiempo para invocar á su patron y hacer un voto, replicó el tercero.

—El ha hecho sin duda, el voto de no meterse á bravo en ningun otro peligro si el santo le libra del presente, dijo el señor de Siguerol.

Estrechado al cabo por estas burlas, y reflexionando que despues de todo Raimundo V no habia de ser tan cruel que le hiciera correr un peligro real y positivo, el escribano tiró de la puerta y retrocedió bruscamente.

Al momento se vió el escribano atacado por dos toros de la Camargne que se lanzaron del establo besandose la cabeza y despidiendo estrepitosos bramidos.

Estos dos animales no eran de talla alta; pero parecían llenos de vigor.

Uno de ellos era bermejo, con rayas morenas en el fondo; el otro era de un negro azabache.

El primer uso que hicieron de su libertad fué el de entregarse al regocijo, levantando la tierra con los pies delanteros y procurando desembarazarse de los bozales.

La aparición de los dos toros fué saludada por los gritos de júbilo, y por los bravos de los huestes del barón.

—Y bien, escribano, ¿y tu inventario? gritó Raimundo V dando libre curso á su alegría. —Vamos, escribiente, echa sobre tu proceso veival mis toros *Nicolas* y *Saturnino*. Ah! tu quieres las armas que yo poseo; velas ahí. Yo me defiendo con los cuernos de esos compadres de la Camargne.... Ea, diablo, te estoy viendo para que reconozcas que esas son dos armas importantes y ofensivas.... Vamos escribano, cumplimenta á Nicolas é inventaria á Saturnino.....

—Dios mío, exclamó el señor de Signerol, estos toros tienen aire de querer hacer el inventario de los calzones del escribano y su dependiente.

—Virgen santa! á pesar de su robustez, el escribano ha dado una vuelta que haría honor á un torero.

—Pues mirad al dependiente serpentear al traves de los árboles como una comadreja azorada.

—Nicolas tiene ya un pedazo de su capa.

Y es inútil decir que estas diferentes exclamaciones señalaban las diversas fases del paseo improvisa-

do con que Raimundo V regalaba á sus huéspedes.

Los toros se habían puesto efectivamente en persecucion del escribano y del dependiente, á quienes deseaban atacar en el momento. Los alabarderos y Juanito se hallaban colocados á lo largo de la muralla.

Gracias á los árboles, el escribano y su dependiente, pudieron escapar del rudo ataque de los toros, escondiéndose por algunos momentos y corriendo de árbol en árbol.

Muy pronto les faltaron las fuerzas. El miedo paralizaba sus movimientos y ya se veían atropellados casi á los mismos pies de los furiosos animales. Debe decirse en justo elogio de Raimundo V que apesar de lo brutal y salvaje que era su diversion, se habria visto desolado al presenciar el desenlace trágico que era de esperar.

Afortunadamente uno de los alabarderos exclamó:

—Señor Iznard, montaos en un árbol, apriesa, apriesa, mientras que el toro se vuelve.

No obstante sus muchas carnes, el escribano siguió el consejo del alabardero y se abalanzó al tronco de un sicomoro y afirmándose en las rodillas, en los pies y en las manos, empezó tórpemente á ascender haciendo esfuerzos inauditos.

El baron y sus huéspedes viendo que el individuo de justicia no corria ningun peligro, comenzaron de nuevo los gritos y la bulliciosa alegria. El escribiente, mas listo que el escribano, se encontró al momento en seguridad en lo alto del sicomoro.

—El buen hombre ha llegado al fin, cuidado con

escaparse! exclamó Raimundo V riéndose de las lágrimas y de los esfuerzos del escribano que procuraba montarse sobre una de las principales ramas mas elevadas del árbol, adonde habia llegado con tanto trabajo.

—Si el escribano tiene el aire de un oso viejo, dijo otro, el dependiente parece un mono tambien viejo meneando las quijadas....

—Vamos, vamos á trabajar, escribiente, donde está tu pluma, tu tintero y tu registro? hasta ahora estás con seguridad; garabatea tu libro de mágia, dijo el señor de Signerol.

—Atencion, atencion! el torneo empieza nuevamente, exclamó un convidado, es Nicolas contra un alabardero.

—Sitio!... sitio! para Nicolas!!

Viendo á los dos curiales resguardados de sus ataques, los toros se volvieron hacia los alabarderos.

Pero uno de estos, arrinconándose contra el muro, picó tan vigorosamente al animal en la nariz y espalda que el toro no osó emprender un segundo ataque, y se volvió tranquilamente en medio del patio.

Viendo el valor del alabardero le dijo el baron.

—Valiente, no temas nada, tu tendrás un doblon para beber á mi salud, y te proveeré ademas de vino gratis... Despues, dirigiéndose al invisible Laramee, el viejo gentil-hombre exclamó:—Dí al pastor que envíe sus perros para que hagan entrar á los toros en su casa. El baile del escribano y del dependiente ha durado bastante.

Apenas acabó de hablar el baron, cuando tres

perros, de pastores, de talla elevada, salieron por una puerta y se fueron en derecha hacia los toros. Estos, despues de varios cumplimientos, concluyeron por entrar á galope en su estancia, en aquel pretendido almacen de armas y artilleria de la Casa-Fuerte, como decia falsamente el rótulo.

El escribano y su escribiente, viéndose libres del peligro, no se atrevieron sin embargo á bajar todavia de la posision casi inespugnable que ocupaban.

En vano Laramée vino á ofrecerles un trago de parte del baron y á decirles que el puente estaba preparado y que los caballos y las mulas los aguardaban afuera.

—El escribano, con voz alterada, y enjugándose el copioso sudor que bañaba su frente, apesar del frio, contestó á Laramée:—No saldré de aqui mientras que mi escribiente no haya instruido un proceso verbal por el enorme atentado que el baron, vuestro amo, acaba de cometer con nosotros. Puede que nos tenga usted reservados otros malos tratamientos; pero el señor gobernador y si fuere necesario, monseñor el cardenal, me vengarán.... y voto á brios, que no ha de quedar piedra sobre piedra en esta maldita casa que Satanas confunda....

Raimundo V, teniendo en la mano un gran látigo de caza, bajó al patio, dió un par de pistolas al alabardero que habia combatido con el toro, y se encaminó hácia el árbol, al mismo tiempo que el escribano fulminaba sus amenazas.

—Qué es lo que dices atrevido? gritó el baron haciendo crujir el látigo.

—Digo, replicó el escribano, digo que el señor mariscal no dejará impune esta ofensa, y que á mi llegada á Marsella donde él se encuentra, yo le contaré todo... yo...

—Ah! voto á brios! exclamó el baron, crugiendo segunda vez el látigo.—Creo muy bien que tu le referirás todo! Por eso justamente te he recibido de esta suerte, á fin de que él vea el caso que hago de sus órdenes. Voto á tal, dijo el viejo gentilhombre, no pudiendo contener la cólera: la nobleza provenzal, supo en el último siglo echar de su provincia al insolente duque de E'pernon y sus Gascones, como indigno de mandarla, y ella no lanzará á un Vitry, á un miserable asesino!!.... que se conduce como bandido italiano, que deja nuestras costas sin defensa, que nos pone en la dura necesidad de guardarnos nosotros mismos, y que nos vé quitar los medios de resistir á los piratas?..... A fuera de aquí..... bribon, y vete con Dios á poner en órden tu libro de mágia en otra parte que no sea mi casa.

—Yo no bajo! dijo el escribano.

—Mira pues que te chamuseo sobre el árbol como á un tejón en el tronco de un sauce? dijo el baron.

Creyendo á Raimundo V capaz de todo, bajó lentamente del árbol el señor Isnard. El escribiente, que aun permanecía mudo, imitó el movimiento de su principal y llegó á tierra al mismo tiempo que él.

—Toma, son tuyas, dijo el baron al escribiente, metiéndole en la mano varias monedas de plata, tu beberás á la salud del rey nuestro conde.

—Os prohibo aceptar una blanca, dijo el escribano.

—Será usted obedecido, señor Isnard, contestó el escribiente. Estos son dos escudos de plata y no una blanca, y se guardó el regalo.

—Y yo añadiré en mi proceso verbal que usted ha intentado sobornar á mis agentes, dijo el escribano.

—Fuera de aquí, fuera de aquí, voto á tal!— replicó el baron, haciendo todavia crugir su látigo.

—Usted dá á las gentes una hospitalidad bien extraña, baron de Ambiez, dijo el escribano con amargura.

Semejante reproche pareció afectar profundamente á Raimundo V. Voto á bríos! dijo, todo el pais sabe, que asi el rico como el miserable han encontrado siempre en esta casa un asilo franco y una hospitalidad leal; pero ni ahora ni nunca tendré piedad con los tiranos que dependan del cardenal. Fuera de aqui, al instante, ó te sacudo como á un perro.

—Todo el mundo dirá, esclamó el escribano lleno de rabia, caminando hácia atras en direccion del puente, todos dirán que usted ha querido atentar contra la vida de un oficial de justicia del Rey, y que usted lo ha echado de su casa á latigazos, en vez de haberle dejado ejecutar tranquilamente las órdenes de su eminencia el señor cardenal y del señor mariscal.

—Sí, sí, todo esto le puedes decir á tu mariscal, y aun añadirle, que si llega á venir aquí, aunque tengo la barba blanca, me encargo de probarle con

la espada en la mano, que no es mas que un asesino asalariado, y que su señor el cardenal, no es mas que una especie de pachà cristiano mil veces mas déspota que el turco... dile que se guarde bien de obligarnos á nada... porque podriamos acordarnos oportunamente de un noble principe, hermano de un buen rey, alucinado hoy por ese falso sacerdote, primo de Belzebuth. Le dirás, en fin, que la nobleza de Provenza, quiere lo mismo tener por conde soberano á Gaston de Orleans, que al rey de Francia, pues en la actualidad el rey de Francia es Riche-lieu!

—Cuidado, baron! dijo por lo bajo el señor de Signerol. Usted va demasiado léjos.

—Voto á brios? contestó el impetuoso baron, mi cabeza responde de mis palabras; pero gracias á Dios tengo un brazo para defenderla! Fuera de aqui, bribon. Oye bien lo que te digo. Nunca verás nuestros cañones ni nuestras municiones. Renunciaremos á nuestras armas cuando los perros ruegan á los lobos que les corten las patas y les arranquen los dientes... Fuera de aquí te digo...

El escribano habiendo llegado á la barra de hierro, atravesó con rapidez el puente, seguido del escribiente y de sus guardias, y montó á caballo lanzando un anatema fulminante sobre la casa del baron.

Raimundo V entró en la casa con sus huespedes y volvió á sentarse á la mesa porque habia llegado la hora de merendar.

El fin de la jornada se pasó con la alegria y el júbilo que naturalmente habia inspirado esta aventura.

Desde una de las ventanas del castillo, habia presenciado la escena Honorato de Berrol. Conociendo la obstinacion de su futuro suegro, no quiso hacerle la menor advertencia; pero en cambio no pudo menos de estremecerse al reflexionar acerca de las palabras imprudentes que habia pronunciado Raimundo V tocante á Gaston de Orleans.



CAPITULO XI.

EL GITANO.

UCHOS dias habian pasado desde que el señor Iznard, el escribano, fué bruscamente despedido de la Casa-Fuerte de Aubiez.

La conducta del baron para con los enviados del mariscal duque de Vitry, habia sido generalmente aprobada por la nobleza de las inmediaciones.

Un pequenísimó número de gentiles hombres estaban sometidos á las órdenes del gobernador.

El señor Iznard, que se estableció en una posada de Ciotat, habia enviado un espreso á Maisella con el fin de instruir á Mr. de Vitry de todo lo acaecido en casa del baron.

El pueblo estaba ordinariamente de parte de la nobleza y del clero, porque estas dos clases eran las que defendian los derechos y regalías provenzales.

Los tres estados *cleresía sagrada, nobleza ilustre, república y comunidades provenzales* como los nombra César de Nostradamas (1), se sostenian con-

(1) Historia de Provenza.

tra el enemigo comun, es decir, contra todo gobernador que no pareciese digno de regir al país, ó que atacase sus privilegios.

No obstante, ocurrían de cuando en cuando escisiones pasajeras entre la nobleza y el pueblo, toda vez que jugaban de por medio los intereses particulares.

Iznard habia llegado á Ciotat en un momento favorable á su resentimiento contra Raimundo V.

Uno de los cónsules de la ciudad, llamado el señor Talebard-Talebardon, sostenia en nombre del pueblo un proceso contra el baron, de resultas de ciertas redes de pescar que el señor de Aubiez habia establecido ilegalmente, decia el cónsul, en un pareje donde aquel se creia con derecho á poder pescar, con grave perjuicio de los intereses públicos.

Aunque los habitantes de Ciotat hubiesen en esta ocasion encontrado socorros y apoyo cerca del baron, aunque en el último desembarco de los piratas, los hubiese combatido con valor á la cabeza de sus gentes armadas, y casi salvado la ciudad, nunca el reconocimiento del pueblo llegaba hasta el punto de prestar una sumision absoluta á los deseos de Raimundo V.

El consul Talebard-Talebardon, antagonista personal del baron, exagerando las faltas de este último, habia enconado la cuestion de tal suerte que una grande irritacion se hacia notar desde luego en el ánimo de aquellos habitantes.

No contribuyó poco á avivar el fuego la llegada del señor Iznard, el que habló largamente acerca

del cruel recibimiento que habia tenido en la Casa-Fuerte. Aunque él no era del país, le convenia hacer público el ultrage que se habia cometido en su persona, presentandolo como cuestion habida entre noble y plebeyo.

El escribano decidió á los cónsules á contenerse respectivamente en los límites de su dignidad y á perseguir con rigor al baron delante del tribunal competente, en vez de seguir las negociaciones amigables entabladas en aquella sazon.

Animados con tan desfavorables ideas, creció como era natural la ojeriza contra el baron. Se olvidaron los servicios reales y positivos dispensados por este á la ciudad, su generosa hospitalidad, y el bien que hacia en los lugares comarcanos, para acordarse de que era un hombre imperioso, colérico y lleno de otra infinidad de defectos.

Se exageraron los destrozos que causaban sus perros de caza, se habló tambien del modo brutal con que habia tratado á los naturales en tiempo de sus representaciones sobre la pesca; y en fin, desde el arribo del escribano á Ciotat, se empezó á hablar del señor de Ambiez como si fuese un verdadero tirano feudal.

Mientras que la tempestad crecia por este lado, reinaba en la Casa-Fuerte una envidiable y perfecta tranquilidad.

Raimundo V no solo bebia y cazaba á su placer, sino que con una actividad no conocida, recorria muy á menudo sus dominios para visitar, acompañado de sus gentiles-hombres, á los vecinos, á fin, de-

cia, de mantener el fuego sagrado y la animadversión general contra el mariscal de Vitry, pidiendo á cada uno su firma al pie de una especie de instancia dirigida al Rey.

En este manifiesto, la nobleza provenzal exigía terminantemente la retirada del mariscal, y recordaba á Luis XIII, que su padre, de gloriosa memoria, el bueno, el gran Enrique, habia llamado, en iguales circunstancias, al duque de E'pernon, para hacer justicia á los justos clamores del pais.

Por último, la nobleza espresaba su respetuoso sentimiento de no poder obedecer las órdenes del cardenal, renunciando al derecho de armar sus casas, porque la ley de la propia conservacion le mandaba permanecer diariamente en estado de defensa.

La actividad incansable del baron se renovaba en esta cruzada dirigida contra el mariscal de Vitry; y tal era el ardor con que habia entrado en ella, que, segun decia, sus piernas y brazos habian vuelto á adquirir la misma agilidad que cuando tenia veinte años.

Esta era la fisonomía moral de la Casa-Fuerte algunos dias despues del suceso de que hemos hecho mérito.

Nos hemos olvidado del gitano, que siguiendo al escribano en su expedicion á la Casa-Fuerte, é invitado por el baron, escaló el balcon de un modo tan sorprendente.

Para servirnos de una espresion muy moderna y especial, el gitano vagamundo estaba enamorado *muy á la moda* en la rústica y guerrera habitacion de Raimundo V.

«Inmediatamente reunió porcion considerable de utensilios y provisiones caseras, con una ligereza admirable.

Poco despues, *Rayo*, el lebrel favorito del baron, se lastimò una pata, y apenas el gitano se enteró, corrió á la montaña, buscó ciertas yerbas á la claridad de la luna, rodeó cuidadosamente con ellas la parte dolorida, y al dia siguiente se vió á *Rayo* saltar alegrémente sobre los terrenos montuosos y correr como un gamo por aquellas llanuras baroniales.

Pero aun hay mas: *Mistraoü*, el caballo mas hermoso y querido que tenia Raimundo V habia sido herido de resultas de una pedrada. Al momento aplicó el gitano al casco, que era el sitio lastimado, una plancha delgada de hierro y acertó á colocarla con tal habilidad que en lo sucesivo preservó al animal de alcanzarse á la pierna dolorida.

El baron estaba loco de contento con el gitano. La misma señora *Dulcelina*, á pesar del horror que le inspiraba aquel hombre que no estaba bautizado, que carecia de un nombre cristiano, se mostró algun tanto cariñosa con él por haberle proporcionado recetas para dar colorido á los vasos y hacer excelentes licores.

No se hallaba menos encantado con la habilidad del gitano, el buen abad *Mascaroüs*, meced á varios especificos de cuyos secretos le habia aquel instruido.

Tales eran por esta parte las ventajas que disfrutaba el gitano.

Reunia ademas un talento muy variado y agradable. Tenia en una pequeña jaula dos preciosos pa-

lomos que manifestaban una inteligencia sobrehumana. Su borrico llenaba de admiración á los habitantes de la Casa-Fuerte por la gracia con que marchaba sobre los dos pies traseros. En fin, el gitano jugaba con las balas de hierro y los puñales tan bien como el mejor jugador indiano. Era asimismo buen tirador, tan bueno como el mas diestro carabínero.

Dirémos en fin para concluir la relacion de las numerosas habilidades de este vagamundo, que cantaba lindamente, acompañándose de una especie de guitarra morisca de tres cuerdas.

A esta habilidad debia indudablemente el apodo de *cantor*, con el cual, segun decia, era únicamente conocido entre sus camaradas.

Estefania fué la primera que señaló á su señora el nuevo trovador. Era mas bien feo que bonito; pero en sus facciones se notaba cierta expresion mas fácil de concebir que de explicar, cuando daba á conocer su voz dulce y melancólica.

Preciso es tener presente la vida pacífica y monótona de los habitantes de la Casa-Fuerte, para poder comprender lo que vamos refiriendo.

El vagamundo se hizo al fin escuchar de Reina, que dió su consentimiento escitada por Estefania.

Honorato de Berrol, de acuerdo con su futura habia vuelto á Marsella á fin de juzgar por sí mismo el efecto que produjeran las quejas del escribano.

En el caso de que el baron tuviera algo que temer, Honorato debia inmediatamente prevenir de ello á Reina y emplear la influencia de uno de

sus parientes, amigo del mariscal, para aplacar el resentimiento que la conducta imprudente del baron pudiera originar.

Reina; creyó encontrar una distraccion á sus pensamientos escuchando el canto del gitano.

La imágen del desconocido la perseguia vivamente. Las circunstancias misteriosas que habian exaltado su imaginacion, la interesaban y asustaban á un mismo tiempo. Por tanto, queriendo, ó mas bien, creyendo poner un término á esta aventura romancesca, habia fijado su casamiento para el dia despues de Pascua, y de consiguiente mientras mas próximo veia el momento mas se arrepentia de su promesa.

Sumergida en sus tristes meditaciones se hallaba Reina; sentada en la torrecilla que le servia de salon, cuando entró Estefanía diciendole:

—Señorita, vea usted el cantor; ahí está en la galeria, puedo hacerlo entrar?

—Y para qué? dijo Reina.

—Para que, señorita? Para distraer á usted de esas ideas que la atormentan. Lástima es, que ese hombre sea un desdichado! Desde que se ha quitado el vestido de cuero y puesto en su lugar el jubon encarnado que le dió monseñor, tiene todo el aire de un gendarme; y además, un pico de oro: yo respondo de ello. Si á usted le agrada, se le dará la cinta color de fuego que yo tengo en mi cabeza, para que pueda amarrarse la coleta. Sin ese adorno, dice, no se atreverá á presentarse delante de la señorita.

—Veo, hija mia, que tu te sacrificas, dijo Reina, sonriendose. Sin embargo, dudo que Luquin te fe-

licite por tan bello regalo. Mas, cuando vuelve ese bravo capitan?

—Esta tarde ó mañana temprano, señorita.

—Y llevará él á bien, crees tú, que le des las cintas á ese cantor vagamundo?

—Que lo lleve á bien ó á mal poco me importa. Lo que sí me importa es procurar una distraccion á mi querida señora. Yo no he de contenerme por temor á un mal lizo de cintas....

Ah!... Estefania... Estefania.... eres muy coqueta: yo he visto mas de una vez los ojos negros y vivos de ese vagamundo dirigirse sobre los tuyos.

—Esto indica, señorita, que él aprueba el gusto de Luquin, cosa que debe lisougear á mi capitan, dijo Estefania sonriéndose.

—Te equivocas.... vas á agraviar á Luquin, replicó Reina con seriedad.

—Oh! mi querida señora! ¿con que no puede una amar con ternura, con lealtad á su amante, y divertirse con las galanterías de un vagamundo extranjero, como usted le dice!

Reina tomó por una alusion á sus propios pensamientos estas palabras, á las cuales realmente no habia dado Estefania ningun sentido. La dirigió una mirada severa, diciéndole en tono imperioso... Estefania!!

La modesta y linda cara de esta, tomó al instante la espresion de una profunda melancolía. Pero era tanto el interés de sus ojos bañados en lágrimas, y tal el candor que se retrataba en ellos, que conmovida Reina, alargó la mano á Estefania diciéndole:

—Vamos, vamos, tú eres una loca.... pero buena y honesta.

Estefania se sonrió, besó con ternura y reconocimiento la mano de su señora, y dijo, enjugándose los ojos con las flemas de los dedos. ¿Hago entrar al cantor, señorita?

—Vamos pues, dijo esta, que entre; á lo menos te servirá de algo el sacrificio de la cinta color de fuego.

Al punto obedeció Estefania, é inmediatamente volvió á entrar seguida del gitano.



CAPITULO XII.

LA GUZLA DEL EMIR.

 PESAR de lo humilde de su condicion , el gitano no se mostró tímido en presencia de Reyna.

Saludó á esta con una especie de desembarazo ó facilidad respetuosa, dirigiendo al mismo tiempo una mirada viva y rápida hacia los objetos que le rodeaban.

Poco habia ganado el exterior del cantor en concepto de Estefania. Su talle esbelto, sus bien contorneadas formas se bosquejaban perfectamente por debajo del jubon, obsequio del baron: tenia atada la coleta con el lazo de cinta color de fuego de Estefania. Las polainas de paño azul, bordadas de lana colorada le subian por encima de las rodillas. Ultimamente, su larga cabellera negra le caia sobre la cara que apesar de ser delgada denotaba mucha perspicacia é inteligencia.

Veíasele en la mano una especie de guitarra de manga de ébano adornada primorosamente de plata y oro: en la estremidad superior formaba la manga

ó cabo del instrumento como una paleta , en medio de la cual habia una pequeña medalla circundada de oro cincelado, semejante á la cubierta de un medallón.

Nos hemos detenido en explicar la riqueza de este instrumento, por el singular contraste que formaba con la posición desventajosa del gitano vagamundo.

Admirada la misma Estefania, dijo, dirigiéndose al gitano:

—Pero yo, aun no habia visto esta bella guitarra, cantor!

Estas palabras llamaron la atención de Reina , la que, tan sorprendida como su compañera, dijo tambien al gitano:

—Efectivamente, para un trabajador ambulante, es demasiado rica.

Yo soy pobre, señorita, tan pobre , que algunas veces hasta me falta el pan; y no obstante, mejor quiero morir de hambre, que vender esta guzla. Mis brazos aunque débiles, sabrán defenderla. Nadie me la arrancará sino despues de mi muerte..... Ella es mi mas precioso tesoro... Apenas me atrevo á tocarla... Pero la rosa de Ambiez quiere oirme, y todo lo que yo deseo ahora , es que mi canción sea digna del instrumento y de la que me escucha.

El gitano hablaba con pureza el francés, aunque su pronunciación árabe tenia algo de gutural.

Las miradas de Reina se encontraron con las de Estefania al oír semejante lenguaje en boca de un infeliz vagamundo.

—¿Pero como posee usted, dijo Reina, ese instrumento, á que da el nombre de guzla?

El gitano, moviendo la cabeza con aire melancólico, contestó:

—Esa canción, señorita, es mas triste que la otra. Hay en ella mas lágrimas que sonrisa.

—Pero bien, dijo Reina, vivamente interesada por la ternura romancesca de este incidente; véamos como esta guitarra ha venido á manos de usted.

El gitano exaló un profundo suspiro; dirigió á Reina una mirada penetrante, é hizo oír varios tonos sonoros, que por largo tiempo vibraron en las bóvedas de la torrecilla,

—Pero, y la historia de esa guzla? dijo Reina con extrema impaciencia.

Sin responder una palabra, y haciendo un ademán de súplica con la mano, empezó á cantar el vagamundo, acompañándose con gusto y diciendo con voz dulce y grave las estancias siguientes:

—»Lointain es el país donde yo nací: las arenas
„del desierto lo rodean como un mar árido.

»Yo vivía allí con mi madre; ella era pobre, era
„anciana, se hallaba ciega.

„Yo amaba á mi madre como los desgraciados
„quieren á los que se interesan por ellos.

„Mi madre vivía triste, muy triste, desde que ha-
„bia perdido la vista.

„Yo iba al valle á cogerle flores.

„Ella procuraba consolarse al sentir la fragan-
„cia de las flores, cuyos colores vivos y variados no
„podía distinguir.

„La voz de un hijo es siempre dulce al oído de
„una madre.

„Por eso yo le hablaba, y tenía el placer de verla
„sonreír.

„Pero no ver nada! no ver nada! esto la consumia,
„la hacia morir de pena.

„Poco á poco vino á caer en una sombría de-
„esperacion.

„Antes de hallarse de esta suerte, salia apoyada
„en mi brazo, y paseaba á la caída del sol por de-
„bajo de los naranjos del jardin del jóven y bravo
„émic de nuestra tribu.

„El calor del sol, templado y grato, reanimaba
„á mi madre.

„Le gustaba mucho oir el murmullo de las cas-
„cadas, al caer en los pilones de mármol del jardin.

„Un dia, que echó de menos con mas amargura
„que de ordinario la falta de la vista, reusó volver
„á salir en lo sucesivo.

„Por mas que le rogué, que le supliqué, todo fué
„inútil... se mostró inflexible.

„Retirada en el rincón mas solitario de nuestra
„morada, y con su cabeza venerable envuelta en su
„manta negra, permaneció obstinadamente en esta
„triste posicion.

„Ella no quiso volver á tomar mas alimento....
„ella queria morir.

„Un largo dia y una noche cruel habian trans-
„currido, y durante este tiempo todo lo rehusó.

„En vano le decia...., madre mia.... madre
„mia.... si continuais así, tambien yo moriré.

„Nada me contestó.

„Viendola silenciosa y sombría, agarré su ma-
„no ... aquella mano querida estaba ya helada. In-
„tenté calentarla con mi aliento; pero mi madre la
„retiró.

Al pronunciar estas últimas palabras, era tal la espresion de tristeza que se advertia en la voz del gitano, y los tonos que despedia de su guzla tenían tal carácter de melancolía, que Reina y Estefania se miraron en silencio, inundados sus ojos en lágrimas de ternura. El vagamundo sin reparar en la emocion que estaba causando, continuó de esta suerte.

„Habia llegado la noche.

„Noche cruel para mí! Y sin embargo, era una hermosa noche.

„Al traves de la ventana abierta de nuestra casa, veíase un cielo puro y estrellado: la pálida luz de la luna, plateaba con sus rayos las praderas; oía, se algun ruido... alguno.

„Oh sí, sí! se oía la respiracion agitada de mi pobre madre.

„De repente se levantó un ligero ruido; muy lejos, bien lejos, lejísimo.

„Parecia el eco dulce y fabuloso de una voz cantando en el cielo.

„Bien pronto se sintió un soplo de brisa cargado del perfume de los naranjos.

„Yo tenia entre las mias, la mano helada de mi madre, y la sentí estremecerse.

„La voz celeste se acercaba! se acercaba!

„Los sonos de un instrumento melodioso la acompañaban, dándole un encanto inesplicable.

„Mi madre temblaba todavia... en esto, mueve su cabeza, escucha... por la primera vez, despues de tantas horas, dió algunas señales de vida.

„A medida que los acentos encantadores llegaban hacia nosotros, parecía que mi madre se reanimaba.

„Su mano estaba menos fría.

„Aquella voz, la voz de mi madre, muda hasta entonces, se dejó al fin escuchar..... ¡Hijo mío! dijo, esos cánticos me llegan al alma, me tranquilizan. ¡Cuanta necesidad tenía de llorar!

„Y diciendo estas palabras sentí bañada mi frente por lágrimas de fuego.

„Oh! madre mía! madre mía!—Silencio, hijo....
„calla, calla... me replicó, tapandome la boca con una de sus manos y señalandome con la otra la ventana.—Escucha, escucha la voz...hela ahí...he-la ahí.“

Profundamente conmovida, apretó Reina la mano de Estefania é hizo un movimiento de cabeza en señal del sentimiento de piedad que la dominaba.

El gitano continuó:

„A la claridad de la luna, vimos pasar al jó-
„ven émír, que caminaba lentamente montado
„sobre el soberbio y blanco Azib, uno de sus mas
„hermosos caballos; sobre Azib, manso como el cor-
„dero, brabo como el leon y blanco como el cisne.

„El émír dejaba flotar las riendas de oro sobre el
„cuello del arrogante alazan. Como era feliz, can-
„taba acompañandose con su guzla.

„Su voz, no era de júbilo, de alegría, sino una
„voz tierna y melancólica.

„El émír pasó adelante, continuando su canción,

„Silencio... hijo... silencio; dijo en voz baja mi
„madre cerrandome convulsivamente la mano. ¡Es-
„ta voz divina me hace tanto bien!

„Ay de mí! Poco á poco la voz se alejó: el émír
 „había pasado: de allí á corto tiempo no se entendía
 „nada... nada... ni el mas leve sonido.

Ah! dijo mi madre, yo vuelvo á sentir el mismo
 horror de esta fatal noche. Esa armonia celestial dis-
 sipaba las tinieblas... Ay de mí! Ay de mí! y cru-
 zó las manos con desesperacion.

La infeliz se llevó llorando toda la noche.

Al dia siguiente empeoró esta cruel situacion. Su
 razon se ofuscó. En su delirio, me llamaba mal hijo,
 acusandome de no haberla dejado oir nuevamente
 aquella voz deliciosa, y añadiendo, que si no vol-
 via á escucharla, se moriria indudablemente.

Así era en efecto. Durante muchas horas, habia
 reusado toda clase de alimentos. ¿Qué hacer, pues,
 en tan apurado trance?

El émír de nuestra tribu era el mas poderoso de
 los émires.

Si él levantaba su edjerid, al instante montaban
 á caballo diez mil de sus caballeros.

Su palacio era digno del sultan... Sus tesoros
 inmensos. Ay Dios mio! Como atreverse siquiera á
 concebir la idea de ir á buscarlo, de ir á decirle:
 „Vengo por tí para que con tu voz arranques de la
 „muerte á una pobre muger vieja, enferma y deses-
 „perada?

„Y sin embargo de todo... yo me atreví. A mi
 „madre no le quedaban quizás sino algunas horas
 „de vida... yo me fuí á palacio.

—Y el émír? exclamó Reina profundamente con-
 movida é interesada, mientras que Estefania, no me-
 nos enternecida que su señora, cruzaba las manos
 con admiracion.

El gitano miró á los dos jóvenes con una tristeza inesplicable, colocó la guitarra sobre sus rodillas, y dijo interrumpiendo esta especie de improvisación: — *Una mujer fué tambien mi madre*, me dijo el émir, y vino conmigo.

— Y vino! gritó Reina con entusiasmo. — Oh que noble corazón!

— Sí! el mas noble de los nobles corazones! repitió con exaltación el gitano. El émir, que era tan digno, tan grande, tan poderoso; venir durante cinco dias con sus noches á nuestra pobre morada....! ¿Cómo podré referir á ustedes su bondad sensible, casi filial? Ay de mí! Si mi madre no hubiera tenido en sí el germen de una enfermedad mortal, los cánticos del émir la hubieran salvado, por que el efecto que sobre ella producian tenia un prodigio.... Pero á lo menos murió casi sin sufrir.... espiró en un éxtasis profundo. Esta guzla, era del émir.... él me la dió.... cuantas gracias debo darle! Los últimos momentos de mi madre fueron apacibles... pobre madre!.....

Una lágrima brilló en los ojos negros del gitano. Despues, como si hubiera querido alejar de sí esos dolorosos recuerdos, volvió á tomar con viveza la guzla, y dijo estas otras estancias con voz fuerte y exaltada, haciendo vibrar el sonoro instrumento.

„El nombre del émir es sagrado en su tribu.

„Ninguno mas valiente que él.... ninguno mas bueno.... ninguno mas noble.

„Apenas tiene veinte años, y su nombre es ya el terror de las otras tribus.

„Su brazo es delicado como el de una muger;
„pero tan fuerte como el de un guerrero.

„Su fisonomía es risueña, es hermosa como la
„del genio que se presenta en el dorado sueño de las
„jóvenes; pero algunas veces suele ser terrible co-
„mo la del genio de las batallas.

„Su voz suave y tierna encanta y seduce como
„el amor; pero á veces suena con la misma fuerza
„que un clarín.“

Poseído de entusiasmo, el gitano se aproximó á
Reina, y le dijo, abriendo el medallón incrustado
en la guzla. „Vea usted, vea usted... si no es el mas
„hermoso de los mortales!“

La jóven miró el retrato. y lanzó un grito
de sorpresa. Este retrato era el del extranjero de las
rocas de Olliules que habia salvado la vida á su
padre.

En este instante se abrió la puerta del salón de
Reina, y se dejó ver á Honorato de Berrol seguido
del capitán Luquin Trinquetaille, que habia llegado
de Niza en la tartana nombrada *El Santo-Terror*
de los Moriscos, con la gracia de Dios.



CAPITULO XIII.

LOS CELOS.

EUEGO que Honorato de Berrol entró en casa de Reina se apresuró á retirarse Estefania para dejar solos á los dos amantes, por lo que dió un paso hácia la puerta de la habitacion en ademan de querer salir; pero notándolo Reina le dijo con voz conmovida:—Quédate aquí.

Después de estas palabras, no pudiendo apenas contener el sentimiento que le embargaba, bajó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

En estreño admirado se hallaba Honorato sin saber qué pensar acerca de la escena muda que miraba delante de sí.

El gitano habia cerrado el medallon que contenia el retrato, colocádolo encima de una mesa.

Aunque el capitan de la tartaña procuraba hallar las miradas de Estefania, no pudo conseguirlo, por que esta tuvo especial cuidado de evitarlo.

Luquin Trinquetaille fué tanto mas sensible á estas muestras de reserva de parte de Estefania, cuanto

que, acababa de reconocer en la coleta del gitano una cinta color de fuego, enteramente parecida á la que acostumbraba llevar aquella en la cabeza.

Unida esta observacion á algunas pífidas insinuaciones de Laramée relativas á la conducta de Estefania, produgeron como era de esperar sus naturales efectos, despertando la pasion de los celos en el corazon de Luquin.

Miró este al cantor lleno de despecho, y volviendo los ojos hácia Estefania, dióle á entender de un modo bastante significativo que deseaba saber por qué el vagamundo tenia puesta una cinta semejante á la que ella le servia de adorno.

Luquin, al querer espresar lo que pasaba en su interior, acompañó sus miradas á Estefania de ciertos signos mímicos con la mano izquierda, llevándose esta hácia el cuello; lo que observado por la jóven se apresuró á decir al capitan en voz baja y afectando un tono candoroso.—¿Teneis ahí algun mal, señor Luquin?

Las palabras de la maliciosa jóven escitaron la cólera del capitan, y aun arrancaron á Honorato de la especie de estupor en que habia caído de resultas del extraño recibimiento que le habia hecho su amante.

Así es que se aproximó á Reina y le dijo de esta suerte: He llegado desde Marsella para hablaros de cosas muy graves respectivas á vuestro padre. Trinquetaille ha venido de Ciotat; el negocio de la pesca, cada dia se empeora mas... el pueblo se muestra muy irritado. En vista de todo esto es preciso que nos quedemos solos.

Reina no contestó una palabra. Sin embargo, apenas acabó de hablarle Honorato, alzó la cara regada de lágrimas, é hizo una señal á Estefania denotándole que se fuese, cuyo mandato obedeció esta no sin dirigir antes á su señora una mirada llena de tristeza.

Tinquetaille siguió á su amante con aire colérico, acompañado igualmente del gitano.

—Reina, en nombre del cielo, decidme, que es lo que tenéis? dijo Honorato, luego que se vió solo con la señorita de Ambiez.

—Nada... no tengo nada, amigo mio.

—No tenéis nada, y llorais, y vuestras facciones están alteradas! Qué es pues lo que ha ocurrido?

—Nada, amigo mio, yo os lo diré... es una niñería. El gitano nos ha contado un romance de su país. Estaba cantando y yo lo escuchaba; pero no hablemos nada de ese loco... hablemos de mi padre... Se halla en algun peligro? El enojoso tratamiento que hizo sufrir al escribano, ha irritado al mariscal? Y qué dice Luquin del asunto de la pesca? Honorato... Honorato! respondedme pues!

—Escuchadme, Reina; aunque se trata de incidentes, sino peligrosos, por lo menos de alguna entidad, dejadme que los olvide ahora, para hablaros de lo que para mí es superior á todas las cosas.. de mi amor por vos.

—Honorato... Honorato... y mi padre?

—Os aseguro de nuevo, que en este momento no hay ningun peligro para el baron. El mariscal ha comisionado dos hombres de su confianza para la averiguacion de los hechos,

—Pero Luquin, que es lo que hará acerca de la pesca?

—Dispondrá que los cónsules remitan los antecedentes al tribunal respectivo. Ya lo veis, Reina, estas noticias, aunque graves, no inspiran ningun temor... y

—Cómo creéis que mirará el mariscal la conducta de mi padre? dijo Reina interrumpiendo á Honorato precipitadamente.

—Dios mío! qué es lo que todo esto significa, Reina? Nõ debemos unirnos para siempre dentro de algunos dias, en la pascua? Es posible, pues, que haléis importuno el que os hable de mi amor?

Reina dió un suspiro, y bajó la cabeza sin responder.

Oídme, Reina, dijo Honorato con sentimiento: hace un mes que pasa por vos alguna cosa inexplicable, ya no sois la misma; estais distraida, preocupada, taciturna; cuando os hablo de nuestra próxima union, de nuestros proyectos, de nuestro porvenir; me respondeis como á la fuerza... Esto no es natural. Que es lo que podeis reprochar en mí?

—Nada... nada... Oh! nada... Honorato, vos sois el mejor, el mas noble de los hombres!

—Hay muy pocos días que vos misma anunciasteis á vuestro padre que nuestra union tendria efecto en la Pascua, aunque los acontecimientos impedirán á vuestro tio el comendador y el padre Elzéar poder asistir á la ceremonia.

—Es verdad.

—Y bien!... habéis mudado de opinion? Que-
reis dilatar el cumplimiento de aquella promesa?

Nada me respondeis... Dios mio... Que es lo que esto significa?... Ah! Reina... Reina... soy muy desgraciado!

—Amigo querido, no os desesperéis así... tened piedad de mí... tened... soy una loca... soy indigna de vuestro amor, os atormento...

—Pero en fin... que teneis... que es lo que queréis?

—Lo ignoro... yo sufro... tened... digo que soy una loca, una insensata y bien miserable... creedme.

Diciendo estas palabras ocultó la frente con sus manos. Honorato la contempló poseído de una angustia dolorosísima.

Al fin rompió este el silencio y dijo á la acongojada Reina.—Ah! si conociese menos la pureza de vuestro corazón, si no estuviese persuadido hasta la evidencia de la rectitud de vuestras intenciones creería, no lo dudeis, que ese corazón no era ya mio, que un rival afortunado me habia reemplazado en él. Pero no, no, conozco vuestra franqueza, si así fuese me lo habiais revelado sin rubor, porque sois incapaz de hacer ninguna cosa indigna... Pero entonces, qué significa el estado de turbación en que os he encontrado? Hace un mes me amabais tanto... así me lo deciais... y sin embargo ahora me dais pruebas de lo contrario. Qué he hecho yo para desmerecer de vuestro amor?

Honorato de Betrol, dominado por una profunda tristeza, y abismado en sus crueles reflexiones, empezó á pasearse aceleradamente, guardando un completo silencio.

La opresión que experimentaba Reina, no le per-

mitió decir ni una palabra. Hubo un momento en que estuvo á punto de confesarlo todo á Honorato; pero la vergüenza se lo estorbó; aunque, por otra parte, aun no se hallaba en disposicion de darse cuenta á sí misma de los encontrados afectos que la combatian.

La relacion del gitano, y la increíble casualidad que habia puesto delante de sus ojos el retrato del desconocido, aumentaban su curiosidad, y el interes romancesco que bien á su pesar sentia por el extranjero.

Pero ese interes era el que inspira el amor? Y por otra parte, quién era este hombre? El gitano le apellidaba el émír de su tribu; pero en Marsella, así él como sus dos compañeros habian pasado por Moscovitas. Cómo averiguar la verdad á traves de tantos misterios?.... Además, quién podia asegurarle que ese hombre le agradaria despues de conocerlo? No era él un idólatra? Seria cierto lo que el gitano habia cantado?

Abismada en este caos de pensamientos confusos, no halló Reina ni una palabra que contestar á Honorato.

Para qué confesar su inesplicable secreto? Si ella hubiese sentido decrecer ó modificar el amor que tenia á Honorato, se lo hubiera manifestado con la lealtad é ingenuidad que le asistia; pero no estaba en este caso. Ella sentia por él la misma ternura, la misma confianza, y veneracion un poco tímida de siempre.

Si algunas veces Honorato aplicaba sus labios á la frente de la jóven, ella se sonreia únicamente sin dar muestras de turbacion.

Nada nuevo encontraba que pudiera ahagarla demasiado en sus relaciones con Honorato; y de consiguiente veía llegar el día de su casamiento, poseída de una angustiosa inquietud.

Era sin duda vituperable esa falta de confianza para con Honorato: pero Reina consideraba al mismo tiempo, con el sutil instinto que pertenece á la mayor parte de las mugeres, que seria tan peligroso como inútil el dar cuenta á su amante de las estrañas preocupaciones de su corazon.

Honorato parecia hallarse muy apesadumbrado. Reina por su parte se acusaba á sí misma de no haberle dicho una palabra para tranquilizarlo; pero lanzada una vez en esta via de confianza y sinceridad, conocia demasiado que no le seria dable dejar de confesarlo todo. Hubo no obstante un momento en que la jóven se preparó á obedecer la voz de su conciencia. . . . El aspecto amenazador de Honorato detuvo súbitamente la palabra en sus labios.

A fuerza de buscar en vano la causa del resfriamiento y de la conducta de Reina vinieron de repente á sorprenderlo ciertas sospechas atormentadoras. Hacia un mes poco mas ó menos que el señor de Signerol habia llegado á la Casa-Fuerte, y esta reflexion fué en él bastante poderosa para que atribuyese esclusivamente á ese hombre la odiosa cualidad de rival.

Era tanto menos fundado semejante pensamiento, cuanto que la jóven Reina hablando con su futuro el día de la aventura del escribano, habia difamado al señor de Signerol, acusándolo en términos casi injuriosos, de que contribuia vivamente á esci-

tar el carácter impetuoso de Raimundo V. En una palabra, M. de Siguerol jamás, quizá, había hablado en particular con la señorita de Ambiez.

El estado de agitacion y de dolor en que se hallaba Honorato, le hacia acoger toda suposicion capaz de poderle explicar el extraño cambio de Reina.

Admitida una vez la idea que hemos dicho, se llenó de indignacion al recapacitar sobre la manera desdeñosa con que Reina le habia hablado de ese hombre grosero, pues solo veia en las palabras de su amante un disimulo pérfido y en alto grado vituperable.

Reina era á sus ojos doblemente culpable. Pudiendo disponer libremente de su mano, debia haberle dicho francamente que renunciase á ella, en lugar de entretenerle con esperanzas dudosas. Hasta llegó á imaginarse que el gitano era un emisario de M. de Siguerol.

La reciente turbacion de Reina le habia confirmado en esta falsa idea. No pudiendo pues ocultar semejante prevencion, le dijo aquella de repente.

—Confesad, señorita, á lo menos, que es muy extraño que recibais francamente en vuestra casa á un gitano vagamundo. Si este no hubiese hecho mas que cantar, segun me habeis dicho, no os hubieseis puesto tan conmovida desde que he entrado aquí.

A pesar de que Honorato en medio de su cólera, habia guardado esta acusacion para lanzarla en el último extremo, no pudo menos de sonrojarse al proferirla, porque aun le quedaba un resto de esperanza, aun le parecia que quizá sus palabras ofenderian la buena fé é inocencia de Reina; pero cual fué

su sorpresa, cual fué su espanto, su desesperación, su dolor, al ver á esta avergonzada, bajar los ojos y no responder una palabra!

El pensaba solamente en el retrato del desconocido y en la aventura que tanto la habia afectado: en aquel momento no sabia si las palabras de Honorato hacian ó no alusion al estado en que se hallaba.

La turbacion de la jóven confirmó al caballero en sus sospechas, el cual dijo con amargura,

—Ah! Reina!... jamas me hubiera atrevido á creeros capaz de olvidaros de vos misma hasta el punto de comprometer vuestros mas caros intereses, confiandose los á semejante miserable.

—Que es lo que quereis decirme, Honorato? Yo no os comprendo. Esta es la primera vez que os oigo pronunciar tales espresiones.

—Porque esta es la primera vez que he tenido la conviccion de ser vuestro juguete, replicó Honorato sin poderse contener.

—Pero á la verdad, vos no habeis meditado bien el valor de vuestras palabras.

—Yo digo,—yo digo, señorita, que ahora comprendo bien vuestras escitaciones, vuestra turbacion... lo que no puedo comprender es que hayais tenido la crueldad de hacer representar un personage de comedia, á un hombre que os habia consagrado su vida entera.

—Honorato, mirad que perdeis la cabeza! creedme, no merezco esas acusaciones.

—Pues una de dos, contestó Honorato, ó de un mes á esta parte habeis estado pensando en nuestro

casamiento, ó no os habeis acordado casi de él. Si esto último es cierto, no queda duda que os habeis burlado del amor de un hombre como el que os habla. Si por el contrario ha estado presente en vuestra memoria aquella sagrada union á pesar del amor que ahora ocupa vuestro pecho... ya veis... esto es igualmente odioso.

Aunque las suposiciones de Honorato fuesen absurdas y aunque sus palabras hubiesen herido vivamente á Reina, no dijo esta una palabra.

Atribuyendo ese silencio á la doblez y constante reserva de la jóven, le dijo Honorato.

—Nada me respondeis..., nada podeis responderme! No me he equivocado pues. El gitano es un secreto emisario de M. de Signerol.

—De M. de Signerol? exclamó Reina. En mi vida he pensado en él... Jamás le he dirigido la palabra sin estar en presencia de mi padre... ademas que bien sabeis el caso que hago de él.

—Heccis bien vuestro papel, dijo Honorato, mas. . .

—M. de Signerol... M. de Signerol... replicó Reina... pero... estais loco,

—Acabemos esta ridícula comedia, señorita. Hace un momento que no aparto la vista de vos, y he tenido ocasion de ver por mí mismo la turbacion de vuestro semblante desde que empecé à hablaros del gitano. Acabemos esta comedia, vuelvo á deciros.

Bien fuese por altivez, por despecho, por desesperacion, ó ya en fin porque la habian herido las acerbas reconvenciones de su amante, lo cierto es que Reina levantando la cabeza con dignidad dijo así á este.

—Teneis razon, Honorato. No continuemos esta escena, poco digna de vos y de mí. Supuesto que me juzgais tan mal, supuesto que esas sospechas son la principal base de vuestras ignominiosas acusaciones, acabemos de una vez, sellad vuestros labios; yo no desplegaré los míos.

—Ah! señorita, este es sin duda vuestro propósito. Seria necesario que olvidase lo que os debo, para intentar que abandonaseis esa reserva. En hora buena! Heme aquí contento! Echemos en el olvido los dorados sueños de felicidad en los cuales fundaba mi vida entera! Olvidemos tambien los votos mas caros de vuestro padre y de vuestra familia!... Teneis demasiado imperio sobre el baron para hacerlo sucumbir á vuestros deseos. Os aseguro que yo no me opondré jamas.....

En este momento se oyeron pasos, y no sin sorpresa vieron los dos interlocutores entrar en la habitacion á Raimundo V. trayendo un papel en la mano,



CAPITULO XIV.

LA CITACION.

UX encolerizado estaba Raimundo V para poder advertir la espresion de profunda tristeza y de disgusto que se veia impresa en las fisonomías de Reina y Honorato.

Dirigiéndose á este le dijo de esta suerte:

—Voto á brios! sabéis lo que Trinquetaille acaba de decirme? Querras creer hijo mio, que esos viles, que esos cochinos de Ciotat, á quienes tan á menudo he engordado con mis favores y dispendios, y á los cuales he salvado de los dientes de los perros berberiscos, quieren emplazarme para mañana Domingo delante del tribunal de los hombres de mar, por el negocio de la pesca?... Y el abad pretende que...

Despues, volvió hácia la puerta y continuó. Pero, por qué no se adelanta el abad? En donde diablos estáis metido?

El buen capellan, detenido con mucha prudencia en la antecámara, dejó ver entonces su larga figura por entre las dos alas de la puerta de dicha habitacion.

—Con que señor abad, replicó Raimundo V, ese tribunal es soberano, porque á vos os place, no es así? Ese hermoso tribunal! ese cuerpo en que se encuentra el padre Cadaoü, vendedor de pescado, y otros varios peces de nueva especie, que se mantienen como el camaleon, y que entre todos ellos juntos apenas poseerán una barca miserable y una red! Voto á bríos, que es cosa graciosa verme puesto á pregon por esos viejos galantes.

—Monseñor, dijo el abad Mascarolu, la jurisdiccion del tribunal de hombres de mar, en materia de pesca, es suprema y sin apelacion. Esa jurisdiccion ha sido confirmada por las cartas patentes de Enrique II en 1537, de Carlos IX en 1564, y del rey nuestro conde en 1662. Es ademas una de las mas antiguas costumbres de las comunidades ó sociedades provenzales. No hay ejemplo de que ningun sacerdote ó plebeyo haya declinado su jurisdiccion.... Y monseñor.....

—Demasiado, abad, demasiado, dijo el baron con enfado. Si tienen el atrevimiento de citarme... vive Dios, que no incurriré en la debilidad de obedecer sus órdenes... aunque me sean hechas en virtud de las cartas patentes de todos esos reyes que se han citado aqui. A las patentes de los reyes, opondré los títulos y privilegios que obran en mi poder, concedidos á mi casa por otros soberanos, en recompensa de los servicios hechos á ellos por mi familia. Mis redes y todos los demás utensilios de pesca continuarán donde ahora están, y por el diablo, que les haré una buena guardia.

—Señor, permitidme, dijo Honorato.

—Señor! Y porque me das tu este título? dijo el baron interrogando á Honorato.

Este miró á Reina lleno de sentimiento, como dándole á entender, que por causa de ella, se veia privado en adelante de poder dar un nombre tan tierno á Raimundo V.

Honorato replicó con voz apagada: Y bien! pues to que deseais.... padre mio.....

—Ah! ya caigo! Que es lo que ha sucedido aquí? preguntó el baron á su hija con admiracion. Veo que Honorato me llama su padre.... y hace bien, porque dentro de pocos dias él será mi hijo.

Reina bajó los ojos abochornada y permaneció sin hablar ni una palabra.

—Y bien, veamos, habla pues, dijo el viejo gentil-hombre á Honorato. Que tienes tu que decirme?

—Que los cónsules, contestó, escitados por el escribano Isuard, han manifestado algunos sentimientos hostiles contra vos, padre mio; mas no temais sin embargo, que los de Ciotat ni los pescadores hagan causa comun con esas malas gentes. Si ellos vieran que rehusabais el presentaros... y...

—Quién... yo?... ¿temer yo á esas gentes? dijo el baron con impetuosidad. De padres á hijos estoy en el derecho de poner las redes y cuanto concierne á la pesca en la ensenada de Castrombaou, y sabré sostener ese derecho aunque se opusiesen todos los pescadores que hay desde aqui á Sifour.

—Vuestros títulos y privilegios de la pesca, dijo el abad, se remontan al año de 1221, reinando Felipe, rey de Francia, y por cierto que estos do-

documentos están registrados por Bertrán de Cornillon.

—Y que necesidad tengo yo de la autoridad de los Bertrán ni de los Cornillon? dijo el baron. Yo tengo la fuerza por encima del derecho. Pardiez!... No he visto pícaros semejantes.... ¡Venir á dirigirse á mí, á mí, que diariamente los he sostenido, que siempre han tenido en mí su mejor defensor!

—Ah! mi buen padre! ellos os encontrarán todavía como os han hallado siempre.... generoso y bueno....

—Pero cómo podré vengarme de esos brutos, sino es haciéndoles ver que un gentil-hombre es de mejor alcurnia que ellos?

—Ah! monseñor, dijo el abad, conozco eso perfectamente. Si quisierais solamente que los hombres de mar examináran los títulos....

—Cómo! cómo se entiende? ¡Hacerlos examinar? Mirad bien lo que decís.... A latigazos me gobernó yo con un escribano que envió aquí un duque... un par... un mariscal de Francia.... y estaría bien que fuese ahora á someterme á la arbitrariedad caprichosa de esos viejos llenos de brea, que salen de su embarcacion para entrar en el tribunal! ¡Iria yo á descubrirme delante de esa canalla que la mañana misma de su audiencia gritaban á la puerta del tribunal: Quien compra! quien compra empanadillas hirviendo!... Esa, esa plebe á quien mi familia diariamente ha colmado de..... Elzéar, mi valiente y querido hermano, cuando hizo su último viage á Argel, para el rescate de los cautivos, no se trajo de Berberia á cinco habitantes de Ciotat? Ahora tres a-

ños, no dió caza mi hermano el comendador con su galera negra á cinco ó seis javeques que cruzaban sobre la costa, estorbandoles sus corzeos, y los cuales huyeron á su presencia como una nube de gorriones delante de un Halcon? ¡Y esas son las gentes que me acusan! Voto á bríos!... que me envíen al escribano, y ya verán la acogida que le doy: justamente tengo una correa nueva en el látigo... Pero no hablemos mas de esas miserias. Dame tu brazo, hija mia; hace un tiempo hermoso para irnos á pasear. Ven con nosotros Honorato.

—Dispensadme, padre mio... Tengo necesidad de ir á mi casa... y me seria imposible acompañaros.

—Entonces, vete inmediatamente y vuelve aquí corriendo... Espero que no haran nada contra mí esos canallas de Ciotat; pero si intentasen llevar á cabo alguna medida relativa á mis avios de pescar... en ese caso tendria necesidad de tí, para que me evitases hacer una locura en el primer momento de desesperacion.

El carácter voluble del baron le hizo cambiar al momento de tono, y dirigiendose al abad le dijo sonriendose.—Si yo hiciera colgar á algunos de esos insolentes, no dejaria de ser un negocio de gravedad, porque no ha llegado á mi noticia que poseais ninguna receta contra los ahorcados.

—Perdonadme, señor; pero me han dicho, aunque no me atreveré á afirmarlo, que en haciendo beber al paciente antes de la ejecucion, una porcion considerable de agua acerada, baña esta el principio vital y se funde con ella... ademas me han asegurado que si lleva sobre el pellejo desnudo unas cuantas

piedras gruesas magnéticas, es tal la fuerza atractiva del imán que apesar de la agitacion del paciente, retiene igualmente en el cuerpo el principio de vitalidad.

—Voto á tal! he ahí un remedio maravilloso. ¿Y quien os lo ha enseñado?

—Un pobre hombre que en nada estima su alma; pero que posee recetas muy buenas, escelentes:..., el gitano que ha curado el lebré de monseñor.

—El cantor! Partiez, conozco que el vagamundo se ocupa muy á menudo de esa clase de gente. Sin duda que piensa en el día de mañana. . . esto es natural: no es cierto, abad? Aunque semejantes inclinaciones, no impiden que el gitano sea un hombre hábil y de provecho. Nunca el mejor mariscal ha levantado hasta ahora el pié de un caballo de caza.

Al oír hablar del gitano se encendió nuevamente el rostro de Reina, lo que advertido por Honorato tuvo que hacerse una violencia estremada para poder contener el movimiento de despecho de que se sintió acometido.

Raimundo V continuó:

—El ama Dulcelina está encantada igualmente con la destreza y rara disposicion del vagamundo. Pero lo has oí lo tú cantar, hija mia? Dime tu opinion, porque yo soy mal juez en esta materia, no conozco otros cánticos que los del abad, y nuestros antiguos romances provenzales. Dime hija, si es verdad que ese gitano tiene una voz privilegiada.

Fatigada Reina hasta el extremo y deseosa de poner fin á una conversacion que por tantos motivos afligia su espíritu, dijo á su padre:

—Sin duda, padre mio, ese hombre canta muy bien, aunque apenas lo he oído; pero si os parece nos iremos á pisear, porque ya han dado las dos, y los días son muy cortos.

No se hizo esperar el baron, que docil á la invitacion de su hija, bajó al momento seguido de la misma. Al pasar por el patio vió por una de las puertas de la cochera, que estaba entreabierta, el antiguo y pesado coche de que acostumbraba servirse para ir á la iglesia parroquial de Ciotat en las solemnes festividades del año, no obstante que tenia su capilla en la Casa-Fuerte.

Conociendo la irritacion que habia contra él en el pueblo, se le ocurrió de repente al porfiado y atrevido baron, dirigirse al día siguiente á la citada iglesia con cierta estudiada pompa como para desafiar la cólera pública que tenia contra sí.

La sorpresa y el espanto de Reina fueron estremados al oir á su padre dar orden á Laramée para que á las doce del día siguiente estubiese pronto el carruaje.

Por mas que se esforzó en preguntar al baron el motivo de aquella arriesgada determinacion, no obtuvo ninguna respuesta de parte de este.

Volvamos ahora á ocuparnos de los personajes menos importantes de esta historia.

Cuando Estefania salió con Luquin del cuarto de su señora, desdeñó con la mayor dignidad contestar una palabra á las gratuitas y celosas suposiciones del capitán; é inmediatamente volvió á encerrarse en su aposento, cuyas ventanas conviene advertir que daban al patio de la casa.

Desde estas ventanas pudo ver la jóven á un mismo tiempo los preparativos de viage que se hacian en virtud de las órdenes del baron, y á Luquin Trinquetaille paseandose de un extremo á otro del patio manifestando en el semblante la mayor agitacion.

Fuese por la curiosidad natural de saber la causa que motivaba la salida del baron en el carruage... ó fu se en fin por dar lugar á tener una entrevista con el capitan, lo cierto es que la jóven tomó el partido de bajar presurosamente al patio.

Apenas llegó á él se dirigió á Laramée y le dijo:

—¿Vá á salir en coche monseñor?

—Lo único que puedo deciros, es que me ha dado orden de tenele preparada esta verdadera arca de Noé. Y á propósito del arca de Noé, añadió Laramée con ironía. Si tuviescis un ramito de oliva en vuestra linda y rosada boca, deberiais llevárselo en señal de paz á ese bravo capitan que veis ahí midiendo el patio con sus largas piernas, y con todas las apariencias de un hombre desesperado. Se halla en guerra abierta con el gitano, y la oliva es un símbolo de paz que no dejaria de lisonjear al digno capitan.

—Dejémonos de eso, señor Laramée, dijo Estefanía con aspereza. ¿A donde, pues, va monseñor con ese coche? ¿Le va á servir hoy ó mañana?

—Poco ó nada os importa saberlo, señorita, contestó bruscamente el mayordomo, repugnándole el aire imperioso de la jóven, y añadiendo entre dientes estas palabras: He aquí la paloma transformada en rabioso cuervo.

Durante esta conversacion se habia aproximado á

Estefanía, Luquin Trinquetaille, procurando dar á su fisonomía cierto aire de dignidad, frío y soberanamente desdeñoso.

—¿No es verdad, dijo á aquella, no es verdad mi cara jovencita que el color de fuego es un bonito color?

Estefanía volvió hácia atrás la cabeza y contestó á Luquin.

—¡Vuestra jovencita! Si es á Jannette la labandera á quien veo allí abajo á la que dirigis estas espresiones es necesario que levanteis mas la voz.

—No es á Jannette á quien hablo, me entendeis? exclamó Luquin perdiendo la paciencia. Por mas la bandera que Jannette sea, nunca se hubiera atrevido, jamas hubiera tenido la audacia... la desvergüenza de dar una cinta á un gitano vagamundo.

—Ah!... ya.... pues mirad, dijo maliciosamente la jóven, precisamente esa cinta produce sobre vos el efecto de una banderola color de escarlata en un toro de la Camargue.

—Si yo fuese un toro de la Camargue bien pronto sentiria ese vagamundo la punta de los cuernos. Pero no importa, de todos modos ha de pagar cara su insolencia. Que me maten sino hago con él un ejemplar escarmiento.... sino le corto las orejas.

—Mas bien de su boca que de sus orejas deberiais estar celoso, mi pobre capitán, porque difícilmente podrá encontrarse un cantor mas tierno que el vagamundo.

—Pues será la lengua la que le arrancaré... con mil pares de diablos!...

—Mirad, Luquin, no vayais á hacer un dispa-

te. Os advierto que el gitano es tan diestro y tan resuelto como el mas experimentado gendarme.

—Agradezco vuestra piedad señorita! No os asustéis! Yo no he de combatir con un perro cuerpo á cuerpo: el batido será él.

—Enhorabuena; pero no os desatideis; porque ese perro suele algunas veces morder á la perfeccion.

—Indudablemente sois la criatura mas diabólica que he conocido, dijo Tinquetaille.—Creo, por San Telmo, mi patron, que si mañana pelcase en campo cercado contra esa cara cobriza, os apresurariais á esclamar:—Victoria, victoria para el gitano.

—Por supuesto, que lo diria.

—Lo diriais, eh!!!...

—Mucho que sí. ¿Es una falta, por ventura, ser del partido del débil contra el fuerte, del pequeño contra el grande? No deberia á lo ménos animar al pobre hombre que tendria que luchar con el brazo terrible, con el formidable brazo del capitán de la tártana *el Santo terror de los moriscos*?

—Estefania, estais demasiado risueña.

—Es muy cierto.

—¿Adonde está ese holgazán, ese vagamundo?

—Quereis que vaya á informarme ahora mismo. Ninguna diligencia puede serme mas grata.

—Esto es demasiado. Estais jugando conmigo. Pues bien... á Dios. Todo se concluyó, nuestras relaciones quedan rotas para siempre. ¿Lo entendéis?

Estefania se encogió de hombros, y dijo: Por qué asegurais lo que no habeis de cumplir?

—¿Lo que no he de cumplir?

—Sin duda... Dejaos de hacer gala de esas palabras, hijas solo de una fantasía acalorada.

—Hijas solo de la fantasía! Ah! con que os habeis podido persuadir.... pero no: estais equivocada, si intentais detenerme: así creo en vos como en las lágrimas del cocodrilo.

—Callad, Luquin..... no continueis... no digáis eso... Ahora mismo os vais á colocar de rodillas delante de mí y á pedirme perdon por esos celos tontos é infundados.

—Yo... yo de rodillas... arrodillarme yo... y pedir os perdon. Qué cosa tan graciosa!... Ah!... ah!... de rodillas y delante de vos?

—Sí, delante de mí, y con ambas rodillas.

—Ah! ah! por mi palabra, que la idea es peregrina!

—Vamos, vamos, ha de ser en este mismo instante... aquí... en este sitio.

—Señorita, sin duda os habeis vuelto loco.

—Luquin, está en vuestro interes obedecerme.... si es necesario, yo os lo ruego....

—Va! va!....

—Teneos....

—Tan, ton, tan, ton, dijo el capitan talareando entre dientes y levantándose sobre las puntas de los pies para dejarse caer sobre los talones acompasadamente.

—A la una, á las dos!, ¿con que no quereis poner os de rodillas y pedirme perdon de vuestros desatinados celos?

—Mejor quisiera ahorcarme con mis propias manos que sucumbir á semejante exigencia.

—Si rehusais, Luquin, lo que os he pedido, mirad que os daré el último adios... y cuidado que no volveré mas... pensadlo bien.

—Idos enhorabuena, quizá encontrareis al gitano en el camino.

Estefania sin contestar una palabra se volvió inmediatamente y echó á andar muy de priesa.

El valor de Luquin empezó á debilitarse, y viendo marchar á la jóven con paso firme y resuelto sin volver para nada la cabeza, determinó seguirla, y decídele en tono de súplica.

—!Estefania!

Esta apresuró el paso.

—Estefania... Estefania, poneos en la razon, demasiado sabeis que os amo.

—La jóven seguia siempre marchando.

—En fin... oídme! ¿Es posible que yo os pida perdon de mis celos, cuando he visto que ..

Estefania redobló el paso.

—Y bien! querida Estefania! mirad... verdaderamente me teneis hechizado .. es indudable que poseéis el secreto de obligarme á hacer cuanto quereis.

La jóven detuvo un poco el paso.

—Soy mas endeble que un niño.

Estefania hizo un movimiento repentino y echó á correr velozmente.

Fué necesario para alcanzarla que el capitán tuviese que apelar á sus largas piernas de garza. Apenas lo hubo logrado, dijo á su amante con voz ahogada:—Y bien, diabólica criatura, se hará todo lo que quieras!... Vedme al fin de rodillas... deteneos siquiera un instante... os lo confieso... mi corazon se ha entregado al temor... ¿estais satisfecha? Al llegar aquí el capitán se acusó interiormente de ser tan cobarde, y luego continuó:—Sí, querida mia,

téngo miedo de estar celoso... de ese; pero á lo menos deteneos... no puedo correr detras de vos en la posicion humilde en que me veis.

Estefania detuvo poco á poco el paso, y parándose de pronto, dijo á Luquin con voz imperiosa, sin volver la cabeza.

—De rodillas!

—Pero si.... Vamos...afortunadamente para mi dignidad de hombre, ese lienzo de muralla me oculta á la vista del parlero mayordomo, dijo Luquin.

—Repetid todo lo que yo vaya diciendo.

—Sí, pero volved la cabeza, Estefania; con eso sentiré mas ánimo.

—Repetid, repetid al momento; veamos, decid.— Yo tengo miedo de estar celoso de ese pobre gitano.

—Ah!... yo tengo miedo de estar celoso de.... ese... ¡voto á tal!... de ese mendigo gitano.

—No es asi como yo digo... de ese pobre gitano,

—De ese pobre gitano, repitió Luquin dando un profundo suspiro.

—Es una cosa muy sencilla que Estefania le haya dado una cinta.

—Es una... ¡por vida de!...es una cosa muy sencilla que Estefania le..... Voto á tal! Luquin no pudo concluir; tal era el empacho que sentia al querer pronunciar las últimas palabras de su amada, y durante algun tiempo se llevó tociedo fuertemente, y repitiendo voto á tal! voto á tal!

—Parece que estais muy resfriado, Luquin.... repetid, repetid pues:—Es una cosa muy sencilla que Estefania le haya dado una cinta.

—Le haya dado una cinta.

==Muy bien. dijo Estefania, seguid repitiendo estas otras palabras.== Porque yo sé bien que su corazon es mio; y todas esas cosas no son mas que juegos inocentes de una jóven; y tambien me consta que ella no ama sino á su Luquin.

Aun no habia espirado en sus labios la palabra, quando Estefania, sin dar tiempo á su amante, para mudar de postura y repetir aquellas dulces palabras, echó á correr y desapareció por uno de los lados del patio, dejando al capitan imposibilitado de poder dar un paso en su seguimiento, y arrebatado y poseido de la mas grata sorpresa.



CAPITULO XV.

LOS PRUDENTES HOMBRES DE MAR.

L profundo rencor que abrigaba Isnard contra Raimundo V de resultas de la mala acogida que tuvo en casa de este, le hizo influir en el ánimo del cónsul Talebard Talebardon para que tomase respecto de aquel, una medida pronta y decisiva. En efecto, el cónsul, docil á las instigaciones del escribano, envió al escribiente el Sábado por la tarde á la Casa-Fuerte de Ambiez, con el encargo de notificar al baron, que al dia siguiente Domingo debia comparecer delante del tribunal de los hombres de mar.

Raimundo V habia hecho sentar á su mesa todo temblando al escribiente y obligádole á comer con él; pero cada vez que el pobre curial intentaba desplegar sus labios para advertir al baron del objeto de su visita, exclamaba el viejo gentil-hombre: —Luamée, echa de beber á mi huésped.

De alli á poco hizo conducir al escribiente á

Ciotat en una situacion nada buena: el escribiente se habia embriagado.

El cónsul y el señor Isnard interpretaron á su manera la conducta del baron y hallaron que era un desprecio insultante el negarse á contestar á la citacion.

Llegó el dia siguiente Domingo y despues de misa, como no hubiese parecido el baron, apesar de la resolucion de la víspera, los cónsules y el escribano recorrieron las principales casas del pueblo, con el objeto de exaltar el resentimiento público contra Raimundo V, que con su desprecio estaba hiriendo de muerte los privilegios de las comunidades provenzales.

Era necesario mucha habilidad, y no poca obstinacion en el señor Isnard, para hacer participar á los habitantes del pueblo, de la indignacion que él tenia contra el señor de la Casa-Fuerte, porque la opinion del mayor número es comunmente favorable á la rebelion de un señor contra otro que sea mas poderoso. Sin embargo, en la ocasion presente, nada fué mas fácil al escribano que imbuir á la multitud en las ideas de que se hallaba poseido.

Ya hemos dicho que la escena que vamos describiendo ocurría un Domingo por la mañana. Cuando concluía la misa, el tribunal de hombres de mar celebraba sus sesiones en la gran sala de la casa de la ciudad situada sobre el puente nuevo. Era esta casa un edificio largo, maziso, construido con ladrillos y adornado de pequeñas ventanás.

Las habitaciones particulares se hallaban á los dos lados de aquella.

La plaza de la casa de la ciudad estaba separada del fuerte por una calle corta y estrecha.

Era muy crecido el número de personas que atraídas por la novedad habían concurrido á esta plaza. Pescadores, marineros, artesanos, y en fin, gente de la campiña todos reunidos en la misma puerta de la casa de ciudad aguardaban con ansia el momento de asistir á la sesion.

Muchos partidarios del escribano aleccionados por este discurrían de grupo en grupo esparciendo la noticia de que Raimundo V despreciaba demasiado los derechos del pueblo para obedecer docilmente la órden que le mandaba comparecer ante el tribunal.

El consul Talebard Talebardon, hombre grueso, panzudo, de rostro encendido, de mirada fina y sagaz, adornado con su bonete y ropa de ceremonia, ocupaba con el escribano el centro de uno de los grupos, compuesto de gente de todas condiciones.

—Sí, amigos míos, decía el consul, Raimundo V trata á los cristianos como á sus perros de caza. El otro día tuvo valor de amenazar con un látigo al respetable señor Isnard que veis aquí, despues de haberlo puesto en presencia de dos toros de los mas malos de la Camargue. Milagrosamente pudo escapar ese digno oficial del almirantazgo de Tolon, del terrible peligro que amenazaba sus dias. Estas últimas palabras fueron dichas por el cónsul con cierto aine de importancia.

—Oh! sí! un verdadero milagro, por el que no cesaré de dar gracias á Nuestra Señora de la Guarda, dijo devotamente el escribano, y despues añadió: en mi vida he visto dos toros tau furiosos como aquellos.

—Por San Telmo, mi patron, replicó un marinero. De buena gana hubiera dado mi faja nueva por tal de haber presenciado esa corrida. Yo no he visto funciones de esa clase mas que en Barcelona.

—Pero nunca habras visto escribanos toreros, porque esos son muy raros, dijo otro de los que estaban presentes.

Disgustado el escribano al observar el poco interes que inspiraba á la concurrencia, replicó en tono afligido:—Os aseguro amigos mios que es una terrible y formidable cosa el verse espuesto á los furors de esos feroces animales.

—Supuesto que habeis sido perseguido por los toros, preguntó un honesto sastre, decidnos, señor escribano, si es verdad que los toros cuando se enfurecen tienen enroscada la cola, y si cierran los ojos al envestir?

El cónsul levantó los hombros y dijo con severidad á los interlocutores.

—Creeis por ventura que nadie se puede detener á mirar la cola y los ojos de un toro, en el momento de partir contra uno?

—Es cierto... es cierto, respondieron varios de los asistentes.

—Siempre lo es, replicó el cónsul, queriendo escitar la compasion de la multitud en favor del escribano, é imitar á esta contra el baron, siempre lo es que este oficial de justicia del rey, ha podido ser víctima de la diabólica maldad de Raimundo V.

Raimundo V ha destruido dos madrigueras de lobos que todo lo destrozaban en nuestras posesiones del campo; dijo un paisano moviendo la cabeza.

Si la cosecha es mala al momento viene á ayudarnos con sus auxilios. A mí me ha dado dos bueyes de labor en reemplazo de otros dos que perdí por causa de los maleficios.

—Eso es muy cierto. Cuando se acude al señor de Anbiez, jamás vuelve uno desconsolado; dijo un artesano.

—Y en tiempo del último desembarco de los piratas á esta plaza en que nos hallamos, él y los suyos combatieron valerosamente á los infieles. Es seguro que si no hubiese sido por él, yo, mi muger y mi hija estaríamos á estas horas en poder de aquellos demonios, dijo otro de los presentes.

—Toma! añadió otro. —Y los dos hijos de Joaquín fueron rescatados en Berberia y restituidos á su casa por el buen padre Elzéar, hermano de Raimundo V. Sin él aun estarían allá arrastrando una cadena.

—Pues dónde me dejais al otro hermano, al comendador, que tiene el aire casi tan sombrío como su galera negra?, dijo un patron de barco mercante. ¡No ha tenido constantemente en respeto á esos paganos en los dos meses largos que su nave capitana ha permanecido anclada en el golfo?... Vamos... es una buena y noble familia la familia de los Anbiez.

—Y despues de todo, este hombre no es de aquí, añadió señalando al escibano. —Maldita la falta que nos hace.

—Verdad, verdad, repitieron muchas voces á un tiempo.

—Raimundo V es un excelente sugeto que no

reusa nunca una libra de pólvora y otra de plomo á ningun marinero para la defensa de su embarcacion, dijo otro de los presentes.

—Siempre encuentran cuantos van á la Casa-Fuerte, buena candela, un buen vaso de salva-cristianos, y una moneda de plata, exclamó un mendigo.

—Y su hija!...su hija es un ángel para los pobres, dijo otro.

—Pero quien diablos niega nada de eso? gritó el cónsul.—Raimundo V mata los lobos porque es apasionado á la caza. No repara en una libra de pólvora, en un vaso de vino ni en una moneda de plata, porque es rico, porque es poderoso; pero es preciso conocer que obra así con una intencion páfida, que hace esas demostraciones con el objeto de ocultar sus verdaderos designios.

—Qué designios son esos? preguntaron de todas partes.

—Son los de arruinar nuestros valdínos, los de asolar nuestra ciudad, los de conducirse en fin todavia peor que los piratas ó que el duque de Epernon con sus gascones, contestó el cónsul con aire misterioso.

Habia este anunciado como cosa posible alguna tentativa de parte del baron, que hasta entonces nadie habia creído; pero estas terribles palabras escitaron en todos una viva curiosidad, y de consiguiente empezó á ser escuchado mas benévolaente.

—Explicadnos, pues, esto... nuestro cónsul, le dijeron.

—El señor Isnard os va á explicar todo ese tejido de tenebrosos y perjudiciales designios, dijo Talebar Talebardon.

El escribano dió un paso hácia adelante con aire contrito, levantó los ojos al cielo y dijo:

—Vuestro digno consul, amigos míos, no os ha dicho nada que desgraciadamente no sea cierto. Nosotros poseemos las pruebas.

—Las pruebas! repitieron varios concurrentes mirándose los unos á los otros.

—Escuchadme con atencion. El rey nuestro señor y monseñor el cardenal, no tienen mas que un solo pensamiento, un solo deseo, el bien de los franceses.

—Pero nosotros no somos franceses! dijo un provenzal, fiado en su nacionalidad.—El rey no es nuestro señor, es nuestro conde.

—Hablais de lo lindo, compadre mío; pero escuchadme, replicó el escribano;—El rey nuestro conde, no queriendo que sus comunidades provenzales continuen espuestas al poder despótico de los nobles y de los señores, nos ha ordenado que los desarmemos. Su Eminencia se acuerda demasiado de las violencias del duque de Epernon, de los señores Baux, Noirel, Traviez, y de tantos otros como nos han vejado; y quiere, guiado por estas consideraciones y obrando en armonía con la voluntad soberana quitar á la nobleza el medio de seguir perjudicando al pueblo. Asi pues, desearia, por ejemplo, su Eminencia (sus órdenes, tarde ó temprano serán cumplidas) desearia, digo, desarmar la Casa-Fuerte de Raimundo V de las cureñas y cañones que dominan la entrada de vuestro puerto, y que pueden estorbar la salida de él hasta el último barco pescador.

—Pero pueden estorvar la entrada á los piratas, dijo un marinero.

—Sin duda, amigos míos, sin duda: el fuego quema ó purifica, á semejanza de la flecha, que mata al amigo ó al enemigo segun la mano que es dueña del arco. Yo no abrigaria ninguno de esos recelos contra Raimundo V, si él mismo no me hubiese descornado el velo que cubria sus pérfidas intenciones.... Pero degemos á un lado su crueldad.... dejadla solo á mi consideracion. A lo menos tendré la dicha de ser el mártir de nuestra santa causa.

—Vos no sois mártir, porque estais vivo, dijo el incorregible marinero.

—Efectivamente.... que estoy vivo, replicó el escribano, pero solo Dios sabe á qué precio y con qué peligro he comprado esta vida.... y cuales son los riesgos que aun me quedan que arrostrar para conservarla; pero no hablemos mas de mi persona.

—Bien, no, no hablemos mas de vos: nos es igual; pero decidnos á donde están las pruebas que justifican los malos designios de Raimundo V contra la ciudad, añadió un curioso.

—Nada es mas cierto, amigos míos, que los preparativos que ha hecho en el castillo, y ¿sabeis por qué? Para resistir á los piratas, se dirá; pero los piratas nunca se atreverán á atacar semejante fortaleza, donde solo encontrarian los tiros de los cañones. El baron ha convertido su casa en una especie de plaza fuerte, con cuya artilleria puede echar á pique vuestros barcos y destruir vuestro puerto. ¿Sabeis tambien por qué? Para tiranizaros en su provecho y atropellar impunemente las costumbres provenzales. Y si

no, he ahí un egemplo, he ahí á Raimundo V, que desconociendo todas las leyes ha establecido las redes de pescar fuera de los límites debidos.

—Ciertamente, añadió Talebar Talebardon, vosotros sabeis que él no tiene derecho para hacerlo; y ademas os consta el daño que origina á nuestra pesca único recurso con que contamos.

—En cuanto á eso, estamos todos de acuerdo, dijeron varios. Las redes de Raimundo V nos hacen un enorme perjuicio, especialmente en el tiempo en que la pesca disminuye; pero ¿si ese es su derecho?

—Pero si ese no es su derecho! exclamó el escribano.

—Lo será hoy, añadió uno de los asistentes, por que el tribunal de los hombres de mar, va á juzgar el proceso.

El escribano cambió una mirada de mutua inteligencia con el cónsul y respondió:

—Sin duda, el tribunal de los hombres de mar es muy suficiente y poderoso para decidir este asunto, pero sin embargo, justamente á este propósito se me han ocurrido algunas dudas. Es posible que Raimundo V no querrá entenderse con ese tribunal popular. Capaz és de rehusar el someterse á la citacion que le ha sido hecha: es decir, á la citacion de unas Pobres gentes dirigidas á un poderos baron.

—Es imposible, es imposible: esos son nuestros derechos.... El pueblo tiene los suyos, tiene derechos tan respetables como los de la nobleza; dijeron muchas voces.

—Yo tengo á Raimundo V por bueno y generoso, dijo otro; pero le miraria como un traidor si rehusase reconocer nuestros privilegios.

—No, no, eso es imposible, repitieron otros.

—El vendrá.

—El vá á venir delante del tribunal.

—Dios lo quiera, dijo el escribano, mirando de nuevo al consul. Dios lo quiera amigos míos; por que si el baron desconoce demasiado nuestras respetables costumbres para obrar de otra manera, ¿no deberá creer que el haber puesto su casa en un estado tan formidable de defensa, habrá sido para despreciar abiertamente las leyes?

—Es imposible lo que estais diciendo, escribano, Raimundo V no puede negar la autoridad de nuestro tribunal, sin negar la autoridad del rey, añadió otro de los concurrentes.

—Pues entonces no queda duda que niega la autoridad del rey, dijo el escribano con aire de triunfo. El baron hace todo lo que habeis oido decir á vuestro digno cónsul; luego vuelvo à decir que no solamente desconoce la autoridad del rey sino la comunal. En una palabra, rehusa terminantemente el comparecer ante el tribunal, y quiere conservar sus redes y sus madraques con grave detrimento de la pesca general.

Un sordo murmullo de indignacion siguió á estas palabras del escribano.

—Habad, hablad, cónsul. ¿Es verdad eso?

—Raimundo V es demasiado bueno para conducirse de esa suerte.

—Si fuese verdad.....

—Nuestros derechos son antes que todo.....

Tales fueron las diferentes voces que se dejaron oír casi al mismo tiempo,

Así el consul como el escribano se vieron entonces rodeados por una multitud que comenzaba á irritarse.

Talebard Talebardon, de acuerdo con el escribano habian preparado esta escena con una diabólica astucia.

El cónsul respondió pues á la pregunta que le acababan de hacer y lo hizo con el objeto de ir aumentando poco á poco la irritacion popular.

—Aunque no estoy cierto de la negativa de Raimundo V, tengo motivos para creerla posible, pero el dependiente del señor escribano que llevó ayer á la Casa-Fuerte la citacion al baron hecha por el tribunal y que ha debido en seguida dirigirse á Cunjol para negocios, debe llegar aquí de un momento á otro, y él confirmará nuestras sospechas. Quiera Dios que la noticia que nos traiga no sea como yo me la temo! Sí: ya vereis como nuestros derechos, los derechos del pobre pueblo van á ser arrancados.

—Arrancados! exclamó el escribano, pero... eso es imposible. La nobleza y el clero tienen sus derechos. ¡Cómo se atreverá el baron á robar al pueblo los últimos, los solos recursos con que cuenta para resistir la opresion de los poderosos!

No hay una cosa mas movible que el espíritu del pueblo, y sobre todo del pueblo meridional. Esta multitud prescindiendo del reconocimiento que debia al baron, habia casi olvidado los importantes servicios hechos en favor de la causa pública por la familia de Aubiez á la sola suposicion de que Raimundo V queria atentar contra uno de los privilegios de la comunidad.

Estos rumores circulando entre los grupos habian irritado extraordinariamente los espíritus. El escribano y el consul, considerando que habia llegado el momento decisivo, ordenaron á uno de sus adeptos que fuese á informarse del dependiente del escribano que segun ellos debia ya estar de vuelta.

En este instante los cinco prudentes hombres pescadores y el síndico que componian el tribunal y que acababan de reunirse en el porche de la iglesia despues de la misa, atravesaron por medio de la concurrencia en direccion á la casa de la ciudad donde debia verificarse la audiencia solemne.

Como las circunstancias presentes daban un interes nuevo á su aparicion, fueron saludados por numerosos victores y bravos acompañados de estos gritos:

—Viva el tribunal de hombres de mar!

—Vivan las comunidades provenzales!

—A fuera los que las atacan!

Escitada ya la multitud por estas voces se agolpò detras de los hombres de mar animada del deseo de asistir á la sesion.

En este momento llegó el escribiente.

—Y bien! y bien! nuestro cònsul! gritaron los asistentes. Vendrá por fin Raimundo V? vendra al tribunal?

—Amigos mios, dijo el cònsul, no me interrogueis: el digno escribano todo lo habia adivinado. El carácter irascible, imperioso y tiránico del baron está demasiado manifesto.

—Como! . . . como! . . .

—El escribiente estuvo ayer encargado de noti-

ficar á Raimundo V el precepto del tribunal y ya está de vuelta.

—Ah!... Vedlo ahí... por fin....

—Ah!

—Y bien!

—El ha estado oprimido por los malos tratamientos de Raimundo V.

—Todo lo contrario, dijo el escribiente, Monseñor me ha hecho beber un vino que.....

—El señor Isnard dirigió una mirada tan furiosa á su dependiente, que el pobre hombre no se atrevió á articular otra palabra mas.

—Despues de haberlo atemorizado como acostumbra el baron, replicó el cónsul, le ha declarado formalmente que él no hará caso de nuestros privilegios, que conservará sus madraques y que es demasiado fuerte para podernos reducir en el caso de que nos atrevamos á contrariar su voluntad,... que....

Una explosion de gritos furiosos interrumpieron al cónsul.

El tumulto habia llegado á su colmo; las amenazas mas terribles y violentas estallaron de todas partes contra Raimundo V.

—A las madraques!.... á las madraques! gritaban unos.

—A la Casa-Fuerte!..... decian los otros.

—Que no quede en ella piedra sobre piedra!

—A las armas!.... á las armas!.....

—Vamos á destruir la puerta principal del foso!

—Que muera!..... que muera Raimundo V.

Al ver el escribano y el cónsul hasta donde habia llegado el furor del pueblo, empezaron á sentir

no haberse podido encontrar en lugar menos comprometido, supuesto que era imposible en aquellos momentos contener el impetuoso torrente de las pasiones, que tan imprudentemente acababan de desencadenar.

—Amigos míos.... amigos míos, decía Talebard Talebardoñ, dirigiéndose á los mas exaltados: sed moderados: corred en buen hora hácia las madraques; pero guardaos de hacer ninguna tentativa hostil contra la Casa-Fuerte, ni menos contra la vida del baron.

—Nada, nada; eso no nos acomoda no debemos tener piedad.... Vos mismo lo habeis dicho hace poco, nuestro cónsul. Raimundo V se propone disparar sobre la ciudad, sobre el puerto; se propone conducirse peor aun que el duque de Epernon y sus gascones.

—Sí.... sí..... verdad.... destruyamos de una vez la cueva á ese viejo lobo, y colguemoste en la puerta de su guarida.

—A la Casa-Fuerte.....

—A la Casa-Fuerte!.....

Con semejantes aclamaciones fueron acogidas las tardias palabras de moderacion proferidas por el cónsul.

Imponente era el aspecto que ofrecia en aquellos instantes la multitud que rodeaba al escribano y al cónsul.

Los menos determinados se encaminaban hácia la casa de la ciudad á fin de entrar en la sala del tribunal, cuyos individuos ocupaban ya sus respectivos asientos.

Los otros, divididos en dos bandos se preparaban, á pesar de las súplicas de los cónsules para ir á destruir las mádragues y atacar la Casa-Fuerte, cuando un incidente extraordinario llenó de estupor á la multitud y la convirtió de agitada y bulliciosa, en inmóvil y callada.



CAPITULO XVI.

LA SENTENCIA.

ERA mas natural que la sorpresa y el espanto que repentinamente habian sobrevenido, nada mas natural si se atiende á la causa que produjo un cambio tan súbito de escena.

Cuando menos podia esperarse, vióse avanzar con lentitud por la calle de los Mínimos en direccion de la plaza, la larga y pesada carroza de ceremonia de Raimundo V.

Delante del carruage venian cuatro hombres armados á caballo precedidos por Laramée.

Un velo carmesí algo pasado servia de pabellon en la carroza: la caja no tenia vidrios, y todos los blasones y demas adornos eran color de naranja y encarnado, iguales á la librea del baron.

Cuatro briosos caballos tiraban á duras penas de este coche informe y macizo, en cuyo interior se hallaba sentado magestuosamente Raimundo V.

Delante de este venia Honorato de Berrol.

Otros dos asientos que habia junto á las portezue-

las, los ocupaban el intendente del baron y el abad Mascarolus que sostenia sobre sus rodillas una porcion considerable de papeles.

Era tan imperfecta la construccion de la carroza que ni aun siquiera contenia un asiento para el cochero. En su defecto hacia de conductor un carretero vestido con casaca y librea, montado en uno de los caballos, como si fuese gobernando un carro de alquiler.

Por último detrás del carruage seguian otros cuatro hombres montados y armados.

Por mas que el tren que acabamos de describir fuese en extremo grosero, no dejó de inspirar una profunda admiracion en los habitantes de Ciotat, como que la vista de una carroza, tan imperfecta como se quiera, era siempre para ellos una cosa nueva y curiosa.

Hemos dicho que un silencio repentino y general sucedió á la destemplada gritería que promoviera el consul y el escribano.

Nadie ignoraba que Raimundo V se servia de su carroza en las ocasiones solemnes unicamente, y esta reflexion escitó la mas viva curiosidad, suspendiéndose entretanto todos los proyectos hostiles y las malas ideas que generalmente dominaban contra el baron.

Unos á otros se preguntaban á media voz hácia qué parte se dirigia la carroza, si seria á la iglesia ó á la casa de la ciudad.

Esta última suposicion parecia la mas probable, porque Raimundo V. despues de haber torcido la esquina de la calle de los Mínimos, tomó el cami-

no que directamente conducía al edificio donde estaba reunido el tribunal.

Bien pronto se acabaron las dudas, al oír la gruesa voz de Laramée que gritaba.—Sitio... sitio para monseñor que se dirige al tribunal de hombres de mar.

Estas palabras corriendo de boca en boca llegaron hasta los cónsules y el escribano, cuyo desapoderamiento y despecho fueron estremados.

—Qué es lo que nos habíais dicho, escribano? digeron los que lo rodeaban; he aquí á Raimundo V... helo aquí, que se encamina hácia el tribunal!

—Luego no estaba resuelto á poner en tela de juicio nuestros privilegios?

—Se dirige... se dirige sin duda; replicó el señor Isnard; pero se dirige con un séquito de hombres armados; y quién puede saber lo que el baron va á decir y responder á los pobres miembros del tribunal?

—Es indudable que va á intimidarlos, dijo el cónsul.

—A desconocer terminantemente su jurisdiccion; á despreciarlos aun mas que hasta aqui, supuesto que esa negativa la hará en persona, añadió el escribano.

—Un séquito de gente armada? dijo uno de los presentes. Y qué podrian hacer contra todos nosotros esos ocho carabineros?

—Tiene razon el cónsul, añadió uno muy desconfiado.—Quizas venga á insultar al tribunal.

—Vamos claros, dijo otro, por mas andaz que sea Raimundo V, no se atreverá á obrar así.

—No, no... ese digno y buen señor reconoce demasiado nuestros privilegios, exclamaron algunos.—Le haremos un agravio en no fiarnos de él.

—En una palabra, por una de esas anomalías tan comunes en las conmociones populares, el espíritu público se pronunció del modo mas favorable respecto del baron, y en hostilidad abierta respecto del escribano.

Deseoso el señor Isnard de colocar su responsabilidad y su persona á cubierto de cualquier contingencia desfavorable, no temió ni vaciló en esponer á su desgraciado escribiente á los efectos de la cólera del pueblo.

No eran pocos los concurrentes que al verse libres de su hostilidad pasagera contra el baron, comenzaron á tomar un aspecto amenazador y á reconvenir amargamente al escribano por el engaño que les habia hecho.

—Ese, ese estrangero, decian, es el que nos ha escitado contra Raimundo V.

—Contra ese digno, contra ese excelente señor!

—Sí, sí, en efecto, nos ha dicho ese hombre que el baron despreciaba nuestros privilegios, siendo así que es el primero á respetarlos....

—Por supuesto.... y monseñor anduvo muy acertado en librarle de los toros de la Camargue, dijo un marinero, enseñando el puño al escribano.

—Permitidme, amigos míos, dijo el señor Isnard, observando con disgusto que el cónsul habia esquivado todo compromiso y marchándose á la casa de la ciudad para producir sus quejas contra el baron. Permitid, aunque nada puede hacerme juzgar como buenas las intenciones de Raimundo V, á nadie obligo á qué piense como yo. Y por otra parte, quizás mi escribiente habrá exagerado los hechos, quizás

habrá desfigurado las respuestas dadas por el baron.

Vamos claro, dijo el escribano al dependiente mirándolo con seriedad: cuidado con decir ninguna mentira. No me habeis engañado? Repasad bien la memoria. Que os ha dicho el baron? Voto á tal! Os aseguro que vais á acordaros mucho tiempo de mí, si por medio de una falsedad me habeis puesto en el compromiso de engañar al pueblo que teneis presente.

Aturdido el pobre escribiente con la audacia de su principal, dijo con timidez, estas palabras.—Nada me ha dicho monseñor.... nada.... Es verdad que me sentó á su mesa; pero tambien lo es, que cuando queria hacerle presente la óden del tribunal, venia el señor Laramee con un gran vaso de vino de España, y ya se vé, mi obligacion, con perdon sea dicho, era la de bebermelo de un tiago.—Voto á brios! dijo el escribano. Con que esos son los malos tratamientos de que os habeis quejado? No es así? Ah! perdonadlo, señores, perdonarlo, porque ciertamente está ébrio: cuánto me duele el engaño en que todos hemos incurrido por causa de ese majadero! Corramos, corramos á la casa de ciudad para asegurarnos nosotros mismos de la realidad de los hechos. No hemos perdido nada en esta detencion, supuesto que veis ahí detenida la carroza de Raimundo V.

Sin decir una palabra mas y sin detenerse á escuchar las amenazas que le dirigían, echó á andar el escribano seguido de su dependiente, el cual no dejó de recibir en todo el tránsito una porcion de insinuaciones nada agradables, que en realidad iban dirigidas al señor Isuard.

La gran sala de la casa de ciudad formaba un largo paralelógramo, y recibia la claridad por ventanas altas y estrechas.

Sobre las paredes opuestas á estas ventanas, veianse algunas banderas tomadas á los berberiscos.

En la estremidad de esta vasta sala y delante de la puerta principal se elevaba un tablado donde se hallaba el tribunal.

Habia allí una larga mesa toscamente construida.

Los jueces eran cuatro, presididos por el vigía del cabo del Aguila, que momentáneamente habia renunciado sus funciones en manos de Luquin Tiin quetaille.

Con arreglo á la costumbre que se observaba en estos casos, los jueces estaban vestidos con calzones, jubon y manto negros y con cuellos blancos: cubrian sus cabezas unos sombreros de alas muy anchas. Ninguno de los jueces tenía menos de cincuenta años de edad.

Su actitud aunque sencilla participaba de cierta gravedad. Un rayo de luz muy viva que entraba por una de las ventanas de que hemos hablado, diseñaba perfectamente sus largas cabelleras blancas ó rubias, sobre el claro oscuro que reinaba en el fondo del salon.

Los cinco viejos marinos, elegidos por su corporacion el dia de San Esteban, no hay duda que justificaban el buen acierto de sus compañeros. Valientes, honrados, piadosos, eran dignos ciertamente de representar á la poblacion marítima de la ciudad y del golfo.

Así el tribunal, como el lugar destinado á los que debian comparecer delante de él, se hallaban separados del auditorio por una barra de madera.

»La jurisdiccion de los hombres prudentes de mar es bastante sencilla. El que desea esponer alguna queja, hallando en su sitio á los dichos hombres prudentes, puede exigir que desde luego se le atienda; pero antes ha de haber consignado en la bolsa comun dos sueldos y ocho dineros, y luego, cita á aquel contra quien ha formado su queja. Este á su vez está obligado á verificar igual consignacion, y despues, así el uno como el otro son oidos, y en vista de sus respectivos discursos, el mas anciano de los miembros del tribunal pronuncia la sentencia con acuerdo de sus cólegas.»

Hecha esta esplicacion, el secretario de la comunidad, llamó con voz fuerte á los que se quejaban y á sus contrarios.

Nunca sesion alguna habia escitado hasta un punto mas alto la curiosidad pública.

Antes de la llegada de Raimundo V, la mayor parte de los que llenaban la sala, ignoraban si el baron se presentaria, ó no, al tribunal. Otros estaban persuadidos de su negativa, y el menor número en fin, creia que aquel respetaria los privilegios del pueblo.

Pero cuando se supo por algunos curiosos que se hallaban á la parte de afuera, que la carroza de ceremonia del gentil hombre estaba en la plaza, advirtiósese un movimiento general de admiracion y de interés.

Fué menester que el escribano alzase la voz para

reclamar silencio, y que Peyroü el vigía, hiciese, como síndico del tribunal, una severa amonestacion, que en honor de la verdad, fué escuchada con respetuoso silencio.

El tribunal arregló entonces algunos incidentes de escaso interés. Pero era tal la independenciam de los jueces, que aun las cuestiones mas insignificantes las resolvía con un cuidado y con una circunspeccion tan lenta, como si uno de los primeros señores de la Provenza no estuviese aguardando el momento de comparecer delante de ellos.

Por fin llegó la hora de acercarse el baron. Todos se agolparon hácia él, escitados por una curiosidad muy natural. Raimundo V despues de vencer no pocas dificultades, penetró por último en el salon seguído de Honorato de Berrol.

—Sitio, sitio para monseñor, dijeron á media voz varios de los presentes.

—Hijos míos, me ha llamado el tribunal? dijo afectuosamente Raimundo V.

—No, monseñor,

—Pues entonces aguardaré aquí con vosotros y como vosotros. Lugar hay de hacerme sitio, luego que sea preciso llegar á los pies del tribunal.

Estas palabras, pronunciadas con bondadosa dignidad; hicieron un afecto prodigioso en la multitud. Era tal la veneracion que inspiraba en aquellos momentos el viejo gentil hombre, que el auditorio formó una especie de círculo respetuoso en torno del baron.

Entre tanto no faltó un oficioso que á duras penas logró llegar adonde estaba el escribano para

decirle, que en atencion á que Raimundo V se aproximaba, convenia hacer pasar su causa antes que la de los otros. El señor Isnard aprovechó este consejo y se apresuró á proponer la idea al síndico Peyrou.

—Escribano, le contestó este con sencillez, que nombre podrá llamarse entre tanto?

—El de Bruno Lameneur contra Pedro Bai Tréguier.

—Llamadlos, pues.

El escribano los llamó.

Las contestaciones habidas entre Bruno y Pedro fueron poco interesantes; pero no por eso dejó el tribunal de juzgar la cuestion que los dividia con su acostumbrada gravedad y parsimonia, en medio de la viva impaciencia con que el público aguardaba el fallo, porque, despues de esta, era la causa del baron la que inmediatamente debia seguir.

Aunque el baron se hallaba presente, ignorabase aun lo que contestaria al tribunal. Involuntariamente se pensaba en las insinuaciones del señor Isnard, quien seguia afirmando que Raimundo V. era capaz de haber venido á aquel sitio para manifestar de un modo terminante el desprecio con que miraba al tribunal.

En fin, el escribano, visiblemente turbado dijo en alta voz. »Señor Talebard-Talebardon, cónsul de la ciudad de Ciotat, contra Raimundo V, baron de Anbiez.

Al momento se sintió en la sala un largo murmullo de impaciencia

—Ea, hijos míos, dijo el viejo gentilhomme, á

los que le rodeaban, haced sitio, yo os lo ruego, no al baron, sino al litigante que va á comparecer ante sus jueces.

El entusiasmo que estas palabras produjeron, es la mejor prueba de que el pueblo, á pesar de su sed instintiva de igualdad, quiere siempre, y respeta en alto grado, á las personas de elevada alcurnia que se someten á la ley comun.

Un movimiento general precedió á la marcha del baron, el que se adelantó hácia el tablado con paso firme y magestuoso.

El viejo gentil hombre iba suntuosamente vestido segun las costumbres de la época. Llevaba una capa corta de terciopelo oscuro ricamente guarnecida de oro que caia como una especie de enagua hasta debajo de las rodillas; sus medias de seda escarlata se ocultaban en sus pequeñas botas de cordobán armadas de largas espuelas doradas: un rico cinturon sostenia su espada y las plumas blancas que llevaba en la cabeza caian magestuosamente sobre su cuello de encages de Flandes.

La fisonomia del viejo gentil-hombre ordinariamente halagüeña, mostraba en aquel momento una grande espresion de nobleza y de autoridad.

A algunos pasos del tribunal el baron se quitó su sombrero que habia tenido puesto hasta entonces y los concurrentes se descubrieron tambien. No pudo menos de ser admirada la dignidad de sus facciones que hacian respetable la noble ancianidad retratada en sus largos cabellos blancos, y en sus bigotes grises.

El señor Talebard-Talebardon llegó bien pronto.

Apesar de su serenidad habitual y de que llevaba por decirlo así al escribano Isnard pegado á sus talones, no pudo contener su emocion y evitó cuidadosamente las miradas del baron.

Peyrou se levantó igualmente que los otros pescadores: él estaba cubierto.

—Aproximaos, dijo, dirigiéndose á Talebard-Talebardon.

El cónsul entró en el circuito.

—Raimundo V, baron de Anbiez, aproximaos tambien.

El baron se aproximó.

—Bernardo Talebard-Talebardon: os requiero para que digais si venis á ser oido por los prudentes hombres de mar contra Raimundo V, baron de Anbiez.

—Sí, contestó el cónsul.

—Consignad las monedas en la bolsa comun y hablad.

El cónsul puso algunas monedas en una especie de cepillo de madera basta y adelantándose hácia el tribunal espuso sus cargos en estos términos.

—Síndico y prudentes hombres; desde tiempo inmemorial la pesca ha sido compartida entre la comunidad de Ciotat y el Señor de Anbiez. Este señor podia poner sus redes y sus madraques desde la costa hasta la roca llamada *las siete piedras de Castrembaoü* que forma una especie de línea á quinientos pasos de la costa. La comunidad tenia el derecho de pesca desde las *siete-piedras de Castrembaoü* hasta las dos puntas de la bahia: delante de vosotros, síndico y prudentes hombres, afirmo

bajo juramento que esto es la verdad, y conjuro á Raimundo V, baron de Ambiez, aquí presente, y llamado por mí para que diga sino es así.

Peyrou se volvió hácia el gentilhombre y le dijo.

—Raimundo V, baron de Ambiez, eso que acabais de oir es la verdad? La pesca ha estado siempre repartida de ese modo entre los Señores de Ambiez y la comunidad de Ciotat?

—La pesca siempre se ha repartido así, lo reconozco, dijo el baron.

La perfecta conformidad que el baron manifestó en su respuesta no dejó la menor duda sobre su sumision á la competencia del tribunal.

Un murmullo de satisfaccion circuló en la sala.

—Continuad, repuso Peyrou, dirigiendose al cónsul.

—Síndico y prudentes hombres, dijo Talebard-Talebardon, á pesar de nuestros derechos y de la costumbre, Raimundo V baron de Ambiez en lugar de poner las redes desde la costa hasta la roca de las *Siete-piedras de Castrebanou* las hace poner desde dicha roca hácia la alta mar, y atenta consiguientemente á los derechos de la comunidad que represento. El pesca en la parte reservada á la misma comunidad. Estos hechos que yo afirmo bajo juramento, son por otra parte conocidos de todo el mundo y de vosotros mismos, síndico y prudentes hombres.

—El síndico y prudentes hombres de mar no son mas que jueces aquí, respondió severamente Peyrou al cónsul. Despues volviéndose hácia el gentil hombre le dijo:

—Raimundo V, baron de Ambiez, confesais haber

puesto vuestras redes mas allá de las *Siete-Piedras* hácia la alta mar, en la parte reservada á la comunidad de Ciotat?

—En efecto, yo he puesto mis redes mas allá de las siete rocas, dijo el baron.

—¿Teneis algo que pedir contra Raimundo V? dijo el síndico al cónsul.

—Sí tengo, contestó Talebard Talebardon. Pido al tribunal prohiba al señor de Anbiez que en lo sucesivo pueda pescar ni establecer las madraques fuera de las rocas de Castrembaou. Pido que el referido señor sea condenado á pagar á la comunidad por via de daños y de justa restitution, la suma de dos mil libras tornesas. Pido igualmente se haga entender al mismo que si vuelve á situar sus redes y madraques en la parte de la bahia, cuya pesca no le pertenece, ha de ser permitido á la comunidad retirarlas y destruirlas por medio de la fuerza, quedando en este caso el señor baron como único responsable de cuantos desórdenes puedan seguirse de resultas de esta medida.

Al oir al cónsul formular su demanda contra el baron en términos tan esplicitos, todas las miradas se dirigieron á un tiempo sobre Raimundo V.

Este no dió ninguna muestra de alteracion.

Como era tan conocido su caracter imperioso y violento, causó mas estrañeza en el público la resignacion con que acababa de oir á su acusador.

Peyrou se dirigió al viejo gentil hombre y le dijo en tono solemne.

—Raimundo V, baron de Anbiez. Teneis algo que contestar al cónsul vuestro demandante? Acep-

tais como justas y leales sus acusaciones; y creéis tambien justo lo que piden contra vos?

—Síndico y prudentes hombres, respondió el baron inclinándose con aire respetuoso. Sí: es la pura verdad cuanto se dice contra mí. Yo hé hecho situar mis redes por fuera de las siete rocas de Castrempaoü. Sin embargo, para explicar los motivos de mi conducta es diré lo que todos vosotros sabeis...

—Raimundo V, baron de Anbiez, nosotros no somos aqui mas que jueces, dijo con gravedad el síndico Peyrou.

A pesar del imperio que habia guardado sobre sí mismo, y sin embargo del interes que tenia á Peyrou, el viejo gentil-hombre no pudo menos de morderse los labios; pero volviendo á dominarse instantáneamente, replicó con voz y ademan tranquilos.

—Voy á deciros una verdad que creo que nadie ignora, síndico y prudentes hombres. De algunos años á esta parte, es tanto lo que ha bajado el mar que el sitio de la bahia donde tengo derecho de pescar, está seco en la actualidad; y tanto, que dias pasados mi caballo marino y mi lebrél Relámpago dieron caza á una liebre en aquel parage. En una palabra, para esplotar dicho sitio, mas bien necesito caballos y escopetas, que redes y canoas.

La respuesta del baron dicha en tono festivo, hizo gracia al público, y ni los mismos individuos del tribunal pudieron evitar el sonreirse.

Raimundo V continuó.

—Sí, señores, ha sido tan considerable la retirada del mar, que apenas háy seis pies de agua á la derecha de las siete rocas, donde concluye mi pesque-

ría y donde justamente comienza la de la comunidad. Por esta razón creí que debía poner mis redes y madraques á quinientos pasos mas allá de las siete rocas, supuesto que mas acá no hay agua, y tambien creí, que la comunidad siguiendo mi ejemplo y el movimiento de la mar, retiraría sus útiles de pesca otros quinientos pasos mas á fuera.

Causaron una grande impresion en el auditorio el tono de moderacion del baron y sus razones verdaderamente plausibles, aunque el mayor número de los presentes, no dejó de mirar como causa propia la del cónsul, pues ciertamente era este el que representaba los intereses públicos.

El síndico se dirigió al cónsul y le dijo.

—Talebard-Talebardon, qué teneis que contestar?

—Contesto, síndico y prudentes hombres, que la bahia de Castrembaouï solo tiene seiscientos pasos contando desde las siete rocas, y de consiguiente, si el señor de Ambiez se adjudica á sí propio, quinientos, apenas quedarán unos cien pasos á la comunidad para echar sus redes, y demasiado sabido es que la pesca del atun no puede aprovecharse mas que en la bahía. Desgraciadamente es cierto, por otra parte, que las aguas en su retirada han dejado en seco casi todo el sitio de pesca del señor baron; pero como esto no ha sido por culpa de la comunidad, no debe castigarsela injustamente.

Ya hemos dicho que esta grave cuestion hacia largo tiempo que era objeto de un empeñado litigio; pero por lo mismo hallabanse tan agotadas las razones de una y otra parte y tan bien deslindado el

asunto, que, no hubiera sido difícil á los cónsules, por deferencia y respeto al baron, darle una solucion conveniente y amigable, á no haber sobrevenido los pérfidos é interesados consejos del escribano señor Iznard.

Los honrados marinos que componian el tribunal daban pruebas casi siempre de un juicio sano y de una imaginacion despejada, y asi es que en sus sentencias, basadas en los conocimientos de una profesion que ejercian desde la infancia, notábase comunmente el espíritu de la justicia, unido al modesto language propio de la sencillez de sus costumbres.

En esta ocasion, sin embargo, se hallaban algun tanto embarazados.

—Qué tenéis que responder Raimundo V baron de Ambiez? dijo Peyrou.

—Tengo que responder, síndico y prudentes hombres, que mis títulos me dan el derecho de pescar en la mitad de la bahía. Esto es innegable. Pero es el caso, segun dije antes, que mi dominio pescatorial, como le llama mi capellan, puede recorrerse á pié enjuto, de resultas de la retirada de las aguas. Yo no les he dicho que se vayan. ¿Hay razon, pues, para que yo sea la víctima de un acontecimiento debido á una fuerza superior á nosotros?

—Y decidme, replicó un anciano, miembro del tribunal, dirigiendose al baron, dicen acaso vuestros títulos que poseéis el derecho de pesca desde la costa hasta las siete rocas, ó bien, que ese derecho se refiere solo á una estension de quinientos pasos?

—El título expresa que mi derecho se estiende

desde la costa hasta las siete rocas, contestó el baron,

—El anciano dijo algunas polabras al oido al compañero que estaba á su lado.

En esto se levantò Peyrou y dijo:—Nos hallamos perfectamente instruidos en la cuestion, y vamos á deliberar.

—Síndico y prudentes hombres, replicó el baron; cualquiera que sea vuestro fallo, desde ahora me someto gustoso á él.

Peyrou volvió á levantarse y á decir en voz bien alta.—Talebard Talebardon, Raimundo V baron de Aubiez, vuestra causa está suficientemente instruida: nos, los prudentes hombres y síndico, vamos ahora á deliberar sobre ella.

Los cinco pescadores se levantaron entonces; retirándose al hueco de una ventana, en cuyo lugar parecia que discutian con bastante animacion, en tanto que el pueblo aguardaba la sentencia en medio de un profundo y respetuoso silencio. Por su parte el señor de Aubiez, vivamente afectado de esta escena, hablaba en voz baja con Honorato de Berrol.

De alli á una media hora poco mas ó menos, que duró la discusion, ocuparon de nuevo sus puestos los jueces quedándose de pies, mientras que Peyrou leyó en un gran registro la siguiente fórmula, que precedia siempre á las sentencias del tribunal.

»Hoy veinte de Diciembre del año de 1632, hallándose reunidos en la casa de ciudad de Ciotat, nos el síndico y prudentes hombres pescadores; habiendo hecho comparecer en nuestra presencia á Talebard Talebardon, cónsul de la ciudad, y á Raimundo V baron de Aubiez, y habiendo oido

„á los susodichos su acusacion y defensá, hemos de-
 „terminado lo que sigue. La demanda de Talebard
 „Talebardon nos parece justa. El derecho de pesca
 „de Raimundo V no se estiende indiferentemente
 „sobre un espacio de quinientos pasos, sino sobre el
 „comprendido entre la costa y las siete rocas de
 „Castrembaoü. Si las aguas se han retirado de la
 „parte que al baron pertenece, esa es la voluntad
 „del Todo Poderoso á que Raimundo V debe so-
 „meterse. Dios avanza ó retira las aguas segun le
 „place, y nosotros debemos aceptar resignados to-
 „do lo que nos envia. Nuestra conciencia y nuestra
 „razon, nos dicen, pues, que Raimundo V no debe
 „en lo sucesivo volver á establecer fedes ni madra-
 „gues mas allá de las siete rocas. Sin embargo de
 „lo espuesto, deseando nosotros proceder en todo
 „equitativamente, y queriendo dar una prueba del
 „reconocimiento de la ciudad hacia Raimundo V,
 „que siempre ha sido para ella un escelente protec-
 „tor, es nuestra voluntad que el baron tenga derecho
 „de aquí en adelante á percibir diez libras de pes-
 „cado por cada ciento de las que se pesquen en la
 „bahía. Conocemos demasiado la buena fé que ani-
 „ma á nuestros hermanos los pescadores para du-
 „dar que sabrán cumplir con la anterior condicion.
 „Los empleados del pueblo, á quienes compete, ha-
 „rán ejecutar esta nuestra sentencia pronunciada
 „contra Raimundo V baron de Anbiez. En el caso
 „de que el dicho señor se opusiere á lo acordado,
 „será condenado al pago de cien libras, de las cuales
 „una tercera parte se aplicará al rey, otra al hospi-
 „tal del Espíritu-Santo, y la restante á la citada

„comunidad. Hecho en la casa de la ciudad de „Ciotat &c.“

La razon y el buen sentido estaban indudablemente de parte de esta sentencia, y como el público lo conociese así empezó á decir á grandes voces.

—Vivan los prudentes hombres pescadores! Viva Raimundo V!

—En medio de estas voces y de los bravos y alegría general, se levantó la sesion, retirándose el pueblo que la habia presenciado.

Raimundo V se quedó algunos momentos en la sala, y dijo al vigia del cabo del águila alargándole la mano afectuosamente.

—Bien juzgado, mi viejo Peyroü.

—Monseñor, somos unas pobres gentes, pero aunque no somos hombres instruidos, el Señor nos inspira é ilumina.

—Buen hombre.... dijo Raimundo V mirándolo con interes: quieres venir á comer conmigo á la Casa-Fuerte?

—Me aguarda mi cabaña, monseñor, y pudiera enfadarse Luquin Trinquetaille.

—Allí iré á verte.... con mis hermanos que deben llegar muy pronto.

—Teneis noticias del señor comendador? preguntò Peyroü.

—Las tengo de Malta: son buenas, y anuncian su regreso aquí para la Pascua; pero en su carta.... da á entender que está mas triste que nunca.

El vigia bajó la cabeza y suspiró.

—Ah! Peyroü, dijo el baron, esa tristeza, cuya causa ignoro, es muy fatal.....

—Demasiado fatal! respondió el vigia, absorto en sus reflexiones.

—Tu sabes la causa, dijo Raimundo V con amargura.

—Monseñor.... contestó Peyroü.

—No te pido que me reveles ese triste secreto; porque aun no es tiempo... Vamos, adios.... buen hombre.... Despues de todo celebro que nuestras diferencias hayan sido juzgadas por tí.

—Monseñor, dijo Peyroü, que deseaba escapar á los recuerdos que las palabras del baron relativas al comendador habian despertado en su imaginacion, monseñor, habia corrido el rumor de que no os presentariais á nuestro tribunal.

—En efecto, así lo habia resuelto al principio; en el primer movimiento de cólera traté de enviaros á todos al diablo... Tambien el consul al principio pensaba de distinto modo, como que combino en un arreglo amigable.

—Monseñor, no era solo el cónsul el que estaba decidido à llevar la causa á nuestro tribunal.

—Así lo he conocido, y por eso varié de pensamiento. Ya veis que no he obrado como un loco, sino cuerdamente. Ese bueno del almirante de Tolon es el que ha puesto al cónsul en movimiento, no es verdad?

—Lo dicen, monseñor.

—Tenias razon, Honorato, dijo el baron dirigiéndose á M. de Berrol.

—Vamonos, añadió al instante.

A salir del salon, el baron halló su carruage en la plaza rodeado por el pueblo.

Raimundo V se sintió conmovido al verse saludado otra vez por multitud de vivas y aclamaciones.

Apenas habia subido al carruaje cuando vió al escribano parado en la puerta de una casa. El semblante de este denotaba pesar, dimanado sin duda del resultado de la sesion.

—Ah! señor escribano, grítóle el baron, vuelves pronto á Marsella?

—Muy presto, monseñor.

—Tanto mejor. Con eso le dirás al mariscal de Vitry que si te amenacé con el látigo, fué porque me llevabas de su parte órdenes insultantes y depresivas para la nobleza provenzal. Mira cuan al contrario he obrado ahora. Ya ves como he venido á someterme sumisamente al tribunal popular, cuyos acuerdos respeto como el primero. Si quieres explicarle el origen de una conducta tan distinta la una de la otra, tambien te lo diré. Mira, siempre resistiré por medio de la fuerza cuantas órdenes emanen de los tiranuelos del cardenal tirano, así como respetaré constantemente los derechos y privilegios de las antiguas comunidades provenzales. Me has entendido bien? Pues díceselo á tu Vitry....

—Monseñor, esas palabras..... dijo al momento el escribano.

Pero Raimundo V no le dejó continuar.

—Dile en fin que si conservo mi casa fortificada es para poder ser útil á la ciudad, como lo he sido otras veces. Cuando el pastor no tiene muchos perros, el rebaño es muy pronto devorado; y voto á brios que los lobos no están muy léjos.....

Al decir el baron estas últimas palabras echó á andar con lentitud el carruage del viejo gentil-hombre á quien dirigió el pueblo nuevas y entusiastas aclamaciones.

No obstante su estremada aspereza de costumbres y de language, Raimundo V acertó en esta ocasion á conducirse con una habilidad y politica tan esmerada que puso á la poblacion de su parte, previendo que quizás era posible una colision con el poder del mariscal.



CAPITULO XVII.

EL ANTE-OJO.

 PENAS habia concluido la sesion, en la cual, como sindaco de los prudentes hombres de mar, habia Peyroü pronunciado la sentencia contra Raimundo V, cuando aquel tomó nuevamente el camino de su cabaña, confiada durante su ausencia á los solos cuidados de Luquin Trinquetaille.

Peyroü estaba lleno de tristeza: las últimas palabras de Raimundo V relativas al comendador, habian despertado en su imaginacion dolorosos recuerdos.

A medida que atravesaba los riscos y desigual terreno del promontorio parecia que su corazon se dilataba. Demasiado habituado á la soledad para encontrar placer en la sociedad de los hombres, nuestro vigia se reputaba feliz en la cuspide de su peñasco, desde el cual escuchaba con religioso recogimiento el lejano murmullo de los mares y los bramidos de la tempestad.

- Nada más absoluto, en efecto, nada más poderoso que la costumbre de vivir en el seno de la soledad, especialmente para aquellos que saben hallar inesplicables recursos en la sagacidad de sus observaciones y en las variadas concepciones de una imaginación fecunda.

He aquí porque Peyroü se sintió conmovido; hallóse arrebatado de una satisfacción indecible al poner el pie en la esplanada del cabo del Aguila.

Llega á su cabaña y encuentra á Luquin entregado á un sueño dulce y tranquilo.

El primer movimiento de Peyroü fué el de recorrer el horizonte con una mirada inquieta apelando para ello á su anteojo, y como no descubriese ningun objeto sospechoso, tomó su fisonomía una espresion mas bien jovial que severa. En seguida sacudió violentamente al soñoliento capitán del *Santo terror de los moriscos* diciendole con voz fuerte.

—Hé!... Alerta... á los piratas!!

Luquin dió un salto, se puso en pié y se restregó los ojos.

Y bien, amigo, le dijo el vigia. He ahí vuestra gran actividad dormida! Sin duda que no saltarán en el mar ninguna dorada ó sargo sin que dejeis de aperebiros de ello! Válgate Dios con el sueño!

Luquin miró al vigia maquinalmente, como un hombre mal despierto, y tambalándose lo mismo que si estuviese ébrio, le dijo, —Por supuesto... no era mal sueño el mío... lo mismo dormia yo aquí que grumete sobre gabia. Mis ojos no se han cerrado aun.

—Con eso, amigo mío, os vendrá el sueño con mas

facilidad. Pero volveos á la ciudad. Mas de una botella estará llorando vuestra ausencia en la taberna del Ancla de Oro.

Pero Luquin, léjos de contestar una palabra puede decirse que seguía mirando al vigia como pudiera hacerlo el mejor sonámbulo del mundo.

Tuvo pues Peyroü para sacarlo de su estupor que apelar á un nuevo recurso, y dijo así. — Vámos! vámos! Estefania, vuestro amante se ha empeñado en bailar, como pudiera hacerlo Tezarol el piloto ó el patron Bernard; de consiguiente no esperéis verlo en algun tiempo.

No se equivocó Peyroü. Sus palabras produjeron un efecto mágico en el capitan. Al instante afirmóse este sobre sus largas piernas, se esperezó, pateó la tierra y dijo, dirigiendose al vigia.

—Teneos, señor Peyroü. Si no estuviese seguro hasta la evidencia de no haber bebido mas que un solo vaso de salva-cristiano con ese diablo del gitano, á fin de hacer las paces con él, segun los deseos de Estefania (debilidad vergonzosa de que no he podido escusarme) creeria ciertamente hallarme ébrio.

—Cosa singular!... no habeis bebido sino un solo vaso de salva-cristiano... con el gitano, y siu embargo, os hallais tan....

—Un solo vaso, y á medio beber, porque lo que se toma en compañía de un ente semejante, os aseguro que sabe amargo.

—Y decidme, preguntó Peyroü con aire pensativo y serio, ese gitano está siempre en la Casa-Fuerte?

—Siempre, señor Peyroü, porque todos están locos con él, desde mauseñor hasta el abad Mascaro-lus, y lo mismo sucede con las mugeres, desde la señorita Reina hasta la vieja Dulcelina, sin hablar de Estefania que le ha dado cintas color de fuego....

—Cintas color de fuego! dijo Peyroü indignado.

—Una cinta tegida con cordeles es lo que necesitaba ese miserable, prosiguió Luquin. Pero ya se vé, como las mugeres andan por él con las cabezas trastornadas! Y sabeis el motivo? Pues no es mas sino porque el gitano rasca bien ó mal una especie de vieja guitarra, cuyos sonidos se parecen en mi concepto á los de las carruchas de mi tartana cuando se iza la vela mayor.

—No llegó el gitano á la Casa Fuerte el mismo dia que Raimundo V hizo perseguir al escribano Isnard por medio de un toro?

—Ese dia fué, señor Peyroü, dia fatal por haber puesto el pie en aquella casa el perro errante de que hablamos.

—Cosa estraña! dijo el vigia hablando consigo mismo. Entonces me he engañado.

—Ah! señor Peyroü, creedme; me dan ganas muy á menudo de coger un par de pistolas y batirme con ese infame hasta que uno de los dos quedase muerto en el acto.

—Vamos... vamos Luquin, sin duda estais loco, los celos han trastornado vuestro cerebro, y no tenéis motivo para ello. Estefania es una jóven honrada, apreciable, yo soy quien os lo dice... Respecto al gitano...

Calló un instante como dando á entender que no debía dar mas explicacion sobre el particular á Luquin, y luego añadió:

—Pero amigo mio, no perdais aqui mas tiempo á mi lado, mientras que vuestra jóven y bonita Estefania, os estará aguardando con impaciencia. Aprovechad todos los momentos para verla y hablarla y sobre todo, casaos lo mas pronto posible. Siempre se ha dicho que á buena tierra, buen labrador.

—Esparcis por mi sangre, con vuestras palabras, un bálsamo consolador, replicó el capitan. Casi, casi sois hechicero. Todo el mundo os ama y os respeta. Ahora tomais el partido de Estefania y falta que ella lo merezca.

—Oh! por nuestra Señora de la Guarda, que sin duda lo merece. No es ella la que vino antes de vuestra partida para Niza á preguntarme si podrias sin riesgo emprender dicho viage?

—En efecto, lo reconozco así. Y gracias á voz que me proporcionasteis la ocasion de lucir entonces con mi buque. Sois un gran hombre! señor Peyroü.

—Y tengo la suerte, añadió el vigia sonriendose, que los que siguen mis consejos son personas sagaces y sensatas.... y ya sabeis que ninguna persona sagaz deja nunca que á su amante se le haga el tiempo largo.

Por fin, el capitan hizo lo que se exigia de él, es decir, despues de dar nuevamente las gracias á Peyroü, se encaminó presurosamente hácia la Casa Fuerte, resuelto á verificar lo que le habia aconsejado aquel respecto á Estefania.

El vigia dió un suspiro de contento al verse solo, como si comprendiese que volvía á encontrarse señor absoluto de su pequeño reino.

Es verdad que tenía la costumbre de acoger con afabilidad á cuantos venían á consultarle ; pero no por eso dejaba de ver su partida con un secreto placer.

Cuando entró en su cabaña, suspiró tiernamente despues de haber contemplado algun tiempo el rico mueble de ébano, que parecia despertar siempre en su espíritu recuerdos desagradables. Despues se envolvió en su espeso capote y aguardó á que llegase la noche.

Colocado al abrigo del viento norte que constantemente reinaba en aquellos parages , encendió la pipa y dirigió una mirada melancólica sobre el inmenso horizonte que se desenvolvía en su presencia.

Ya hemos dicho que desde la parte mas elevada del cabo del Aguila descubriase perfectamente hácia el Oeste la Casa-Fuerte de Raimundo V. Estaria distante del cabo como unas tres leguas.

Bien pronto creyó el vigia descubrir en el horizonte un buque: tomó su ante-ojo y siguió largo tiempo los movimientos de aquel punto incierto que parecia vagar en el espacio. Poco á poco se fué aproximando hasta que pudo conocerse que era un navío mercante, cuyo porte y armadura no infundían ninguna sospecha. Seguía Peyroü atentamente los movimientos y maniobra de la embarcacion, cuando al dirigir maquinalmente el ante-ojo hácia la Casa-Fuerte, y sobre las rocas donde se elevaba el castillo, descubrió á Reina de Anbiez montada en su hacanea y

seguida del señor Laramée. Sin duda precedería la joven al baron por el camino de Ciotat.

Póco despues se ocultó Reina á su vista por haberse interpuesto algunos promontorios de rocas.

En esto oyó el vigía un ruido tan fuerte como inesperado, sintiendo que el aire se agitaba á su alrededor. Su águila, su querida águila vino á abatirse á sus pies. El pobre animal pedía sin duda su alimento acostumbrado, pues daba á cada momento gritos agudos é impacientes.

El vigía acarició al pájaro con distraccion: un incidente de nueva especie acababa de despertar la atencion del anciano.

Hallábase este examinando con el mayor cuidado el lado derecho de la costa por donde debia volver á aparecer la señorita de Anbiez, cuando creyó distinguir confusamente á un hombre que parecia ocultarse con precaucion en el hueco de una roca. Inmediatamente asesta sobre aquel objeto su ante-ojo y reconoce que el que habia llamado su atencion era el gitano vagamundo.

Apenas podia Peyrou volver de la admiracion que le ocasionaba semejante aventura. Siguió espiondo hasta los menores movimientos del gitano y esta precaucion le hizo advertir que aquel estrajo de un saco pequeño un palomo blanco, atóle á la cola una especie de bolsita é introdujo dentro de ella un papel en forma de carta.

Es evidente que el gitano estaba en la creencia de que nadie lo veia. Y así debia presumirlo, supuesto que el sitio donde se hallaba no podia ser descubierto desde la costa ni desde

la Casa-Fuérte del baron. Necesitábase nada menos que la prodigiosa elevacion del cabo del Aguila para que Peyroü hubiese alcanzado á distinguirlo.

Despues que el gitano hubo mirado á todas partes, como si temiese haber sido descubierto apesar de sus precauciones, aseguró nuevamente la bolsita á la cola del palomo y lo dejó volar libremente.

El animal sabia sin duda la direccion que debia tomar. Apenas se vió en libertad elevóse perpendicularmente por encima del gitano, y despues se encaminó hácia el Este. Entonces Peyroü con tanta celeridad como la del ave cogió el águila en la mano procurando hacerle distinguir al palomo que á la sazón apenas se veía sino como un punto imperceptible en el espacio.

Por el pronto pareció el águila algo indecisa probablemente porque no habria columbrado el objeto hácia el cual se llamaba su atencion; mas luego quando lo hubo hallado, dió un chillido muy agudo, abrió violentamente sus largas alas y se puso en persecucion del inocente emisario del gitano.

Sea que el desgraciado palomo por medio de su instinto advirtiese el peligro que le amenazaba, ó que escuchase los ecos furiosos que despedia su enemigo, lo cierto es, que redobló el vuelo, y dió á huir con la rapidez de una flecha.

En vano intentó elevarse sobre el águila para ocultarse quizás á sus miradas entre las nubes bajas y espesas que discurrían por la atmósfera; en vano decidimos, porque su terrible perseguidor, moviendo ape-

nas sus poderosas alas y penetrando la intención del palomo, logró sobrepujarle en mucho mayor altura; visto lo cual no quedó á este otro recurso que dajarse caer con rapidez hasta pocos pasos de la superficie del mar, cuyas agitadas olas estuvieron á pique de sumergirlo.

Tambien el águila le siguió en esta peligrosa evolución.

Peyrou fluctuaba entre el deseo de ver concluir la lucha de las dos aves, y la curiosidad de examinar el continente del vagamundo. Cogió pues el anteojó y vió á este en extremo agitado seguir con ansiedad hasta los menores movimientos de su mensajero.

Todavía se atrevió el palomo á intentar el último esfuerzo. Conociendo sin duda que el término de su viage estaba aun muy distante, quiso volver hácia atras y ganar nuevamente la costa que era el único medio de evadirse del rudo ataque que amenazaba su existencia. Desgraciadamente no pudo conseguir su intento, porque habiéndole faltado las fuerzas, comenzó á volar con demasiada lentitud, y como estuviese muy próximo á el mar se halló de repente inundado por las olas y espuma de este temible elemento.

El águila supo aprovechar el momento en que el palomo pugnaba con las olas para levantar el vuelo á duras penas, y arrebatándolo entre sus fuertes garras elevóse triunfante con su presa hasta la altura del promontorio, refugiándose en su nido situado en una roca á poca distancia de la cabaña del vigía.

Quiso este apoderarse del palomo, y quísole inútilmente, porque el águila vencedora heizando sus plumas y dando agudísimos gritos dió á entender que se hallaba dispuesta á no dejarse arrebatár impunemente el fruto de sus afanes, aquel pobre palomo ya ensangrentado y sin vida.

No era prudente irritar demasiado al águila, porque podia ir á posar á otras rocas de imposible ó difícil acceso, y así es que Peyroü la dejó que devorase tranquilamente su presa; habiendo notado sin embargo que la bolsita que pendia de la cola del palomo, estaba formada por dos pequeñas planchas de plata, sugetas por en medio con una cadenita del mismo metal; de consiguiente estaba seguro de que en el interior de esa misteriosa bolsa deberia existir la carta que habia visto introducir en ella.

Mientras que el águila saciaba su gula volvió Peyroü á situarse en la puerta de su albergue, desde cuyo sitio buscó al gitano con el anteójo, y no pudo descubrirlo, á pesar de su escrupulosa investigacion sobre la vasta estension de la costa y de los laberintos de las rocas que se desarrollaban á su presencia. El gitano habia desaparecido.

Iba Peyroü á soltar el anteójo, cuando he aquí que vió en la playa la carrosa de Raimundo V, y á este subido sobre el caballo de Laramée con Reina á las ancas, en direccion sin duda de la Casa-Fuerte.

Ya era tiempo de que el águila hubiese concluido su banquete, y por consiguiente volvió el vigia al nido, en el cual no estaba ya aquel animal; pero encontró no obstante lo que deseaba, es decir, la bol-

sita, entre las plumas y huesos del palomo. Abrióla inmediatamente y sacó una carta que contenia algunas líneas escritas con caracteres árabes.

Era este un idioma que desconocia nuestro curioso investigador. Solamente habia conservado de él la configuracion de la palabra *Reis* por haberla visto escrita muchas veces en las patentes de los corsarios, durante sus frecuentes campañas contra los berberiscos. Esa palabra significa entre ellos *capitan* y sigue siempre al nombre del comandante de los buques.

Casualmente estaba escrita en tres partes distintas en la carta de que nos vamos ocupando, lo que dió lugar á Peyroü para sospechar que quizas seria el gitano un secreto emisario de algun pirata berberisco, cuyo buque, oculto en uno de los muchos sitios abandonados de la costa, solo aguardaria la señal convenida, para que la tripulacion operase un desembarco. En su concepto hasta llegó á presumir que el gitano habria venido en dicha embarcacion.

Agitado en extremo por estas ideas, dirige otra vez sus anhelosas miradas hácia el mar y vé á lo léjos en el orizonte unas velas triangulares de mucha altura; aplica hácia ellas el anteojó y este nuevo exámen vino á confirmarle en la sospecha de que aque javeque debia pertenecer indudablemente á algun pirata. Siguió con atencion la maniobra y advirtió que á pesar de la violencia siempre creciente del viento, adelantaba muy poco el buque, dando pequeñas bordadas como si aguardase alguna señal ó piloto que marcasse definitivamente su direccion.

Procuraba Peyroü reflexionar sobre la coincidencia

cia que pudiera existir entre la aventura del palomo y la aparicion de aquella nave de mal agüero, cuando un ligero ruido que oyó cerca del sitio donde se hallaba, vino á distraerlo de sus meditaciones y le obligó á levantar la cabeza.

Quien habia causado este ruido?

Era el gitano que se hallaba en su presencia.



CAPITULO XVIII.

LA BOLSA.

 un permanecian sobre las rodillas del vigia la bolsita y la carta abierta de que nos hemos ocupado en el capitulo anterior. Tan pronto como Peyroü alzando la cabeza vió al gitano delante de sí, ocultó aquellos objetos en la cintura, con tanta rapidez y destreza que pudo escapar el movimiento á las miradas perspicaces del vagamundo. Al mismo tiempo procuró asegurarse de si su largo cuchillo catalan podria salir con facilidad de la vaina, porque la fisonomía siniestra del recién llegado no le inspiraba ninguna confianza.

Algunos momentos transcurrieron sin que los dos hicieran otra cosa que mirarse mutuamente guardando el mas profundo silencio.

A pesar de la edad algo avanzada de Peyroü, estaba todavia robusto y lleno de vigor.

El gitano, de constitucion mas débil, pero mucho mas jóven, parecia ardiente y resuelto.

En estremo impacientado Peyrou de resultas de esta ocurrencia que le estorbaba el seguir observando las maniobras del javeque sospechoso, rompió al fin el silencio, diciendo con aspereza al vagamundo.—¿Qué quereis?

—Nada, contestó este, he venido á ver al sol ocultarse en el mar.

—Es un buen espectáculo. pero en cualquier otra parte se puede observar tan bien como aquí.

Diciendo estas palabras, entra el vigia en la cabina, se apodera de un par de pistolas, coloca una en la cintura, monta la otra, y con ella en la mano, vuelve á salir al instante.

Aun habia claridad suficiente para poder distinguir al javeque con la simple vista. De consiguiente, el gitano, viendo armado á Peyrou no pudo contener un movimiento de sorpresa y casi de despecho, y dijo irónicamente señalando á la pistola.

—Traeis un antejo muy extraño, vigia!

—Qué quereis! contestó Peyrou: el otro me sirve para ver al enemigo cuando está lejos: este es muy bueno para cuando está cerca.

—De qué enemigo hablais, vigia?

—De vos.

—De mí?

—De vos.

—Os habeis equivocado... yo soy el huesped de Raimundo V, baron de Aubiez, dijo con enfasis el gitano.

—El escorpion venenoso es tambien huesped en la casa donde logra introducirse, contestó Peyroü mirando fijamente à su interlocutor.

Los ojos del vagamundo se encendieron de cólera, un movimiento convulsivo agitaba violentamente todos sus miembros, y afectando una calma que estaba muy distante de sentir, dijo á Peyroü:

—Seguramente no merezco vuestros dennestos, vigía. Raimundo V ha tenido lástima de un pobre vagamundo como yó, y me ha ofrecido su techo hospitalario.

—Y para probarle tu reconocimiento, quieres arrojar las desgracias y la ruina sobre ese mismo techo; no es así?

—Yo?

—Sí, tú, tú mismo. Tú estas en inteligencia con ese javeque que se ve allí en el horizonte.

El gitano miró al buque con la mayor indiferencia y contestó:

—En mi vida he puesto los pies en ningun buque. Respecto á la inteligencia que me suponéis con esa embarcacion . . . á que dais el nombre de javeque . . . dudo mucho que mi voz ó mis señales pudiesen llegar hasta él.

Peyroü lanzó una mirada penetrante sobre el vagamundo, diciéndole en seguida:

—Con que jamas has puesto los pies sobre ninguna embarcacion?

—Jamás, como no haya sido en los barcos del Ródano, porque habeis de saber que yó he nacido en el Languedoc. Mis padres pertenecian á una cuadrilla de gitanos procedentes de España. El único

recuerdo que conservo de mi infancia es este refan-
cillo que se cantaba en nuestra horda ambulante:

Cuando me nació

Mi madre la Gitana.

He aquí todo lo que sé de mi nacimiento, he aquí
todos mis papeles de familia.

—Los gitanos de España hablan también el árabe,
dijo Peyroü observando con atencio el semblante
del vagamundo.

—Será así; pero yo no sé otra lengua que la que
estoy hablando.... y eso tan mal como veis.

—El sol se ha ocultado en direccion de aquellas
grandes nubes que se distinguen allí abajo. Para un
curioso como tú de semejante espectáculo, te has
mostrado demasiado indiferente. Sin duda el javeque
te interesa mas que el sol, dijo Peyroü.

—Mañana lo veré ocultarse: ahora me agrada más
invertir el tiempo en adivinar el enigma que encierran
vuestras espresiones; vigia.

Durante esta conversacion, no apartaba Peyroü la
vista de la embarcacion que continuaba siempre bor-
deando como si aguardase alguna cosa.

Por mas que las continuas viradas del javeque pa-
reciesen altamente sospechosas á Peyroü no se atrevia
á cundir la alarma por las costas, encendiendo las
grandes fogatas segun era costumbre en las ocasio-
nes comprometidas, porque sus temores no pasaban
de meras presunciones, y porque además si despues
de poner en conmocion todo el litoral, resultaban esos
temores infundados, seria un mal precedente para
cuando llegase un peligro real y efectivo poder reu-
nir á los que en otra ocasion habian sido engañados.

Mientras que Peyrou se entregaba á estas reflexiones, el gitano miraba con aire inquieto en torno de sí, tratando de descubrir algunas señales del águila, porque desde el sitio en donde él habia estado oculto habia visto á aquella tomar la direccion del cabo.

Hubo un momento en que el gitano pensó deshacerse del vigía; pero renunció muy luego á este atrevido proyecto, porque Peyrou armado y lleno de vigor parecia hallarse en guardia y dispuesto á cuanto pudiera sobrevenir.

Aunque el anciano del cabo del águila mirase encolerizado la presencia del vagamundo en aquellos sitios, preferia no obstante esto, á verlo regresar á la Casa-Fuerte, en atencion á que Raimundo V no desconfiaba de este miserable.

La noche se aproximaba y el gitano no daba indicios de moverse.

Afortunadamente la luna estaba casi llena, y aunque no faltaban nubes, despedia la suficiente luz para distinguir las maniobras del javeque.

El gitano con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba de hito en hito á Peyrou con sangre fria, imperturbable.

—Ya se ha puesto el sol, dijo el viejo marinero: la noche debe ser fria, harás bien en marcharte á un sitio mas abrigado que este.

—De cualquier modo, pienso pasarla aqui, dijo el vagamundo.

El vigia se levantó furioso dirigiendose hácia el gitano con aire amenazador.

—Oh! no será así, le dijo, te lo juro por lo mas sagrado.... Ahora mismo vas á irte.

—Y si yo no quiero? replicó el vagamundo.

—Te mataré!

El gitano se encogió de hombros y dijo: Ni me matareis, ni me moveré de aquí.

—Entonces Peyroü arma su pistola y grita: Prepárate!!

—Matareis á un hombre indefenso, y á un hombre que no os ha hecho mal alguno? Yo os desafío, dijo el gitano sin moverse de su puesto.

El vigia bajó la pistola; le repugnaba hacer una muerte. Puso el arma fatal en la cintura y empezó á pasearse con la mayor agitacion.

Veíase en efecto en una posision singular. No podia desembarazarse de este importuno ni por el temor ni por la fuerza y de consiguiente era indispensable resolverse á pasar la noche de aquella suerte, á fin de evitar cualquier ataque de parte de su siniestro é improvisado compañero.

Adoptó, pues, este último recurso, esperando que al día siguiente, si alguien arribaba al cabo, le ayudaria á librarse del vagamundo.

—Pues señor, bien! quedaos, le dijo Peyroü con forzada sonrisa. Aunque no os he pedido por compañero, quiere decir que pasaremos aqui la noche al lado uno del otro.

—No os arrepentireis de ello, vigia. No soy marino, pero tengo buena vista, y si el javeque os inquieta, puedo ayudaros en todo lo que pueda ocurrir.

Pasados algunos momentos de silencio el vigia se sentó sobre un monton de piedras.

El viento aumentaba cada vez mas, soplando impetuosamente. Grandes nubes atravesaban de tiem-

po en tiempo, ocultando el disco pálido de la luna; la puerta de la cabaña, que se hallaba abierta, daba repetidos golpes impulsada por la violencia del aire.

—Si quieres ser bueno alguna vez, dijo Peyroü, toma ese cabo de cuerda que está ahí por tierra y sujeta con él la puerta de la cabaña, porque el viento va creciendo demasiado.

El gitano miró á Peyroü con sorpresa y le dijo:— Quereis sin duda encerrarme!.... sois muy hábil, vigia!....

Peyroü se mordió los labios y replicó:

—Sujeta esa puerta por fuera, te digo, so pena de tenerte por un mal compañero.

El gitano entonces no viendo ya ningún inconveniente en satisfacer al vigia, echa mano á la cuerda, la pasa por un clavo que habia en la puerta, y la amarra á una escarpia de hierro colocada en el muro.

No bien hubo Peyroü examinado el nudo, cuando exclamó dirigiendose al vagamundo.

—Tan cierto es que tú eres de la mar, como lo es que Dios está en los Cielos.

—Cómo!.... yo!....

—Sí, indudablemente, y tambien es cierto que tú has servido á bordo de los corsarios berberiscos.

—Jamás! jamás!

—No te creo, no. Ninguno que no haya navegado con los piratas de Argel ó de Tunez puede hacer ese triple nudo con la prontitud y maestria que tú acabas de demostrar. Ellos solos amarran así los cabos.

El gitano hizo un movimiento de despecho; pero procurando dominarse, dijo con una calma aparente.

—Vamos, vamos, no dejais de tener buen acierto. Os asiste la razon. Ese nudo me enseñó á echarlo uno de los que se unieron á mi horda en el Langüedoc, despues de haber estado esclavo en un corsario de Argel.

El vigia perdió la paciencia al oir estas palabras, y furioso de la desfachatez é impudencia de este miserable, le dijo.

—Mientes!! Tu has venido aqui á preparar algun detestable acontecimiento. Toma!... mira! añadió enseñandole la bolsita.

El gitano, estupefacto, no pudo contenerse y escaldó un grito, maldiciendo en árabe á Peyroü.

Si este hubiese conservado alguna duda respecto á la persona del vagamundo la exclamacion que acababa de dar en árabe, exclamacion que tantas veces habia herido sus oidos en sus frecuentes combates con los piratas berberiscos, hubiera sido suficiente para probarle la realidad de sus suposiciones.

Los ojos del gitano ardian en ira.

—Ah! todo lo veo ahora, dijo, todo lo comprendo! El águila vino aquí á deborar al palomo. Desde el sitio en que me hallaba la ví posarse sobre estas rocas. Dame esa bolsa ó te mato! gritó, sacando un puñal de su jubon, y arrojandose sobre el vigia.

El cañon de una pistola apoyado contra su pecho, advirtió al vagamundo que Peyroü se encontraba mejor armado que él; y dando una fuerte patada en la tierra, dijo:

—El diablo está con ese hombre!

—Ah! sí, sí, replicó Peyroü, no me queda duda alguna de que eres pirata, y de que ese javeque aguarda tus órdenes ó señales para aproximarse ó alejarse de la costa. Por eso rabias, por eso te desesperas, porque ves descubiertos tus infames desígnios.

—Mas fáciles que se seque ese mar inmenso, que yo olvide estos ultrages y la ocasion de repararlos, exclamó el gitano.

Al momento se alejó este de la presensia de su adversario, descendiendo aceleradamente por el camino escarpado y dificultoso que conducia en derecha á la playa.



CAPITULO XIX.

EL SACRIFICIO.

ASÍ Peyroü la noche sin que hubiese ocurrido ningun nuevo incidente.

Al salir el sol del siguiente dia no se divisaba ya el javeque.

Peyroü aguardaba con impaciencia la llegada del jóven marinero que de tiempo en tiempo solia relevarlo en la vigilancia propia de su ocupacion. Se le hacía tarde ir á prevenir á Raimundo V de los malos proyectos que él atribuia al gitano.

Serian como las dos de la tarde, cuando de repente vió el vigia con sorpresa aparecer delante de él á la señorita de Ambiez acompañada de Estefania.

Aproximóse Reina al anciano con cierto aire de embarazo.

Aunque no participase de las ideas casi supersticiosas de los habitantes del golfo, respecto del vigia del cabo del águila, se sentia involuntariamente

conmovida al venir á hablarle de un asunto, cuyo recuerdo la llenaba siempre de tristeza.

Las noticias que aquella jóven habia tenido de Erebe habian llegado hasta ella por un conducto desconocido y misterioso. En vano, ayudada de Estefania, habia intentado descubrir el origen de tan extraño suceso.

Por una obstinacion indisciplinable, por un loco amor á todo lo maravilloso, la jóven Reina habia continuado ocultando todo á su padre y á Honorato de Berrol.

Este último habia salido de la Casa-Fuerte de resultas de un acceso de celos tan agudos como infundados.

La víspera del dia de la sesion de los hombres de mar, al arrodillarse Reina delante de un crucifijo, se halló un rosario de cuentas de madera primorosamente trabajado. El broche con que debia sujetarse á la cintura tenia esmaltada la figura de la pequeña paloma de que ya hemos hablado, símbolo del amor del desconocido.

Desde que el gitano habia cantado en su presencia aquella tierna é interesante relacion, la imaginacion ardiente de Reina, escitada hasta el extremo, se habia entregado á mil conjeturas relativas al jóven Emir, segun le nombraba el vagamundo.

Sea con intencion ó por efecto de casualidad, lo cierto es que el gitano habia dejado su gonzla en el gabinete de Reina despues de la partida de Honorato de Berrol.

Escitada de la mas viva curiosidad por volver á ver á su placer las facciones del desconocido, cogió

la guitarra, abrió el medallon y con gran sorpresa suya, vió caer el retrato en sus manos, sin dudar por que no se hallaría bien sugeto en el aro incrustado en la manga del instrumento.

En este instante se presentó el ama Dulcelina, y sonrojándose Reina, cerró el medallon, y ocultó el retrato en el pecho, esperando colocarlo otra vez en su sitio luego que se quedase sola. Pero en tanto se fué la tarde y Estefania, sin prevenir nada á su señora dió la guitarra al gitano; fortuna que como estaba cerrada la tapadera del medallon ni el cantor ni la sirviente pudieron advertir la falta del retrato.

Al día siguiente por la mañana hizo Reina buscar al gitano á fin de entregarle el retrato; pero aquel habia desaparecido, sin duda para dar suelta al palomino que habia servido de pasto al Aguila de Peyroü.

Sentiase capaz nuestra jóven de cualquier sacrificio primero que inutilizar ni consentir que nadie destruyese el rosario y el retrato que habia encontrado en su oratorio.

No obstante sus esfuerzos, y las súplicas que dirigia al cielo para que borrarse de su memoria la jornada de las rocas de Ollioules, el recuerdo del desconocido se apoderaba cada vez mas de su corazon.

Los cánticos del gitano relativos al *jóven emir*, como este le nombraba, habian conmovido demasiado la exquisita sensibilidad de Reina. Ese contraste de valor y de bondad, de poder y de piedad afectuosa y tierna, formaban á sus ojos una mezcla singular de audacia y timidez que la interesaban hasta el estremo.

Si por algo deseaba restituir el retrato era fúnebramente para poder entablar con el gitano de un modo indirecto, una nueva conversacion sobre el emir.

Pero el gitano, como ya hemos dicho, habia desaparecido. Con gran estrañeza y disgusto de todos no volvió aquella tarde á la Casa-Fuente. Raimundo, que lo queria mucho, dispuso que durante la noche se estuviese con el mayor cuidado á fin de bajar el puente levadizo si casualmente se presentaba el vagamundo, aunque en esto se faltase á la antigua costumbre observada siempre en el castillo del baron.

Tanipoco á la mañana siguiente pareció el gitano. No faltó quien creyese que se habia entregado al sueño, despues de heber á su sabor, en alguna taberna de Ciotat. Sin embargo, no dejó de causar bastante admiracion la falta que se echó de ver, de los dos palomos que el vagamundo solia tener encerrados en una caja.

Inquieta en extremo la jóven con motivo de los acontecimientos novelescos que sobrevenian hacia algun tiempo en su casa, y movida un tanto por curiosidad y otro por convencimiento, cedió al fin á las instancias de Estefania que tenia formada una idea estraordinaria de la ciencia del vigia, y decidió venir á consultarle relativamente á los misterios de que estaba siendo teatro la Casa-Fuente de Raimundo V.

Decianse tantas y tantas cosas del vigia del cabo del Aguila, que Reina, aunque poco supersticiosa, hubo por último de someterse á la influencia de la opinion general.

He aquí explicados los motivos que produjeron la inesperada aparición de Reyna en la morada de Peyroü, acompañada de la bella y supersticiosa Estefania.

Volvamos ahora á coger el hilo de nuestra interrumpida relacion.

Ya digimos que Reina se habia adelantado tímidamente hácia el anciano Peyroü. Iba esta á hablarle, iba é escuchar los consejos de aquel hombre tan celebrado, cuando el vigia se anticipó preguntándole al instante:

—Señorita, decídmelo, ha entrado esta noche el vagamundo en la Casa-Fuerte?

—No, y mi padre se halla muy desazonado. Dicen que quizás habrá pasado la noche bebiendo en alguna taberna de Ciotat.

—Seria cosa muy singular, replicó Estefania, porque el pobre hombre parece sobrio en extremo.

—El pobre hombre! dijo el vigia, sabed que es un espía de los piratas.

—El! exclamó Reina.

—El mismo, señorita. Casi toda la noche ha estado cruzando á la vista del golfo, un javeque sospechoso, no aguardando sin duda para desembarcar mas que la señal de ese vagamundo.

En pocas palabras instruyó el vigia á Reina de la aventura del palomo; refiriéndole los motivos que le asistían para suponer al gitano en inteligencia con los berberiscos, y concluyó enseñándole la bolsita, y la carta que pensaba remitir al baron con el objeto de que la tradujese uno de los hermanos Mírimos de Ciotat, que largo tiempo esclavo en Tupez, poseía perfectamente el árabe.

Al oir Reina las odiosas acusaciones que se lanzaban sobre el gitano, sin poder darse razon del temor que experimentaba, determinó no decir una palabra á Peyroü acerca del objeto de su visita.

Estefania, no menos admirada que su señorita, dijo á esta mirandola fijamente:

—Ay Dios mio! quién hubiera podido creer que ese que cantaba tan bien, fuese tan cruelmente perverso? Y yo que tuve demasiada compasion y deferencia hácia él como para haberle dado una cinta color de fuego! Ah! mi cara señorita... y que diremos del retrato de

Una seña de Reina hecha con imperio cortó la palabra en los labios de Estefania.

—Quedaos con Dios! buen vigia, dijo la señorita de Ambiez: vuélvome al instante á la Casa-Fuerte para advertir á mi padre el cuidado con que debe estar en adelante.

—No os olvidéis Estefania, de enviarme aquí á Luquin Trinquetaille, dijo Peyroü: es preciso que me ponga de acuerdo con él á fin de tener un vigia mas que me acompañe. En toda la noche he podido dormir. Quizas ese pícaro vagamundo, de roca en roca aguardará que se oculte la luna para venir á asesinarme. Los piratas deben estar en las inmediaciones del golfo, escondidos en algunos de esos parages donde se emboscan á ménudo para aguardar su presa; porque, ya se vê, como nuestras costas se hallan abandonadas!

—No tengais cuidado, señor Peyroü, contestó Estefania; en diciendole á Luquin que se trata del gitano, es lo bastante para que inmediatamente se

présente aquí acompañado [de sus dos primos...]. Qué dirá de mí! añadió cruzando las manos sobre el pecho, qué dirá! cuando sepa que ese hombre á quien he dado una cinta color de fuego es nada menos que un pirata, y quizas uno de esos bribones que lo desolaron todo en estos sitios el año pasado.

—Vamos, vamos hija mia, apresuraos, es necesario que me ponga de acuerdo con el capitán sobre una pequeña expedición que puede emprender hoy mismo con su polacra. Además avisarémos á los cónsules para que se armen sobre la marcha algunos barcos pescadores tripulados por hombres seguros y determinados. También es preciso y conveniente dar una voz de alarma por toda la playa, defendida solamente por el cañon de la casa del baron, y que estemos dispuestos contra cualquiera sorpresa que se intente, porque esos bribones no se duermen... De consiguiente que Luquin venga luego, luego. Me entendéis, Estefania? De su ligereza depende la seguridad de la poblacion.

—Descuidad, señor Peyrou. Aunque se me parta el corazon al considerar que mi Luquin va á esponerse á nuevos peligros, lo amo demasiado para aconsejarle ninguna accion de cobardia.

Durante esta rápida conversacion de Peyrou y Estefania, la desconsolada Reina, sumergida en un profundo desvario habia bajado maquinalmente algunos pasos por la vereda que conducia á la plataforma en que estaba situada la cabaña.

Esta senda rodeaba las partes exteriores del promontorio, formando á la derecha una especie de cornisa mucho mas saliente que la vace de aquella

inmensa muralla de rocas, elevadas mas de trescientos pies sobre el nivel del mar.

Una jóven menos acostumbrada que ella á las incursiones por las montañas, hubiera temido indudablemente aventurarse en un sitio tan estrecho. Baste decir que del lado del mar no habia otro parapeto que algunas rocas esparcidas acá y allá, mas ó menos pronunciadas. Pero habituada á despreciar los peligros desde su infancia, en lo menos que se ocupaba Reina era en el riesgo á que pudiera esponerla su repentina determinacion.

Absorviola enteramente la emocion que agitaba su pecho desde su entrevista con el vigia.

Sus pasos, tan pronto lentos como precipitados, parecian participar del desórden violento de su espíritu.

Muy pronto se le reunió la fiel Estefania. Sorprendida esta al ver la estremada palidez de su señora, iba á preguntarle la causa de ella cuando Reina le dijo con voz alterada, y haciendo con la mano una señal que no admitía réplica.—Marcha delante de mí.... Estefania.... no te inquietes por mí, ni menos procures averiguar si te sigo ó nó.

Estefania obedeció, y colocandose delante de su señora se dirigió aceleradamente hácia la Casa-Fuerte del baron.

La agitacion de Reina de Ambiez no podia ser mas estremada. Las relaciones que parecian existir entre el gitano y el desconocido, eran demasiado evidentes para que no conciviese las sospechas mas desfavorables respecto de ese jóven á quien el vagamundo daba el nombre de Emir,

Muchas circunstancias que hasta entonces habian corrido desapercibidas para ella, hicieron pensar á Reina que efectivamente el gitano era un secreto emisario del desconocido; y hé aquí porque habria colocado en su gabinete el tal vagamundo los diferentes objetos que tanto la habian sorprendido. Sin embargo, admitida esta hipótesi ofreciasele una sola obgecion, y era, que así el vaso de cristal como la miniatura, los habia encontrado antes del arribo del vagamundo á la casa de su padre.

De repente un rayo de luz vino á aclarar perfectamente las ideas que la ocupaban. Acordose de que un dia para mostrar y lucir su agilidad delante de Estefania, se habia descolgado el gitano por el balcon y bajado hasta la tierra, volviendo á trepar por la misma via donde justamente se encontraba abierta la ventana de su oratorio. En otra ocasion se habia deslizado por las rocas que bordean la playa y vuelto á subir hasta la plata-forma del castillo con la ayuda de las asperezas y yerba que cubren la mayor parte del muro.

Cierto es que cuando por la vez primera se presentó en el castillo lo verificó en compañía del escribano; pero antes de ese dia, no pudo hallarse oculto en las inmediaciones de Ciotat? No pudo introducirse por dos ocasiones en la Casa-Fuerte á favor de la oscuridad de la noche? No era posible en fin, que con el deseo de alejar toda sospecha, se hubiese presentado con la tropa que mandaba el escribano, ya que la casualidad habia hecho que se la encontrase en el camino?

Semejantes ideas robustecidas á cada momento

por nuevas observaciones, fueron muy luego pruebas irrecusables en concepto de la jóven Reina de Aubiez. No le quedaba duda de que el extranjero y sus dos compañeros eran piratas, que á favor de nombres supuestos y de noticias falsas acerca de su viage, se habian dado por moscovitas, y logrado abusar de la credulidad del mariscal de Vitry.

La primera idea que sobrevino entonces á Reina, idea absoluta, imperiosa y de la que por consiguiente no le era dable prescindir, fué la de olvidar para siempre al hombre sobre quien pensaban tan graves sospechas.

La religion, el deber, la voluntad de su padre eran otros tantos motivos poderosos y sagrados que la impelian á conducirse de esta suerte.

Hasta entonces, su imaginacion jóven y viva habia encontrado un placer inefable y tan puro como ella misma en el recuerdo de la extraña aventura de las rocas de Ollioules.

Todos los deseos sencillos y castos, propios de una jóven, estaban por decirlo así, concentrados para Reina en la persona de Erebe, de ese desconocido, á la vez valiente y tímido, que habia salvado la vida de su padre.

Sentia ya bien á su pesar no ver estinguido el secreto y misterioso movimiento de su corazon que constantemente la impelia á ocuparse de la persona de Erebe.

La voz de ese extranjero jamas habia llegado á sus oídos. Ignoraba al mismo tiempo si sus cualidades, si su espíritu y caracter corresponderian ó no á las gracias incontestables de su persona; y sin

embargo, cuan natural era el sentimiento que abrigaba en su pecho! Podia Reina desechar de sí esas largas y continuas emociones, esos éxtasis deliciosos en que una jóven sueña con aquel cuya mirada la ha turbado, y en que cree oír su voz y en que siente salir de sus labios palabras dulces, y caricias encantadoras?

Esta era la posicion de Reina respecto de Erebe. Al presente queria desterrarlo de su pensamiento; pero querialo inutilmente; porque sabido es que cuando se intenta sofocar un sentimiento despues que ha echado raices en el corazon, ese sentimiento en vez de desaparecer crece con los obstáculos y logra al fin quedar victorioso sobre los cálculos mejor combinados del entendimiento.

Reina amaba pues á Erebe, y lo amaba quizas sin advertirlo, ó queriendose lisongear de que no era así, desde que la fatal revelacion del vigia habia venido á retratarle el objeto de ese amor con los mas feos colores.

La estension del sacrificio que se veia obligada á hacer, le dió á conocer el poder de esa afeccion con la cual por decirlo así, habia jugado hasta entonces.

Por la primera vez, y mediante una revelacion repentina, comprendió en efecto cuan profundo era el amor que la atormentaba.

Misterios impenetrables del corazon! Durante las primeras faces de ese singular cariño habia creido posible, á pesar de él, su casamiento con Honorato.

Pero desde el momento en que tuvo noticias del

desconocido, desde el momento en que sintió, que á pesar de la voz del deber que le ordenaba olvidarle, la memoria de Etebe dominaba en lo sucesivo toda su existencia, le pareció imposible enlazar con él su suerte.

Por mas que se esforzaba, por mas que intentaba dominarse, miraba con espanto que su corazón no le pertenecía ya, que tenía un dueño.... y sin embargo, era incapaz de engañar á Honorato....

Quiso por consiguiente hacer el último sacrificio, y determinó renunciar al rosario y al retrato que llevaba en su seno, imponiéndose esta resolución como una especie de expiación de la reserva que había guardado con el autor de sus días.

Facil es adivinar cuanto sufriría la jóven antes de llevar á cabo su propósito.

Ya hemos dicho que Reina caminaba resuelta-mente por el lado de la cornisa que formaban las rocas del promontorio.

Llevaba sobre el vestido un manto de color oscuro, con su capucha caída sobre la espalda, que dejaba ver su cabeza desnuda y los largos bucles de su linda cabellera agitados por el viento. Alguna que otra vez brillaban sus hermosos ojos azules animados por el fuego que encerraba en su pecho; y cuando enderezaba su bella y noble cabeza advertíase en este movimiento una espresion de doloroso orgullo.

Reina amaba, quería, y quería con delirio; pero sin esperanza.... iba pues á arrojar al viento las débiles muestras de este amor imposible...

En la profundidad del abismo que se abría á

sus pies, veíase el mar conmovido y agitándose con violencia entre sus elevadas olas.

La joven saca el rosario de su seno, lo considera un momento con amargura, lo estrecha contra su corazón, y luego estendiendo su mano blanca y delicada sobre el abismo... el rosario fué á confundirse en medio de las ondas.

Quiso en vano seguir con los ojos aquella alhaja de que acababa de desprenderse: la cornisa era demasiado saliente para que pudiese percibir su direccion.

Reina suspira con dificultad... toma el retrato del desconocido y lo examina largo tiempo con una triste admiracion. Nada más puro, nada más encantador que las facciones de E ébe, sus grandes ojos negros, dulces y altivos á la vez, recuerdan á la joven aquella mirada llena de candor y de elevacion que dirigió á Raimundo V despues de haberle salvado la vida. La sonrisa del retrato no tenia nada de irónica, ni participaba tampoco de la expresion ardiente con que ella misma lo contemplaba.

Pero era preciso someterse á un segundo sacrificio. La afligida Reina lucha algunos momentos contra su resolucion, hasta que la razon vuelve á recobrar su imperio. Entonces, aproximando sus labios al medallon, imprimió un amoroso beso en la frente del retrato, y lo arrojó precipitadamente en el espacio.

Cumplido este doloroso propósito sintióse Reina menos oprimida, porque creia que hubiera cometido una falta en conservar mas tiempo en su poder las pruebas materiales de un amor loco y desgraciado.

Absorta en sus reflexiones y en la consideracion de mil ideas que abrigaba en su corazon, siguió todo el camino hasta su casa sin hablar una palabra.

Cuando llegó á la Casa-Fuerte supo que Raimundo V aun no habia regresado de la caza.

Habia ya oscurecido cuando Reina entró en su gabinete seguida siempre de Estefania... Pero cual seria su estupor, cuál su espanto al encontrar encima de la mesa, el mismo rosario y el mismo retrato que dos horas antes habia creído arrojar en el abismo insondable de la mar!



CAPITULO XX.

LA GALERA.

 bandonaremos por algun tiempo la Casa-Fuerte del baron de Ambiez y la poblacion de Ciotat para trasladar al fector á bordo de la galera del comendador Pedro de Ambiez.

La tempestad habia obligado á este buque á refugiarse en el pequeño puerto de Tolari situado al este del cabo Córcega, punta septentrional de la isla del mismo nombre.

Las diez de la mañana acababan de sonar en la campana de la galera.

El tiempo era malísimo: el cielo se hallaba encapotado de densas y negras nubes, las violentas y frecuentes ráfagas de viento del nord-oeste levantaban un fuerte oleage. A cualquiera parte que se dirigiese la vista no se veia otra cosa que las áridas y sombrías montañas del cabo Córcega, al pié de las cuales se extendia la playa,

Pero en donde combatian las olas con mas bravura era en la entrada angosta del puerto donde exis-

tian una porcion de rocas que aumentaban todavia mas los peligros y dificultades de aquel sitio.

Estas quebraduras, sumergidas casi del todo, estaban cubiertas de una espuma deslumbradora, que azotada por el viento, se levantaba á mucha altura á manera de polvo húmedo y blanco.

Los gritos agudísimos de las aves apenas sobrepasaban el ruido aterrador de aquella mar furiosa que se engolfaba en el canal, y por cuyo sitio era indispensable pasar para poder coger la playa de Tolari.

Algunas miserables cabañas de pescadores construidas en la costa y unos cuantos barcos en seco completaban aquel cuadro solitario é imponente.

Nada mas severo, nada mas fúnebre que el aspecto de aquella galera tan pronto elevada como hundida por las agitadas ondas.

Larga de ciento setenta pies, ancha de diez y ocho, notábase apenas sobre el nivel del mar y parecia una inmensa serpiente negra dormida en medio de las aguas.

En la parte mas avanzada del paralelógramo que formaba el cuerpo de la galera estaba colocado una especie de espolon saliente de diez pies de longitud.

Detras del mismo paralelógramo hallábase una popa redonda cuya cubierta se inclinaba un tanto hacia la proa.

Bajo este abrigo, llamado la *carrosa de popa*, habitaba el comendador, el patron, el prior y el rey de los caballeros. (1)

(1) El mas antiguo de los caballeros de Malta, embareado.

Los árboles, (1) desarbolados en la entrada de la rada, habían sido colocados en la crugia; sitio estrecho que atravesaba por enmedio y á lo largo toda la embarcacion.

A uno y otro lado de la crugia veianse puestos en buen orden los bancos de los forzados.

Encima de la carroza de popa y atado á una hasta negra, ondeaba el estandarte de la religion, de color encarnado y con cuarteles blancos; un poco mas abajo habia una farola de bronce que designaba el grado de comendador.

Apenas se puede comprender en nuestros dias, cómo los esclavos, que constituian el mayor número á bordo de las galeras podian vivir noche y dia encadenados en sus respectivos bancos.

En el mar, tendidos sobre cubierta sin ninguna clase de abrigo.

En la rada, acostados bajo una miserable tela de lana insuficiente para resguardarlos de la lluvia y de la escarcha.

Cerca de ciento y treinta hombres hallábanse reunidos en la embarcacion entre moros, turcos ó cristianos vestidos de colorado y con sacos de lana oscura de los que pendia una capucha para cubrir la cabeza.

Estos desgraciados temblaban convulsivamente escitados por el soplo helado de la tempestad, y por la copiosa lluvia que todo lo inundaba.

Para buscar el calor que los elementos y su suerte

(1) Llamábanse así los palos del buque entre los galeros.

les negaban, aprétábanse los infelices en los bancos donde se hallaban encadenados de cinco en cinco.

El mas profundo silencio se observaba entre ellos y solo dirigian a menudo miradas inquietas y temerosas á los gefes que los custodiaban.

Estos oficiales inferiores vestidos de negro y armados de nervios de buey recorrían constantemente la crugía por entre las dos filas que formaba la chusma.

Habia trece bancos á la derecha y doce á la izquierda (1).

Los galeotes formaban lo que se llamaba el *parlamento* (2) de la embarcación, reclutados, segun costumbre entre los turcos, moros y cristianos.

Cada una de estas diversas clases de esclavos tenia su fisonomía particular.

Los turcos, indolentes, abatidos, perezosos, hallábanse entregados á una apatía en extremo contemplativa.

Los moros siempre agitados, inquietos, feroces, espiaban continuamente la ocasion de romper sus cadenas y de asesinar á sus guardias.

Los cristianos, así los condenados, como los alistados voluntariamente (3), hallábanse descontentos hasta el extremo de su suerte. Algunos se ocupaban en trabajar ciertas frioleras con la esperanza de sacar alguna utilidad.

(1) La cocina ó "fogon" ocupaba á la izquierda el sitio de un banco.

(2) "Parlamento." Armamento de remos ó cuerpo de remeros.

(3) Llamábase á los de esta clase "Buonwgliers" del italiano "Buonwglio."

Por último, los negros, dominados por una especie de estupor y de inamovilidad, pasaban la mayor parte del tiempo con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

El mayor número de estos últimos moría de melancolía, al paso que los cristianos y musulmanes venían al cabo á acostumbrarse á la suerte que les deparaba el destino.

No faltaban tampoco entre los hombres de color algunos horriblemente mutilados, especialmente de aquellos que habiendo logrado evadirse habían sido vueltos á coger.

Mas adelante, en fin, del lugar que queda descrito, y atrincherada en una especie de cuerpo de guardia cubierto, llamado *Rambada*, veíase una batería de cinco piezas que constituía la dotacion de la galera.

Aquí era donde habitaban los soldados y los artilleros.

No hacían estos parte de la chusma (1) y componían, si así puede decirse, la guarnicion del buque al que los remeros forzados imprimían el movimiento.

Una veintena de marineros, libres tambien, cuidaban de la maniobra y demás faenas náuticas que se ocurrían.

Si la chusma callaba constantemente temerosa del rigor de los castigos, los marineros y soldados obedecían sin replicar por virtud de las costumbres piado-

(1) La chusma se componía solamente de los remeros esclavos y de los Bounvoglies.

zas, hábilmente sostenidas por el comendador Pedro de Anbiez.

Hacia mas de treinta años que tenia el mando de la galera de la religion, y siempre habia conservado en ella la misma tripulacion, reemplazando solamente las bajas que de tiempo en tiempo ocurrían.

Pública y notoria era en Malta la rigidez de la disciplina establecida á bordo de la Nuestra Señora de los Dolores. En efecto, Pedro de Anbiez era quizás el único entre los oficiales de la religion que exigia de sus subordinados la estricta observancia de las reglas de la Orden. Su embarcacion, en la cual no recibia sino gente experimentada á toda prueba, venia á ser una especie de convento nómada, un asilo voluntario en donde todos los marineros que deseaban buscar el camino de la salvacion se ceñían escrupulosamente á los rigurosos deberes de esta cofradia militar y hospitalaria.

Nada ofendia, nada alarmaba en este albergue, sus religiosas costumbres. En él podian entregarse libremente á sus santos ejercicios sin temor de que se burlasen de ellos, ó de que su misma debilidad los desviase del celo y santo fervor que abrigaban en sus pechos.

Los dos gefes respectivos de los artilleros y marinera, hallábanse sentados en el cuerpo de guardia conversando amigablemente. El primero se llamaba Hughes: al segundo Simon. Uno y otro habian navegado siempre juntos con el comendador Pedro de Anbiez.

Mientras que Hughes limpiaba con cuidado una

cota de malla de acero, miraba Simon de cuando en cuando por la ventanilla ó claraboya del cuerpo de guardia, á fin de poder pronosticar la conclusion ó el crecimiento de la tempestad.

—Hermano, dijo Hughes á Simon, el tramontano sopla muy fuerte, y en algunos dias nos será imposible arribar á Ciotat. Ya habrá pasado la Pascua, cosa que disgustará mucho al hermano Comendador.

El señor Simon antes de contestar á su camarada, consultó de nuevo el Orizzonte, y dijo con gravedad.

—Aunque no conviene al hombre entrometerse á averiguar la voluntad del Señor, creo sin embargo, que muy pronto se acabará esta tormenta; las nubes parecen menos bajas, menos pesadas. Puede que mañana, nuestro antiguo compañero el anciano vigia del cabo del Aguila señale nuestra llegada en el golfo de Ciotat.

—Y ese será un dia de júbilo en la Casa-Fuerte de Raimundo V, contestó Hughes.

—Y lo mismo sucederá á bordo de nuestra galera, dijo Simon, aunque la alegría sea aquí tan rara como el sol cuando reina el Oeste.

—Mirad que reluciente está la cota de maya, dijo el artillero observando con ojo satisfecho su trabajo. Pero, no es extraño, hermano Simon, que la sangre sea tan tenaz y pegajosa sobre el acero? Ya veis; por mas que lo he frotado siempre se distinguen las mismas manchas.

—Eso lo que prueba es que el acero ama á la sangre como la tierra á la rosa, replicó el marinero sonriendose tristemente de su misma chanza.

—Y cuidado, añadió Hughes, que pronto hará

diez años que el hermano comendador recibió esa herida en su combate contra Mourad-Reys, el corsario de Argel.

—Me acuerdo bien de aquel combate, hermano, en el que tuve la suerte de derribar al infiel que casi había roto su *Kangiar* sobre el pecho del comendador, felizmente defendido por esa cota de maya. Sin ella es seguro que Pedro de Aubiez, habría quedado muerto en el acto.

—Así la cuida tanto.... voy á llevarsela.

—Detente, le dijo Simon cogiendolo por el brazo: no es ahora el momento mas oportuno.

—Como?

—Me acaba de decir el camarero que el hermano Elzear ha querido entrar en su camarote; pero que se detuvo porque encontró echada la cortina de la puerta.

—Comprendo.... comprendo.... esa señal es suficiente para que nadie se atreva á introducirse en la cámara del comendador, sin que preceda su permiso. Sin embargo, añadió con tristeza, ni hoy es Sábado, ni dia diez y siete del mes.

—Teneis razon, porque solamente al aproximarse esas épocas es cuando su humor sombrío parece que le oprime mas, dijo Simon.

En este momento se dejó sentir un rumor sordo entre la chusma, pero era un ruido que léjos de indicar disgusto demostraba un sentimiento de placer.

—Qué será eso? preguntó el artillero.

—Es sin duda el R. P. Elzear que se presenta sobre el puente. Basta que lo hayan visto los esclavos para que ya se conceptuen menos desgraciados,

CAPITULO XXI.

EL HERMANO DE LA MERCED.

LZEAR de Anbiez, hermano de la órden sagrada, real y militar de Nuestra Señora de la Merced, *redencion de los cautivos*, acababa, en efecto, de aparecer sobre el puente de la galera.

Los esclavos saludaron su presencia con un murmullo de contento y esperanza, como quiera que siempre tenia para ellos palabras de uncion y de consuelo.

La disciplina establecida en la galera era tan severa, tan inmutable, de una justicia tan rigurosa, que el padre Elzéar, á pesar de los tiernos lazos que le unian á su hermano el comendador, no se hubiera atrevido jamas á pedir á este el perdon de ninguno de los culpables, pero sin embargo nunca negaba los auxilios de su palabra á los que debian sufrir algun castigo.

El padre Elzéar se adelantó á pasos lentos hácia el sitio, por demas estrecho, que separaba las dos filas de bancos de la galera.

Llevaba puesto el hábito de la órden: una larga sotana blanca, con una capilla de la misma clase caída sobre la espalda: una cuerda ceñida à la cintura y á pesar del frio, sus pies desnudos descansaban en el cuero de las sandalias..... En medio del pecho veíanse los blasones de la órden en un escudo de color rojo bordado de oro y coronado por una cruz de plata.

La fisonomía del padre se hermanaba mucho con la del comendador. Su continente era noble, magestuoso; aunque las austeridades de la profesion santa que egercía no dejaban de imprimir en su semblante un caracter de sufrimiento habitual.

La parte superior de la cabeza la tenía enteramente calva, y solo una corona de cabellos blancos como la nieve, rodeaba su frente venerable.

Su rostro pálido, y demagrado, hacía que pareciesen aun mayores sus ojos negros, de una serenidad perfecta. La sonrisa dulce y melancólica que se asomaba á sus labios, comunicaba á su fisonomía una espresion de adorable bondad.

Caminaba un poco corcobado, como si hubiese contraído esta costumbre á fuerza de inclinarse ante los cautivos encadenados.

Sus débiles muñecas tenían profundas cicatrices. Preso, en uno de los muchos viajes que hacia de Francia á Berbería para el rescate de los esclavos, habia sido puesto en la cadena, y tan cruelmente tratado, que llevaba consigo para toda la vida, señales indelébles de la barbarie de los piratas.

Habiendo sido rescatado por los cuidados de su familia, volvió á tomar voluntariamente la cadena,

para reemplazar en Argel á un pobre habitante de Ciotat que carecia de dinero para comprar su libertad y á quien una madre moribunda llamaba vivamente desde Francia.

En el espacio de cuarenta años habia proporcionado el rescate á mas de tres mil esclavos, ya con el dinero de su patrimonio, ya tambien con el fruto de sus afanes.

A escepcion de unos cuantos meses pasados en casa de su hermano, el padre Elzéar, prescindiendo de la nobleza de su cuna, de su riqueza, de la independencia en que su fortuna le colocaba, y que afectaba íntegramente á la redencion de los esclavos, habia pasado la mayor parte de su vida viajando sin cesar, ya por tierra recogiendo limosnas, y ya por mar ocupado en proporcionar la libertad de los cautivos.

Constantemente dedicado á esta mision austera y piadosa, habia reusado siempre los grados que su nacimiento, sus virtudes, su valor y angélica piedad, podian haberle asegurado en su órden.

Tanta abnegacion, tanta sencillez de costumbres, no podian menos que llenar á cuantos le veian de admiracion y de respeto.

Dotado de un espíritu elevado, habia dirigido diariamente las facultades de su alma, hacia un solo objeto, el de impregnar su language de un poder irresistible de consuelo.

Que satisfaccion, que triunfo tan halagüeño, experimentaba cuando veia á los pobres encadenados armarse de valor y esperanza al escuchar su palabra conmovida y penetrante, cuando los veia tornar sus ojos hácia él, bañados en lágrimas de ternura y reconocimiento!

La imaginacion se confunde al reflexionar en esas existencias oscuramente entregadas á una de las mas santas, de las mas sublimes misiones de la humanidad! Todas las ideas se trastornan al pensar en la obstinacion sublime de esos hombres colocados á cada momento voluntariamente bajo el sable de los piratas; de esos hombres que esponian diariamente su vida sin otro estímulo que el de ir á exortar á la paciencia y conformidad á los infelices que gemian sometidos á la mas bárbara de las dominaciones!.....

Luego que el Padre Elzéar se presentó sobre el puente de la galera, todos los esclavos encadenados, se volvieron hacia él por un movimiento irresistible y simultáneo.

A cada paso que daba, los cautivos moros ó turcos, se separaban de sus bancos con el mayor trabajo, procurando aunque en vano coger sus manos y besarlas respetuosamente.

Aunque el padre Elzéar estuviese acostumbrado á recibir esas muestras de afecto y respeto, no pudo, sin embargo, contener una lágrima que brillaba en sus ojos.

Jamas quizá habrianse visto tan escitados su celo y piedad como en el instante que vamos describiendo.

El tiempo era frio, el horizonte amenazador, la playa inculta y solitaria.... y estos infelices, cuya mayor parte se hallaban acostumbrados al ardoroso sol de Oriente, tiritaban aquí, medio desnudos y encadenados puede ser, por toda su vida.

Sin embargo de que la conmiseracion del padre

Elzéar fuese igual para todos, no podia dejar de compadecer particularmente la situacion de aquellos cuyos dolores le parecian mas desesperados.

Despues de su salida de Malta, á donde habia ido á unirse nuevamente á su hermano con diez cautivos que volvian á Ciotat, le habia llamado la atencion un esclavo moro, como de cuarenta años de edad, y cuya fisonomía revelaba un disgusto incurable.

No habia en toda la chusma quien desempeñase con mas valor y resignacion que él su dolorosa tarea. Y cuando llegaba el momento del descanso, el moro cruzaba sus vigorosos brazos, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, y en esta actitud corrian para él las horas que sus compañeros solian dedicar á olvidar los rigores de la esclavitud.

Uno de los oficiales de abordó, sabiendo el interes que este cautivo inspiraba al padre Elzéar, se aproximó al religioso y le dijo con sentimiento que aquel moro iba á sufrir un castigo egemplar de resultas de una falta de subordinacion que habia cometido.

En efecto, aquella misma mañana habia rehusado contestar á las órdenes de su gefe, y aunque este dirigió al moro una severa reprimenda, no obtuvo tampoco del esclavo la resignacion que deseaba.

Irritado de semejante indiferencia, que tomó por un insulto imperdonable, descargó un fuerte golpe sobre las espaldas del esclavo. Pero este entonces, dando un rugido de desesperacion, se avalanzó á su gefe con tal impetu y rabia que si no hubiesen acudido una porcion de marineros y soldados, lo habria ahogado entre sus manos.

El esclavo que faltaba al respeto á cualquiera de los gefes de la galera incurria en un delito que era castigado con penas terribles.

A media noche se le tendia sobre el mayor de los cinco cañones de la batería, llamado el *Coursier*, y dos hombres armados de correas puntiagudas le pegaban sin intermision hasta que quedaba sin sentido.

Esta era la pena que el comendador acababa de pronunciar contra el moro.

Como estaba persuadido del carácter inflexible de su hermano, Elzéar creyó inútil pedirle gracia para el culpable, y de consiguiente determinó atenuar el cruel efecto de la sentencia, esplicando por sí mismo al esclavo el castigo que debia sufrir.

El moro, recién embarcado, ignoraba completamente la suerte que le estaba reservada. Temia, con razon el religioso, que si se le hacia saber el castigo sin ninguna precaucion, se librase á un nuevo esceso de furor y aun llegase hasta incurrir en la pena capital.

El padre Elzéar se aproximó al moro y encontrólo sumergido en el estupor de que nunca salia sino para entregarse al trabajo. Tenia los brazos cruzados sobre el pecho: sus ojos inmóviles y abiertos parecian que miraban maquinalmente. Sus facciones eran espresivas, regulares; su exterior, en fin, no anunciaba ser el de un hombre acostumbrado á las fatigas y á la dureza de los trabajos.

El buen religioso, como todos los hermanos de la Merced, hablaba muy bien el árabe. Aproximóse al cautivo y tocándole ligeramente en el brazo le saco de su profundo letargo.

Apenas reconoció al padre Elzéar, que siempre habia tenido para él palabras de consuelo, somióse el moro con tristeza, agarró la mano del religioso y la llevó respetuosamente á sus labios.

—Hermano mio, siempre embebido en los pesares, no es así? dijo Elzéar, sentándose en la estrechidad del banco, y tomando entre las suyas las manos del cautivo.

—Mi muger y mi hijo están muy léjos, contestó el moro con aire sombrío, ignoran mi cautiverio... me aguardan.

—No es preciso que mi caro hijo pierda el ánimo y la esperanza. Dios protege á los que sufren con resignacion, y ama á los que aman á los suyos: mi hermano volverá á ver á su muger y á su hijo.

El moro movió la cabeza, y con una espresion indecible de dolor, alzó lentamente su mano derecha señalando al cielo.

El padre Elzear comprendió este movimiento y le dijo:

—No, no es ahí arriba á donde mi hermano volverá á ver esos objetos queridos, será aqui.... en la tierra.

—Me muero muy pronto léjos de mi muger y de mi hijo.... sí, padre mio.... muy pronto... para que pueda quedarme el tiempo necesario de volverlos á ver.

—Sin embargo, no se debe desconfiar de la misericordia divina. A muchos pobres esclavos les he oido decir lo que á vos: «jamás volveré á ver á los míos»... y á esta hora están reunidos con sus fa-

milias, tranquilos, felices.... A menudo las galeras de la religion cambian sus cautivos. Qué motivo hay para que mi hermano no sea comprendido un dia en estos trueques?

—Un dia!... Puede ser!... He aqui mi única esperanza, contestò el moro suspirando.

Temia el padre Elzéar hacerle la fatal revelacion; pero como la hora se fuese aproximando demasiado, determinó al fin explicarse.

—Mi hermano ha merecido hasta aquí las alabanzas de todos por su humildad y buenas costumbres. Por qué hizo esta mañana?.... El padre Elzéar se detuvo.

El moro lo miró lleno de admiracion.

—Sí, continuó, por que esta mañana, en lugar de obedecer la órden de su gefe, se propasó mi hermano hasta el estremo de pegarle?

—Le pegué, padre mio, porque antes me habia castigado sin motivo.

—Ay de mí! sin duda os hallabais lo mismo que en este instante, entregado á la consideracion de vuestros pesares, y por eso no pudisteis oir las órdenes de vuestro superior.

—Cómo! pues qué me dió acaso algunas órdenes? preguntó el moro con sorpresa.

—Por dos veces, hermano mio. El os reprendió por vuestra desobediencia, y como al mismo tiempo no le contestasteis, tomó vuestro silencio á ultrage, y he aquí el motivo de haberos pegado.

—Así será, padre mio. Ya me arrepiento de lo que he hecho... no lo habia entendido.... A fuerza de meditar en lo pasado, llegué á olvidar lo presen-

te... Creía haber vuelto á ver mi pobre casa en Gírgery: oía la voz de mi pequeño Acoüb que me salía al encuentro, y al levantar los ojos habia descubierto á su madre medio cubierta con el velo y apartando, para distinguirme mejor, las esteras de nuestro balcón....

Al llegar aqui el moro, trasladando su imàginacion al recuerdo de su posicion actual, bajó la cabeza con pena, vertió algunas lágrimas y dijo con la mayor amargura.

—Y nada mas... nada mas!.....

El aspecto de este ser tan desgraciado, hizo temblar al religioso al reflexionar lo que aun le quedaba que decirle: hubo un instante en que estuvo á punto de retractarse de su propósito, pero procurando reanimarse un tanto continuó.

—Siento en el alma que las meditaciones de mi hermano hayan producido el resultado que tocamos: porque en efecto, no me queda duda, que el haber pegado á su superior fuè en él una accion involuntaria... Pero, ay de mí! ¡la disciplina exige que sea castigado.

—Que mi padre me perdone, pero yo no he podido reprimir el primer movimiento. Desde que me hallé cautivo no he tenido un sueño tan agradable.... Los golpes que descargaron sobre mí, me arrancaron á ese dulce embeleso: me enfurecí, no de dolor, sino de pena... Por otra parte, que he podido hacer?..... soy un pobre esclavo.....yo sufriré el castigo.

—Pero ese castigo es muy cruel.... tan cruel, que no pienso abandonaros durante... vuestro suplicio .. es tan cruel que no me apartaré de vuestro lado....

que rogaré por voz . . . y á lo menos, cuando otra cosa no sea, mis manos amigas apretarán las vuestras contraidas por el dolor.

El moro mira fijamente al padre Elzéar y le dice con el acento de la resignacion mas profunda.

—Tendré mucho que sufrir?

El religioso sin contestar una palabra aprieta fuertemente entre sus manos las del infeliz cautivo y vuelve hácia él los ojos inundados en lágrimas de sentimiento.

El moro continuó:

—Siempre he procurado llenar mis deberes de esclavo lo mejor posible. . . . Mas qué importa! Dios os bendecirá, mi buen padre, por no abandonarme Y cuando debo sufrir el castigo?

—Hoy en este instante. . . .

—Qué haré, anciano respetable! Oh! bien lo sé! sufrir resignado la suerte que me espera, y bendecir á la Providencia que os ha enviado cerca de mí en este fatal momento.

—Desgraciada criatura! exclamó el padre Elzéar en estremo afectado á la vista de tanta resignacion, aun no sabeis toda la estension de la pena que teneis que soportar.

Y con una voz, sofocada á menudo por los sollozos, esplieó en pocas palabras al esclavo la especie de castigo que iban á aplicarle.

El moro pareció algo conmovido, y dijo solamente,

—A lo menos, mi muger y mi hijo no sabrán nada.

En este momento Hughes, con cuatro soldados,

vestidos con casacas negras y cruces blancas, se aproximaron al banco donde el moro se hallaba encadenado.

—Suspended un momento, dijo el padre Elzéar á Hughes, suspended os suplico la egecucion, hasta que yo haya hablado con mi hermano.

La severidad de la disciplina que se obserbaba abordo de la galera hizo que el artillero vacilara un instante; pero al fin, gracias al respeto que inspiraba el buen religioso, accedió á lo que se le pedia.

Inmediatamente se dirigió el padre Elzéar hácia la cámara á fin de interesarse ante el comendador en favor del moro.

Despues de haber atravesado el estrecho pasadizo que conducia al alojamiento de su hermano, vió que la llave de la puerta estaba cubierta por un pedazo de lienzo, cuya señal indicaba que á nadie se permitia la entrada en la habitacion. No obstante, era tanto el interés que le inspiraba el moro, que aunque tuviese muchas dudas acerca del resultado de su mision, se decidió á intentar el último esfuerzo.

En efecto, el padre Elzéar penetró en la cámara de su hermano.



CAPITULO XXII.

EL COMENDADOR.

 El espectáculo que se ofreció á la vista del padre Elzéar fué á la vez solemne é imponente.

La cámara del Comendador, muy reducida, é iluminada solamente por dos pequeñas ventanas, estaba en primer lugar toda colgada de negro.

Un atahud de madera blanca, lleno de ceniza, y colocado en alto por medio de tornillos que lo sujetaban á las paredes de tablas, formaba lo que llamáremos la cama de Pedro de Aubiez.

Encima de este armazon fúnebre había colgado el retrato de un hombre jóven aun, armado de su coraza y apoyada la mano derecha en un morrión: la nariz aguilena, la boca graciosamente diseñada y unos ojos grandes de color de verde mar, daban á aquella figura un aspecto á la vez benévolo y altivo. En la parte inferior del marco leíase esta fecha: 25 de Diciembre de 1613. Un velo negro recogido podia cubrir cuando se quisiera el referido retrato,

En fin, una porcion de armas propias para los combates marítimos, que se hallaban colocadas en uno de los lados de la habitacion, completaban el adorno de este tenebroso asilo.

Pedro de Ambiez no habia advertido la llegada de su hermano.

Arrodillado delante de un crucifijo, veíase al comendador medio cubierto de un silicio que llevaba consigo noche y dia. Tenia las espaldas desnudas; y las gotas de sangre de que estaban salpicadas, y los surcos azulados que marmoleaban sus carnes, daban bien á entender que acababa de imprimir en ellas un sangriento disciplinazo.

Tenia la cabeza inclinada hácia el suelo y apoyada sobre ambas manos. De rato en rato agitábanse sus espaldas por un movimiento convulsivo, como si el pecho estuviese conmovido por sollozos que en vano quisiera detener.

La imágen á quien oraba el comendador estaba colocada debajo de las dos pequeñas ventanas que apenas prestaban á esta pieza una claridad extraña y dudosa.

En el centro de aquel claro-oscuro, la figura pálida y la vestimenta blanca y talar del comendador hacian un contraste singular con las paredes colgadas de negro de aquel reducido zaquizamí.

Entretanto el religioso parecia petrificado: jamás hubiera creído á no verlo que su hermano fuese capaz de someterse á semejantes mortificaciones.

El buen padre Flzéar levantó los ojos al cielo y dió un profundo suspiro.

Al ruido se estremeció el comendador; volvióse

inmediatamente, y exclamó con aire turbado al reconocer en aquel hombre recién aparecido, la figura inmóvil de su hermano.

—Ah! . . . eres un espectro? Vienes por ventura á pedirme cuenta de la sangre que he vertido?

La fisonomía del comendador denotaba en este instante el desorden y agitacion en que se hallaba.

Jamás los remordimientos, jamás la desesperacion y el terror imprimieron un sello mas terrible sobre la frente de un culpable.

Los ojos hinchados de llorar, y sin movimiento; sus cabellos erizados sobre la frente, sus labios lividos y convulsos, sus brazos musculosos y descarnados tendidos hácia delante, daban al comendador una figura aterradora: parecia en aquella actitud humilde y suplicante que pugnaba por conjurar alguna vision sobre natural.

—Hermano, hermano mio, le dice Elzéar precipitándose hácia él, hermano querido! soy yo: que Dios sea contigo. . . .

Pedro de Aubiez mira fijamente al religioso como si todavia no lo hubiese reconocido. Luego, arrojándose a los pies del crucifijo, deja caer la cabeza sobre el pecho y exclama con una voz medio sofocada por los sollozos:

—El Señor no está jamás con los asesinos, y de consiguiente, añadió alzando un poco la cabeza y mirando al retrato con espanto, y de consiguiente, para espiar mi crimen, he querido tener siempre á la vista las facciones de mi víctima! Sobre este lecho de cenizas donde busco en vano el reposo que huye

léjos de mí, á cada hora del dia, á cada hora de la noche, contemplo esa figura inflexible que me dice sin cesar... Asesino! asesino! tú has vertido mi sangre... maldito seas!!

—Hermano mio!.... hermano mio!... volved sobre vos... dijo por lo bajo el religioso, que temia no se oyesen fuera de la cámara las voces del comendador.

Este, sin contestar á su hermano, se desprende de sus brazos, se levanta, y se arroja sobre el retrato.

—Oh! esclama. Hace veinte años, y no ha pasado un dia sin que haya dejado de llorar mi crimen... Y en esos veinte años no he procurado espiarlo á fuerza de austeridades? Qué me quieres, pues, infernal recuerdo? Qué me quieres?... Tú tambien.... Sí, tú, mi víctima.... tambien derramastes sangre!.... la sangre de mi cómplice!.... pero esa sangre, ay de mí! podias verterla.... la venganza.... te daba el derecho.... mas yo, yo no he sido mas que un infame asesino.... Oh! sí, la venganza es justa.... pega.... pega pues sin piedad.... La mano de Dios caerá pronto sobre mí para toda una eternidad.

Sobrecogido por tantas emociones diversas, el pobre Pedro de Ambiez, casi privado de conocimiento, cae nuevamente de rodillas, y se reclina sobre el ataúd.

No habia penetrado nunca el padre Elzéar el sombrío secreto de su hermano: suponíalo sí entregado á una melancolía profunda; pero ignoraba la causa de ella.

El buen religioso se hallaba horrorizado y pesaroso á un mismo tiempo de resultas de la siniestra re-

velacion que el comendador acababa de hacerle en un momento de exaltacion involuntaria.

Para que Pedro de Anbiez, hombre de un caracter de bronce y de un valor á toda prueba, se dejase abatir hasta ese punto, era indispensable que la causa de su desesperacion fuese muy terrible.

La intrepidez del comendador era proverbial en todas partes, como que habia algo de fatal en la fria temeridad que demostraba en medio de los mayores peligros.

Jamas le abandonaba aquella sombría impasibilidad, que tanta admiracion causaba, en medio de las tempestades mas horribles.

El padre Elzear sentado al borde del atahud sostenia sobre sus rodillas la cabeza de su desgraciado hermano,

El comendador, pálido á semejanza de un espectro, tenia la frente inundada de un copioso sudor frio. Por fin recobró el sentido, volvió en su acuerdo.

Pedro de Anbiez mira en torno de sí con una ojeada inquieta y temerosa y pregunta bruscamente á su hermano.

—Como estais aquí, Elzéar?

—Aunque habia un lienzo sobre la llave de la puerta, creí poder entrar, el objeto que me trajo á este sitio, es demasiado importante, para que aquella señal hubiera podido detenerme.

Una espresion de descontento mal disimulado se retrató al instante en las facciones del comendador, el cual preguntó á su hermano lleno de inquietud.

—Y he hablado yo, sin duda?

—El señor habrá acogido benévolo las palabras

que os he oído proferir sin comprender su significado, hermano mio. . . . ademas, vuestra imaginacion se encontraba desordenada. . . . sometida quizás al imperio de alguna ilusion fatal.

Pedro se sonrió amargamente.—Sí, dijo, era una ilusion, un desvario. . . . Vos lo sabeis. . . . algunas veces me acometen ideas sombrías, imágenes aterradoras, que me hacen delirar. Y por eso no quiero que durante estos momentos de demencia entre nadie en mi cámara. Creedme Elzéar, en esos terribles instantes, me incomoda la presencia de todo ser humano, y hasta la vuestra.

Diciendo estas palabras, el comendador entró en un gabinetito vecino, y al momento volvió á salir vestido con una ropa negra, talar, en que estaba colocada la cruz blanca de su órden.

Pedro de Ambiez era de estatura alta, derecho, robusto; sus miembros descarnados y nerviosos anunciaban, no obstante su edad, un vigor poco comun; sus facciones de color moreno eran duras y de un aspecto guerrero: espesas cejas negras sombreaban sus ojos concavos y ardientes que parecian brillar á impulsos de un fuego calenturiento: en fin, una profunda cicatriz dividia su frente, surcaba la mejilla y se perdía en su barba entre cana, corta y espesa.

Luego que entró en la cámara, se puso á dar paseos de un extremo á otro, con las manos cruzadas á la espalda y sin dirigir á su hermano ni una sola palabra. De allí á un corto rato se detuvo, alargó la mano derecha al religioso, y le dijo:

—La señal que yo habia colocado en la puerta debia garantizar mi soledad. Desde el primer ofi-

cial hasta el último soldado de mi galera, ninguno se hubiera atrevido á penetrar hasta aquí en presencia de aquel signo. Me creía, pues, solo, tan solo como en el fondo de un claustro ó como en la mas apartada celda del gran penitenciario de la orden... Así, hermano mio, espero que ni de lo que hayais oído ni de lo que habeis visto, direis á nadie lo mas mínimo: que lo que ha pasado aquí sea tan sagrado para vos como lo son las palabras que pronuncia un moribundo bajo el augusto sacramento de la confesión.

—Será como vos lo deseais; Pedro, contestó tristemente el padre Elzéar. Veo sin embargo con sentimiento, que nada puedo hacer para aljar esas penas que oprimen vuestro espíritu hace mucho tiempo.

—Ah! desengañaos: no es dado al poder del hombre el consolarme... En segunda, y como si hubiera temido herir la delicadeza de su hermano, añadió el comendador.

—No obstante, vuestro cariño fraternal y el de Raimundo, me son bien caros; pero, hay de mí! que aunque la rosa de mayo y las dulces lluvias de primavera caigan en el mar, no les es posible endulzar sus aguas profundas!... Pero qué veniais á pedirme?

—La gracia para un pobre moro condenado por vos esta mañana á padecer la pena del *Coursier*.

—Esa sentencia ha sido ejecutada.

—No, esa sentencia no ha sido ejecutada: me queda pues alguna esperanza, Pedro!

—Ya son las dos y yo he ordenado que á la una amarrasen á ese moro al *Coursier*; de consiguiente el esclavo debe hallarse en este momento en poder de

los cirujanos y el capellán. Dios salve el alma del paciente si su cuerpo no ha podido resistir á los tormentos.

—Repito, hermano mio, dijo el religioso, que esa sentencia no ha sido ejecutada. El oficial encargado de llevarla á efecto, ha convenido en diferirla, movido por mis súplicas, interin venia yo á solicitar vuestra gracia.

—Qué, eso es imposible! esclama el comendador; y si es cierto lo que decís, tened entendido que acabais de hacer un presente bien funesto á ese oficial.

—Pedro.... mirad que yo solo soy el responsable.... Perdonad á....

Voto á brios! replica el comendador con impetuosidad. Por la primera vez desde que mando la galera, iria á perdonar en un mismo dia las dos faltas mas graves que se pueden cometer! La insubordinacion de un esclavo contra su superior, y la indisciplina de este oficial hacia su gefe! No, no, esto es imposible!

El comendador cogió un pito de plata que tenia colgado á la cintura y lo tocó con toda su fuerza.

Un page vestido de negro se presentó inmediatamente en la puerta de la cámara.

—El gefe de la chusma, dijo el comendador con imperio.

El page salió al instante.

—Oh! hermano mio, no tendreis piedad? exclamó Elzear con acento dolorido.

—Que si no tendré piedad! replicó el comendador con amarga sonrisa. No, nunca la tengo para las faltas de los demas, ni aun para las mias propias.

El religioso , acordándose entonces del terrible castigo que su hermano se había dado recientemente, y considerando que un hombre tan inflexible para consigo mismo, era incapaz de faltar á la rigurosa observancia de la disciplina, perdió toda clase de esperanzas, y bajó tristemente la cabeza.

En esto se presentó el oficial mandado comparecer.

—Durante ocho noches permaneceréis con un grillete en el cuerpo de guardia, le dijo el comendador.

El oficial inclinó respetuosamente la cabeza sin contestar una palabra.

—Que se prevenga al capellan y á los cirujanos que el moro va á ser castigado sobre el cañon.

El marino hizo otra reverencia, y desapareció.

—Pero á lo menos yo no abandonaré á ese desgraciado, dijo el padre Elzear levantándose inmediatamente para acompañar al oficial.

Luego que Pedro de Ambiez se quedó solo comenzó nuevamente á pasearse con lentitud por la cámara.

A cada momento se dirigian sus miradas involuntariamente hacia el retrato de que hemos hablado, retrato de un hombre cuya muerte se reprochaba con indignacion. Entonces se redoblaba la congoja interior que le atormentaba y su figura se oscurecia hasta un extremo indecible.

Por la primera vez quizás despues de mucho tiempo, el comendador se sentia cruelmente conmovido al pensar en el terrible suplicio que iba á sufrir el desgraciado esclavo.

Este castigo era justo , mercedido ; pero tambien consideraba que el cautivo habia sido hasta entonces; dulce, sumiso y laborioso.

Sin embargo, era tal la inflexibilidad de caracter del comendador, que muy luego se reprendió su compasion calificándola de debilidad culpable.

En fin, al cabo de un rato, el lúgubre redoble que se dejó oír sobre cubierta, anunció que habia terminado la egecucion.....

De allí à poco vuelve à aparecer en la cámara el padre Elzear, pálido, desfigurado, con los ojos inundados en lágrimas y la sotana salpicada de sangre.

—¡Ah! hermano mio.... hermano mio! exclamó el buen religioso, si asistieseis á esas egecuciones, es seguro que no tendrias valor para ordenarlas!

—Y el moro? preguntó en seguida el comendador.

—Oh! el moro!.... He tenido sus manos entre las mias. Los primeros golpes los soportó con una resignacion heroica , cerrando los ojos como para contener sus lágrimas, y diciendome solamente. »Padre mio, no me abandoneis!» Pero cuando el dolor llegó á hacerse intolerable, cuando la sangre empezó á saltar en todas direcciones.... el infeliz dió á entender que procuraba reanimar su valor concentrando todas sus ideas en un solo pensamiento. Entonces vi animarse algun tanto sus facciones, y le oí exclamar con un acento que parecia salir del fondo de sus entrañas paternas;—Hijo mio!.... Acoüb!... hijo de mi alma!!

Al referir las últimas palabras del moro, el buen religioso no pudo contener las lágrimas, y dijo á su hermano:

—Ah! Pedro.... si lo hubieseis oído, si supieseis con qué acento apasionado dijo esas palabras: hijo mio.... hijo de mi alma!.... habriais tenido piedad de ese pobre padre.... que al fin ha quedado privado de conocimiento.....

Iba Elzèar á continuar; pero cual sería su asombro al oír al comendador, que no pudiendo contener su emocion, y ocultando la cabeza entre las manos, exclamó sollozando:

—Un hijo.... un hijo.... yo tambien tengo un hijo!.....



CAPITULO XXIII.

LA POLACRA.

EA mañana del suplicio del moro, el tramontano arreció extraordinariamente.

Las olas enfurecidas reventaban contra las rocas, por entre las cuales se abría el estrecho sitio que conducía á la rada de Tolari.

Serian las once de la mañana, cuando Simon subido en la plataforma de la rambade, hablaba con Hugues acerca de la ejecucion de la víspera y del valor que habia desplegado el moro.

De repente vino á sorprenderlos la aparicion de una polacra, que huyendo de la tempestad, avanzaba con la rapidez del rayo hácia el peligroso sitio de que hemos hablado.

Tan pronto el frágil buque se elevaba sobre la cresta de las encrespadas ondas, dejando ver su quilla coronada de reluciente espuma como por el contrario se sumergia su proa y alzaba la popa casi perpendicularmente.

Pudo entonces distinguirse con facilidad sobre el puente inundado de la polacra, á dos hombres envueltos en casacones oscuros que hacian esfuerzos extraordinarios por conservar á toda costa la caña del timon.

Otro grupo de cinco marineros se hallaba un poco mas adelante al pié de las jarcias aguardando el momento de ayudar á la maniobra.

De esta manera se precipitaba aquella nave con una velocidad increíble hácia la entrada dificultosa del canal donde el mar combatia terriblemente.

—Por Santa Elena! gritó Simon á su compañero, he ahí un buque perdido!

—Perdido, contestó Hugues con frialdad. Dentro de algunos minutos su casco y velamen no serán mas que reliquias... sus marineros no serán mas que cadáveres... Dios los coja en buena hora.

—Cómo se atreven á aventurarse en ese sitio y con un tiempo semejante? dijo el artillero.

—Perecer por perecer, vale mas perderse con una vislumbre de esperanza... Cuando existe esta, se ruega con fervor y muere uno cristianamente; pero cuando una vez se ha perdido, se blasfema y se muere á lo pagano.

—Mirad... mirad, Simon: el buque va llegando á las quebraduras: qué será de él!

En este momento el comendador, á quien se habia advertido la proximidad del barco y su posicion desesperada, se dejó ver en el puente rodeado de todos los caballeros, oficiales y demas que le acompañaban á bordo.

Despues de haber mirado con atencion la polacra

y las rocas, Pedro de Ambiez, dijo en voz alta y solemne.

—Que esten listas las dos lanchas para ir inmediatamente á recoger los cadáveres de esos desgraciados. Ningun poder humano puede salvarlos... Dios únicamente.

Mientras que los oficiales se disponian á llevar á cabo esta orden, el comendador volviendose hácia el capellan, le dijo:

—Rezarémos las oraciones de los agonizantes en favor de esos infortunados. Hermanos, arrodillaos... Que la chusma se descubra.

Grande é imponente espectáculo ofreció en este momento la galera de Pedro de Ambiez.

Todos los caballeros, vestidos de negro y con la cabeza descubierta se arrodillaron sobre el puente, en tanto que el sonido lúgubre de la campana hacia un triste efecto en medio de los bramidos del huracan.

Los esclavos, tambien descubiertos se arrodillaron conforme se les acababa de ordenar.

Detras de todos y en el centro del grupo negro que formaban los caballeros, distinguíase el padre Elzéar por la sotana blanca que tenia puesta.

En esto comenzaron las oraciones con tanto recogimiento como si la escena estuviese pasando en tierra, como si se hallasen en un templo de la religion.

Y no era este por cierto un ruego vano, ó una piedad oficiosa. En efecto, la situacion de la polacra no podia ser mas cruel.

A cada instante presentaba un nuevo peligro el estrecho canal por donde tenia que atravesar.

De repente, por una casualidad inesperada, bien fuese que la polacra tuviese una construccion perfecta, bien fuese debido á la vela triangular que á duras penas habia izado en el momento mas crítico, de repente, decimos, atravezó el buque el canal, y pocos instantes despues hallábase libre de toda clase de peligros en medio de las aguas de la rada.

Esta maniobra fué tan imprevista, tan maravillosa, tan bien ejecutada, que el asombro y admiracion de los caballeros suspendió involuntariamente sus oraciones.

Estupefacto como ellos, el comendador, despues de algunos momentos de silencio, dijo á sus oficiales.

—Hermanos, demos gracias al Señor por haber oido benigno los ruegos que le acabamos de dirigir.

Interin se elevaba en la galera esta invocacion piadosa y solemne, la polacra *Santo Terror de los Moriscos*, porque era ella misma, cruzaba la rada á favor de una pequeña vela y se aproximaba á la galera negra de Pedro de Ambiez.

Cuando estubo á poca distancia, un cañonazo disparado por la *Nuestra Señora de los Dolores* le indicó que hizase el pabellon y se pusiera en facha.

Otro cañonazo le ordenó que enviase su capitán abordo de la galera negra.

Cualquiera que fuese el interes que el buque hubiese inspirado al comendador, pasado el peligro, debia este sugetarse á las reglas establecidas para la visita de las embarcaciones.

La polacra obedeció; y su pequeña canoa tripulada por tres hombres vino á abordar á la popa de la galera.

El que venia al timon, soltó la caña, subió con ligereza la escalera del costado, y se encontró sobre cubierta delante del comendador y de cuantos á este rodeaban.

El marino en cuestion, no era otro que nuestro antiguo conocido, el bizarro y digno Luquin de Tinquetaille,

Apenas colocó el pié en el puente, dejó caer respetuosamente su capucha sobre la espalda, descubriendo su honrada fisonomía, animada aun por las terribles emociones que acababa de experimentar.

El comendador en sus viages á la Casa-Fuerte, habia visto á menudo en ella á Luquin, por manera que se alegró muchísimo al reconocer una persona que podia darle noticias de Raimundo V.

—El Señor ha salvado tu buque de un gran peligro, le dijo el comendador. Nosotros habiamos ya rogado por tu alma y la de tus compañeros.

—Bendito seais todos, señor comendador. Falta nos hacian esos ruegos, porque el paso es espuesto, y desde que navego no he asistido á una fiesta semejante.

El comendador replicó al capitan con severidad: Las pruebas que Dios nos envia no merecen el nombre de fiestas..... Cómo se halla mi señor hermano?

—Monseñor está bueno, contestó Luquin algo avergonzado por la leccion que le habia dado el comendador. Lo he dejado antes de ayer gozando de la mejor salud.

—Y la señorita de Ambiez? preguntó el padre Elzéar, que se habia aproximado.

—La señorita de Ambiez, tambien se encuentra muy buena, padre mio, dijo Luquin.

—De donde vienes? . . . á donde vas? le preguntó el comendador.

—Señor comendador, ayer salí de Ciotat con tres *Essanguis* (1) armados para cruzar á dos ó tres leguas de la costa á fin de descubrir á los piratas.

—Los piratas?

—Sí, señor. Hace tres dias se presentó á la vista un javeque berberisco, el señor Peyrou lo descubrió. Toda la costa está alarmada esperando un desembarco . . . y con razon; porque una tartana de Niza que encontré antes del huracan, me ha dicho haber visto al este de Córcega tres embarcaciones y una de ellas con la señal de Pog-Reis el renegado.

—Pog-Reis! exclamó el comendador.

—Pog-Reis! repitieron los caballeros.

—Pog-Reis! volvió á decir Pedro de Ambiez, con una espresion sombría de placer, como si fuese á encontrar al fin un enemigo implacable, largo tiempo buscado, y el que por una fatalidad habia escapado siempre de caer en sus manos.

—Que venias á hacer en Totari? preguntó el comendador á Trinquetaille.

—Hablando con el respeto que debo os diré que no he venido por mi gusto. Sorprendido por el huracan, he viajado esta noche segun me ha sido posible; pero el tiempo cargó tanto . . . que mirando mi polacra como perdida, me encomendé á Nuestra Señora de la Guarda y determiné atravesar ese pe-

(1) Barcos pescadores de la costa de Provenza.

ligroso canal, que conozco demasiado y en el cual me he mojado muchas veces viniendo de las costas de Cerdeña.

—Dios quiera que cese pronto este viento, dijo el comendador. Y dirigiéndose á su piloto Hauturier le preguntó: Qué opinas tú de este tiempo?

—Señor comendador, si el viento sigue aumentando hasta el sol puesto, es posible que ceda al salir la luna.

—Si es así, dijo Pedro de Anbiez, y puedes salir esta noche sin ningun peligro, iras á Ciotat á advertir de mi llegada á mi señor hermeno.

—Esta noticia va á llenar de júbilo á cuantos viven en la Casa-Fuerte, sin contar con la utilidad que podrá producir vuestro arribo á ella, porque un barco de Marsella que he encontrado, me ha dicho que alguna gente armada habia salido de allí para Ciotat con el capitan de la compañía de guardias de monseñor el mariscal de Vitry. Decíase públicamente que quizás iria dicha tropa á la Casa-Fuerte, de resultas del asunto del escribano Isnard.

—Qué es lo que quereis decir? preguntó el comendador á Luquin.

El capitan refirió entonces todo el suceso porque se le interrogaba, añadiendo que Raimundo V en lugar de someterse á las órdenes del gobernador de Provenza, habia hecho perseguir al escribano Isnard por medio de sus toros.

Al escuchar la relacion de la imprudente broma de Raimundo V el comendador cambió una mirada llena de tristeza con el padre Elzéar, dando á entender ambos lo mucho que deploraban la loca y temeraria conducta de su hermano.

—Baja al *scandalard* (1) allí te darán lo que necesites para confortarte y adquirir nuevas fuerzas, dijo el comendador á Luquin.

—Este obedeció lleno de agradecimiento y echó á andar al instante seguido de algunos curiosos que deseaban saber noticias de Provenza.

El comendador se retiró á su cámara acompañado de su hermano, á quien dijo: En cuanto el tiempo lo permita partirémos para la Casa-Fuerte. Tiemblo al considerar que Raimundo V. puede llegar á ser víctima de sus temeridades para con las criaturas del cardenal. El Señor permita que encuentre á Pog-Reis y que me sea dado estorvar las desgracias que tiene proyectadas sobre estas playas sin defensa y contra ese pueblo digno de mejor suerte.



(1) Lugar donde se hallaban las provisiones.

CAPITULO XXIV.

EL GALEON ROJO Y LA SYBARITA.

Así en el mismo instante en que el buque mandado por Luquin verificaba su maravillosa entrada en la rada de Tolari, juntándose á la lúgubre galera de Pedro de Ambiez, otras tres embarcaciones de distinta clase unas de otras, daban fondo en *Port-Mage*, excelente rada situada á la parte Nord-este de Port-Cros, una de las mas pequeñas de las islas nombradas Hiéres.

Distante como seis ó siete leguas de Ciotat, Port-Cros se hallaba en esta época del año poco menos que inhabitado.

En el tiempo de la pesca del atun y de la sardina hacian en ella los pescadores un establecimiento pasajero.

Dos galeras y un javeque acababan pues de echar anclas en el fondo de la citada bahia.

El temporal no habia disminuido su violencia; pero las aguas de Port-Mage, abrigadas por las eleva-

das tierras del lado del nord-oeste, hallabanse demasiado tranquilas y reflejaban en su superficie los brillantes colores del Galeon rojo de Pog-Reis y de la galera verde de Trymalcion, sin que se echase de ver ningun color notable en la parte interior del javeque de Eébe.

Los temores del vigia y las sospechas de Reyna habian sido demasiado fundadas.

Los tres desconocidos de las gargantas de Ollioules no eran otros que capitanes piratas, renegados, y no berberiscos.

En uno de sus viages lograron apoderarse de un barco holandés, encontrando á su bordo un señor moscovita, su hijo y su preceptor. Despues de haberlos vendido como esclavos en Argel, tomaron sus papeles y tuvieron la audacia de desembarcar en Cette, llegar á Marsella por tierra y presentarse á M. de Vitry bajo los nombres que aparecian en los documentos que llevaban consigo.

El mariscal engañado por esta astucia les dispensó una acogida favorable.

Pasado algun tiempo, empleado provechosamente en averiguar la salida y entrada de varias embarcaciones de comercio, volvieron los tres forasteros á Cette y desde entonces no se habian alejado de las costas de Provenza.

Meditando un golpe importante sobre este litoral, entretenian el tiempo ya en algunos de los numerosos bajos de la isla de Córcega, ya en uno de los pequeños puertos desiertos de las costas de Francia ó de Cerdeña, porque en aquella época estaban las costas en el mayor abandono.

Había una diferencia notabilísima en el aspecto que ofrecían las dos galeras que hemos citado, y la del comendador Pedro de Anbiez.

Mientras que en esta reinaba el mas profundo recogimiento y un religioso silencio, daban señales aquellas de una animacion y una algazara inesplicables.

Conduciremos con preferencia al lector abordo de la Sybarita, galera de veinte y seis remos, mandada por Trymalcion y anclada á corta distancia del Galeon rojo de Pog-Reis.

La construccion de las galeras berberiscas era muy parecida á la de las de Malta. En lo único que se diferenciaban era en que las unas no tenían ningun lujo interior, al paso que las otras se hallaban perfectamente adornadas.

La chusma se componia de esclavos, cristianos, negros y aun turcos, porque los renegados se cuidaban poco del modo de reclutar gente.

Aunque los esclavos se hallasen encadenados en sus bancos, á imitacion de los forzados de las galeras de Malta, parecia no obstante que participaban del júbilo y perpetua alegria que reinaba en estas embarcaciones.

En vez de tener un aire feroz, sombrío ú oprimido, demostraban en su fisonomía las señales de una alegria grosera ó de una cínica impudencia. Parecian hechos á propósito para soportar los mas duros trabajos; y aunque su carácter turbulento é indisciplinado, inspirase serios temores, atenuabanse estos ante el aparato de fuerza que les rodeaba.

Dos pequeñas piezas de artilleria y otras muchas

armas blancas asestadas continuamente sobre la chusma, se hallaban de tal manera dispuestas, que con facilidad podian barrer la galera desde el uno al otro extremo.

Los spahis ó soldados encargados de custodiar la chusma tenian siempre largas pistolas pendientes de la cintura y una hacha ademas en la mano.

El uniforme de los spahis se componia de capote colorado, botines marroquies bordados, y una cota de malla por debajo del vestido interior verde galoneado de amarillo. En la cabeza tenian al rededor de un gorro grana, un turbante de muselina blanca colocado al descuido, moda antigua que se remontaba á los tiempos de Hai-Reddin-Barberrouse.

La vestimenta de la chusma no era igual. El pillage servia á los esclavos para reemplazar la ropa destrozada por el trabajo y la intemperie.

A pesar de la heterogeneidad que se echaba de ver en el vestido de los esclavos, era sin embargo esmerado el aseo que se observaba en todos ellos, lo mismo que en la embarcacion.

Por la parte exterior estaba la galera primorosamente pintada de verde mar, purpura y oro, cuyos colores ofrecian un bello efecto. En fin, un pabellon rojo en el que se veia bordado en blanco el alfange de dos filos llamado *Zulfekar*, era el único signo que habia hecho reconocer á la Sibarita por un buque pirata de Berberia.

No léjos de este, moviase magestuosamente sobre las aguas el *Galeon rojo* de Pog-Reis, cuyo exterior era mas imponente que el de la galera que acabamos de describir.

En fin, cerca de la entrada de la bahia el *Tshekedery* ó barco ligero, mandado por Erebe, tenia tambien por señal el mismo estandarte.

Era tal el abandono, segun dijimos antes, en que se hallaban entonces las costas de Francia, que estas tres embarcaciones habian podido introducirse sin el menor obstáculo en la bahia, á fin de escapar del huracan que reinaba desde la víspera.

Si el exterior de la Sybarita era hermoso y bello, en su interior ofrecia este buque todas las apariencias de un lujo refinado y una mezcla admirable en las costumbres del Oriente y del Occidente.

Un negro enano, estrañamente vestido, acababa de dar tres fuertes golpes sobre una especie de caja de metal colocada á popa cerca del timon.

Apenas se habia hecho esta señal, cuando una excelente música compuesta de instrumentos de viento dejó oir sus ecos marciales y sonoros.

Era la hora de comer de Trymalcion.

La cámara de popa estaba momentáneamente convertida en comedor.

Los camarotes se habian ocultado á favor de magníficas colgaduras de brocado de Venecia, ricamente bordadas de verde y oro.

Pog y Trymalcion estaban sentados á la mesa.

Trymalcion era hombre de vientre grueso, de tez animada, de ojos vivos, de fisonomía alegre y de labios graciosamente rosados. Su larga pellica de terciopelo azul entre-abierta, dejaba ver una malla de acero perfectamente trabajada, y tan flexible como la mas delgada tela. La costumbre de llevar siempre consigo un arma defensiva es la mejor

prueba de la especie de seguridad con que vivía el capitán de la Sybarita.

Pog-Reis, colocado en frente de su compañero, tenía el aire altanero y que le era natural. Vestía un yellek de seda del mismo color, sobre el que descolloba su crecida barba roja. Una gorra encarnada y verde, según la moda albanesa, cubría hasta la mitad su blanca frente surcada de arrugas.

Servían á la mesa, además del negro enano, dos mugeres de una beldad extraordinaria, vestidas con ricas telas de Smirna, y de las cuales la una era mulata y la otra circasiana.

En el centro de la mesa se veían magníficas alhajas de platería, que á pesar de hallarse deshermanadas, eran de un gusto y un primor esquisito. En medio de esta soberbia bajilla, fruto del pillaje y del asesinato, notábanse también algunos vasos sagrados robados en las iglesias de los pueblos de la costa ó á bordo de las embarcaciones cristianas.

Un perfume muy penetrante, pero en extremo agradable, se quemaba en un incensario de plata pendiente del techo de la cámara.

Sentado en un cómodo y muelle sillón, el capitán de la Sibarita dijo á su compañero.

—Dispensad esta pobre acogida, compadrie... Yo hubiera querido reemplazar esas muchachas por esclavos egipcios, que armados de agua-maniles de Corinto nos hubiesen lavado, con agua de nieve y rosa.

—No os hacen falta esos vasos, Timalcion, dijo Pog echando una ojeada á la vagilla.

—En efecto.... esos son vasos de oro y plata;

pero no tienen comparacion con el metal de corinto de que habla la antigüedad, compuesto de oro y de otras materias preciosas, y que se trabajaba tan maravillosamente que un gran aguamanil con su fuente respectiva apenas pesaba una libra.... Voto á brios! compadre! Es preciso desembarcar un dia en Mesina. Se dice que el virey posee muchas estatuas antiguas, de ese precioso metal. Mas tomad de este budin de perdiz especiado con cominos; lo he hecho servir sobre sus parrillas de plata que aun están ardiendo. Preferidlo á esos montones de huevos de pabo: en lugar de yema, encontrareis un pájaro muy gordo y bien dorado; así como en lugar de clara podeis recrear el paladar con una salsa espesa y exquisita.

—Semejante vocabulario debe proporcionaros la estimacion de vuestro cocinero. Me parece que ambos os entendereis á las mil maravillas, dijo Pog comiendo con desdeñosa indiferencia los guisados delicados que le servia su compañero.

—Mi cocinero decís? muy bien que me comprende, aunque algunas veces lo encuentro muy pesadoso y desanimado. Echa de menos la Francia.... de donde lo saqué por sorpresa. Al principio, deseando consolarle, puse en práctica varios medios: me valí del dinero, de las atenciones, de los cuidados; pero todo fué inútil, porque nada hacia: hasta que al fin vine á concluir por donde debiera haber comenzado; es decir, acudí al remedio eficaz del palo, con el que me va muy bien, y supongo que tambien á él, porque ya veis que hace maravillas..... Venga de beber, cascara de naranja, añadió Trimal-

ción mirando á la mulata, la cual le llenó un vaso de vino de Burdeos. Qué vino es este? es acaso Pasto de cuervos? preguntó al enano examinando el color del vaso.

—Señor, es del cogido en el mes de Junio en aquel bergantín que iba para....

—Ya.... ya.... dijo Trimalción paladeando... es bueno.... bueno.... excelente vino; pero advierto que no bebeis? echadle un trago al señor Pog, Pellejo de Cisne, añadió el capitán mirando á la blanca circásiana, y señalando con el dedo la copa de su huésped.

Este por toda respuesta cogió el vaso con la mano derecha.

—Beberémos por el buen resultado de nuestro desembarco en Ciotat, no es así?

Pog oyó esta provocación con aire de desleñosa impaciencia.

—Como gustéis, campadre, dijo Trimalción sin dar á entender el menor disgusto por el aire altanero de su huésped. Yo tampoco me fio en vuestras invocaciones; el diablo conoce vuestra voz, y cree que siempre lo estais llamando.... Habeis hecho mal en despreciar ese permit.... de Westphalia, no es de Westphalia, truan? añadió encarándose con el enano.

—Sí señor, contestó el negro. Proceden de aquel cúter holandés detenido en la desembocadura de Cerdeña. Estaban destinados al virey de Nápoles.

En aquel momento dejó la música de tocar, y se oyó un ruido que á cada instante aumentaba su violencia.

El desagradable sonido de las cadenas, las voces de los esclavos mezcladas con las de los soldados, y los latigazos del gefe de aquellos, dieron bien á entender que reinaba sobre cubierta un tumulto considerable.

Se hallaba Trimalcion tan acostumbrado á esos gritos, que sin dar á conocer la menor turbación, continuó bebiendo tranquilamente un vaso de vino que tenia en la mano. Púsole despues encima de la mesa, y dijo.

—He ahí á los perros que quieren morder: afortunadamente sus cadenas son muy buenas. Pero por qué se habrán callado los músicos? Infames! veinte palos haré que den á cada uno de ellos si continuan detenidos en lugar de soplar sus trompetas! Soy demasiado bueno.... amo mucho las artes.... En vez de vender en Argel esos holgazanes, los he conservado para que me toquen la música y mirad como se conducen! Ah! sino fuesen demasiado endeble para la chusma yo les haria conocer lo que cuesta el manejar los remos!

—Ciertamente serian muy endeble para eso señor, dijo el negro. Los cómicos que cogisteis con ellos en la galera de Barcelona, se hallan todavia con Jousouff que os los compró. Dos monedas de oro es lo único que le produce cada cabeza de esos animales cuando soplan y cantan.

Pog-Reis parecia estar muy pensativo y no hacer caso de lo que pasaba en la cámara. Entretanto la gritería y la confusión crecian demasiado sobre cubierta, por cuyo motivo dijo Trimalcion al enano.

—Antes de salir, pon aquí junto á mí ese par de

pistolas y ese sable: bien. Ahora vé á saber el motivo de este alboroto. Si es cosa grande, que Mello venga á decirmelo: al mismo tiempo advertid á esos sopladores de trompetas que les haré tragar sus clarines y sus vocinas si siguen callados un minuto mas.

—Señor, dicen que les falta resuello para jugar dos horas seguidas.

—Ah! les falta resuello! pues bien! diles que si me vuelven á dar una razon ó disculpa semejante, les haré abrir el vientre, uno á uno, y soplandoles en el interior, como se sopla la fragua del armero, les aseguro que no se quejarán de falta de respiracion.

Al oir esta cruel bufonada, las dos mugeres se miraron con sobresalto.

El negro salió inmediatamente.

—Lo que mas me gusta de tí, dijo Pog con lentitud, como si hubiese salido de su meditacion, lo que mas me agrada es que eres estraño á todo sentimiento, no diré de honradez sino de humanidad.

—Y á qué diablos me decis esto, compadre Pog? Inhumano como me llamais, no olvido con quien estoy hablando, ni tampoco lo que yo soy.

En este momento se oyeron dos tiros.

—Ola! he ahi la exactitud con que Mello sabe cumplir con su deber, añadió Trymalcion sonriéndose, y volviendo la cabeza hacia la puerta con una imperturbable sangre fria.

Las dos mugeres esclavas habian caido de rodillas con todas las señales del mas violento terror.

De repente oyóse el sonido de los instrumentos, notandose que los tocaban con una violencia estraordinaria, lo cual si era perjudicial à la armonía de los

tonos, probaba al menos que las amenazas del enano habian surtido buen efecto, y que los músicos creian á Trymalcion muy capaz de cumplir lo que decia.

A los dos tiros habia seguido un grito espantoso dado por todos los esclavos á la vez.

Despues de este tumulto sucedió un profundo silencio.

—Parece que eso no ha sido nada, dijo el capitan de la Sybarita mirando á Pog que habia vuelto á entregarse á sus meditaciones. Pero decidme, compadre, añadió Trymalcion, que motivo habeis tenido para llamarme inhumano? Yo amo las artes, las letras, el lujo: gozo de mis cinco sentidos, que sea dicho de paso, no han sufrido detrimento alguno: saqueo con discernimiento, pues jamás tomo lo que no me conviene. Ademas me bato con escrúpulo, queriendo mejor atacar al mas débil, que no al mas fuerte que yo. Mi comercio, en fin, se reduce á apoderarme de lo ageno esponiendo todo lo menos posible á los que me rodean. De consiguiente, repito, qué hallais en mí que pueda pareceros inhumanidad?

—Déjame! me causas bochorno y compasion á un tiempo. Siempre veo en tí al truan del colegio, te acuerdas? Te veo lleno de los mismos defectos y careciendo hasta de la energía del mal.

—Voto á tal! caro compadre mio, no hables del colegio, de esos tristes tiempos de enflaquecimiento y de privaciones sin número: á estas horas me hallaria seco como un mastil de galera, si hubiera continuado escupiendo en latin, mientras que en la actualidad, añadió dándose palmadas en el vientre, me pa-

so la vida de un prebendado...y todo esto á quien lo debo? A Jacobo-Reis que hace veinte años me hizo esclavo cuando yo iba por mar á Civitavequia para probar fortuna clerical en la ciudad de los tonsurados. Jacobo-Reis me encontró lleno de espíritu, de actividad y de valor. Era yo entonces jóven, me enseñó su oficio, renegué, tomé el turbante, y por mis pasos contados he venido á mandar la Sybarita. El comercio va bien: me espongo en los casos extremos, y solo cuando es preciso me bato como otro cualquiera, aunque procuro guardar todo lo posible el pellejo, porque pienso dejar pronto el oficio é irme á descansar de las fatigas de la guerra á mi retiro de Trípoli con mis buenas amigas. Ahora bien, no os parece que todo esto es muy humano?

Estas palabras parecieron causar alguna impresión en el silencioso convidado del capitán de la Sybarita, el cual se contentó con decir encogiéndose de hombros y con tono bñon.

—El javalí en su zahurda: que cosa mas natural?

En esto se abrió la puerta, presentandose el enano.

El capitán pirata que no pensaba en otra cosa en aquel instante, mas sino en el tumulto que acababa de apaciguarse se dirigió al negro diciendole:

—Y bien! canalla! y ese ruido? Por qué motivo no ha venido Mello? No ha sido cosa notable?

—No señor. Un esclavo cristiano riñó con otro esclavo albanés.

—Y despues?

—El albanés dió una puñalada al cristiano.

—Y despues?

—Los cristianos quisieron matar al agresor, en tanto que el herido acocotaba á los demas albaneces.

—Y despues?

—Los albaneces y los moros se enfurecieron contra los cristianos.

—Y despues?

—Para evitar que los de la chusma se matasen los unos contra los otros y para dejar satisfecho á todo el mundo, el patron Mello quemó los sesos al cristiano y al albanés.

—Y despues?

—Señor, viendo esto, todos quedaron tranquilos.

—Y los músicos?

—Les referí aquello de la sopladura de la fiagua y demas que me digisteis, y antes que hubiese podido concluir de hablar, se pusieron á soplar con tanta fuerza los instrumentos, que faltò poco para que me dejasen sordo como una tapia.

Pog se estremeció.

Tymalcion gritó alegremente.

—Presto! vamos! Pellejo de Cisne, Cáscara de Naranja, un cubierto para el hombre mas completo de cuantos han apresado hasta el presente pobres embarcaciones mercantes.



CAPITULO XXV.

POG Y EREBE.

 ANTES de continuar el hilo de los acontecimientos son necesarias algunas aclaraciones respecto de Erébe y de Pog, el hombre silencioso y sarcástico.

En 1612, poco mas ó menos, veinte años, antes de la época de que nos ocupamos, llegó á Trípoli un francés jóven aun, y acompañado únicamente de un criado.

El capitan del buque sardo que lo habia conducido á las costas de Africa, notó desde luego durante la travesia que su pasajero era muy inteligente en cuanto concierne á la navegacion, por lo que vino á deducir que deberia ser un oficial de navio ó de las galeras del rey. No se habia equivocado.

El señor Pog (seguirémos dándole en adelante este nombre prestado) era un escelente marino, como se va á ver muy pronto.

Desde su arribo á Trípoli, Pog, siguiendo la cos-

tumbre de Berbería, compró la protección del bey *Hassan*; hecho lo cual alquiló una casa en las inmediaciones de la ciudad, no lejos del mar, y por espacio de un año vivió en ella con su criado en medio de la mas profunda soledad.

Varios negociantes franceses establecidos en Trípoli se deshicieron en vanas conjeturas acerca del gusto extravagante que demostraba su compatriota en haber ido á aquel país por el capricho de habitar una costa salvaje y solitaria.

Atribuían unos su conducta á algun disgusto, ú oculto pesar, al paso que otros veían en tan extravagante resolución, sino una buena parte de locura, á lo menos una dosis considerable de monomania.

En efecto, esta última suposición no carecía de fundamento.

En ciertas épocas del año, solia caer Pog en unos accesos de desesperacion y de rabia tales que muy á menudo se le oía exalar en su casa, y en el silencio de la noche gritos agudos y desconsolados.

En este estado pasó cuatro años.

Todas sus distracciones se reducían á dar largos paseos por el mar en un barco pequeño y muy velero que manejaba con la mayor destreza, consistiendo la tripulación en dos jóvenes esclavos moros que siempre le acompañaban á sus expediciones.

Un día, Kemal-Reis, uno de los mas famosos y feroces corsarios de Trípoli, vino á dar al traste con su galera sobre la costa, á poca distancia de la casa de Pog.

Este, que á la sazón volvía de dar un paseo, apenas

divisó la galera hizo velas hácia ella y le dispensó socorros eficacísimos.

Uno de los esclavos de Pog, refirió algun tiempo despues de este acontecimiento que le habia oído decir en aquel momento, "mas felices serian los hombres pereciendo entre las manos de los lobos y los tigres, que no en el seno de este furioso elemento."

Lo cierto es que la salvacion de Kemal-Reis, formidable por sus crueldades, fué una consecuencia natural de la misantropia de Pog. En vez de ceder á un movimiento de generosidad natural, en vez de haber dejado abandonado á los rigores del destino á un hombre manchado con multitud de crímenes y fechorias indignas todas de perdon, prefirió el conservar á la humanidad uno de sus mas terribles azotes.

Poco tiempo despues de este suceso visitó Kemal-Reis unas cuantas veces al francés en su solitario albergue. De sus resultas establecióse cierta especie de intimidad entre el pirata y el misántropo.

Pero cuando menos se esperaba súpose con sorpresa en Trípoli que Pog se habia embarcado á bordo de la galera de Kemal-Reis.

Como suponian á Pog dueño de una fortuna considerable, se creyó generalmente que habia fletado el buque tripolitano para hacer un viage de placer por las costas de Berberia, de Egipto ó de Siria.

Sin embargo, grande fué el asombro del público, cuando pasado un mes vieron volver la galera de Kemal-Reis llena de esclavos franceses sacados á viva fuerza de las costas de Languedoc y de Provenza.

Dijose entonces en Trípoli, y se dijo como cosa

positiva, que el favorable resultado de una empresa tan arriesgada habia sido debido á la activa y eficaz cooperacion de Pog, el cual era natural que conociese mejor que otro cualquiera las costas del pais en donde habia nacido.

Adquirieron muy luego estos rumores un carácter tal de verosimilitud, que el cónsul frances en Trípoli se consideró en el deber de informar contra la conducta de Pog, instruyendo de cuanto estaba pasando á los ministros de Luis XIV.

Conviene tener presente que así en 1610 como en 1630 y aun en 1700, la sustraccion y rapto de los habitantes de las costas de Francia hecha por los piratas de las regencias berberiscas, casi nunca se reputó como motivo bastante poderoso para que la nacion francesa declarase la guerra á los paises africanos; y es tan cierto esto, cuanto que los cónsules franceses solian asistir al desembarco de sus compatriotas cautivos, y generalmente servian de intermediadores para conseguir el rescate de aquellos desgraciados.

Toda la responsabilidad de Pog hallábase de consiguiente reducida al hecho de haber tomado parte en un ataque á mano armada contra su pais natal.

Pero la informacion del cónsul frances no tuvo ningun resultado, con gran escándalo de cuantos europeos vivian en Trípoli. Pog hizo abjuracion solemne de su religion, renegó la cruz, tomó el turbante y se vió libre de la persecucion que le amagaba.

Al mismo tiempo Kemal-Reis dijo públicamente que el nuevo renegado era uno de los mejores capitanes que él habia conocido, y que la regencia berba-

risca no podia haber hecho una adquisicion mas útil.

Desde entonces Pog-Reis armó una galera y comenzó la série de sus persecuciones, dirigidas esclusivamente contra las embarcaciones francesas, y sobre todo contra las galeras mandadas por caballeros de la misma nacion.

En muchas ocasiones asoló impunemente las costas de Languedoc y de Provenza. Preciso es decir que el furor del pillage y el deseo de destruir que se apoderaron de Pog, mas bien que á inclinacion natural debiólo á un acceso calenturiento, ó á su imaginacion estraviada por los consejos y por el ejemplo pernicioso de Kemal-Reis.

Pero cuando su rabia llegaba al último estremo, era todos los años á fines de Diciembre.

Durante este mes olvidaba Pog todo sentimiento de humanidad, y solo se ocupaba en proporcionar el triste espectáculo de escenas, cuya descripcion no referiremos porque la pluma se resiste á verificarlo; baste decir que muchas ocasiones hizo degollar un gran número de esclavos, cuyo terrible y sangriento holocausto ofrecería sin duda á algun cruel aniversario.

Cuando pasaba el mes de Diciembre, volvia á recobrase de su delirio y su espíritu adquiria nuevamente la tranquilidad que le era natural.

Entonces se encerraba en su solitario albergue de Táipoli, y allí solia permanecer hasta dos meses seguidos sin acordarse para nada de sus expediciones por el mar.

Otras veces, encendiéndose repentinamente en su alma desesperada resentimientos mal apagados, se

vió á Pog correr precipitadamente á su galera , y dar principio á la interrumpida série de sus persecuciones, con un ahinco y con una vehemencia indecibles.

Entre los cautivos franceses que habia hecho en su primera expedicion con Kemal-Reis, y que cedió desde luego generosamente á este corsario bajo la espresa condicion de no darles jamas la libertad, entre esos cautivos, decimos, habia uno, que Pog reservó para sí: era este un niño de cuatro á cinco años, robado en la costa de Languedoc con una muger anciana, que murió despues en la travesia.

Este niño dotado de una belleza extraordinaria, era Erébe.

Impulsado por su odio á la humanidad, adoptó Pog la infernal resolucion de dar al infortunado infante la mas funesta educacion, y así lo puso por obra con detestable perseverancia. A medida que Erebe crecia, Pog, sin poder darse cuenta del extraño contraste de sus sentimientos, sentia á veces por este niño, tan pronto una aversion extraordinaria, como movimientos involuntarios de delicada solicitud hácia él. Eca este sentimiento el único digno de elogio que habia experimentado hacia muchos años. Sin embargo, poco á poco fueron disminuyendo esos raros afectos de simpatia, y al fin quedó Erebe envuelto en la comun execracion y en el odio inextinguible con que Pog perseguia á sus semejantes; es decir, el renegado no desmintió el título de tal, y permaneció fiel á su perniciosa resolucion. Lejos de dejar inculto el espíritu de Erébe se aplicó al contrario con todas sus fuerzas á desenvolver su inteli-

gencia. Entre los muchos esclavos que muy á menudo le producian sus expediciones, halló con facilidad profesores de todas clases que pudiesen ayudarle en la empresa de formar la educacion del tierno cautivo; y si le faltaban algunos los buscaba en los otros buques corsarios, ó se valia de otros medios que nunca escaseaban en su fecunda imaginacion.

Así es, que habiendo sabido existia en Barcelona un célebre pintor español llamada Juan Peliéko, valióse de sus mañas para sacarlo fuera de la ciudad, y así que se le presentó lo condujo inmediatamente á Trípoli. Cuando el desgraciado pintor hubo perfeccionado á Erebe en su arte, le destinó Pog á la cadena y en ella murió abrumado de penas acordándose de su patria y familia.

Deseaba Pog hacer recorrer á su víctima la escala del mal toda entera, desde el vicio hasta el crimen, y de consiguiente, necesitó proporcionarle conocimientos numerosos, y aun superiores si cabe á la tierna edad en que se hallaba.

Pero sus deseos se vieron escasamente cumplidos. Por una casualidad providencial, la inicua obra de Pog no habia alterado apenas el corazon del tierno Erebe.

Habia en ese corazon un singular instinto que naturalmente lo alejaba de las debilidades de la juventud: y esta circunstancia sirvió á Erebe de garantia y antemural contra infinitos peligros y sinsabores. La misma facilidad con que, apenas entrado en la adolescencia, hubiera podido entregarse libremente á toda clase de excesos, fué suficiente á preservarle de desórdenes precoces y del desenfreno

de costumbres á que Pog le convidaba indirectamente.

En una palabra, la elevacion natural de sus sentimientos le hizo buscar con impaciencia las emociones nobles, puras, dulces, todo en fin, lo que se habia querido alejar de él.

A pesar de lo dicho, la fatal influencia de Pog no habia sido absolutamente ineficaz.

Erebe abrigaba una impresion desventajosa, debida á su carácter ardiente.

Sus ímpetus apasionados hacía el bien, sus continuas luchas contra los pérfidos consejos de su tutor, desaparecian á menudo ante la costumbre de la vida guerrera que habia llevado desde la edad de doce á trece años, y la impetuosidad de su carácter, y la fogosidad de sus pasiones, arrastrábanlo comunmente á cometer ciertos actos dignos ciertamente de reprobacion.

Habituado desde muy jóven á ir en todas las expediciones que emprendia Pog, habia tenido ocasion de dar pruebas en diferentes combates del valor y temeridad que le eran naturales.

Nada ignoraba Erebe de cuanto pudiese pertenecer al difícil arte de la navegacion, como que lo habia estudiado teórica y prácticamente en la mejor edad de la vida. Mucha parte tuvo Pog en sus adelantos, pues deseaba que el intrépido y jóven marino pudiera reemplazarlo mas adelante en la incesante tarea de perseguir encarnizadamente á los caballeros de Malta. A este propósito no se pasaba dia sin que el renegado dejase de inculcar en el ánimo de Erebe la idea de que esos caballeros habian causa-

do la muerte de su familia y ofreciéndole que no dejaría de revelarle cuando fuese oportuno este sangriento misterio.

Y sin embargo, no había cosa mas falsa. Pog no tenía nociones algunas respecto de los parientes del huérfano; pero quería, por decirlo así perpetuar en este el odio inveterado y profundo que llevaba siempre en su pecho contra los caballeros de la religión.

Erebe vino á colmar sus deseos, á llenar cumplidamente sus votos. Una sed ardiente de venganza se desenvolvió en el alma del jóven contra los soldados de Cristo á quienes creía los matadores de su familia.

Aparte de la cualidad de que acabamos de ocuparnos, no poseía ninguna otra Erebe que pudiese merecer la aprobacion de Pog.

Habia conocido este que la ironía era un arma poderosa é infalible para combatir, ventajosamente la elevacion natural del carácter de su esclavo.

Comparándolo con un escribiente ó un cristiano tonsurado, y sobre todo acusándolo de debilidad y cobardía, escitaba á cada paso al desgraciado jóven á cometer acciones culpables, y llenas de crueldad.

La escena de las rocas de Ollioules, donde por primera vez vió Erebe á Reina, es una buena prueba de la lucha constante entre sus excelentes inclinaciones y las malas pasiones que Pog le inspiraba diariamente.

Ya hemos visto que el primer movimiento de Erebe fué aquel día el de acudir presuroso al socorro de Raimundo V y el de contestar con una veneracion

casi filial á las palabras de gratitud de aquel anciano, creyéndose pagado por su generosa conducta con la dulce satisfaccion que le hizo experimentar su conciencia, y con las miradas llenas de reconocimiento que le dirigió la jóven....

Y aunque una chanza amarga de Pog, y una grosera jocosidad de Trymalcion, hicieron dudar entonces al jóven Erebe, acerca de la bondad de la accion que habia cometido, la imágen encantadora de Reina no dejó de causar en su alma una impresion profunda.

Nunca habia amado: su corazon no habia experimentado hasta entonces otros placeres y distracciones que las que podian proporcionarle los esclavos que la suerte de las armas colocaba en su poder.

No pasó mucho tiempo sin que Pog y Trymalcion dejasen de percibir algun cambio en el caracter de Erébe.

Algunas palabras indiscretas hicieron conocer á Pog la influencia que por primera vez habia tomado el amor en el corazon de su esclavo. Temió desde luego el pirata los resultados que deberia producir ese amor, porque elevaria demasiado el corazon de Erébe, y de consiguiente le haria detestar la vida abominable que arrastraba, despertando en su pecho pasiones nobles y generosas. Con el objeto de evitarlo, decidió Pog destruir esa pasion demasiado violenta ya, y no encontró un medio mas eficaz que el de poner al jóven en posesion del objeto que se la habia inspirado. Propuso, pues, á este robar á Reina á viva fuerza.

Sus proyectos hallaron, no obstante, una tenaz res-

sistencia da parte del jóven pirata. A sus ojos, el raptó era odioso, era una accion que naturalmente debería producir un efecto contrario á la intencion con que habia sido concebida. Eébe queria ser amado, ó hacerse amar.

De resultas de este incidente, de esta imprevista oposicion, viose Pog obligado á proponer un término medio. Empezó alhagando el amor propio de Eébe, y llegó á probarle que debia sin duda haber causado una impresion estremada en el corazon de la jóven. Luego le dijo que le parecia necesario entretener su amor apelando á medidas misteriosas, y exaltar en ella el recuerdo, que conservaria cada vez mas vivo, del salvador de su padre. Ultimamente, concluyó aconsejándole que cuando, en virtud de esos medios misteriosos, llegase á estar persuadido de ser amado, podia presentarse á la jóven y aconsejarla que se fugára con él, y en el caso de resistirse, lo que no creia probable, dejarla y renunciar para siempre á su cariño.

Este plan, que Pog se propuso modificar, si lo llegase á considerar necesario, satisfizo á Eébe, y ya lo hemos visto egecutado en parte en la Casa Fuerte de Raimundo V.

Un moro que habia acompañado al jóven pirata desde su infancia, en todos sus viages, y á quien debia bastantes favores, fué el destinado para introducirse misteriosamente en el castillo de Aubiez.

Este hombre era el gitano. Acompañó á Eébe en el atrevido viage de los tres piratas á Provenza, y cuando estos hubieron regresado al puerto de Cctte donde habian dejado su javeque, se embarcaron

todos juntos y fueron á reunirse á sus galeras ancladas en las islas Baleares, abiertas en aquel tiempo á todos los piratas del Mediterráneo.

Allí, Erébe, Pog, Trymalcion y Hadji (así se llamaba el gitano) concertaron sus planes.

El mismo día de la aventura de las gargantas de Ollioules, Hadji habló con los dueños de la casa donde paraba en Marsella, del anciano y de la jóven á quienes Erébe acababa de salvar y muy luego supo los nombres de uno y otra porque el baron de Aubiez era muy conocido en Provenza.

Mientras que Erébe permaneció en Mallorca, preparó todos los objetos que destinó á Reina, y entonces fué tambien cuando colocó su retrato en el medallon que adornaba la guzla del gitano.

Concluidos los preparativos partió el moro llevando consigo dos palomos criados á bordo del javeque de Erébe, y acostumbrados á buscar este buque, el cual descubrian desde una distancia á donde no podia alcanzar la vista del hombre.

Pasados quince dias, las dos galeras y el javeque debian ir á cruzar á la vista de las costas de Provenza.

Ya lo hemos dicho: el mes de Diciembre, era un mes sombrío para Pog, era el mes en que sus crueles instintos se exasperaban hasta llegar á convertirse en una monomanía feroz.

Habiase atrevido á presentarse al mariscal de Vetry bajo un nombre supuesto, á fin de poder examinar á su placer el estado de la costa y de las fortificaciones de Marsella, porque tenia el atrevidísimo proyecto de sorprender esta ciudad, destruyendo é

incendiando su puerto, á cuyo efecto se hallaba secretamente de acuerdo con algunos moros establecidos en la misma.

Por mas disparatada que pareciese esta empresa era un proyecto que podia realizarse en aquel tiempo, venciendo algunas dificultades; y ciertamente Pog no desesperó del buen resultado. Pero aun dado caso de que las personas con quien se hallaba en relaciones le faltasen en el momento de la señal convenida y tuviese que renunciar á la sorpresa, todavia le quedaba el recurso de desolar impunemente una costa sin defensa de ninguna especie; y la pequeña Ciotat á causa de su proximidad á la Casa-Fuerte, deberia entonces sufrir la suerte que tenia reservada á Marsella.

En medio del tumulto y en la confusion de la batalla, seria facil arrebatár á Reina de Ambiez, que era el objeto á que todos sus proyectos se encaminaban.

Ya se ha visto que las maniobras del gitano no dejaron de ser egecutadas con buen acierto.

Oculto largo tiempo entre las rocas próximas á la Casa-Fuerte, vió muchas veces á Reina asomada al balcon de su oratorio, y observó tambien que la puerta del mismo se quedaba abierta muy á menudo. Merced á su agilidad, el gitano pudo introducirse por dos veces durante la noche por aquel balcon, la primera con el vaso de cristal y la flor de Persia, y la segunda con la miniatura.

Seguio de sus primeros ensayos destinados á escitar la curiosidad de Reina y á obligarla á ocuparse de Erébe, y creyendo Hadji poderse presentar

en el castillo de Ambiez sin despertar ningunas sospechas se puso en marcha hácia la Casa-Fuerte, y entonces fué cuando encontró en el camino al escribano Isnard y su tropa.

Quince dias después de su llegada á casa de Raimundo V, y á la hora del sol puesto, debia presentarse á la vista de la costa el javeque de Erébe. Hadji le enviaria entonces uno de los dos palomos que seria portador de una carta, en la cual diria á Erébe si era amado, y á Pog si podria intentar un desembarco en el caso de que este hubiese renunciado á su sorpresa sobre Marsella.

El águila del vigia, evitó como se ha visto, que la carta llegase á donde iba encaminada, deborando al inocente mensajero; pero Hadji tenia en su poder otro emisario, y al dia siguiente, habiendo vuelto á presentarse el javeque á la misma hora de la víspera, despachó al segundo palomo con una carta, en que anunciaba á Erebe ser amado, y á Pog que el momento mas favorable para un desembarco en Ciotat era la Pascua, porque en esa época todos los provenzanos se hallaban ocupados y distraidos en funciones de familia,

Pero el temporal empezó justamente la misma noche que Erebe recibió este aviso, y uniendose á las dos galeras que cruzaban del lado Hieres, tuvieron los tres buques que acogerse á Port-Mage, en Port-Cros porque el viento cada vez era mas furioso.

Allí se encontraban anclados desde la víspera, segun hemos dicho, esperando con impaciencia que cambiase el viento porque las fiestas de Pascua debian tener efecto dentro de un par de dias; y ademas,

que Pog, antes de intentar cosa alguna contra Ciotat, queria averiguar si sus proyectos sobre Marsella podrian ó no tener efecto.

Ya que nos son conocidos los vínculos funestos que ligaban á Eiebe y á Pog, seguirémos al jóven aventurero á la galera de Tymalcion á cuyo bordo se habia encaminado, segun dijimos en el capítulo precedente.

Eiebe subió con presteza á la *Sybarita* y entrò al instante en la cámara donde se habia servido la comida.



CAPITULO XXVI.

LA CONVERSACION.

 E presentó el jóven marino con el aire de naturalidad y sencillez que tanto realizaba su gracia y la buena figura de que lo habia dotado la naturaleza.

—He aquí á nuestro tímido amante, dijo Trymalcion al verlo entrar por la puerta de la cámara.

Erebe por toda contestacion, mostrandose sensible á esta broma, dió su capote bordado de seda de color al negro enano, acarició á las dos esclavas, y cogiendo una copa de plata de encima de la mesa, presentóla á Trymalcion diciendole.

—A la salud de Reina de Ambiez, la futura favorita de mi Harem!

Pog lanzó una mirada penetrante sobre Erebe, y dijo con voz pausada y sonora.

—Esas palabras proceden solo de los labios; pero no del corazon.

—Os equivocais, señor Pog: desembarcad sola-

mente vuestros demonios en la playa de Ciotat, y veréis si la claridad de las llamas que abrasen á los franceses en sus cuevas, me impiden acaso el seguir á Hadji al castillo de ese viejo provenzal.

—Y una vez que hayas entrado en ese castillo, que es lo que harás en él? dijo Trymalcion en tono de burla. Preguntarás á la niña si tiene alguna madeja de seda que debanar, ó si quiere permitirte que tengas el espejo mientras se peina.

—Tranquilizaos: sabria emplear muy bien el tiempo: me entretendria en entonar la cancion del Emir que ese zorro de Hadji le ha hecho escuchar con interes.

—Y si el viejo provenzal encuentra tu voz desagradable, y te zurra como á niño mal criado? replicó Trymalcion.

—Contestaré al viejo gentil-hombre agarrando á su hija à viva fuerza y cantándole estos versos de Hadji.

Hasta los diez y seis años la hija pertenece á su padre. Desde esta edad en adelante, la hija pertenece al amante.

—Y si por ventura insistiese en su propósito el buen hombre, le daria con tu Kangiar para concluir la conversacion?

—Eso es de rigor: el que roba á la hija mata al padre, contestó Erébe con irónica sonrisa.

Trimalcion meneó la cabeza denotando desconfianza y dijo á Pog que parecia embebido cada vez mas en sus meditaciones.

—El jóven pabo se burla de nosotros, se chamea, creo que hará alguna de las suyas con esa jóven.

—Ha vuelto de las islas el espia frances? preguntó Pog á Erébe.

—Todavía no, señor Pog, contestó el jóven marino. Ha salido con su bâculo y sus alforjas á medio disfrazár: aútes de una hora deberá estar de vuelta. En vano lo he estado aguardando hasta ahora, mas viendo que no llegaba me he venido en mi barquilla: la caaoa que lo ha desembarcado en la costa, lo conducirá aqui. Pero atacarémos á Ciotat ó á Marsella?

—A Marsella.... á menos que la comision que ha llevado el espia no me haga cambiar de resolucion, dijo Pog.

—Y á la vuelta, no nos detendremos un momento en Ciotat? preguntó Erébe, añadiendo en seguida: Hadji nos aguarda.

—Y la bella tambien. Ah!.... Ah!.... tu estás mas impaciente por ver los hermosos ojos de la jóven, que la boca de los cañones del castillo, y tienes razon, no creas que lo desapruebo.

—Oh! voto á brios! exclamó Erébe impacientado, mejor quisiera no ver jamas en la cámara de mi javeque á esa bonita jóven, que dejar de lanzar un grito de guerra en el ataque contra Marsella... el señor Pog sabe que en todos nuestros combates contra los franceses ó contra las galeras de la religion, mi brazo, aunque jóven, ha llevado buenos golpes.

—Tranquilízate.... ataquemos ó no á Marsella, podrás aproximarte con tu javeque á Ciotat y robar á tu amada: no te dejare perder esta nueva ocasion de adquirir fama.

—Voto á brios! dijo Trymalcion mirando á Erébe, los afanes de Hadji y tus misteriosas galanterías no serán perdidas : abandona esos escútipulos que te atormentan.... y te hacen tan romancesco como si fueras un antiguo moro de Granada... el rapto... el rapto... he aquí el medio mas eficaz... apela á él, y conocerás que vale mas domar por la fuerza la resistencia de una yegua cerril, que procurar vencerla con dulzuras y cuidados inútiles... Pero á tu jóven paladar hace falta todavia leche y miel... Mas adelante gustarás de las especias.

—Me haceis demasiado favor, Trymalcion, comparándome á un moro de Granada, dijo Erébe con amargura. Ellos eran nobles y caballerescos, y no verdaderos bandidos como nosotros.

—Bandidos? esclamó Trymalcion. Lo habeis oido señor Pog? Helo ahí salido apenas del cascaron y ya nos viene hablando de bandidos! Y quien diablos te ha dicho que nosotros somos bandidos? cómo se abusa de la juventud, cómo se la engaña, como se la corrompe! Pero habladle, habladle pues, señor Pog! decidle lo que viene al caso.... Bandidos! Dame, dame de beber, *Pellejo de Cisne*, para poder pasar esa palabra. Por vida de los bandidos!

Erebe hizo bien poco caso de la incomodidad de Trymalcion.

Pog levantó con lentitud la cabeza y dijo al jóven con aire de amarga ironía.

—Bien.... me parece muy bien hijo mio.... tienes razon en bramar contra nuestro oficio: quiere decir que cuando vuelva á Trípoli te compraré una tienda en el mejor barrio y en ella venderás en paz

márroquí blanco, tapices de Smirna, telas de Persia y plumas de abestruz. En esta tranquila y honrada ocupacion podrás adelantar algun tanto, y marcharte en seguida á Malta: allí te establecerás en el barrio de los judios, donde darás dinero prestado al cincuenta por ciento de premio á los caballeros que lo necesiten. Asi, podrás vengarte de los que degollaron á tus padres y se quedaron con sus intereses. Ya ves que este medio es mas lucrativo y menos espues-to que el hacerte cobro con su sangre.

—Señor!!! exclamó Erebe indignado.

—Pog tiene razon, replicó Trymalcion. Vale mas ser el vampiro que chupa la sangre de su víctima dormida, que no el ardiente halcon que la ataca á la luz del medio dia.

—Preparaos, Trymalcion, gritó el jóven despechado.

—Y quien sabe replicó Pog, quién sabe si la casualidad pondrá en tu poder y bajo tu usuraria mano al asesino de tu anciana madre y de tu noble padre?

—Y el huérfano, dijo Trymalcion, convertido en acreedor del asesino, satisfará su rabia, comerciando con los matadores de sus padres.

Al oir este insulto, sin poder contenerse Erebe, agarró á Trymalcion por el cuello, y levantó sobre él un cuchillo de mesa; pero apoderandose Pog de las manos del jóven, evitó que el robusto pirata hubiese sido muerto, ó cuando menos peligrosamente herido.

—Dejadme, señor, dejadme os digo: si acaso estais celoso del golpe que iba á descargar sobre este

pícaro, tened entendido que en ese caso me dirigiré á vos, dijo Erébe pugnando por desprenderse de las manos de Pog.

—*Fellejo de Cisne y Cáscara de Naranja* se quitaron de enmedio dando gritos agudos producidos por el temor.

—Esto es echar á perder los hombres, dijo Pog sonriéndose desdeñosamente, y soltando las manos de Erébe.

—Y dejarlos jugar con los cuchillos, replicó Trymalcion, apoderándose del que su contendiente había dejado caer en la lucha.

Una mirada de Pog advirtió á Trymalcion que debía contenerse y no atacar al jóven.

—Tendreis valor, dijo Pog á este en tono irónico, para matar al que os ha hecho lo que sois? Veamos, vuestro puñal se halla colocado en la cintura, pegad....

Erébe lo miró con aire sombrío y le dijo:

—Me pedís que economice vuestra vida, en nombre del reconocimiento, no es así? Y por qué me habeis predicado el olvido de los beneficios y el recuerdo de las injurias?

A pesar de su impudencia, miró Trymalcion á Pog con aire atónito, no sabiendo como su compañero podría contestar á semejante pregunta.

Pog dirigió á Erébe una mirada de desprecio y le dijo:

—He querido experimentar, he querido conocer lo que eres, y para ello te he hablado de reconocimiento. Sí, el hombre verdaderamente valiente olvida los beneficios y solo se acuerda de las injurias.... pe-

ro yo te he hecho la mayor de todas, te he dicho que te falta corazon para vengar la muerte de los tuyos.... debías ya haberme pegado.... y no lo has hecho... eres un cobarde.....

Erébe tiró rápidamente del puñal que tenia en la cintura y lo levantó sobre el pirata antes que Trymalcion hubiera podido dar un paso.

Pog, tranquilo, impasible, presentó el pecho á su adversario sin hacer el menor movimiento.

Dos veces Erébe levantó el brazo para descargar el golpe fatal, y dos veces se contuvo sin poder resolverse á herir á un hombre sin defensa.

El jóven bajó la cabeza con aire oprimido.

Pog se sentó y le dijo en tono imperioso y severo.

—No me entretendré en citarte mas máximas, cuyo sentido comprendes quizas tambien como yo... pero que la debilidad de tu corazon te impide poner en práctica.... Escuchame de una vez por todas. . . Desde ahora te dejo el campo libre.... Te recogí en una edad tierna sin abrigar hácia tí ningun sentimiento de piedad. Siento por tí, lo mismo que por todos los hombres, tanto odio como desprecio. Desde un principio te dirigí al pillage y á la mortandad con la esperanza de poder lanzarte un dia sobre mis enemigos. He matado á todos los caballeros de Malta franceses que han caído entre mis manos.... porque tengo contra esa órden el deber de egercer una atroz venganza. Te he dicho que tu familia fué muerta por ellos á fin de escitar tu rabia y emplearla fútilmente contra los que aborrezco y detesto.... Tú me has servido ya.... en un com-

bate has matado por tu misma mano á dos carabinistas, sin necesidad de que te escitase á ello.... porque creias vengar á tu madre y á tu padre. Te he tenido como se tiene á un buen caballo: mientras que sirve se le cuida con esmero; pero cuando llega á debilitarse se le vende.... No creas pues que te ligan á mí ninguna clase de relaciones.... Má-tame pues, si te es posible.... Si no te atreves á hacerlo cara á cara, hazlo traidoramente.... quizas lo rehusarás.

Al oir Erébe estas palabras creyó que era un sueño, que no era una realidad lo que pasaba por él en aquel instante.

Aunque nunca se habia engañado respecto de la ternura de Pog, habia creido á lo menos que este hombre sentiria por él el interes que siempre inspira un infeliz en el corazon del que lo ha tomado á su cuidado. Pero la feroz confesion del pirata acababa de disipar todas sus ilusiones. Las máximas que habia vertido se hallaban en demasiado acuerdo con sus costumbres, con las acciones públicas y privadas que le habia visto cometer, para que el desgraciado jóven pudiese dudar ni un momento acerca de la espantosa realidad que se ofrecia á su vista.

Era imposible á Erébe darse cuenta de lo que pasaba en su corazon. Pareciale que habia caido en un abismo sangriento y profundo.

Sus tiernos y generosos instintos se estremecieron dolorosamente, como si una mano de hierro se los hubiese arrancado del pecho.

Pasado el primer momento de sorpresa y abatimiento, volvió á recobrar su imperio sobre el ánimo del jóven, la detestable influencia de Pog.

Quiso pues, Erébe rivalizar con este en cinismo y barbarie.

Alzó su pálida frente y una sonrisa impregnada de ironía frunció sus labios.

—Obsevo, señor Pog, que tus palabras han venido á arrojar sobre mi espíritu una luz vivísima: hasta ahora el odio á los soldados de C isto no habia penetrado demasiado en mi corazon : hasta hoy no habia deseado su muerte mas que por mirar en ellos á los matadores, á los asesinos de mis padres. Pero de aqui en adelante no ha de ser así ; no he de guardarles ninguna clase de consideraciones, no: armados, ó desarmados, jóvenes ó ancianos, leal ó vergonzosamente he de matar á cuantos se me vengau á las manos..... y sabes por qué? sabes tú por qué?....

—Su cabeza se desvanece, dijo Trymalcion en voz baja.

—No dice lo que siente, replicó Pog. Y bien! añadió este dirigiendose al jóven, por qué motivo ese bello odio?

—Porque reduciendome ellos á la horfandad me han puesto en tu poder y me han hecho lo que soy...

Notóse en el semblante de Erebe cierto no sé qué que revelaba un sentimiento de odio tan implacable, que Trymalcion, dirigiendose otra vez á Pog le dijo á media voz.

—Hay sangre en su mirada.

A pesar de que Erebe se hallaba exasperado por el desprecio que Pog le habia demostrado, no tuvo fuerza bastante para vengarse del pirata, y era que se sentia dominado involuntariamente por el recono-

cimiento y la gratitud hacía el hombre que lo habia elevado y con quien habia vivido desde una edad muy tierna. Poseido de estas ideas no quedó al desgraciado jóven otro arbitrio que adoptar para salir de aquella posicion embarazosa, que el retirarse de aquel lugar como lo verificó con aire desesperado y triste.

—Va á matarse! exclamó Trymalcion.

Pog se encogió de hombros.

Algunos momentos despues, y hallandose callados uno y otro pirata, oyóse el ruido de unos remos que batian el agua.

—Parece que vuelve á dirigirse á su jayeque, dijo Trymalcion.

Sin contestar ni una palabra salió Pog de la cámara y se fue á proa....

Era ya tarde.

El viento habia calmado un poco: los forzados dormian en sus bancos.

No se oia otra cosa mas que las acompasadas pisadas de los soldados que se paseaban sobre cubierta.

Pog, apoyado sobre la borda de popa, miraba el mar silenciosamente.

Trymalcion, no obstante su corrupcion, y á pesar de su cinismo y maldad se habia sentido conmovido de esta escena.

Jamas quizas la cruel monomania de Pog se habia revelado de un modo mas espantoso que el que denotaba este en su semblante.

Experimentaba Trymalcion cierto embarazo de empeñar la conversacion con su silencioso compa-

ñero. En fin resolvióse al cabo á hablar, y despues de haber hecho una porcion de escitaciones al efecto, aunque sin fruto alguno á pesar de haber sido muy significativas, se aproximó á Pog y le dijo:

—El tiempo parece que está muy hermoso, señor Pog.

—Vuestras palabras encierran una segunda intencion.

—Ea pues, vaya al diablo la vergüenza. A la verdad, no sabia como deciros que sois un hombre cruel, señor Pog. Vais á volver loco á ese pobre mozo: que diantre de placer experimentais en atormentarlo de esa suerte? Me temo que el mejor dia del año os ha de dejar plantado.

—Si fueses un hombre capaz de comprenderme, te diria, Trymalcion, que es sumamente extraño lo que experimento en mi interior por ese desgraciado. Sí, muy extraño, repitió Pog, hablando consigo mismo. Algunas veces siento sublevarse contra él toda la cólera de que soy capaz.... y unos resentimientos tan terribles como si fuese mi mas mortal enemigo. Otras veces se trueca el odio en una fria indiferencia... hay tambien otras en que me acomete la compasion hácia él..... y aun me atreveria á decir que es un afecto mas dulce, si fuese mi alma capaz de abrigarle en la actualidad..... Entonces es cuando el sonido de su voz... sí... sobre todo el sonido de su voz... su mirada despiertan en mi imaginacion los recuerdos... oh! los recuerdos de un tiempo que no se ha de reproducir!

Pronunció Pog estas últimas palabras casi maquinalmente.

Trymalcion estuvo á punto de sentirse conmovido al oir el acento con que habia hablado su feroz compañero.

En efecto, la voz de Pog, comunmente burlona y dura, se acababa de dejar escuchar como una voz tierna y llena de sentimiento.

Atónito de esta mutacion inesperada se aproximó Trymalcion á Pog para hablarle, pero al instante se retiró con asombro al ver á este levantar los puños al cielo con aire amenazador, y al oirle dar un grito tan doloroso y tan desesperado, que no tenia nada de humano.

—Señor Pog, qué teneis?.... qué teneis? dijo Trymalcion.

—Que qué tengo!.... ah!.... tú no lo sabes!... no sabes que el hombre que se halla en tu presencia, y á quien oyes bramar de dolor, y á quien ves entregado á un acceso de desesperacion, que no sueña mas sino con sangre y mortandad.... ignoras, repito, que ese hombre ha sido bendecido de todos.... amado de todos.... sí.... porque era bueno.... porque era humano... generoso!.... No sabes.... ni puedes imaginar tampoco todo el mal que ha sido preciso causarle, para exaltar su imaginacion hasta sumirlo en la rabia que lo posee.

Trymalcion se quedó profundamente admirado al oir en boca de su compañero un language que tan singularmente contrastaba con el carácter habitual de Pog.

Apesar de la oscuridad procuró Trymalcion examinar el semblante del otro pirata para leer en la espresion de su fisonomia lo que pasaba en su interior.

Así que hubo transcurrido un largo rato de silencio, oyóse resonar la risa seca de Pog. Eh! eh! compadre, dijo este último con el tono de ironía que le era familiar, habeis entendido una palabra siquiera del cúmulo de desatinos que acabo de deciros? Por vida mia, que erré el caminó, pues hubiera hecho inmejorablemente un buen actor de comedias. No es así, compadre?

—He comprendido muy poca cosa de todas vuestras palabras, señor Pog: solo he entendido que no habeis sido siempre lo que sois al presente Pero ahora no vienen al caso esos recuerdos... yo he sido colegial de tres al cuarto antes de ser pirata.

Pog, sin contestar á Trymalcion le hizo una seña para que no prosiguiese, y poniéndose á escuchar con atención hacia el lado del mar, dijo:

—Me parece oír el ruido de una canoa.

—Sin duda, replicó Trymalcion.

Entretanto el marinero de serviola dió tres voces que fueron contestadas con otras tantas por el que venia mandando la canoa.

—Creo que esa gente es del javeque y que vienen con ellos el espía, dijo Trymalcion.

La canoa llegó poco despues al costado de la galera.

El espía subió al puente de la misma.

—Que novedad traeis? hay buenas noticias? le preguntó Pog.

—Malas respecto de Marsella, capitan: las galeas del marques de Biezé, procedentes de Nápoles, han echado anclas antes de ayer.

—Quién ha dicho eso?

—Dos patrones de barco... Entré en un mēson á pedir una limosna á tiempo que dichos patrones estaban refiriendo la noticia... ademas unos mozos de mulas que acababan de llegar del Oeste convinieron en lo mismo por haberlo oido decir en San-Tropez.

—Y qué ocurre en la costa?

—De la parte de Ciotat se halla todo en alarma,

Pog hizo una seña, y el espia se retiró inmediatamente.

—Qué haremos, señor Pog? dijo Trymalcion. Es preciso considerar que el puerto de Marsella se halla defendido por la escuadra del marques de Bezé. Dar un ataque al enemigo para no llevar el triunfo, es hacerle bien en lugar de mal. Nada tenemos, pues que hacer en Marsella.

—Nada, dijo Pog.

—Entonces ahí está Ciotat tendiendonos los brazos. Verdad es que tambien se encuentra alarmada, mas, qué importa! los pajarillos tiemblan igualmente cuando ven al gavilan dispuesto a arrojarle sobre ellos; pero sus temores no logran por cierto que sean menos agudas las garras del enemigo comun, ni menos temible su pico. Qué decis de esto, señor Pog?

—Que mañana á puestas del Sol vamos á Ciotat si el viento amaina. Allí sorprenderémos á sus habitantes enmedio de una fiesta, y cambiaremos sus gritos de júbilo en gritos de muerte! dijo Pog con una voz sorda.

—Ah! voto á brios! exclamó Trymalcion: no es mala empresa: dicen que el convento de los Minimos está lleno de vinos exquisitos, sin contar con que en la Pascua hay allí la costumbre de que los

colonos de los ricos holgazanes les llevan el dinero de los arrendamientos; por manera que encontraremos las cajas muy repletas.

—A Ciotat, dijo Pog, el viento puede cambiar de un momento á otro: si sucede así, me iré al instante á bordo del *Galeon rojo*, y tendreis cuidado de imitar mi maniobra.

—Está bien, señor Pog, contestó Trymalcion.

.....
.....
Mientras que los piratas, emboscados en esta solitaria bahia, se disponen á atacar y sorprender á los habitantes de Ciotat, volvamos nuestra vista al Cabo del Aguila, en donde dejamos al vigia ocupado en organizar la defensa de la costa,



CAPITULO XXVII.

HADJI.

3 A fiesta de Pascua habia al fin llegado,

Aunque el temor de la proximidad de los berberiscos habia tenido en alarma á la ciudad y la costa durante muchos días, comenzaba ya à sentirse nuevamente la tranquilidad.

Largo tiempo habia durado el viento norte, y soplado con tanta violencia que no era dable suponer que las embarcaciones piratas se espusiesen á los peligros del mar con un tiempo semejante. Menos factible se hacia aun el creer que se hubiesen atrevido á acogerse á ningun puerto del litoral, como se ha visto que lo egecutaran las galeras de Pog y de Trymalcion.

Cuan fatal debia ser esta seguridad á los habitantes de Ciotat!

Necesitábanse, cuando menos, cuarenta horas para que la galera del comendador pudiese llegar desde el cabo Córsega á Ciotat. A todo esto, el tem-

poral solo había cedido desde la víspera, y á Pedro de Ambiez no le había sido posible hacerse á la vela sino el mismo día de la fiesta de Pascua.

Por el contrario, las galeras de los piratas podían encontrarse en Ciotat en el corto espacio de tres horas, como que la isla de Porte-Cros, donde se hallaban, distaba únicamente unas seis leguas.

Pero lo repetimos, los temores habían cesado casi del todo, y no contribuyó poco á restituir la confianza, la seguridad que se tenía en el bien conocido celo del vigia.

Este se hallaba encargado de dar la voz de alarma en el caso de que hubiese algun peligro, y al efecto se habían establecido dos señales que pudieran corresponderse con la cabaña del cabo del Águila: una de ellas se colocó en el lado opuesto de la bahia, y la otra al frente de la Casa-Fuente de Raimundo V.

Luego que llegase la hora del peligro, todos los hombres de Ciotat, capaces de llevar armas, deberían reunirse en la casa de Ciudad para tomar las órdenes de los cónsules y correr á la defensa del punto amenazado.

Ademas se había colocado una cadena á la entrada del puerto, y muchos barcos pescadores llenos de piedras se veían en el mismo sitio á corta distancia de aquella.

En fin, dos patrones de chalupas; ocupados desde muy temprano en explorar las inmediaciones del puerto, habían á su regreso aumentado la confianza pública declarando que no se descubría ninguna vela á tres ó cuatro leguas á la mar.

Eran cerca de las dos de la tarde.

El viento del este habia reemplazado al impetuoso norte que soplara los dias anteriores.

El cielo se hallaba despejado y puto, el sol era bastante vivo para un sol de invierno, y el mar iba recobrando su tranquilidad perdida.

Por las encrespadas rocas que conducian á la cabaña del vigia, caminaba en aquel momento un niño con una cesta en la cabeza, y cantando alegremente.

Pero de repente detúvose el niño en su carrera al oir los descompasados ladridos de un perro; sin embargo, bien pronto continuó su camino, porque habiendo lanzado una mirada llena de curiosidad en torno de sí, no vió ningun objeto que pudiera inspirarle el menor temor.

De nuevo oyóse el ladrido del animal, y esta vez pareció que estaba mas próximo y que eran despedidos con mucha mayor fuerza.

Daba la casualidad que el dia anterior habia estado de caza en aquel sitio Raimundo V. Y como el niño se acordase de esta circunstancia, creyó que alguno de los perros del baron se habria caido en algun hoyo y por eso daria aquellos ladridos tan desesperados. De consiguiente soltó la cesta que llevaba en la cabeza, la colocó en tierra, trepó con presteza en un promontorio de rocas que dominaba el camino y se puso á escuchar y á examinarlo todo con escrupulosa atencion.

Los ahullidos se alejaron un poco; pero no por eso dejaron de ser menos dolorosos.

El niño no se detuvo entonces á reflexionar el partido que debia tomar. El deseo de hacer una cosa agradable á su amo, y tambien el de merecer alguna

pequeña recompensa, le desdieron desde luego; y así es que echó á correr velozmente en busca del pobre animal, desapareciendo de allí á poco entre la multitud de rocas amontonadas en todas direcciones.

Parecia que el invisible animal tan pronto se aproximaba como se alejaba de la criatura: en fin los ladridos dejaron de oirse.

El niño se habia separado del camino, y mientras perdia inútilmente el tiempo en escuchar, en silvar y en dar voces al objeto que buscaba, se apareció Hadji el gitano detras de una roca.

Merced á su rara destreza y habilidad era él el que habia imitado las voces del perro, con el objeto de empeñar al niño en su persecucion y alejarle cada vez mas de la cesta. Tres dias hacia que Hadji andaba errante por aquellos sitios, sin que durante ellos se hubiese atrevido á presentarse en la Casa Fuerte, aguardando de un momento á otro la llegada de los piratas, á quienes habia avisado por conducto del segundo mensajero.

Sabiendo que todos los dias se llevaban las provisiones á Peyroü, Hadji, que hacia algunas horas que se hallaba en acecho del niño que las conducia, se valió de la estratagemas que hemos dicho á fin de hacerle abandonar la cesta.

Abrío el gitano el canasto, abundantemente provisto por el mayordomo Laramée, cogió un tarro envuelto en paja que llevaba consigo y vació una pequeña cantidad de polvos blancos en la botella del vino, cuya virtud soporífica habia ya experimentado el digno Luquin Trinquetaille.

Algunas provisiones sacadas de la Casa-Fuerte, hacia cuarenta y ocho horas que habian sido el único alimento con que viviera el gitano; pero apesar de la necesidad que le aquejaba, temiendo despertar sospechas en contra suya, tuvo bastante resolucion para respetar los gustosos y esquisitos guisados que iban destinados al vigía.

Volvió, pues, á colocar el vino en su sitio, tapó la cesta y desapareció.

El niño, despues de haber buscado inútilmente al descaminado animal, volvió al sitio en donde habia dejado las provisiones, tomó la cesta, y emprendió de nuevo su ruta hasta llegar á la eminencia del promontorio.

Pasaba Peyroü por un ser misterioso, tan formidable, que su jóven proveedor no se atrevió á decirle una palabra relativa á la aventura del perro. Limitóse únicamente á depositar la cesta sobre una piedra, y á despedirse del vigía todo temblando, diciendole con la gorra en la mano.

— "Dios os guarde, señor Peyroü!"

No pudo menos el vigía de sonreirse al observar el miedo del niño, y levantándose de su asiento, fué al instante á coger la cesta para ponerla junto á sí.

Las provisiones eran proporcionadas á las fiestas de Pascua.

Consistian en primer lugar en un excelente pavo asado, guisado obligado de dicha solemnidad. Seguia un sabroso pastel de pescado frio, dos tortas sazonadas con miel y aceite, y un pequeño canasto lleno de pasas y otras frutas secas (1). En fin com-

(1) Regalo de Pascua.

pletaban aquella opípara refaccion dos blancos panes con corteza dorada, y una gran botella del mas generoso vino de Borgoña de la bodega de Raimundo V.

El buen vigia, apesar de la rigidez de sus costumbres y de su filosofia, no se manifestó insensible á la vista de la rica comida que tenia delante de si.

Entró, pues, en la cabaña, tomó su mesita, la colocó delante de la puerta, y se preparó á celebrar del mejor modo posible la fiesta de Pascua.

Sin embargo, una idea melancólica vino bien pronto á sumergirle en la tristeza.

Las columnas de humo que veia en aquel instante elevarse sobre las casas de Ciotat, le dieron á entender que todos sus habitantes, pobres ó ricos, se ocupaban en disponer los preparativos necesarios para gozar el placer de reunirse á la mesa con sus familias y amigos. El vigia suspiró considerando cuan distinta era su posicion, en medio de la especie de destierro que voluntariamente se habia impuesto. Viejo, sin parientes, sin amigos, era natural que muriese en el seno de aquella soledad insoportable.

Otra reflexion contribuyó tambien á entristecerle. Vanamente habia esperado distinguir en el horizonte la llegada de la galera del Comendador, que debia proporcionar á Raimundo V. el placer de abrazar á sus dos hermanos; y á Pedro de Anbiez la ocasion de mitigar sus disgustos, porque solo en el círculo de su familia, encontraba un lenitivo á los dolores de su corazon, y solo en él se mitigaba la extraordinaria tristeza que le consumia.

Ademas de la anterior, asistia á Peyroü otra razon para desear ardientemente el regreso del comendador.

Hacia mas de veinte años que era depositario de un terrible secreto y de papeles del mayor interes. Su vida retirada, su fidelidad á toda prueba, eran suficientes garantías para la seguridad de semejante secreto; pero el vigia queria rogar al comendador que le librase de esta responsabilidad encargando de ella á su hermano Raimundo V.

En efecto, Peyroü podia perecer de una muerte violenta; la escena habida entre él y el gitano era una prueba que justificaba sus temores y los peligros á que se hallaba espuesto en el lugar apartado en que vivia.

He aquí bosquejadas todas las causas que influian poderosamente en el ánimo de Peyroü para que deseara con la mas viva ansiedad el arribo de la galera negra de Pedro de Ambiez.

Por última vez, antes de sentarse á la mesa, examinó atentamente el horizonte.

El sol comenzaba á declinar. Despues de haber recorrido con la vista el espacio que se ofrecia á sus ojos, no halló ningun objeto sobre la superficie de las aguas; mas no por eso perdió la esperanza de descubrir la galera antes que la noche tendiese su negro manto.

Con el objeto de poder descubrir mas pronto el deseado buque, determinó colocar la mesa fuera de la cabaña.

La vista de una buena comida fué bastante poderosa, á pesar de todo, para desarrugar la frente del vigia.

Comenzó por aplicar á sus labios el frasco de vino de Borgoña, y luego que hubo tomado muchos y largos tragos, se enjugó la boca con el reverso de la mano, diciendo el proverbio provenzal: *Por Todos Santos, todo vino es sano.*

—Raimundo V. no ha olvidado á su juez, añadió sonriendose: en seguida se puso á despedazar el pavo.

—Vamos.... vamos.... à hombre viejo, vino viejo: ya siento el corazon mas alegre, y mis esperanzas de ver la galera del comendador se van convirtiéndose en certezas.....

En este momento oyó Peyrou un ruido en el aire, y alzando la cabeza vió á *Brillante* descender con rapidez para ir á posarse sobre el techo de piedra de la cabaña: un instante despues volvió á mover sus alas y se trasladó á tierra á corta distancia de la mesa.

—Ah! ah!.... Brillante, dijo el vigía, sin duda vienes á tomar tu regalo de Pascua, no es así? Toma, añadió dándole un pedazo de ave, que el águila rehusó.

—Ah! villana! con que no lo quieres? seguro es que no despreciarias este pedazo si estuviese ensangrentado.... Quieres de este pastel?.... tampoco. Ya! ya!: no encontrarás tan fácilmente todos los dias un regalo como el del palomo de ese maldito gitano. Sin embargo, jamas olvidaré el servicio que me has hecho, mi valerosa Brillante, aunque tu gusto por la carne ensangrentada haya entrado por mucho en la bella accion que ejecutastes. No.... no importa: seria una ingratitud el ponerme á bus-

car los motivos que te han impulsado á usar una conducta de que al fin me he aprovechado. Conozco que debia haberte dado un buen cuarto de carnero. Veremos si mañana me es posible. . . . Para tí, como para la mayor parte de los hombres, el regalo constituye la fiesta, y no es el Santo el que se glorifica. . . .

Concluyó Peyroü la comida, hablando unas veces con el águila y empujando otras la larga botella del baron.

Entretanto, á la luz vivificante del sol, habia sustituido la luz pálida y menguada del crepúsculo.

El vigía se envolvió en su capote, encendió la pipa y se puso á contemplar la proximidad de una bella noche de invierno con cierta especie de religioso recogimiento.

Aunque la claridad del dia era ya muy escasa, volvió no obstante Peyroü á examinar el horizonte con el antejo y tampoco esta vez descubrió lo que deseaba.

Entonces dirigió maquinalmente sus miradas á la Casa-Fuerte, considerando que aun no debia perder la esperanza de ver llegar al comendador, y con gran estrañeza suya descubrió una partida de tropa mandada por dos hombres á caballo, que caminaban aceleradamente por la playa en direccion de la morada de Raimundo V.

Inmediatamente echó el antejo, y aunque era ya casi de noche, descubrió perfectamente al escribano Leonard, montado en su mula blanca, el cual iba acompañado por un caballero, cuya gola de hierro, banda blanca y demas arreos que llevaba encima, indicaban que debia ser un capitán.

¿Qué querrá decir esto? exclamó el vigia con asombro al recordar la natural animosidad del señor Isnard. ¿Han por ventura á prender al baron de Ambiez en virtud de alguna órden de monseñor el mariscal de Vitry? Ah! mucho me lo temo!... pero todavia temo mas la resistencia de Raimundo V. Dios mio, qué es lo que va á suceder? Oh! qué Pascua tan triste! quiera el cielo que me engañe!

Sumergido en semejantes reflexiones el acongojado vigia permaneció con los ojos clavados sobre el camino de la Casa-Fuerte, aunque la oscuridad de la noche, que sobrevino entretanto, no le permitió ya distinguir ningun objeto.

Pero bien pronto la luna, elevándose brillante y pura en medio del espacio, vino á conjurar las tinieblas, y á esparcir su luz consoladora sobre las rocas, la bahía, la playa y la morada del baron de Ambiez.

Veíase á lo léjos al pueblo de Ciotat, de cuyo seno se desprendian enormes masas de humo de cien fogatas, que realzaban la blancura de los edificios con sus puntiagudos techos, al traves del pálido y agradable azul del cielo.

El mar, completamente pacífico se asemejaba á un lago apacible, oyéndose apenas el sordo murmullo de sus adormecidas olas. Una línea de azul sombrío, marcaba la curba inmensa del horizonte.

Miraba el vigia con ansiedad las ventanas de la Casa-Fuerte, que todas se hallaban iluminadas.

Poco despues empezaron sus párpados á cerrarse.

Atribuyendo esta pesadez de cabeza á lo que habia bebido, se levantó y echó á andar con ligereza.

Pero apesar de este movimiento se sintió acometido de una fuerza de inercia , de una especie de lacsitud que se esparció por todos sus miembros.

Durante algunos minutos luchó poderosamente contra el entumecimiento que invalidaba todas sus facultades.

En fin, aunque su razon empezó tambien á participar de aquel estado, tuvo la presencia de espíritu necesaria para ir á su habitacion y sumergir la cabeza en una fuente de agua casi helada.

La frescura de esta inmersion le volvió al instante á su acuerdo.

—Desgraciado de mí! exclamó: qué es lo que he hecho? Me he emborrachado....

Dió algunos pasos mas, y se vió obligardo á sentarse nuevamente.

Apenas pasó un momento se redobló como era consiguiente la accion del soporífico , no quedando otro recurso al pobre vigía que reclinarse contra la pared de la cabaña. En esta posicion conservó, sin embargo, la suficiente inteligencia para poder ser testigo de un espectáculo que estuvo á punto de hacerle morir de rabia y de despecho.

Dos galeras y un javeque se aparecieron de repente en la punta oriental de la bahía , punta que solo Peyrou podía descubrir desde las alturas del cabo del Aguila.

Estos buques doblaron el cabo con lentitud y precaucion.

Peyrou hizo un nuevo esfuerzo, y ponién dose en pié, exclamó: los piratas!

Apenas habia concluido esta exclamacion, trope-

zando y con harta dificultad dió un paso hácia el sitio donde se encontraban hacinados los combustibles dispuestos para quemarse, y apenas los hubo tocado cayó el infeliz en tierra privado de conocimiento.

El gitano que habia espiado hasta el menor de sus movimientos se apareció entonces á la entrada de la vereda de la esplanada, adelantandose en medio de las mayores precauciones.

Al llegar á espaldas de la cabaña se detuvo, aplicó el oído y no oyó mas que la respiracion dificultosa del vigia.

Cierto del efecto de su soporífico, se aproximó á Peyrou, bajóse hácia él, tocó sus manos, su frente y le halló helado.

—La dosis era muy crecida el resultado puede ser terrible tanto peor porque mi intencion no era matarlo, se dijo á sí propio.

Adelantandose en seguida hasta el borde del precipicio, vió clara y distintamente los tres buques piratas:

Despues de haber caminado con lentitud, temerosos de ser descubiertos, hacian en aquel instante fuerza de remos para alcanzar la entrada del puerto en donde debia reunírseles el gitano.

Hadji con su vista de lince, reconoció desde luego algunas luces en la parte mas avanzada de las dos galeras, que justamente eran las antorchas destinadas á incendiar el pueblo y los barcos pescadores.

—Por el diablo, que traen el proyecto de chamuscar á los habitantes de Ciotat como á los zorros

en sus cuevas... A buen tiempo se ha dormida este viejo, y quizás para siempre... pero visitémos su cabaña... me queda espacio sobrado para volver á bajar á la playa, apoderarme de un barco, y reunirme al señor Pog, que me aguarda para comenzar el ataque. Entremos: se dice que este viejo oculta aquí un tesoro.

Cogió Hadji un tizon de la chimenea y encendió una lampara.

El primer objeto que se ofreció á su vista fué un baul de ébano de esquisito gusto, colocado cerca de la cama del vigía.

—He aquí un mueble demasiado rico para un amo tan pobre.

No hallando á mano la llave, cogió el pirata el hacha, rompió la cerradura y alzó la tapa; pero quedaba otra interior que vencer.

—No es natural, dijo, el encerrar *cualquier cosa* con tantas precauciones. El tiempo urge, quiere decir que esta llave acabará de abrirlo todo; y volviendo á empuñar el hacha, en un instante quidó el mueble hecho pedazos.

Aun no habia concluido de levantar la tapa interior, cuando dió el gitano un grito de gozo al descubrir el pequeño cofre de plata cincelada de que ya hemos hablado, y sob el cual se veia una cruz de Malta.

Este cofre, que pesaba bastante, deberia sin duda cerrarse en virtud de algun secreto, porque no se advertia en él la menor señal de llave ni cerradura.

—Ya tengo mi buena parte de botín: corramos.

ahora á ayudar al señor Pog para apoderarse de la suya... Ah!... ah! añadió con risa maldiciente, señalando á la bahía y al pueblo, pronto sacudirá el diablo sobre vosotros sus alas de fuego... las llamas llegarán al cielo, y el mar se ensangrentará.

Después, por última precaución, echó un poco de agua sobre el combustible amontonado que debía haber servido de señal, y descendió á toda prisa por aquellas escarpaduras con el fin de reunirse cuanto antes á sus infernales compañeros.



CAPITULO XXVIII.

LA PASCUA.

R pesar de todas las desgracias que amenazaban al pueblo de Ciotat y á la comarca entera, se celebraban las fiestas de Pascua en medio de una tranquilidad y alegría difíciles de concebir si se tienen en cuenta las sospechas que esparcieran en el ánimo de todos los avisos alarmantes del vigia. Pobres ó ricos, nadie había olvidado hacer en su casa los correspondientes preparativos à fin de gozar á su sabor de los placeres domésticos en aquellos días solemnes en que no era permitido trabajar.

Ya hemos hablado del magnífico nacimiento preparado hacia largo tiempo por el ama Dulcelina.

Después de concluido había sido colocado aquel en la sala del docel ó salon de honor de la Casa-Fuerte.

Acababa de dar la media noche.

El ama de gobierno del castillo esperaba con impaciencia el regreso del baron, de su hija, de Hono-

rato de Berrol, y de algunos parientes ó huéspedes que Raymundo V había invitado para la fiesta.

Todos se habían encaminado á Ciotat con el objeto de oír la Misa de gallo.

El abad Mascarolus había dicho misa en la capilla del castillo para las personas que se habían quedado en él.

Conducirémos al lector á la sala del docel, pieza que ocupaba las dos terceras partes de la larga galería que comunicaba con las dos alas del edificio.

No se abría sino en ocasiones muy solemnes.

Las paredes se veían cubiertas por una lujosa colgadura de terciopelo carmesí. En defecto de las flores, que la estacion negaba, habianse adornado vistosamente con ramas verdes de árboles las diez ventanas que contenia esta inmensa sala.

En una de las estremidades del salon se elevaba á la altura de diez pies, una chimenea de granito toscamente construida.

Aunque hacía mucho frío no estaba encendido el horno. Sin embargo, un monton considerable de leña, compuesto de sarmientos de viña, de olivo y de piñas, esperaba á un lado de la sala la señal convenida para esparcir al instante por toda ella el calor de que tanto se necesitaba.

A uno y otro lado de la chimenea descollaban grandes ramas verdes de pino entrelazadas de cintas, formando una especie de bosque cuyo aspecto ofrecia un golpe de vista muy agradable.

Diez arañas de cobre iluminadas con bugías amarillas, bastaban apenas para disipar la oscuridad de este espacioso salon.

Al otro extremo enfrente de la chimenea se hallaba el docel, cuya figura se parecía bastante á la colgadura de una cama, componiéndose de cortinas recogidas graciosamente y que servían de velo á un pabellon de damasco carmesí.

Debajo de este adorno era en donde se colocaba comunmente el sillón de ceremonia de Raymundo V.

El día de Pascua, como ya hemos dicho, se colocaba el nacimiento en este sitio de honor.

Una mesa de encina maciza, cubierta con una magnífica tela de oriente adornaba el centro de la galería.

Sobre esta mesa, se veía un cofre de ébano primorosamente trabajado, conteniendo lo que llamaban *le livre de raison*, que era una especie de archivo destinado á contener las fechas de los nacimientos de los individuos de la familia y los hechos importantes que ocurrían en cada casa.

Unos cuantos sillones y bancos de la misma madera de encina, completaban el mueblage de la galería, cuya escesiva estension y desnudez le daban un carácter imponente.

El ama Dulcelina y el abad Mascarolus acababan de colocar el nacimiento en el testero del salón.

Hallábase representado este augusto misterio en un cuadro de unos tres pies de altura y otros tantos de ancho.

En lugar de pasar la escena del nacimiento en un establo, ocurría bajo una especie de arco sostenido en sus extremos por asientos medio arruinados.

Una nube de cera blanca perfectamente imitada

parecía envolver la parte superior del arco. Cinco ó seis querubines del tamaño de una pulgada modelados en cera de color natural y con alas azules, se hallaban esparcidos en el centro de la nabe y sostenían una banderola de seda blanca, en medio de la cual brillaban estas palabras bordadas en letras de oro; *Gloria in excelsis*.

Los asientos del arco descansaban en una alfombra verde que imitaba al musgo.

Delante de esta obra se veía la cuna del Salvador del mundo, verdadera cuna en miniatura cubierta de ricos encages. El niño Jesus descansaba en ella.

A su lado se hallaba arrodillada la Virgen María inclinando hacia su hijo la frente maternal. El velo blanco de la Reina de los ángeles le caía hasta los pies, y medio ocultaba el manto de seda azul que tenía puesto.

A los pies de la cuna se veía tendido el cordero pascual atado con una cinta color de rosa. Detrás de él, el buey, alargando la cabeza hacia la cuna, parecía contemplar con sus ojos de esmalte al infante divino.

A corta distancia, y un poco mas retirada se encontraba la mula casi oculta entre los montones de piedras que sustentaban el arco.

El conjunto que desde luego ofrecía el nacimiento no dejaba de ser sorprendente, habiendose empleado en él un trabajo inmenso y abundantes recursos de imaginacion.

El buen abad y el ama Dulcelina, luego que hubieron encendido todas las bugías que rodeaban

el nacimiento, se pusieron á contemplarlo con religiosa admiracion.

—Jamás, señor abad, dijo el ama, jamás hemos tenido uno tan bello y bien acabado en la Casa-Fuerte.

—Teneis razon, contestó el abad.

Ah! señor! es posible que sea un infiel, ese condenado gitano, que nos ha proporcionado el secreto para hacer los ojos de cristal á esos animales?

—Y que importa, ama Dulcelina? Puede que un dia reconozca ese infiel la verdad eterna. El Señor se vale de todos los brazos para trabajar en su templo.

—Pero, señor abad, quereis decirme por qué motivo se pone el nacimiento debajo del docel en el salon de honor? Cuarenta años hace que los hago en la Casa-Fuerte de Anbiez. Mi madre tambien los hizo durante mucho tiempo en vida de Raymundo IV, padre de Raymundo V. Pues bien! Nunca he preguntado ni aun á mí misma, por qué se ha dado preferencia para esta funcion á la sala del docel.

—Ah! eso consiste, ama Dulcelina, en que nuestras antiguas costumbres religiosas encierran siempre motivos de consuelo para los débiles y los afligidos....y tambien una leccion elocuente para los ricos y para los poderosos del mundo. Este nacimiento, por ejemplo, es el símbolo que recuerda la venida á la tierra del divino salvador. Hijo de un pobre artesano, es sin embargo el Rey de los reyes, el Señor de todo lo creado, y por este mo-

tivo, el aniversario de nuestra redencion debe celebrarse en el sitio mas distinguido del castillo, en la sala de ceremonia del baron.

—Ah! ya comprendo, replicó el ama Dulcelina, se pone al niño Jesus en el sitio de preferencia como para significar que los señores son los primeros que deben inclinarse delante del Salvador,

—En efecto, ama Dulcelina, obrando de esa suerte, abatiendo el símbolo de su poder en homenaje y gloria de Dios, da el baron el ejemplo de la creencia comun y predica la igualdad de los hombres en presencia del criador.

El ama Dulcelina permanecio pensativa un instante. Aunque la hubiese satisfecho esta explicacion, quedóle todavia una duda que esponer al abad, duda que en su concepto era de difícil solucion.

—Señor, replicó algo turbada á su interlocutor, habeis dicho que en el fondo de nuestras antiguas costumbres se encierran prácticas útiles que no deben darse al olvido: no es verdad? Pues bien! ahora quiero que me digais si puede ser bueno ni útil, ni nada que se le parezca, el dejar correr á los niños los dias de Pasqua florida por las calles de Marsella con ramas de laurel adornadas de frutas? Mirad.... el año pasado, por el mismo tiempo (todavía me causa bochorro el referirlo) me paseaba en compañía del cónsul Talebard-Talebardon, que á la sazón aun no se habia declarado enemigo de monseñor, cuando uno de esos desgraciados muchachos se detuvo delante de nosotros, y besandonos la mano nos dijo con una voz llena de dulzura: buenos dias, mamá! Buenos dias papa! Por Santa Dulce-

lina mi patrona, señor abad! os aseguro que me puse como una amapola de resúltas del bochorno que me causó el saludo intempestivo del muchacho, y lo mismo le sucedió al señor Talebar-Talebardon. Por respeto á vuestro estado omito referiros las échanzas nada decentes que el señor Laramee que nos acompañaba se permitió respecto á mí y á propósito del nombre que me habia dado el callejero niño. Verdad es que ese señor Laramee no conoce la vergüenza. El resultado es que rechazando con horror á aquel hijo de la caridad pública, tiréle un fuerte pellizco en el brazo, diciéndole: Quieres callarte gran pícaro? El muchacho conoció su falta y se puso á llorar amargamente: y como me hubiese quejado de su audacia á un hombre que casualmente pasaba por allí, me contestó: señora, aquí se acostumbra en estos dias que esos seres infortunados gocen el privilegio de recorrer las calles en todas direcciones apellidando *padre y madre* á cuantas personas encuentran al paso.

—Efectivamente, ama Dulcelina, esa es la costumbre, dijo el abad.

—Euhorabuena, señor, pero es una costumbre muy chocante. ¿Quién ha visto que sea lícito permitir á esos desgraciados sin padre ni madre, dar á boca llena el nombre de *madre* á mugeres honradas, que como yo, por ejemplo, prefieren la paz del celibato á las inquietudes de la familia? ¿Aceptareis á decirme señor abad, cual pueda ser la moralidad que encierra esa costumbre? Porque reflexionando sobre ello no veo mas que un abuso en extremo perjudicial.

—Os equivocais, ama Dulcelina, dijo Mascarolus, esa es una costumbre digna de respeto, y habeis hecho muy mal en tratar con aspereza á esa pobre criatura....

—Que he hecho mal, decis? Con que ese pícaro vino á llamarme su madre, y queriais que lo hubiese sufrido con paciencia? Medrados estamos! Entonces, y merced á esa costumbre....

—Sí, merced á esta costumbre, merced al privilegio que gozan esos seres infortunados de poder decir siquiera un día en el año: *padre mio*, *madre mia*, á cuantas personas se encuentran en la calle, merced á esta costumbre, repito, disfrutan el placer de proterir una vez á lo menos esos nombres tan dulces, tan gratos al corazon! Cuantas veces he visto á esos inocentes pronunciar aquellos caros nombres, anegados en lágrimas de sentimiento, considerando que, pasado el día del privilegio, no les será dado repetir esas palabras sagradas! Cuántas veces he visto tambien, ama Dulcelina, á muchos estrangeros que sintiendose conmovidos en presencia de la horfandad y la desgracia, han adoptado á alguno de estos pequeños, ò alargadoles una abundante limosna, porque cuando la inocencia llama á la sensibilidad, jamás son desoidos sus clamores! Ya veis, ama, que esta costumbre, léjos de ser perjudicial, como habeis dicho, tiene un objeto útil y una significacion piadosa.

La vieja ama de gobierno bajó los ojos en silencio y dijo al buen capellan al cabo de algunos instantes.

—Sois hombre de talento, señor abad; teneis razon. Ya me siento arrepentida, de haber tratado con

ásperiza á aquella criatura. En la próxima Pascua Florida, os aseguro que no dejaré de llevar algunas varas de buen paño y de lienzo para repartirlas de limosna y desde ahora os prometo que no haré el papel de madrastra con el primero de esos desgraciados que venga á decirme, *madre mia!* Pero como ese viejo borracho de Laramée me dirija alguna broma indecente, tan cierto es que le haré ver que tengo uñas en las manos, como tengo dos ojos en la cara.

—Algo exagerado me parece ese propósito, ama Dulcelina. Pero supuesto que monseñor no regresa todavía, y que estamos hablando de los usos de nuestra antigua y buena Provenza, y de las ventajas que proporcionan á los necesitados, decidme, ¿os llamó la atención alguna cosa el día de San Lázaro, en la función de San Telmo? (1)

—Qué quereis que os diga, señor abad? Al presente desconfío de mí: antes de la esplicacion que acabais de hacer, echaba pestes contra la costumbre que se observa en Marsella en la Pascua florida, y ahora soy la primera á respetarla.

—No olvideis nunca, ama Dulcelina, que todo pecado de ignorancia, es excusable. . . . Con que vamos! según vuestro juicio, cual es el objeto de la función de San Telmo?

—Soy muger, señor abad, y de consiguiente no lo entiendo. Tan cierto es esto, cuanto que desearia que me digeseis, por qué motivo el día de la fiesta de que se trata, han de vestirse lujosamente una

(1) Costumbres de Marsella por M. de Ruffi. Conservaronse hasta principios del siglo XVIII.

porción de jóvenes pobres de ambos sexos, á costa de los fondos públicos ó del común? Y no es esto solo. No contenta esa juventud con encontrarse vestida de valde, va de casa en casa pidiendo prestados, aquí un collar de oro, allí unos zarcillos de diamantes, en esta parte un cordon de sombrero sembrado de piedras preciosas y en la otra en fin alguna alhaja por el estilo. Pues bien! en mi concepto, (salvo el cambiar si se ofrece de opinion), señor abad, es mal hecho prestar todas esas prendas á unos pobres que no poseen ni un maravedí.

—Y por qué no? Desde que se celebra esa fiesta, ama Dulcelina, habeis oido jamas decir que se ha perdido ó que ha sido robada alguna de esas alhajas?

Oh! Dios mio! jamas, señor abad, ni aquí, ni en Marsella ni en toda la Provenza, segun creo: gracias á Dios, esa juventud es honrada! En prueba de ello recuerdo que el año pasado, la señorita Reina prestó el cordon de su hábito, que vale, dice Estefania, mas de dos mil escudos. Teresa, la hija del molinero, que habia tenido puesto este rico adorno durante toda la fiesta, vino á devolverlo mucho antes de ocultarse el sol, apesar de que tenia permiso para conservarlo hasta la noche. Para esta misma fiesta de San Lázaro, Monseñor prestó á Pierron, el pescador de la Casa-Fuerte, su bella cadena de oro y su medalla rodeada de rubies, y una y otra cosa las devolvió aquel antes de la hora prefijada. Vuelvo pues á decir, señor abad, que nuestra juventud, es una juventud honrada. Sin embargo, no veo la utilidad que pueda nadie reportar de exponerse á perder, no por el robo, sino por casualidad, unos objetos de

tanto valor; como no se haga por el placer de ver desfilar por las calles y los caminos esos montones de jóvenes, al son de los bachias (1), y de los cymbales entonando los ooubados y los bedocheos.

—Y bien! ama Dulcelina, dijo Mascarolus, sonriéndose con afabilidad, pronto os vais nuevamente á convencer de que tambien os habeis engañado, no viendo en esa costumbre ninguna enseñanza útil, ningun ejemplo digno de imitar. Si la señorita prestó á Te esa la pobre hija del molinero de monseñor un adorno precioso, digno de la hija de un baron, le ha dado una prueba de la confianza ciega que le merece, y ya sabeis que la confianza aumenta la honradez, del mismo modo que aleja los malos hábitos é inclinaciones. Pudiera detenerme en hacer os mil reflexiones acerca de la costumbre de que hablamos; pero creo suficiente lo dicho para convenceros de que esta costumbre, lejos de merecer reprobacion, es digna de alabanzas porque alimenta provechosas relaciones entre los ricos y los indigentes, basadas en la probidad, en la confianza y en una interesante reciprocidad de acciones y de sentimientos cuyo origen principal estriba en la religion y en la virtud.... Decidme, pues, ama Dulcelina, que es lo que pensais ahora respecto de la fiesta de San Telmo?

—Pienso señor capellan, que á pesar de consistir todas mis alhajas en una cruz y en un rosario de oro,

(1) Bachia. Especie de tamboril.—Cymbalete. Pequeño Címbalo de acero. Instrumento de música.—Oculados y bedocheos. Canciones nacionales que se usaban en aquel tiempo.—Véase á Marchetti.

estoy decidida à prestarseles en la primera funcion de San Lázaro, y á prestarlas con todo mi corazon, á la jóven Magdalena, la mejor labandera que tengo de ropa blanca : cuantas veces saco de la caja aquellas prendas, otras tantas se le van los ojos á la muchacha detras de ellas, de manera que estoy segura de que se va á volver loca de júbilo. . . . Pero, yo estoy fuera de mí, señor abad; voy por el aceite nuevo para llenar las dos lámparas que deben alumbrar á la señorita Reina, diligencia que con la conversacion se me habia olvidado ejecutar.

—A propósito, ama Dulcelina, no olvideis el llenar bien de aceite la redoma en que he echado en infusion los dos hermosos racimos de uvas, porque quiero ver si la esperiencia de que habla M. de Mauconys se realiza.

—Qué esperiencia, señor abad?

—Ese docto y verídico viagero asegura que, dejando por espacio de siete meses en una redoma llena de aceite nuevo los racimos de uvas cogidos el dia 15 de Setiembre, adquiere el aceite una propiedad tan particular, que quemándolo en una lámpara se distinguen en las paredes ó en el pavimento que alumbra, millares de racimos de dicha fruta (1) con su color natural, aunque ficticio, como los objetos que se reproducen en un espejo.

Iba el ama Dulcelina á dar un testimonio de su reprobacion al bueno y crédulo capellan, cuando oyó en el patio un ruido de carruages y de caballos que anunciaba el regreso de Raimundo V.

(1) Viage de Mauconys ya citado

El ama de gobierno desapareció precipitadamente. Abrióse en esto una puerta y se vió al baron entrar en la galería acompañado de muchas personas distinguidas y de considerable número de mugeres de sus parientes y amigos, que habian asistido tambien á la misa de navidad en la iglesia parroquial de Ciotat.

Hallábanse todos, incluso Raymundo V, vestidos de gala, y lo mismo las mugeres, porque tenían necesidad de volverse á caballo con sus maridos. Echábase igualmente de ver el adorno de los carruages que era de un gusto esquisito.

Aunque la fisonomia de Raymundo V, fuese siempre afable cuando recibia á sus huéspedes en la Casa Fuerte, notábase ahora en sus facciones cierta expresion mal disimulada de tristeza, originada sin duda de que habia perdido la esperauza de ver asistir á sus hermanos á aquella fiesta de familia.

Entre tanto, acudieron los huéspedes, como era natural, á ver el suntuoso nacimiento del ama Dulcelina, habiendo recibido el capellan los elogios que todos hicieron de aquella obra, con tanta modestia como reconocimiento.

Honorato de Berrol parecia por su parte mas melancólico que nunca.

Por el contrario, la jóven Reina bien que conociese la necesidad de hacerle olvidar á fuerza de amistad, la repulsa de su mano, ó bien por otras razones parecidas á esta, la jóven Reina, decimos, miró al gentilhombre con una espresion afectuosa y tierna.

Sin embargo, su posicion era difícil y así lo conocia muy á pesar suyo; porque aun no habia adverti-

do á su padre de su determinacion de no casarse con Honorato. Tan solo habia obtenido del baron la promesa de que se retardarian los contratos matrimoniales hasta la vuelta del comendador y de su hermano Elzéar, que segun las últimas cartas, estaban para llegar de un momento á otro.

No habian cesado un instante los elogios al nacimiento, cuando aproximándose el baron al grupo, dijo: me parece señoras que harémos bien en comenzar el *cachofué* (1), esta sala es húmeda y fria, y el fuego no nos vendrá mal!

—Sí, sí, al *cachofué*, digeron alegremente las mujeres, sois el principal actor en la ceremonia, por consiguiente es cosa que depende de vos.

—Oh! amigos míos! creí que esta ceremonia de nuestros padres, que esta funcion hubiese estado mas completa y mas á gusto para mí, pues esperaba que mi hermano el comendador me hubiese vuelto á traer á mi buen hermano Elzéar. Pero ya es escusado pensar en esto... á lo menos por esta noche.

—Quiera Dios, dijo uno de los huéspedes del baron, que el comendador llegue cuanto antes con su galera negra. Yo aseguro que si asi sucede, no se atreverán esos malditos piratas á hacer ningun desembarco.

—Vayan al diablo los piratas; primo miol esclama-

(1) Llámábase así la ceremonia que consistia en traer un tronco ó leño de pascua, y encenderlo todas las noches hasta el dia de año nuevo. Era preciso apagarlo algunos ratos para que pudiese durar el tiempo que hemos dicho.

mé Raymundo V. El vigia los observa desde la altura del cabo del Aguila; y á la primera señal que pueda hacer todos los habitantes de la costa se pondrán en armas: el puerto de Ciotat se halla ademas fortificado y la poblacion preparada para cualquier evento. Por otra parte, mis cañones y culobrinas se encuentran cargados y en disposicion de hacer fuego sobre la entrada del puerto si esos ladrones de mar se atreviesen á presentarse. Oh! voto á brios! si hubiese obedecido las órdenes de mariscal de Vitry, á estas horas quizás estaria mi casa desarmada y yo imposibilitado de poder acudir al socorro de la ciudad.

—Os habeis conducido perfectamente obrando de esa manera, dijo el señor de Seignol. Despues de haber sentado ese precedente, es de esperar que el mariscal no volverá á ocuparse de nuestros asuntos.

—Así lo creo, replicó el baron, porque si así no fuese, nosotros nos ocupariamos de los suyos. Pero donde se halla mi compañero de cachofué? añadió. Soy el mas viejo, y necesito del mas jóven para ir á buscar el calignaou. (1)

—Helo aquí, padre mio, dijo Reina, presentándole un precioso niño de edad de seis años, con grandes ojos azules y rozadas megillas, y á quien su madre, prima del baron, contemplaba con cierto orgullo mezclado de temor, porque temblaba de que la tierna criatura no se acordase del papel demasiado complicado que debia desempeñar en esta ceremonia patriarcal.

(1) Leño de Pascua.

—Sabes bien lo que es necesario hacer, mi pequeño César? preguntó Raimundo V. inclinándose hacia el muchacho.

—Sí, señor. El año pasado hice también lo mismo en casa de mi abuelo, contestó el niño con serenidad y resolución.

—El tímido pajarillo se convertirá en poderosa águila, os respondo de ello, prima mía, dijo Raimundo V, encantado de las disposiciones de la criatura.

Cogióla el baron de la mano y seguido de todos los presentes, bajó á la puerta de la Casa-Fuerte que se abría en el patio interior, á fin de comenzar la ceremonia del cachofué.

Todos los habitantes del castillo, labradores, pescadores, domésticos, mugeres, jóvenes ó viejos, se encontraban reunidos en el patio.

A pesar de que la claridad de la luna era bastante viva un gran número de hachas de madera resinosa ardian á un mismo tiempo para dar una luz resplandeciente á aquella escena, y sus resplandores iluminaban las habitaciones interiores del edificio.

En medio del patio hallabanse amontonados los combustibles necesarios para una inmensa hoguera, á los cuales debía prenderse fuego en el mismo instante en que se encendiese el cachofué en la sala del docel.

En esto se presentó Raimundo V precedido de cuatro lacayos con casacas de librea, llevando además cirios de hermosa cera blanca.

Seguian á corta distancia la familia y los huéspedes del baron.

Al aspecto de este, oyéronse por todas partes *es trepitosos gritos de viva monseñor!*

Por fuera de la puerta se veia echado por tierra un olivo con su tronco y ramas.

Era el destinado á servir de calignaou ó leño de Pascua.

El abad Mascarolus vestido de sotana y sobrepelliz dió principio á la ceremonia bendiciendo el calignaou, y en seguida se aproximó el niño acompañado de Laramée.

Este último, en su calidad de mayordomo, llevaba en la mano un plato de plata con una copa de oro llena de vino.

El niño tomó en sus tiernas manos la copa, y dejó caer por tres distintas ocasiones algunas gotas de vino sobre el leño, diciendo entre tanto una oracion alusiva á la ceremonia, pronunciada con el acento de la inocencia fué escuchada en medio de un religioso recogimiento.

Inmediatamente el niño aplicó la copa á sus labios y la ofreció á Raymundo V. Este á su vez hizo lo mismo, y así fué la copa circulando de mano en mano para que todos los individuos de la familia del baron pudiesen aplicar sus labios al breverage consagrado.

Acabada esta ceremonia, se presentaron doce robustos leñadores que levantando el calignaou se pusieron con él en marcha hacia la sala del docel, en tanto que Raymundo V siguiendo rigurosamente el ceremonial de la fiesta, llevaba en la mano una de las raíces del árbol, y el niño una de sus ramas.

Los ancianos iban diciendo: *Las raíces negras son la vegez.*

Y los jóvenes contestaban: las ramas verdes son la juventud.

Los asistentes, añadían en coro: Dios bendiga á todos nosotros: á nosotros que le amamos y le servimos.

El calignaou, sostenido por las robustas espaldas de los leñadores, fué al momento transportado al salón, y colocado al través de la gran chimenea que ocupaba el testero de dicha pieza.

Entonces el niño cogiendo una hacha de pino encendida, aplicóla al combustible, é inmediatamente se vió elevar hasta las bóvedas de la habitación una llama inmensa que esparció su alegre claridad hasta el fondo de la galería.

—Pascua! . . . Pascua! . . . gritaron los huéspedes dando estrepitosas palmadas.

—Pascua! . . . Pascua! repitieron los vasallos reunidos en el patio interior,

En aquel instante se comunicó el fuego al árbol, enmedio de las voces de júbilo y de los trasportes de alegría de la multitud allí reunida.

Llenadas todas las formalidades de estilo, el mayordomo Laramée abrió la puerta que conducía al comedor y anunció en alta voz á los concurrentes que la cena de monseñor les esperaba.

Creemos inútil ocuparnos de la abundancia que reinaba en aquel lugar digno en un todo del rango y del buen gusto del dueño de la casa. Dirémos solamente, que la mesa se veía vestida, conforme al uso establecido por tres manteles de diferentes tamaños.

Encima del mas pequeño, que era el de enmedio,

se hallaban los regalos hechos por la familia a su-ge-
te Raymundo V.

Sobre el segundo mantel, un poco mayor que el
citado, estaban colocados los guisados del pais mas
sencillos como atun salado etc,

Y en el tercero, que cubria el resto de la mesa, era
donde se hacian notar los platos de mejor gusto, dis-
puestos con abundante simetria,

Dejaremos á los huéspedes del baron entregarse á
los placeres de aquella suntuosa funcion, hablando
de las antiguas costumbres provenzales, animandose
al recordar las franquicias y privilegios que hereda-
ron de sus mayores, y que con tanto valor habian si-
do siempre defendidos por los que habian permane-
cido fieles á las religiosas tradiciones de los antiguos
tiempos, los dejarémos, repetimos, para poder iniciar
á nuestros lectores en multitud de acontecimientos
que muy pronto contribuirán á turbar la felicidad y
el contento de esa misma reunion de que nos hemos
ocupado,



CAPITULO XXIX.

LA INTIMACION.

N tanto que Raimundo V. y sus huéspedes cenaban alegremente, la gente de guerra señalada por el vigia, y que se componia de unos cincuenta hombres pertenecientes al regimiento de Guitry, llegaron casi á la puerta de la Casa Fuerte.

El escribano Isnard, á quien seguia siempre su escribiente, dijo al capitan Georges, que mandaba el destacamento.

—Me parece prudente, capitan, el que ensayemos el modo de hacer una intimacion, antes de intentar el ataque á viva fuerza para apoderarnos de la persona de Raimundo V. Ellos son un medio ciento de demonios metidos en su guarida y parapetados con buenas murallas.

—Y que me importan las murallas?

—Ya! pero ademas de las murallas, hay un puente, y ya veis, capitan, que se encuentra levantado.

—Y qué me importa el puente? Si se negase Rai-

mundo V. á bajarlo, boto á briost que le ha de costar muy cara su repulsa. Mis carabineros escalarán las murallas, y por cierto que sabrán hacerlo con facilidad, porque en la última guerra adquirieron una destreza extraordinaria en esta clase de operaciones. Además, que si fuese necesario pegaremos también fuego á la puerta... en la inteligencia, escribano, de que suceda lo que sucediere, habeis de seguirnos para poder dar testimonio de cuanto ocurra.

—Sí, dijo el señor Isnard, sin duda, yo y mi escribiente debemos presenciar los sucesos... sí... por supuesto... y en todo caso una excelente ocasión se presenta á mi dependiente de dar á conocer su celo encargándose de desempeñar la honrosa misión de que se trata.

—Pero advertir, señor Isnard, que esa misión es propia de vuestro oficio y no del mio, dijo el pobre escribiente.

—Silencio! replicó el escribano dirigiéndose á aquel. Ya estamos al frente de la Casa-Fuerte. Los momentos son preciosos. Preparaos á seguir al capitán, y á obedecer mis órdenes sin murmurar.

En efecto, la tropa acababa de llegar al extremo de la calle de Sicomoros que desembocaba en el semicículo.

Hallábase alzado el puente, como ya se ha dicho, y por las ventanas abiertas que daban al patio interior se veía una luz muy viva, pues los huéspedes del barón habían salido hacía muy poco tiempo.

—Ya lo veis, capitán, ya veis que el puente se halla levantado, y además el foso es largo, profundo y está lleno de agua, dijo el escribano.

El capitán Georges examinó atentamente las avenidas de la fortaleza, y después de algunos momentos de silencio, se dió un fuerte tirón de su retorcido bigote, en señal de desesperación.

El centinela que estaba colocado en el interior del patio, viendo entonces el brillo de las armas á favor de la claridad de la luna, gritó con bríos:

—Quién va allá?... respondió ó disparo....

El escribano dió tres pasos atrás, y parapetándose con la espalda del capitán, dijo en voz alta é inteligible:

—De parte del rey y de monseñor el cardenal, yo el señor Isnard, escribano del almirantazgo de Tolon, os intimo que bajeis ese puente.

—No queréis retiraros? dijo la voz. Al mismo tiempo se vió salir algun resplandor por una de las troneras que defendian la puerta, y fué fácil de comprender que el soldado de centinela estaba soplando la mecha del mosquete.

—Mira bien lo que haces! exclamó Isnard. Tu señor será responsable de lo que pueda resultar.

Semejante advertencia hizo reflexionar al soldado, y disparando el tiro al aire, gritó con una voz estentorea, ¡Alerta!.... alerta!....

—Ha disparado contra los soldados del rey! dijo el escribano pálido de cólera y de susto; tenemos pues un caso de rebelion armada.... y yo doy fé de él.... escribiendo, tomad acta de este hecho.

—No señor, dijo el capitán: ese centinela no ha hecho armas contra nosotros: ha ladrado; pero no ha llegado á mordernos: he visto la luz del tiro, y estoy cierto de que ha disparado al aire para poner en alarma á la gente del castillo.

A los gritos del centinela, sucedióse una gran agitación dentro de la fortaleza. Porción de hachas encendidas aparecieron encima de las murallas, oyéndose numerosas pisadas en el patio y ruido de armas en distintas direcciones.

Por último, Laramée, armado de morrion y de coraza, se dejó ver en una de las troneras de la puerta.

—Válgaos el cielo, señores! qué es lo que quereis? dijo el mayor domo. Es esta hora de venir á turbar el sosiego entre gentes honradas, que celebran la fiesta de Pascua?

—Se trata de una orden del rey que venimos á poner en ejecución, dijo el escribano, y...

—Bah! bah! yo creí que era otra cosa la que queriais! Aun tengo vino en el vaso, y me vuelvo para acabarlo de desocupar, dijo Laramée; pero cuidada, escribano, que no te se olviden los toros, y ten entendido al propio tiempo, que una bala de fusil alcanza mucho mas léjos que los cuernos de aquellos animales; con que buenas noches, escribano!

—Considera bien lo que vas á hacer, grandísimo pícaro, dijo el capitán Georges. Mira que ahora no tienen que habérselas tú y tu gente con un escribano gallina, sino con un gallo que tiene el pico muy duro y los espolones puntiagudos, desde ahora te lo prevengo.

—El asunto es, señor Isnard, que nosotros somos respecto de ese hombre lo que una calabaza respecto de una bala de cañon.

El escribano, que de antemano se hallaba incómodo de resultas de la comparacion que habia hecho

el capitán dió un empuellón al pobre escribiente, y dirigiéndose á Laramée, le dijo con aire de importancia.

Esta vez está de vuestra parte el derecho y la fuerza. . . Sin embargo, yo os intimo mayordomo que abrais la puerta y bajeis el puente.

En esto fué interrumpido el escribano por una voz demasiado conocida, por la voz de Raymundo V, que habia sido advertido de la llegada del capitán.

El barón tenia puesto un vestido de gala ricamente galoneado, y su larga cabellera blanca caía sobre sus hombros: nada mas digno, nada mas imponente que la actitud del viejo gentil-hombre.

—Qué es lo que quereis? dijo con voz retumbante.

Isnard repitió la fórmula de la intimación y concluyó diciendo que Raymundo V barón de Ambiez, se diese preso al momento para ser conducido con buena escolta á las prisiones del prevestazgo de Marsella, por el crimen de rebelión y desobediencia á las órdenes del Rey etc.

El barón escuchó al escribano en el mas profundo silencio; pero cuando el oficial hubo concluido su plática, oyeronse en el patio interior del castillo multitud de voces arrancadas por la indignación, y mil amenazas dirigidas contra los que habian venido á turbar la alegría de los moradores de la Casa-Fuerte.

Raymundo V se volvió á los suyos, les impuso silencio, y contestó al escribano.

—No hace mucho que quisistes hacer un mi pala-

cio una visita ilegal, y contraria á los derechos de la nobleza provenzal. Entonces te eché de mi casa á latigazos, es decir, hice lo que debia; de consiguiente no estoy en el caso de dejarme prender por haber castigado á un pícaro de tu especie. Ahora, ejecuta las órdenes de que estás encargado. Seré tan condescendiente contigo como cuando quisistes visitar mis almacenes de artilleria.... Siento que mis huéspedes me hayan dejado tan pronto, porque hubieran podido protestar en su nombre contra la opresion del tirano de Marsella.

El discurso del baron fué acogido con gritos de júbilo, con aplausos y con bravos de parte de la guarnicion de la Casa-Fuerte.

Raymundo V, apenas hubo concluido, se preparó para retirarse del sitio donde se hallaba colocado, cuando el capitan Georges, cuyo lenguaje tosco y modales eran propios de un antiguo soldado, se adelantó hácia el borde del foso, y con el sombrero en la mano, dijo á Raymundo V en un tono respetuoso,

— Señor, debo preveniros una cosa.... y es que traigo conmigo cincuenta soldados determinados, y que estoy resuelto, pésele á quien quiera, á llevar á efecto las órdenes que se me han dado.

— Ejecutadlas, buen amigo! dijo el baron sonriéndose irónicamente, ejecutadlas! Vuestro mariscal quiere sin duda experimentar si mi pólvora es buena.... y os ha encargado la averiguacion.... pues bien! quiere decir que daremos principio al ensayo cuando se os antoje.

— Capitan! exclamó entonces el escribano, hemos venido acaso á este sitio á entablar capitulaciones?

Yo os intimo que desde este instante empleéis la fuerza para haceros dueño de ese rebelde á las órdenes del rey nuestro señor, y de ...

—Escribano, no tengo ningunas órdenes que recibir de vos; por consiguiente, podeis meteros entre la lanza y la coraza, y dejadme en paz, dijo el capitan á Isnard con bastante imperio. Volviéndose despues al baron, añadió:

—Por última vez, señor, os suplico que reflexionéis: la sangre de vuestros vasallos va á correr, y vais á hacer morir á estos valientes soldados llenos de servicios, que ninguna animosidad tienen contra vos ni contra los vuestros... y todo esto, señor, por qué? Ah! permitidme que os lo diga con franqueza: todo esto, porque quereis revelaros contra las órdenes del rey.... Si os obstinais, pediré á Dios que os perdone las muertes que se van á originar, y á mí el tener que tirar de la espada contra uno de los mas dignos gentiles hombres de la provincia..... muy sensible me será.... pero soy soldado y mi principal obligacion consiste en obedecer ciegamente las órdenes que recibo.

El lenguaje noble y sencillo del militar hizo una profunda impresion en el ánimo de Raymundo V, el cual bajó la cabeza en silencio, permaneció pensativo algunos instantes, y en seguida desapareció dirigiendose al interior del castillo.

Oyeronse á poco varios murmullos, dominados por la voz del baron.

De repente vióse bajar el puente, abrirse la puerta y aparecer otra vez Raymundo V, el cual alargando la mano al capitan, le dijo con un aire imponente á la par que afable,

—Entrad, señor, entrad: sois un valiente y honrado militar. Aunque veis mi cabeza cubierta de canas, no por eso deja de ser algunas veces tan loca como la de un muchacho.... Me he equivocado... Vos debéis en efecto ejecutar las órdenes que se os han dado. No es á vos, es al señor mariscal de Vitry, á quien debo manifestar mis quejas acerca de su conducta con la nobleza provenzal. Esos brávos no sería justo que fuesen víctimas de mi resistencia. Mañana, al ser de día, sino teneis inconveniente, partiremos, señor, para Marsella.

Ah! dijo el capitán apretando con emoción la mano de Raymundo V é inclinándose hacia él respetuosamente, hasta este momento no he comprendido cuan sensible es para mi corazón la misión que he venido á desempeñar!

Iba á contestar el barón al capitán; pero en aquel instante se oyó un ruido lejano y formidable que llamó la atención de cuantos se encontraban reunidos en el patio de la Casa-Fuerte. Se parecia al sordo rugido del mar impelido por un temporal furioso.

De repente, una luz inmensa iluminó el horizonte en la dirección de Ciotat: las campanas del convento y de la iglesia empezaron á tocar á rebato.

El primer pensamiento que se ocurrió al barón fué, que el fuego era en Ciotat.

—Fuego! exclamó, hay fuego en Ciotat! Capitán, os he dado mi palabra, y soy vuestro prisionero; pero corramos á la ciudad.... esto es primero que nada.... Vos ireis con vuestros soldados y yo con mi gente.... ambos podemos ser útiles.

—Estoy á vuestras órdenes, señor....

—Santos cielos! replicó el baron, esos son los piratas.... sin duda.... son ellos! Por vida del vi-gía, que nos ha dejado sorprender! Los piratas.... A las armas! capitan.... á las armas! Esos demonios atacan la ciudad..... Laramée, venga mi espada.... capitan, á caballo.... á caballo! Mañana me llevaréis prisionero; pero esta noche corramos al socorro de ese pueblo infortunado....

—Pero, señor, y vuestra casa?

—Mi casa! que se presenten en ella!.... Laramée y veinte hombres escogidos la defenderán contra un ejército entero. Pero esa desgraciada ciudad es sorprendida.... á caballo inmediatamente.... á caballo!

Entretanto, el ruido de la artilleria era cada vez mas frecuente, lo mismo que el incesante clamoreo de las campanas echadas á vuelo con velocidad: un rumor sordo y aterrador venia de cuando en cuando á aumentar la turbacion que se habia apoderado de todos, al paso que las llamas despedian á cada instante un resplandor mas vivo.

Laramée trajo al baron el morriou y la coraza. Raimundo V se puso el primero, y no quiso oir hablar de la coraza.

—Voto á tal dijo, tengo yo tiempo de detenerme á arreglar esos perfiles... Y Mistrão?...? adonde está Mistrão? gritó dirigiendose á la caballeriza.

Pero como el pobre animal no se hallase ensillado, montólo el baron en pelo, previno á Laramée que se quedase con veinte hombres para la defensa de la Casa-Fuerte, le dejó muy recomendada su hija, y acompañado del capitan, echó á correr á toda prisa por el camino que conducia á Ciotat.

Los soldados y los súbditos de Raimundo V emprendieron la misma ruta siguiendo muy de cerca à sus gefes respectivos. Otro tanto hicieron el escribano y su dependiente, que arrastrados, bien à su pesar en el comun movimiento, no tuvieron mas remedio que reunirse à la tropa, y caminar con el alma entre les dientes à la vista del eminente peligro que à todos amenazaba.



CAPITULO XXX.

EL DESEMBARCO.

 medida que Raymundo V. y el capitán se aproximaban al pueblo, veían cada vez mas claramente la multitud de llamas que por do quiera aparecían, elevandose hasta una altura extraordinaria.

Las campanas continuaban tocando á todo vuelo, y una infinidad de voces y de confusa gritería se mezclaba con el ruido de los tiros de los fusiles y con el estampido de la artillería de las galeras.

—Capitan, dijo Raymundo V á su compañero de viage luego que hubieron llegado detras de las paredes del convento de las Ursulinas, situado á la estremidad del pueblo, capitan, hagamos aqui alto á fin de reunir nuestra gente y de poder combinar el plan de operaciones. Voto á tal! . . . me siento rejuvenecer, la sangre me rebosa en las venas, yo no habia experimentado una cosa igual desde las guerras del Piamonte; y es, que tan malo es un pirata como un extranjero! Cuan distinto es en las guer-

ras civiles! entonces, siempre tiene uno el corazon angustiado.... Silencio! añadió Raymundo V dirigiendose á su gente.... Escuchemos de donde viene el fuego.

Despues de algunos momentos de atencion y de silencio, dijo el baron al capitan.

—Quereis seguir mi consejo?

—Haré lo que me digais, porque apenas conozco á Ciotat.

Raimundo V se dirigió entonces á uno de los que le acompañaban, y le dijo;

—Ahora mismo vas á conducir al puerto al capitan y su tropa, dando la vuelta al rededor de la ciudad para no ser reconocido. Y mirando á Georges, añadió. Luego que os encontréis allí, capitan, si aun no han concluido de desembarcar esos demonios, lo rechazareis hácia sus galeras; pero si desgraciadamente se hallan todos en tierra, procurateis situaros de manera que sea posible cortarles la retirada; entretanto yo me encargo de arrollarlos hasta el puerto como á una manada de javalies.

—En qué parte del pueblo creéis que se encontrarán?

—A juzgar por el ruido de la mosqueteria, me parece que se hallan en la plaza del Ayuntamiento, ocupados en saquear las casas principales; pero no creo que tendrán resolucion para avanzar mas acá de dicho sitio: esos infames estarán en comunicacion con el puerto por una calle pequeña que va desde la plaza al embarcadero. De consiguiente, capitan, al puerto, al puerto! arrojemos prontamente á semejante canallá. Por lo demas, si salgo de esta con vida, me

dirigiré á la Casa-Fuerte al momento que todo se haya concluido, y allí os aguardaré, porque no soy capaz de olvidar que soy vuestro prisionero. . . . Al puerto, capitan, al puerto!

—Contad conmigo, señor, dijo el capitan caminando aceleradamente en la direccion que se le habia indicado.

—Ahora, hijos míos, dijo el baron, silencio, y marchemos al instante á la casa de ayuntamiento: ánimo: la Virgen nos prestará su poderosa ayuda en la loable empresa que vamos á acometer.

Raimundo V bajó al momento del caballo y penetró en las calles de Ciotat á la cabeza de una tropa determinada, y llena de confianza en su gefe.

A medida que Raimundo V. se aproximaba al centro de accion iba encontrando á un lado y otro multitud de mugeres que daban gritos espantosos huyendo hácia la montaña seguidas de sus tiernos hijos, y llevando consigo las alhajas y objetos de mas valor que habian podido salvar en medio de aquella espantosa catástrofe.

Al mismo tiempo, veíase á los sacerdotes, á los atónitos religiosos, salir precipitadamente de las casas á donde poco antes celebraban la Pascua, y correr presurosos á arrojar al pié de los altares para implorar los auxilios de la divina gracia.

En algunas calles escusadas hallábanse asomados á las ventanas porcion considerable de hombres armados y decididos á defender hasta el último extremo sus casas y familias de la rapacidad y vandalismo de los piratas.

En fin, Raimundo V y la tropa que le seguia desembocaron en la plaza.

Segun lo habia previsto el baron, era en este sitio donde efectivamente se hallaba empeñada la principal accion.

Imposible es describir el espectáculo terrible que se presentó á la vista de Raimundo V.

A la luz de las inmensas llamas que se elevaban por do quiera, una parte de los piratas sostenia un encarnizado combate, contra buen número de pescadores y otros habitantes del pueblo, atrincherados en el piso alto de la casa de ayuntamiento.

Habia tambien otros corsarios que no ocupandose mas que del pillage (pertenecian los de esta clase á la galera de Trymalcion) corrian como demonios al traves de las llamas que ellos mismos habian encendido, cargados los unos con mil objetos de valor, y llevando los otros en sus brazos á muchas jóvenes, cuyos gritos de desesperacion hubieran enternecido á sus mismos raptos, si aquellos hombres pudieran abrigar en sus pechos ningun sentimiento de humanidad.

Un número crecido de cadáveres se veian esparcidos por el pavimento de la anchurosa plaza, acribillados á balazos, y cuyas desgraciadas víctimas, eran un testimonio evidente de la desesperada resistencia que opusieran á los piratas los denodados habitantes del pueblo.

Casi en medio de la plaza, y no léjos de la pequeña calle que conducia al puerto, veianse amontonados confusamente toda clase de objetos preciosos estraidos con violencia de las casas, y custodiados por una guardia compuesta de dos moros.

A cada momento llegaban piratas con nuevos ob-

jetos robados, y despues de depositarlos en la forma que hemos dicho, volvian á entregarse al pillage y á la muerte poseidos de un ardor y de una serenidad dignos de mejor causa.

La fuerza de paisanos que tan heróicamente se defendiera en la casa de Ciudad, comenzó á disminuir conside ablemente, bajo los tiros certeros de los soldados de Pog, cuya sed de sangre era en ellos muy superior á la codicia del botin.

Pero el que descollaba sobre todos en valor, el que mas habia admirado con su intrepidez y sangre fria, era el mismo Pog, á quien se vió arrojarse solo á la puerta del ayuntamiento, y atacarla con furia, sin cuidarse del inminente peligro á que su accion le esponia, como que no llevaba puestos casco ni coraza, y como que toda la armadura que tenia encima consistia en su casaca de terciopelo negro.

En la mayor fuerza de este ataque, fué justamente cuando Raymundo V se presentó en la plaza.

Su tropa ananció desde luego la llegada por una descarga general hecha cuasi á quema-ropa, sobre los sitiadores de lá casa de ayuntamiento.

Viéndose los piratas atacados tan de improviso, volvieron caras, y se arrojaron rabiosos sobre las gentes del baron. Cada partido abandonó entonces las armas de fuego, y comenzó entre ambos una lucha cuerpo á cuerpo, terrible y sangrienta....

Por su parte, los de Trymalcion, viendo el inesperado refuerzo que acababa de recibir la ciudad, acudieron sobre la marcha á robustecer con su presencia las debilitadas fuerzas de Pog, habiendo logrado rodear á los subordinados de Raymundo V bue hacian prodigios de valor.

En medio de esta escena de desolacion y de muerte, conservó el baron su serenidad acostumbrada , y cualquiera al verlo habria dicho que parecia habia vuelto á recobrar las fuerzas de los primeros años de su vida.

Armado de un largo venablo guarnecido de un hierro agudo y acerado, servíase de esta arma mortífera, especie de lanza y masa á la vez , con una destreza extraordinaria.

Aunque su casco habia sido roto por distintos sitios , y aunque su tahalí estaba teñido en sangre, el mismo entusiasmo guerrero de que se hallaba poseido, le impidió reconocer las heridas que acababa de recibir en el calor de la pelea.

Esta era la situacion de Raymundo V, cuando Pog, arrastrado puede decirse por la multitud de los combatientes , hallóse sin saber como en presencia del baron.

La figura pálida, altanera del jóven Pog, y su larga barba roja , eran señales demasiado notables para que desde luego no hubiesen llamado la atencion de Raymundo V.

Efectivamente, apenas dirigió una mirada á su adversario, reconoció en él á uno de los dos extranjeros que acompañaban á Erébe en el encuentro de las gargantas de Ollioules.

—He aqui el moscovita que iba con el jóven audaz á quien debo la vida, exclamó Raimundo V; y despues levantando la lanza, añadió:

—Ah! tú vienes de las aguas heladas del norte, oso feroz! y vienes á devastar nuestras provincias!

Aun no habia acabado el baron de pronunciar

estas palabras cuando descargó un terrible golpe con su poderosa arma dirigido al pecho de su adversario.

Pog evitó el inminente peligro de que se vió amenazado, en virtud de un ligero movimiento de retirada, aunque le resultó una herida en el brazo de bastante gravedad.

—Soy frances como tú, gritó entonces el pirata con una risa feroz; pero estoy sediento de sangre francesa! Y para que la muerte sea para tí mas amarga te advierto que tu hija está en mi poder!

Al oir estas crueles palabras quedó el baron sin movimiento, como si un rayo hubiese paralizado súbitamente sus facultades.

El astuto y diestro renegado, se aprovechó sin tí, tubear de la inaccion del baron, descargando sobre la cabeza de este un terrible golpe de hacha.... Raymundo V vaciló un instante, y cayó en seguida á tierra privado de conocimiento.

—Ya tenemos un enemigo menos, uno de estos hueyes provenzales, que aporrear y destruir, dijo Pog en alta voz y blandiendo su hacha con marcadas señales de placer.

—Venguémos à nuestro señor;—gritaron á un mismo tiempo todos los soldados del baron, arrojándose con tanta furia sobre los piratas, que se vieron obligados á replegarse hácia la calle que conducia al puerto.

Bien pronto, reforzada la gente de Raimundo V por los que habian estado encerrados en la casa de ayuntamiento, fué tan considerable su superioridad contra los berberiscos, que los clarines de estos comenzaron á tocar á retirada.

Inmediatamente, formóse una parte de la fuerza enemiga en el centro de la plaza á las órdenes de Pog, la cual hizo una resistencia vigorosa, á fin de dar tiempo á sus compañeros para que pudiesen transportar el botin á bordo de las galeras, y arrastrar hasta ellas á las mugeres y á los hombres que habian hecho esclavos.

Permaneciendo durante algun tiempo dueño de la posicion que hemos dicho habia ocupado Pog en el centro de la plaza, podia el pirata cubrir la entrada de la pequeña calle que conducia al puerto y asegurar por consiguiente la retirada de la gente de Trymalcion, ocupada en arrastrar los cautivos á bordo de las embarcaciones.

Firme en esta idea, pronunció Pog su movimiento de retirada hacia la pequeña calle que tenia á la espalda, cediendo palmo á palmo el terreno, y persuadido cada vez mas de que su comunicacion con el puerto y las galeras no seria interceptada, así como de que ningun peligro tendria que arrostrar para lograr su reembarco.

Tan estrecha era la calle por donde era forzoso atravesar, que veinte hombres determinados podian defenderla perfectamente contra una fuerza diez veces mas considerable.

Entretanto, habiase esparcido por el pueblo la noticia de la retirada de los piratas; todos los vecinos, que hasta entonces habian permanecido encerrados en sus casas por temor los unos, y por el deseo los otros de no perder de vista sus mas caros intereses, se arrojaron á la calle y vinieron á reunirse á los combatientes, cuyo número iba creciendo.

do á cada instante, al paso que el de los piratas disminuía con la mayor celeridad.

A pesar de que Pog se hallaba herido en la cabeza y en el brazo, continuaba sosteniendo la retirada con una rara intrepidez.

Muy corta era la distancia que le separaba de la calle para que no se creyese salvado, y así lo dió á entender á los suyos con la alegría que en aquel momento brilló en su rostro. Pero no pasó mucho tiempo sin que el jóven caudillo viese desaparecer sus ilusiones, y llegase á conocer que sus cálculos le habían engañado cruelmente.

En efecto, los piratas que se habian dirigido hácia el puerto para volver á ganar sus galeras, cayeron en la emboscada del capitán Georges.

Atacados vivamente por la tropa fresca del mismo, no quedó otro recurso á los sorprendidos que replegarse en desórden á la pequeña calle, y precisamente lo verificaron en el momento en que Pog, abandonando la plaza, entraba por el extremo opuesto de aquella.

Empeñados en aquella via estrecha, cuyas dos salidas se hallaban obstruidas por el enemigo, encontraronse los piratas entre dos fuegos, y por consiguiente reducidos á un peligro en extremo inminente.

Por el lado de la calle que daba á la plaza, los atacaban los habitantes del pueblo y la tropa del barón.

Por el del puerto, los diestros carabineros del capitán Georges.

Trymalcion, que se habia quedado abordo de su galea y con el mando interino de la de Pog, espe-

raha impaciente el regreso de las lanchas que debian conducir el botin y la gente del desembarco, cuando un pirata llegó nadando al buque, y le instruyó del peligro que á la sazón corrian sus compañeros.

Inmediatamente mandó quitar las cadenas y armar á una parte de la chusma, y á la cabeza de este refuerzo saltó en tierra dando gritos espantosos y lanzándose sobre los soldados del capitan Georges.

Entónces cúpole á este la suerte de quedar colocado entre dos fuegos, es decir, de verse en la misma posicion en que él habia puesto poco antes a sus adversarios.

La tropa de Pog, hizo entónces el último esfuerzo. Volvióse llena de rabia contra los carabineros, logrando dispersarlos, y cuando se hubieron reunido á la gente de Trimalecion, emprendieron unos y otros, no sin considerable pérdida, la operacion del reembarco, habiéndose llevado consigo muchos prisioneros, en cuyo número se hallaban el escribano Isnard, y su escribiente.

La mayor parte de los soldados del capitan, y dos paisanos de mas valor, se metieron en lanchas para perseguir á los berberiscos, pero desgraciadamente la ventaja estaba de parte de las galeras.

Sus diez piezas de artillería, dispararon á cuantas lanchas intentaron aproximarse á ellas, y habiendo hecho fuerza de remos, ganaron rápidamente la salida del puerto, y se prepararon á doblar la punta de de la isla verde.

Pog, de pies sobre el *Galeon rojo*, con el rostro pálido, con el cabello y el vestido ensangrentados dirigió una mirada sombría á las llamas que aun se elevaban en el centro de Ciotat.

De repente hirió sus oídos el estruendo de un cañonazo, silvó una bala sobre su cabeza y quedó hecha pedazos una buena parte de popa de la galera.

Volvióse prontamente el pirata, y apenas lo había verificado cuando una segunda bala vino á arrebatár á cuatro infelices forzudos y á destruir un trozo considerable de cubierta.

La pequeña nube de humo blanquecino que en aquel momento se observó sobre las murallas de la Casa Fuerte, á favor de la claridad de la luna, hizo conocer al pirata el sitio de donde procedían los proyectiles.

A la distancia que separaba las galeras de la casa del baron, era indispensable para que alcanzasen las balas hasta ellas que fuesen lanzadas por una culebrina de grueso calibre, de manera que Pog, se veía imposibilitado de poder responder al fuego mortífero y certero del castillo.

A los dos tiros de que hemos hecho mérito se siguieron otros muchos no menos certeros, que causaron grandes averías tanto en el *Galeon rojo* como abordo de la *Sybarita*.

—Oh! voto á brios, exclamó Pog despechado, mientras no hayamos doblado la punta de la bahía estaremos bajo el fuego de esa maldita fortaleza que Satanás confunda Avivad los remos . . . , perros! añadió encarándose con la chusma, . . . avivadlos! porque si nó, cuando lleguemos á Trípoli juro por el nombre que tengo que os he de cortar los brazos de raíz!

Ninguna necesidad tenía la chusma de semejantes

escitaciones para redoblar sus esfuerzos cuanto lo fuese posible. Los cadáveres de los forzados recién muertos, encadenados aun á los bancos en donde remaban sus compañeros, eran la mejor prueba que justificaba el peligro que corrían estos en permanecer mucho tiempo mas bajo el mortífero fuego de la fatal culebrina.

Aun siguió esta disparando con un acierto tan maravilloso que todavía logró introducir una porcion de proyectiles á bordo de las dos embarcaciones.

—Muerte y furia! exclamó Pog, cuando estemos fuera del canal iré á anclar al pié de las rocas, á distancia de medio tiro de mosquete, y juro que no ha de quedar piedra sobre piedra de la casa donde esa infernal culebrina se halla en bateria.

—Imposible, señor Pog, dijo un frances renegado provenzal, que servia de piloto; las rocas negras se estienden á flor de agua á mas de media legua de la costa, y equivaldria seguramente á perder vuestra galera el intentar aproximaros demasiado á la Casa-Fuerte.

El pirata hizo un gesto de rabia y se puso á pasear por el puente con la mayor agitacion.

En fin las dos galeras, salieron del paso peligroso en que se habian metido. El fuego de artilleria de la casa del baron les habia puesto muchos hombres fuera de combate, y causádoles averias demasiado considerables para que no se viesen obligadas á guarecerse inmediatamente en alguna ensenada de la costa, antes de poder emprender su viage á Trípoli.

La *Sybarita* habia recibido muchos balazos por

el lado de la quilla, y el *Galeon rojo* habia salido con un palo roto.

Luego que hubieron montado del todo el promontorio del cabo del Aguila, el maestro carpintero de la galera, renegado calabiés, hombre de gran valor y excelente marinero, se acercó á Pog con aires sombrios, y le dijo.

—Capitan: he reparado del mejor modo que me ha sido posible las averias que acabamos de sufrir á bordo; pero son de tal entidad que exigen una compostura mas sólida. Si casualmente se viniese encima mal tiempo, es seguro que con tales averias ni dos horas podriamos permanecer en el mar.

Pog no contestó una palabra á la prudente advertencia del carpintero; dió unos cuantos pasos de un lado á otro del puente en medio de la mayor agitacion, y llamando despues al piloto, le dijo.

—Podremos ir á echar anclas por uno ó dos dias á las islas de Santa Margarita de San Honorato? Se dice que esas islas no tienen uinguna defensa: tú que dejastes la costa hace un año, sabrás si esto es verdad.

—Es verdad, dijo el piloto.

—Habrá buen fondeo entre los islotes de Pierés y de S. Teriól, al sur de la isla de S. Honorato? preguntó Pog, que conocia aquellas fangosidades.

—Sí, capitan, la costa es tan alta y la ensenada tan abrigada por las rocas que forman esos islotes, que las galeras estaban allí mejor ocultas aun que en Porte-Cros.

—Creo que escasamente habrá cincuenta habitantes en la isla? dijo Pog.

—Nada mas, capitán, y ademas tiené una playa muy cómoda para poner la galera en carena, si fuere necesario.

—Pues entonces, haz gobernar en direccion de esas islas; estaremos distantes de ellas unas veinte y cinco leguas.

—Treinta leguas, capitán.

—Mucha distancia es esa para las averias que llevamos; pero ya veo que es el abrigo mas seguro que podemos buscar: si el viento nos favorece podremos llegar allí al fin del día.

La galera de Trymalcion, así como el javeque imitaron la maniobra del *Galeon rojo*, y las tres embarcaciones hicieron fuerzas de velas hácia la isla de San Honorato, situada sobre la costa de Provenza á corta distancia de Cannes.

Dadas estas órdenes, se puso Pog á enumerar las pérdidas que su tripulacion habia sufrido, las cuales eran demasiado numerosas. Diez y siete soldados habian sido muertos en Ciotat, y se contaban á bordo un gran número de heridos.

Ademas la culebrina de la Casa-Fuerte habia matado tambien cinco forzados.

Los cadáveres de estos infelices fueron arrojados al mar, y reemplazadas sus plazas por cinco soldados.

Los heridos fueron mas ó menos bien curados por un moro que desempeñaba las funciones de cirujano.

Pog tenia dos heridas, una en la cabeza y otra en el brazo. La lanza del baron le habia hecho esta última que era bastante profunda; pero la de la cabeza no presentaba ningun síntoma alarmante.

El moro-cirujano hizo la primera cura de dichas heridas, y apenas se habia concluido esta operacion, quando el javeque de Etébe, llegando á toda vela, se aproximó á la galera de Pog, y le dió orden de que lo siguiese á corta distancia.



CAPITULO XXXI.

EL JAVEQUE.

 EJEMOS á las tres embarcaciones piratas navegar á toda vela en pos de la isla de San Honorato, en tanto que instruimos al lector de las maniobras ejecutadas por el javeque durante el ataque de Ciotat, ataque en el cual no tomó parte alguna. Veamos tambien de que modo Reina de Ambiez habia caido en poder de Erébe.

Despues que el gitano vió profundamente dormido al vigia del cabo del Aguila á beneficio del narcótico que cautelosamente le habia introducido en el vino, se apresuró á bajar á la playa, y á ganar la punta de tierra, detras de la cual las galeras y el javeque aguardaban su llegada conforme á los avisos que habia enviado á Pog-Reis por medio del segundo palomo.

Aunque el frio era muy escesivo, el intrépido Hadji se arrojó al agua á nado, y llegó bien pronto al *Galeon rojo* que se encontraba en vela y á corta distancia de la costa.

Después de una larga conversacion con Pog-Reis, á quien suministró los últimos datos y noticias necesarias para asegurar el buen resultado del desembarco en Ciotat, el gitano, siguiendo las órdenes de Pog, se trasladó al javeque mandado por Erébe.

Este buque debia permanecer extraño á la accion, y su única mision estaba reducida á aproximarse á la Casa-Fuerte para contribuir al robo de Reina de Aubiez.

Una vez conseguido esto, es decir, una vez que la jóven se hallase en poder de Erébe, el javeque tenia órden de hacer una señal, en cuya virtud las galeas de los piratas comenzarian inmediatamente su ataque contra la ciudad.

Durante el combate, el javeque debia servir de guia, digámoslo así, á la gente del desembarco y darles la voz de alarma, si por casualidad las galeas reales de M. de Brecé se aparecian en el oeste.

Tomadas estas disposiciones se separó el javeque de los otros buques, y doblando el promontorio, guiado por el gitano que conocia aquellos sitios, se adelantó hácia la hilera de rocas que se estendian al pie de la Casa-Fuerte.

De resultas de la conversacion habida el dia anterior con Pog, hallábase Erébe acometido de un acceso insoportable de tristeza.

En efecto, los mas crueles remordimientos se agitaban furiosamente en su pecho, y habian venido á hacerle ver su conducta y sistema de vida en su verdadero punto de vista. El pirata se sentia conmovido de piedad al considerar las desgracias que

iban á llover sobre aquella infortunada ciudad sin mas defensa ni amparo que el del cielo.

Así es que cuando se habia tratado de señalar á cada uno su puesto en el combate, lo primero que hizo Erébe fué declarar formalmente á Pog que de ninguna manera consentiria en asociarse á ese nuevo acto de barbarie.

Pog, cuyo constante anhelo era el de impelerle al mal, no contrarió esta resolucion, pero fué para aconsejarle que aprovechase tan favorable oportunidad para robar á la señorita Reina de Ambiez.

Hecho lo cual, dejólo en entera libertad de maniobrar para egecutar este proyecto.

Erébe lo aceptó, y no carecia de fundamentos para obrar así.

Desde su singular entrevista con Reina, y sobre todo, desde que el informe de Hadji, habia podido hacerle creer que era amado, su pasion por la jóven se habia aumentado en estremo.

El gitano, al pintarle la dulzura, los encantos y la elevacion de carácter de la señorita de Ambiez, habia hecho nacer en el corazon de Erébe vagas y nobles esperanzas, y dado nuevo ser á sus instintos de virtud.

Su última conversacion con Pog le determinó á arriesgarlo todo por hallarse libre de la odiosa condicion en que vivia.

Hasta entonces habia visto á Pog entregarse muy á menudo á sus accesos de ferocidad y barbarie; pero jamas la maldad de este hombre, jamas su desprecio á la humanidad se habian revelado tan cruelmente en él, como en aquella ocasion.

No encontrándose ligado al mismo con ningún vínculo respetable, determinó aprovechar la primera oportunidad que se le presentase para escapar á su tiránica y odiosa influencia.

Afecto pues, algunas horas antes del atentado, una alegría licenciosa y feroz, hablando del rapto que iba á cometer.

Por su parte, Pog, quedó, ó pareció quedar engañado con estas demostraciones, y como ya hemos dicho, dejó á Erebe en completa libertad de manobrar para facilitarse el robo de Reina.

Erebe, que se hallaba decidido á aprovecharse de estas circunstancias, se propuso, con la ayuda de Hadji, hacerse dueño de la señorita de Ambiez.

Era sin duda alguna criminal semejante determinacion; pero ese desgraciado jóven, educado por decirlo así fuera de la sociedad, no conociendo mas que la violencia de sus deseos, amando apasionadamente y creyendose no menos apasionadamente amado, no podia vacilar un momento delante de esta determinacion.

Desde que se halló á la vista de la Casa-Fuerte, echó el ancla, y se trahordó á un barquito muy ligero en compañía de Hadji y de cuatro remeros determinados.

El gitano, se condujo con tanto acierto y maestria por enmedio de las muchas dificultades que ofrecia el sitio, logró amarrar la chalupa al abrigo de un roqueo.

Sucedió esto cabalmente en el instante en que salian del castillo los huéspedes del baron, y cuando aun no habia llegado el escribano Isnard, asistido

del capitán Georges para proceder al arresto de Raimundo V.

Erebe, Hadji y dos de los remeros, pusieron el pie en tierra y se adelantaron con la mayor precaución hasta llegar al muro de las almenas de la Casa-Fuerte.

Ya se sabe que el gitano lo había escalado muy á menudo fingiendo el deseo de dar pruebas de su destreza á los ojos de Estefanía y de Reina.

Hacia luna, pero la sombra que hacia el edificio, había ocultado el desembarco y la marcha de los piratas.

Un centinela que se paseaba por una de las alturas del castillo, no había advertido nada.

Las ventanas que daban á la galería tenían luz, pero las que pertenecían al oratorio de Reina estaban á oscuras.

Pensó Hadji con razón que la señorita de Anbiez aun no se habría retirado á su cuarto; y en su consecuencia propuso á Erébe aguardar el momento de que aquella lo verificase, escalar entonces la muralla, dar de puñaladas al centinela, y dueños una vez del terrado, subirse al balcón como el gitano lo había hecho en otras ocasiones.

Rompiendo un ladrillo sin hacer ruido, podía abrirse muy bien la ventana, y luego que se hubiesen sofocado los gritos de Reina, poniéndola una mordaza, era fácil hacerla descender de la ventana al terrado, y del terrado hasta las rocas, cuya operación sería muy sencilla mediante una especie de escala que el gitano había construido de antemano.

En caso de alarma, los piratas contaban con su

destreza é intrepidez para huir valiéndose de los mismos medios, y debian estar seguros de ganar el buque antes que las gentes del castillo hubiesen tenido lugar de dar vuelta á la muralla y salir á interponérseles en el acto del reembarco.

Este plan fué aceptado por Erébe en todas sus partes y solo se opuso á que se matase al centinela.

Los cuatro piratas se prepararon para el escalamiento. El centinela se paseaba por el lado opuesto á el que aquellos debian subir al terrado.

Hadji, seguido de uno de sus compañeros, trepó pues por el muro, agarrándose cuidadosamente á las yerbas nacidas en él y cuyas hondas raices se introducian por entre los cantos de la pared.

Asi que llegaron arriba, vieron con alegría que encontrándose casualmente la garita en aquel instante entre ellos y el centinela debia ocultarlos un momento á su vista.

El momento era precioso, y sin detenerse saltaron sobre el terraplen.

Al instante que el soldado volvió á paso regular delante de la garita, Hadji y su compañero se arrojaron sobre él con la rapidez del rayo.

Hadji le puso las dos manos en la boca, mientras que el otro pirata se apoderaba del mosquete, y en seguida, con la ayuda de un *tap* (1) de que el gitano iba provisto, evitaron que el centinela pudiese dar ninguna voz, y no contentos con esto encadenaron todos sus movimientos por medio de una gran faja de algodón con que le ligaron el cuerpo.

(1) Especie de mordaza hecha de corcho que servi para tapar la boca á los forzados durante el combate fin de impedir que gritasen.

Entonces Hadji arrojó una cuerda á Erébe, con cuyo auxilio se vió al instante sobre el terrado. Sería á la sazón la una de la madrugada.

Sabia Hadji que hasta las dos no se relevaban los centinelas.

De repente se iluminaron las ventanas del oratorio de Reina.

Ocultos detras de la garita, Hadji y Erébe, deliberaron un momento sobre el partido que les convendría tomar.

Propuso el gitano escalar él solo el balcon, ocultarse en él del mejor modo posible, espiar á traves de las vidrieras todos los movimientos de Reina y por medio de una señal avisar á Erébe el momento oportuno de obrar.

Adoptó Erébe el proyecto; pero quiso asociarse á él.

Hadji trepó el primero, arrojó la escala de cuerdas á Erébe, y ambos se colocaron en cada uno de los dos lados del balcon.

Iba Erébe á mirar por los cristales, cuando las puertas de la ventana que daban hácia fuera se abrieron dulcemente y Reina salió al balcon.

Erébe y Hadji quedaron por consiguiente ocultos detras de las puertas de los cristales.

La jóven, triste é impaciente, quiso gozar un momento de la belleza y apacibilidad de la noche.

Los instantes eran preciosos, y tan favorable la ocasion, que Erébe y Hadji se sintieron impulsados de una misma idea aunque en la disposicion en que se hallaban no pudieron ponerse de acuerdo.

Cerrando con presteza detras de Reina las puertas

que los oculta han, se apoderaron ambos de la desgraciada jóven, antes que hubiese podido exhalar grito ni queja alguna.

Júzguese cual sería su asombro, cual su dolor, al reconocer en su raptor al extranjero de las rocas de Ollioules.

Erébe dispuso á su bella prisionera todos los cuidados y atenciones posibles, y se disculpó con la violencia de su amor....

En un instante se halló ligada la señorita de Anbiez por una faja que rodeándola el cuerpo, la privaron de hacer ningun movimiento.

Erébe que no podía servirse de sus manos para bajar la escala, en razon á que llevaba á Reina en sus brazos, se hizo atar por Hadji una cuerda al rededor del cuerpo, y teniendo la punta de la cuerda el gitano desde arriba, logró el pirata encontrarse en tierra con su presa en menos de un minuto y sin que le hubiese sucedido la menor desgracia durante el peligroso descenso.

Hadji se dispuso á seguir el movimiento, descolgándose por el balcon, cuando entró Estefania en la habitacion contigua exclamando: señorita! señorita.... el escribano y alguna tropa vienen á arrestar á monseñor....

En aquel momento fué justamente cuando el señor Isnard y el capitan Georges intimaron á Raymundo V la órden de que los siguiese.

No encontrando á su señorita y viendo la puerta del balcon abierta, corrió Estefania hacia él como era natural.

El gitano la dejó que se asomase, y cerrando de-

tras de ella las puertas se apresuró á cogerla por el brazo, tapándole la boca con la mano.

Aunque sorprendida y asombrada, Estefania hizo los mayores esfuerzos para verse libre de las manos del gitano, en tales términos que tuvo este precision de decir á media voz á Erebe, apesar de la distancia que los separaba.

—Ayudadme, ayudadme! esta maldita es fuerte como un demonio: muerde como una gata furiosa, y si llega á gritar estamos perdidos.

Erebe que no queria de ningun modo apartarse de Reina, dió orden á otro pirata de que subiese á socorrer á Hadji.

Con este refuerzo, y no obstante su heroica resistencia, vióse la futura del digno capitan Trinquetaille, en la precision de seguir la suerte de su señorita.

Erebe y Hadji llegaron á la chalupa que los esperaba, y las dos cautivas se hallaron á bordo del javeque antes que en la Casa-Fuerte hubiese nadie sospechado siquiera el robo de Reina y de su sirviente.

Hasta aquel momento todo habia salido á gusto y con arreglo á los deseos de Erebe.

Las dos prisioneras fueron respetuosamente colocadas en el gabinete que Erebe tenia en el javeque el cual habia sido preparado del mejor modo posible.

Luego que hubo pasado el primer movimiento de estupor recobró Reina toda su entereza y toda la dignidad que la caracterizaba.

Al contrario Estefania, la cual, despues de la

inútil resistencia que opusiera á sus raptos, se entregó á un sentimiento estremado.

Cuando Erebe se presentó ante ellas, Estefania se arrodilló á los pies del pirata, anegado en llanto y sofocada por los suspiros.

Reina guardó un sombrío silencio y ni siquiera se digno dirigir una mirada á su raptor.

La expresion de severa dignidad que se retrató en aquel instante en el semblante de la jóven causó en Erebe la mayor admiracion, como quiera que se hallaba muy distante de pensar que su primera tentativa debiera producir un resultado tan inesperado. Sufrió entonces la influencia de los buenos y malos instintos que á un mismo tiempo luchaban en su corazon.

El silencio sombrío, el aire á la vez digno y profundamente irritado de Reina, llevaron su desconsuelo al último estremo.

Pero como Hadji durante el tiempo de su fatal expedicion, le habia constantemente asegurado que Reina lo amaba, y que luego que hubiese pasado el primer momento de cólera, encontraria en ella una jóven llena de ternura y de reconocimiento, procuró reanimarse lo bastante para hacer un nuevo esfuerzo, y aproximándose á Reina la dijo con un aire de seguridad que contrastaba singularmente con la austeridad de costumbres y con la virtud ejemplar de la hija del baron.

—Mañana no pensareis mas que en la cancion del Emir, y mi amor enjugará vuestras lagrimas.

Diciendo estas palabras quiso Erebe apoderarse de una de sus manos, que la jóven tenia levantada para ocultar su rostro.

—Miserable! no os aproximeis.... exclamó Reina rechazandole con espanto y arrojándole una mirada tan despreciativa, tan irritada que Erebe no se atrevió a dar un paso hácia adelante.

Las ilusiones del pirata se disiparon velozmente. El acento, la emocion, la indignacion de Reina, eran tan sinceras, que en un instante perdió Erebe todas sus esperanzas. Vió en efecto, ó mas bien creyó positivamente que se habia equivocado, y que la jóven que se hallaba en su poder y presencia jamas habia sentido nada por él.

En medio de su dolorosa sorpresa, y no siendo bastante poderoso para contenerse, cayó de rodillas á los pies de Reina, y cruzando las manos con una espresion indecible de desconsuelo, exclamó con una voz llena de ternura.

—Luego, no me amais?

—Vos.... vos.....

—Oh! perdon.... perdon, señorita, dijo Erebe continuando en la misma actitud, Dios mio... perdonadme, creia que me amabais.... Y bien, no, no, no os incomodeis.... yo lo creia, el gitano me lo habia dicho.... á no haber sido asi, me hubiera conducido de otro modo, no hubiera obrado de esta suerte.

Si las circunstancias no hubiesen sido tan graves, cualquiera se habria sonreido al ver al jóven pirata, á pesar de su ardimiento, y no obstante su resolucion temblar como un azogado y hajar los ojos en presencia de una tierna muger desprovista de todo auxilio y escudada únicamente por su virtud.

Asi es que Estefania, al notar aquel singular con-

traste, y prescindiendo de su mismo disgusto, no pudo menos que decir.

—Ciertamente, que al oír hablar á este hombre, creería cualquiera que sus palabras se refieren á alguna travesura de page, á alguna vagatela.

—Ah! esto es afrentoso.... irresistible.... exclamó Reina sin poder contener sus lágrimas que corrian en abundancia.... Y mi padre?.... Y mi pobre padre?

El sentimiento y agudo pesar de Reina, conmovió poderosamente á Erébe, haciéndole conocer toda la estension del crimen que habia cometido.

—Oh! por piedad... por piedad no lloreis mas... exclamó el jóven con los ojos anegados en lágrimas. Conozco mi falta. Decidme qué quereis que haga para espiarla?.... yo lo haré al instante.... dadme vuestras órdenes, mi vida está á vuestra disposición.

—Lo que yo quiero es.... que en este instante me enviéis á tierra.... Pero y mi padre!.... Si mi padre se ha enterado del rapto que acabais de cometer.... oh! qué golpe tan duro para él.... Sí, vuestro crimen es enorme....

—Oprimidme.... decidme cuanto gustéis.... conozco que lo tengo merecido, pero á lo menos no olvidéis que yo soy el que salvó la vida de vuestro padre.

—Y que importa que la salváseis si no ha sido mas que para llenarla de sinsabores y de amargura?.... Jamás se abrirán mis labios para bendeciros.... de hoy en adelante solo me acordaré de vos para maldecir el nombre de mi miserable raptor.

—No, no.... exclamó Erébe levantándose. No, vos no me maldecireis.... Al contrario, muy pronto direis que vuestra virtud, que el sublime poder de vuestras palabras han arrancado á un desgraciado del abismo de infamia à donde iba á arrojar-se para siempre.... Escuchad ... Veis esa ciudad, veis ese pueblo ahora tan tranquilo, tan pacífico?... Crueles desgracias le amenazan..... Los piratas se hallan próximos..., á la primera señal que haga este javeque.... vereis á la muerte, al pillage y al incendio, desolar en breves instantes todas estas costas....

—Dios mio!.... Dios mio!.... y mi padre!.... exclamó Reina.

—Tranquilizaos, esa señal no se hará.... Yo salvaré á ese pueblo.... Además, vos estais en mi poder.... y ahora mismo voy á conducirlos à tierra. Y bien, si yo hago todo esto, añadió Erébe con un acento de profunda tristeza, si hago todo esto, pensareis algunas veces en mí sin odio y sin desprecio?

—Daré gracias al Ser Supremo por haberme vuelto al lado de mi padre, y jamás lo haré, estad seguro de ello, sin acordarme con reconocimiento del salvador del baron de Anbiez, dijo Reina con dignidad.

—Con que Erébe será digno de vuestro recuerdo! exclamó el jóven pirata. Ah! Voy á disponerlo todo para vuestra partida, y al instante volveré á buscaros.

Dichas estas palabras subió con precipitación al puente.

El javeque seguia siempre anclado. Aunque

pertenecía á Pog-Reis, hacia mas de tres años que Erébe lo mandaba; y con este motivo se lisongeaba de tener á su devocion y muy dispuesta á ejecutar sus determinaciones la tripulacion del buque. Subió como hemos dicho al puente en el momento mismo en que Hadji se preparaba á dar fuego á una espoleta, señal convenida entre Pog y Erébe, para anunciar que la señorita de Ambiez se hallaba abordo del javeque, y que podia comenzarse el ataque contra Ciotat.

—Detente, dijo Erébe á Hadji, no hagas todavia la señal. Hace largo tiempo que me aprecias y aun hoy mismo me has dado una nueva prueba de ello sirviendome con la mayor fidelidad. Escuchame pues.

—Hablad prontamente, señor Erébe, porque Pog-Reis aguarda la señal, y si me detengo en ejecutarla me hará cavalgar sobre el *coursier* de su galera con una bala en cada pie para sostener el equilibrio.

—Si me obedeces, no tendrás nada que temer. Esta vida de mortandad y de esterminio me es sumamente odiosa. Los hombres á quienes mando son menos feroces que sus compañeros; ellos me aman, tienen confianza en mí, y de consiguiente puedo proponerles que abandonemos las galeras. El javeque es superior á ellas en celeridad. Luego que hayamos realizado una pequeña expedicion de que ahora mismo te hablaré, nos dirigiremos al Oriente, al archipielago griego; llegados á Smirna nos pondremos á sueldo del bey: allí, en lugar de piratas, seremos soldados, en lugar de degollar á los infeli-

ces mercaderes sobre la cubierta de sus navios, combatiémos á los hombres con nobleza, allí.... pero el tiempo urge: quieres secundar mis deseos?

Hadji, que habia continuado con la mecha encendida en la mano, arrimóla entónces á su boca, avivó el fuego soplando con una imperturbable sangre fria, y dijo á Erébe: son esos todos vuestros proyectos, señor Erébe?

—No, no es esto todo..... Para evitar los nuevos crímenes que Pog-Reis medita, vamos á ponernos á la vela, á arrimarnos á las galeras, y á gritar con muestras del mayor espanto que venimos de ver en el orizonte las luces de las galeras del rey de Francia; como temen su llegada, nos creerán facilmente. Pog-Reis emprenderá al instante su retirada huyendo de fuerzas tan superiores, y ese desgraciado pueblo escapará siquiera una vez á la suerte horrible que le amenaza. Ahora bien! qué te parece mi proyecto? Tú que tienes influencia con la gente de á bordo, secundame.

Hadji sopló nuevamente la mecha, miró fijamente á Erébe, y por toda respuesta antes que esté hubiese podido estorvarlo, puso fuego á la espoleta que debia servir de señal en el ataque de los piratas.

Lanzóse la espoleta en el espacio como un funesto meteoro.

Casi en el mismo instante se oyó el estrépito del cañon de los piratas, y el desembarco de estos en Ciotat se efectuó en los términos que hemos referido.

—Miserable! esclamo Erébe precipitandose con rabia sobre Hadji.

Este, superior en fuerzas al jóven, logró librarse de sus manos, y le dijo con una mezcla de ironia y de respeto.

—Escuchadme, señor Erébe; ni yo, ni ninguno de esos valientes estamos dispuestos á seguir vuestros perjudiciales consejos, á abandonar nuestros deberes, á olvidar, en fin, la disciplina de los beiliks.

—Enhorabuena, eres un malvado endurecido en la carrera de la maldad, yo te creia dotado de mejores sentimientos. . . . Tanto peor para tí; porque hallandose dispuesta la tripulacion á seguir mis órdenes, no titubeará en ayudarme á desembarazarme de tí, si tienes el atrevimiento de oponerte á mis designios.

—Voto al diablo! qué es lo que estais diciendo, señor Erébe? exclamó el gitano con ironía. Teneis valor de tratar así á un hombre como yo, á un hombre que por serviros ha cantado á vuestra bella la cancion del Emir? al que ha consentido en hacer el vil oficio de calderero? al que se ha abatido hasta el extremo de ayudar al ama Dulcelina á levantar una especie de altar al Dios de los cristianos? al que en fin, no ha tenido inconveniente en herrar el caballo de ese viejo borracho de Raymundo V?

—Calla, miserable! no pronuncies una palabra mas que pueda tener relacion con ese desgraciado padre, que en este momento quizá estará apurando por mi causa hasta las heces del cáliz de la amargura! Reflexiona bien lo que has dicho: entretanto; voy ahora mismo á hablar á la tripulacion, y estoy seguro de que me escuchará favorablemente... Vamos Hadji!... aun es tiempo... únete á mí...

conviértete en honrado, oye la voz de la razón.

—Os causais en vano, señor Erébe. Nadie os obedecerá, nadie os comprenderá.

—Podré no ser comprendido; pero seré obedecido.

—No sereis obedecido, si vuestras órdenes son contrarias á ciertas instrucciones que Pog-Reis dió á la tripulacion antes de su partida de Porte-Cros.

—Instrucciones? mientes como un villano.

—Escuchad, señor Erébe, dijo Hadji sin abandonar su sangre fria inalterable... Pog-Reis... despues de cierta conversacion, me ha dicho no hace muchos que desconfia de vos. Aunque yo no quiero entrar en buen camino, os estimo lo suficiente para desear evitaros un paso en falso. Cuando desde las altura, del cabo del Aguila ví avanzar hacia la costa nuestras galeras, bajé á la playa y me dirigí á bordo del *Galeon-rojo*, en el cual tuve con Pog-Reis una conversacion secreta relativa á vos.

—Voto á tal!... y por qué motivo me lo has ocultado?

—Díjome Pog-Reis que las órdenes que habia dado á la tripulacion, y que me referia para que tambien me sirviera de gobierno, eran las siguientes. Robar la jóven. Hacer señal de hallarse el rapto consumado. Cruzar al sur de Ciotat mientras que las galeras estuviesen ocupadas en el ataque. Velar en fin con el objeto de que no nos puedan sorprender las galeras del rey de Francia. No es esto verdad?

—Sí, es verdad.

—Pues bien, señor Erébe, ten entendido que si

las órdenes que vas á dar se oponen á las que acabo de referir, no encontrarás quien te obedezca.

—Mentira!

—Pues, vaya, haced la prueba.

—Ahora mismo, dijo Erébe. Y dirigiéndose al timonel y á los marineros que esperaban sus órdenes, mandóles ejecutar una maniobra que tenia por objeto aproximar el javeque á la Casa-Fuerte.

Pero cual seria el asombro y sorpresa de Erébe, cuando en vez de llevar á efecto sus disposiciones, vió que á una señal hecha por Hadji, así el timonel como los marineros, hicieron todo lo contrario, es decir, aproximaron el buque mas aun de lo que lo estaba, al lugar de la accion.

Hubo un momento en que se halló Erébe tan desesperado que estuvo á punto de haberse arrojado al mar y de ganar á nado la costa para buscar la muerte combatiendo contra los piratas; pero se contuvo considerando que iba á dejar á Reina abandonada. Asi es que abatido y desesperado volvió á bajar á la cámara.

—Hé aqui á nuestro generoso salvador, exclamó Reina levantándose y saliéndole al encuentro.

Erébe hizo un movimiento de cabeza con aire melancólico, y dijo:

—Mi suerte, señorita es igual á la vuestra: sabed que no soy aqui otra cosa que un prisionero como vos.

Y refirió á las dos jóvenes cuanto acababa de pasar sobre cubierta. Al oir las esplicaciones del pirata estalló nuevamente el dolor de Reina con una violencia extraordinaria, y sin tener en cuenta

el tardío arrepentimiento de Érêbe, le acusó con razón de ser el único autor de todos los males que la oprimían.

.....

Tales fueron los sucesos que ocurrieron à bordo del javeque hasta el momento que este buque (mandado por Hadji, desde que Érêbe se reunió à Reina y Estefania) se incorporó à las galeras de Pog-Reis y Tymalcion, que se alejaban à toda prisa de Ciotat despues de su funesta expedicion.

Prosigamos ahora el interrumpido hilo de los acontecimientos.

Hallábase el gitano en la popa del javeque, cuando Pog-Reis, gritándole desde su galera le dijo:

—Y bien! está abordo la jóven consabida?

—Sí señor.... y ademas hay una primorosa pajarita al lado de la paloma.

—Y Érêbe?

—El señor Érêbe ha querido hacer lo mismo que habiais previsto, dijo el gitano acompañando sus palabras con una señal de inteligencia.

—Me lo esperaba.... vela sobre él..... conserva el mando del javeque, sigue mis aguas y procura imitar mis maniobras.

—Sereis obedecido, señor Pog.... pero antes, permítidme que os haga un presente... Consiste en papeles y juguetes amorosos pertenecientes à un caballero de Malta... Es, segun creo, una historia digna del mismo Ben-Absull. Tuve este bello hallazgo en la cabaña del vigía. Creí encontrar un diamante, y me topé con un grano de maiz.... Pero quizás os

nteresarán esos papales. Sobre el cofrecito hay una cruz de Malta, y todo lo que lleva ese signo aborrecido os pertenece de derecho.

Diciendo estas palabras, arrojó Hadji á los pies del pirata el cofrecito de plata cincelada que habia sustraído de la habitacion de Peyroü.

Poco sensible Pog-Reis á la atencion que Hadji acababa de tener con él, le hizo señal de que continuase su camino.

Efectivamente, el jayeque se puso en marcha detras de la galera de Pog.

Las tres embarcaciones desaparecieron bien pronto por el lado del Este, dirigiendose con la posible celeridad hácia las islas de San Honorato, donde se lisongeaban de poder reparar las gruesas averias ocasionadas por el fuego mortífero y certero de la Casa-Fuerte del baron.



CAPITULO XXXII.

EL DESCUBRIMIENTO.

VIVAMENTE preocupado se encontraba Pog-Reis con motivo del mal estado en que veía sus galeras por causa de haber prestado demasiada atención á las últimas palabras de Hadji. Uno de los soldados destapó el cofrecito y lo condujo á la cámara de Pog, á donde este se encaminó muy luego, despues de haber dejado encomendado al piloto el mando de la embarcacion.

Una tela ordinaria de lana color encarnado servia de colgadura á las paredes de dicha cámara. Sobre este adorno veíanse trazadas con carbon gran número de cruces, y entre ellas, aunque en menor cantidad, notábanse ademas algunas cruces blancas trazadas con greda.

Una lámpara de cobre suministraba á la habitacion una luz pálida y sepulcral.

Todo su mueblage consistia en una cama cubier-

ta con un pellejo de tigre, en dos sillas, y en una mesa de encina toscamente construida.

Así que Pog entró en la cámara, se sentó, apoyó la frente sobre su mano, y se puso á reflexionar acerca de los sucesos de la noche anterior.

Su venganza se habia satisfecho únicamente á medias.

La retirada que con tanta precipitacion habia practicado, humillando su amor propio, habia despertado en su pecho nuevos y mas crueles resentimientos.

Sin embargo, cuando consideró en el mal que habia causado, sonriose con aire siniestro, y se levantó, diciendo.

—Algo es algo! Ojalá y pudiese reproducir la escena del desembarco esta misma noche!

Cogió luego un pedazo de carbon y se puso á diseñar en la colgadura muchas cruces negras.

De pronto se detuvo, como si procurase reunir sus recuerdos, y se dijo de esta suerte.

—El baron de Ambiez habrá muerto.... creo que sí. La sorda vibracion de mi hacha me hizo conocer que habia roto su cráneo.... pero el baron tenia un casco.... Su muerte no es pues tan segura como yo suponía. No aumentemos falsamente el número de mis víctimas.

Al llegar aquí púsose á contar las cruces blancas trazadas en la colgadura.

—Once, dijo, sí, once caballeros de Malta muertos á impulso de mi hacha. Oh! bien muertos están.... tan bien muertos que hubiera preferido ser asesinado á dejarles un soplo siquiera de existencia.

Pog permaneció un momento sumergido en sus reflexiones. En pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cabeza baja, con los ojos inmóviles, dijo en seguida dando un profundo suspiro.

—Hace mas de veinte años que dia por dia prosigo incansable en mi obra de destruccion y de venganza... Y en todo ese tiempo... mi dolor ha disminuido, por ventura? son menos grandes mis disgustos?... no lo sé... pero lo cierto es que experimento una especie de júbilo horrible cuando digo al hombre: «sufre, muere...» mas luego despues queda siempre el disgusto... siempre! Por consiguiente no tengo remordimientos, no; pareceme que soy ciego instrumento de una voluntad superior... sí... eso debe ser... No es la relajacion de mis costumbres la que me guia, es una necesidad insaciable de venganza..... Adonde iré á parar? Cuando concluirá esta vida manchada por el crimen que me parece algunas ocasiones el terrible sueño de la muerte? Al considerar en mi vida pasada, al pensar en lo que yo mismo era otras veces..... no puedo menos de estremecerme... Preciso es que esté loco, porque algunas ocasiones tengo momentos en que me pregunto por qué motivo ejecuto tantas crueldades, y no acierto á darme una contestacion satisfactoria. Esta noche, por ejemplo.... cuanta sangre... cuanta sangre no he vertido... que de desgracias no se han originado por mi causa! Ese anciano!... esas mugeres!... Oh! estoy loco... loco furioso... Esto es terrible. Qué daño me habian ellos hecho para tratarlos así?

Pog ocultó el rostro entre sus manos y despues de

algunos momentos de reflexion, exclamó con una voz terrible.

—Y qué daño habia yo hecho al que me ha precipitado del cielo en el infierno?.... ninguno, absolutamente ninguno! Qué daño habia hecho á ella,... á su cómplice? Yo la habia rodeado de toda la adoracion, de toda la idolatria que el hombre puede concebir aquí abajo por la criatura.... Y por tanto, oh! ese dolor, esa pena te serán siempre crueles?.... Ese recuerdo te será siempre afrentoso?.... Oh! rabia! oh! miseria! Olvídalo! olvídalo, yo no quiero mas sino que lo olvides.

Diciendo estas palabras, el pirata dejó caer la cabeza sobre la cama, apretó fuertemente el pellejo de tigre entre sus manos y exaló una especie de rugido sordo y sofocante....

El parasismo de este acceso duró algunos instantes, y fué seguido inmediatamente de un estupor sombrío.

Bien pronto volvió Pog á levantarse con la tez mas pálida que de costumbre, con los ojos encendidos y los labios contraidos convulsivamente.

Pasó-e la mano por la frente para sugetar la venda de su herida, que se le habia desarreglado, y al dejar caer el brazo distraidamente, observó junto á la pared un objeto en el que hasta entonces no habia reparado.

Era este el cofrecito que Hadji habia arrojado a bordo del *Galeon rojo*, y que uno de los soldados condujo inmediatamente á la cámara del pirata.

Cogió Pog maquinalmente el cofre, y colocólo sobre sus rodillas.

La cruz de Malta trazada en la cubierta hirió su vista y le hizo estremecerse.

Arrojó lejos de sí aquel precioso mueble, que á impulsos del fuerte golpe vino á caer destapado en uno de los rincones de la cámara.

Una porcion de cartas se esparcieron al instante por el suelo, y entre ellas, dos medallones y una larga trenza de cabellos rubios.

Pog se hallaba sentado en la cama, y los medallones habian caido á mucha distancia de él.

La luz que alumbraba la cámara, era una luz pálida, vacilante.

Por qué prodigio del amor, del odio, de la venganza reconoció inmediatamente facciones que jamas habia olvidado?

Era tan sumamente extraño este suceso que el pirata lo tuvo por un sueño.

No se atrevia á moverse.

Con el cuerpo inclinado hácia adelante, con la vista clavada en el medallon, temia á cada instante ver desaparecer lo que consideraba como un fantasma de su imaginacion exaltada.

En fin, cayendo de rodillas se precipitó sobre aquellos objetos creyendo sin duda todavía que pudieran escaparsele de entre las manos.

Pog se apoderó de los retratos.

El uno representaba á una muger de extraordinaria hermosura.....

No se habia equivocado.... acababa de reconocerla.....

Representaba el otro la figura de un niño.

El pirata dejó caer al suelo el medallon y permaneció petrificado.

Acababa de reconocer á Erebe....! A Erebe tal por lo menos como estaba cuando quince años antes lo robó en las costas del Langüedoc!

Dudando todavia de lo que veian sas ojos, volvió á apoderarse del medallon, miró de nuevo el retrato con una ansiedad devoradora, y ... no le quedó duda alguna Era Erebe.... el mismo Erebe a la edad de cinco años.

Entonces Pog, sin mudar de postura se puso á coordinar las cartas esparcidas á su alrededor.

Esta escena ofre cia algo de terrible.

Aquel hombre, pálido, ensangrentado, arrodillado enmedio de aquella lúgubre habitacion, pñsose á leer con indecible avidez todos los pasages que le revelaron al fin el sombrio misterio que despues de tantos años habia procurado vanamente descubrir.



CAPÍTULO XXXIII.

LAS CARTAS.

VAMOS á transcribir á nuestros lectores las cartas de que hemos hecho mérito en el capítulo precedente, y que Pog devoró, por decirlo así, en su cámara con la mas dolorosa atencion.

La primera de ellas habia sido escrita por él mismo veinte años antes de la época que nos ocupa. Ofrece su contenido un contraste tan singular entre la vida que entonces llevaba Pog, vida de felicidad, de paz, de ventura y la vida de pirata y de homicida, que quizas esas líneas inspirarán alguna piedad, algun sentimiento de compasion hácia ese desgraciado, inocente un día, y culpable hoy de los mas enormes delitos.

Quizas tambien se arrojará sobre su memoria alguna mirada compasiva al ver la extraordinaria elevacion de que habia caído.

Esas cartas descubren igualmente el vínculo misterioso que unia al conandador de Ambiez, á Erébe

y á Pog á quien desde ahora llamarémos con su verdadero nombre que era el del conde *Santiago de Montreuil*, antiguo oficial de las galeras del rey.

M. de Montreuil (Pog) habia escrito la siguiente carta á su muger de vuelta de una campaña, de ocho ó nueve meses en el Mediterráneo.

Dicha carta se hallaba fechada en el lazareto de Marsella.

Habiendo tocado la galera de M. de Montreuil en Trípoli de Siria debia sufrir, segun costumbre, una larga cuarentena.

Mad. Emilia de Montreuil, habitaba, cerca de Lion, una casa de campo situada á orillas del Rhone,

CARTA PRIMERA.

Lazareto de Marsella, 10 de Diciembre de 1612, á bordo de la Capitana,

«Será verdad! Emilia, será verdad! mi corazon reboza de júbilo.

Inútil seria el propósito de explicarte mi sorpresa. . . . es un vértigo de ventura, es un enagenamiento del alma, es una loca exaltacion que concluió en delirio, si á cada instante una idea piadosa y santa

no me inclinase hácia Dios, hacia ese Dios todo poderoso, autor de nuestras felicidades....

Oh! si supieses, Emilia, cuanto le he suplicado y cuanto lo he bendecido! Si supieses con qué fervor profundo he elevado hácia él este grito de mi alma embelesada: «Gracias, Dios mio, le he dicho, gracias á vos que habeis oido nuestros ruegos, gracias á vos que os habeis dignado coronar el amor que nos unia, concediéndonos un hijo....»

Emilia... Emilia... Dios mio!... estoy loco.

Al trazar sobre el papel esta dulce palabra... *un hijo*... mi mano tiembla, late el corazon con fuerza, lloro en fin.....

.....
Sí, he derramado lágrimas de placer. Cuan dulces son esas lágrimas!

Emilia, esposa mia... alma de mi alma, vida de mi vida, casto tesoro de las mas puras virtudes...
Páreceme que en la actualidad resplandece tu bellísima frente con mas magestad que nunca...

Yo me prosterno ante tí, hay algo de divino en la maternidad, que...

Emilia, tu lo sabes muy bien, en los tres años que cuenta nuestra union, ni la mas ligera nube ha venido á turbar el amor que mutuamente nos profesamos... Cada dia, puede decirse, que ha añadido un nuevo dia á esa vida de delicias...

Y si durante ese tiempo, y bien à pesar mio, te he podido cansar algun leve disgusto, de rodillas te suplico que me perdones en este dia solemne para ambos.

La felicidad que hemos disfrutado hasta el pre-

mente y que me parecia traspasaba todos los límites de lo posible, va ahora á duplicarse.

No encuentras tu en la felicidad de dos personas una especie de egoismo, una suerte de aislamiento, que desaparece cuando una tierna criatura viene á redoblar nuestros goces, aumentando los mas dulces, los mas interesantes, los mas adorables deberes?

Oh! y esos deberes, cuan bien los comprenderás!

No has sido tú en todas ocasiones el modelo de las hijas? No te has distinguido siempre por ese sublime interes hácia tu padre, por esa abnegacion por esos cuidados?

Pues bien! sí, la mejor, la mas adorable de las hijas, será la mejor, la mas adorable de las madres!.....

Dios mio, cómo lo amarémos, Emilia! como amarémos á ese pequeño ser.....

Aun llora tu esposo todavia.....

Conozco que mi razon se pierde.... oh! perdóname.... Y no merecerá disculpa por ventura el que así se produzca un hombre, que despues de tanto tiempo transcurrido sin saber de tí, la primera carta que recibe al cabo de tantos meses de ausencia, viene á anunciarle una cosa como esa? Quien puede resistir hasta ese extremo?.....

Difícil me seria el poder darte una idea siquiera aproximada de los sueños, de los proyectos.... de las visiones que acaricia mi enardecida fantasia!

Sies una hija se llamará Emilia como tú....

quiero que me des este gusto.... te lo suplico encarecidamente. Nada habrá mas encantador á mis ojos que la equivocacion que producirá á menudo la conformidad de vuestros nombres. Cuando llame con ternura á una Emilia.... dos Emilias acudirán á arrojarse en mis brazos.

Si es un hijo, querrás que se llame como yo?

Y á propósito de esto, Emilia, es preciso que hagas levantar una pequeña empalizada al rededor del lago y en las orillas del rio.... Gran Dios.... si nuestro hijo.....

Como conozco á fondo tu corazon, estoy persuadido de que mis temores no te parecerán exagerados, ni te harán sonreir.... al contrario, una lágrima dulce discurrirá por tu mejilla.... No es verdad? Oh! te conozco demasiado!

No es verdad que no hay ningun movimiento de tu corazon que me sea desconocido?... Pero dime Emilia, que es lo que yo he hecho para que el cielo me recompense asi?

Tú sabes que siempre he abrigado sentimientos religiosos.

Tú sabes que me decias á menudo con tu gracia irrimitable que si yo no sabia con demasiada exactitud las funciones de la iglesia, sabia perfectamente el número de pobres de nuestras inmediaciones. Al presente conozco la necesidad, no de una fe mas ardiente, porque la poseo, sino la necesidad de una vida mas gravemente religiosa.... todavia....

Todo se lo debo á Dios, y ademas no hay una cosa mas importante que el sacerdocio de la paternidad. De hoy en adelante no habrá ninguna accion

indiferente en nuestra vida: es preciso que nos ocupemos no solamente de nuestro porvenir sino del de nuestro hijo.

Dices bien, Emilia, que lo que tanto has deseado, que lo que no te habias atrevido á exigirme por consideracion y respeto á la voluntad de mi padre, que mi dimision del servicio, es ya en el dia una cosa que no admite duda alguna.

No hay *actua lmente* una hora, un minuto de mi vida que no pertenezca á nuestro hijo. Si hasta ahora he accedido á las instancias que con tanta repugnancia me has hecho, para que siguiese fielmente la última voluntad de mi padre, al presente han variado las circunstancias; porque aunque nuestros bienes sean considerables, no debemos descuidar nada de cuanto tienda á aumentarlos.

Tú lo sabes, esposa mia, la esperanza de toda mi vida, ha sido hasta aquí, la de labrar la tierra por mi propia mano, mezclando así la existencia apacible y sencilla del aldeano, con los dulces y santos goces de la familia. Tus gustos, tu carácter, tus angelicales virtudes te han hecho siempre desear á la par mía, esas risueñas é inocentes costumbres.... Qué mas quieres que te diga, Emilia mia?

Acaban de interrumpirme. La chalupa del lazareto parte inmediatamente.

Me desespero al considerar que mas de un mortal mes, me separa todavia del momento, en que caeré arrodillado á tus pies, y en que cruzandose nuestras manos alzadas al cielo, daremos gracias al Ser Supremo por los inmensos beneficios que ha derramado sobre nosotros.....

.....

La carta que precede, tan sencilla, tan pueril, si se quiere por sus detalles; pero que diseñaba con los mas vivos colores una felicidad profunda, y que contenia tantas esperanzas, se hallaba inclusa en otra carta cuyo sobre decia: *Al comendador Pedro de Ambiez*, y cuyo contenido, escrito muy de prisa, y por una mano casi desfallecida, era el siguiente.

CARTA SEGUNDA.

13 de Diciembre á media noche.

Me ha creído... leed... leed... yo me siento morir... leed... permita el cielo que esta carta sea nuestro suplicio en la tierra, mientras esperamos el que Dios nos tendrá reservado en la otra vida.

Al presente tengo vergüenza de vos... de mí... hemos sido muy viles... tan viles como traidores.

Esa infame mentira... jamás me atreveré á sostenerla en su presencia... jamás le dejaré creer que ese hijo... ahl este es un abismo de desesperacion!

Maldito seas... partid... partid...

Nunca mi falta se me ha presentado bajo apariencias tan horribles, como desde el momento en que esa execrable mentira hecha á su noble confianza, ha podido asegurar la impunidad del mas feo de los delitos.

Dios mio! preservar de todo mal al hijo de mis entrañas.

Bajo qué horribles auspicios va á nacer!.... si acaso nace.... porque segun empiezo á creer; él morirá en mi seno.... imposible será que pueda sobrevivir á los tormentos que me despedazan el alma.... Pero mi marido va á venir.... jamas le faltaré á la verdad que le debo.... qué haré? no... partais.... mi cabeza se trastorna.... á lo menos.... vos no me abandonareis..... no.... no partais.... venid.....

EMILIA

Pog (M. de Montreuil) aunque sabia que su muger habia sido culpable, jamas habia podido descubrir; á pesar de sus esquisitas averiguaciones, al seductor de la desgraciada Emilia.

Habia igualmente ignorado hasta entonces que Erebe fuese el fruto de aquel crimen de adulterio.

Hubo un momento en que se halló oprimido por las emociones mas contradictorias.

Aunque despues de los muchos años que habian transcurrido; no dejase de parecer pueril semejante resentimiento, la rabia de Pog llegó á su colmo, cuando consideró que aquella carta escrita de su propio puño, en el delirio de su felicidad, y llena de esas confianzas del alma que solo se depositan en el corazon de una muger amada, que aquella carta decimos, hubiese sido leida, y quizás menospreciada por el comendador de Ambiez.

No menos excesivo fué su furor cuando reflexionó en el profundo ridículo de que habia debido aparecer cubierto á los ojos de ese hombre, al hablar con tanto abandono; con tanto amor é idolatría de un hijo que no era suyo, y de una muger que tan infamemente lo habia engañado.

Las heridas mas profundas, las mas dolorosas, las mas incurables, son siempre las que alcanzan á la vez al corazon y al amor propio.

El mismo exceso de su furor, y su sed ardiente de venganza, atrajeron por decirlo así á Pog, hácia un pensamiento religioso. En efecto, creyó descubrir la mano de Dios en la estraña casualidad que habia colocado en su poder á Erebe, a aquel fruto de un amor criminal.

Estremecióse de un gozo salvage al considerar que el jóven desgraciado cuya alma habia pervertido y a quien habia encaminado siempre por una via tan funesta, iba quizas á llevar la desolacion y la muerte al seno de la familia de Ambiez.

Vió Pog en esto un castigo terrible... providencial.

Su primera idea fué la de ir á dar de puñaladas á Erebe.

Pero, impulsado por una curiosidad deboradora, se detuvo, queriendo antes que nada penetrar todos los misterios de aquella sombría aventura.

De consiguiente, continuó leyendo las cartas encerradas en el cofre. La siguiente, escrita tambien por Mad. de Montreuil se hallaba asimismo dirigida al comendador de Ambiez.

CARTA TERCERA.

14 de Diciembre á la una de la tarde.

»Dios se ha condolido de mí.

Ese desgraciado hijo vive, y si no sucumbe, no vivirá mas que para vos... y para mí...

Mis criadas son seguras.... esta casa se halla aislada.... lejos de todo socorro... Mañana haré pedir al pueblo, al venerable abad de San Mauricio.... todavía una mentira!.... una mentira sacrílega!

Le dié que esa infortunada criatura murió al nacer. Justina ha buscado ya una nodriza, la cual espera esta tarde al niño en la casa inhabitada del guarda de la encrucijada. Esta misma noche partirá dicha muger para el Languedoc, segun hemos convenido ...

Y me habré de separar de mi hijo.... de mi adorado hijo, que me ha costado tantas lágrimas?... Y me habré de separar de él para siempre?... ah! sí, es preciso.... y sobretodo, no me atrevo á quejarme.... conozco que semejante espiacion es infinitamente mas pequeña que el horrible crimen que pesa sobre mi cabeza.

Hijo de mis entrañas! yo lo he cubierto con mis lágrimas, lo he besado mil veces, he acariciado con fenesí á esa inocente víctima de mi delito.... Ah! esto es cruel hasta lo mas.

Pienso que no podré sobrevivir á estas crueles emociones.... he aquí todas mis esperanzas.....

Dios me alejará de este mundo.... sí.... pero para castigarme en la eternidad.....

Ah! no quiero morir... no... no quiero... misericordia!.... piedad, Dios mio, para esta mujer inconsolable y perseguida por los remordimientos!... ..

Acabo de volver de un largo desmayo, Peyrou os llevará esta carta; devolvedmela al instante.»

La siguiente carta de Emilia de Montreuil, anunciaba al comendador que el sacrificio se habia consumado.

CARTA CUARTA.

15 de Diciembre á las 8 de la noche.

»Todo está concluido... esta mañana vino el buen abad de San Mauricio....

Mis criadas le digeron que la criatura habia muerto, y que yo, en medio de mi desesperacion, cediendo sin duda á un movimiento de cristiana resignacion, lo habia encerrado por mi misma mano en su ataúd.

Ya sabeis que ese pobre eclesiástico es muy viejo; me ha visto ademas nacer, y de consiguiente tiene

en mí una confianza tan ilimitada, que ni siquiera un momento le pasó por la imaginación esa impia mentira

El sencillo abad se puso á orar ante el féretro yacido.

Oh! sacrilegio.... sacrilegio!

Es imposible que Dios me perdone.... En fin, el ataúd fué trasportado á la capilla de nuestra familia....

Ayer noche, por última vez.... abracé á mi hijo.... á ese hijo en la actualidad abandonado y sin nombre.... á ese hijo que es la vergüenza y el remordimiento de los que le han dado la vida....

Yo no podía separarme de él, no podía cuando Justina lo arrancó de mis brazos el inocente rompió en amargo llanto....

Ay de mí! esas preciosas lágrimas han penetrado hasta el fondo de mis entrañas como un funesto presentimiento.

Si.... quién es esa muger que se ha llevado á mi hijo? quién es esa muger? Justina me ha dicho que responde de ella.... pero posee acaso Justina el corazón de una madre para poder preveer los temores fundados que á mí me sobresaltan?.... Si yo hubiese sido, al instante hubiera conocido si se podía confiar en ella. Y como no he tenido semejante precaución?..... Oh!...., cuán cierto es que Dios es justo, y que la esposa culpable no puede ser mas que una mala madre!.....

Hijo mío, y cuanto va á sufrir!.... Quien podrá protegerlo? quien lo defenderá? Si esa muger es infiel, si es una libertina, ese inocente carecerá de

todo.... tendrá frío.... tendrá hambre.... quizá aguantará los golpes de una mano despiadada.....

A lo menos, no le abandoneis vos.... pero en su infancia, en esa edad en que tendrá tanta necesidad de cuidados y de ternura, qué podreis hacer por él? nada.... Dios mio! nada. Y por otra parte, no podeis morir en un combate?..... oh! esto es cruel.... esto es horrible ... afortunadamente no sobreviviré á esta agonía, ó bien moriré á la primera mirada de aquel á quien tan terriblemente he ofendido.....

Cada una de sus cartas, tan nobles, tan tiernas, tan expresivas, descarga un golpe mortal á mi corazón... Ayer le anuncié la fatal noticia .. una mentira mas... Cuanto va á sufrir! lo ama tanto...!

Oh! esto es horrible... horrible... esta lucha tendrá un fin muy próximo... si... lo conozco... muy próximo...

Pedro... quisiera veros antes de morir... Es mas que un presentimiento... es una certeza la que tengo de que jamás volveré á ver á mi marido.

Y si no fuese así, si se me presentase..... creedme... su sola presencia me mataría

¡Preciso es que mañana mismo abandoneis la Francia.

Cuando ese desgraciado hijo pueda seros confiado, si acaso sobrevive á su triste infancia, amadlo Pedro.. amadlo... y tened presente que nunca ha gozado de las caricias de una madre... Quisiera ademas que en el caso de que llegase á tener vocacion, y en el de convenir á su alma y á su caracter, quisiera, repito que abrazase la carrera eclesiástica... Vos le confiariais entonces el terrible se-

creto de su nacimiento, y cuando elevase al cielo sus oraciones, cuando le pidiere gracia para los autores de sus dias, quizas el cielo oyese benigno sus plegarias... Me siento débil... muy débil... todavia te volveré á ver una vez, Pedro.... ah! nosotros espiamos cruelmente algunos dias de placer tan fugaz como criminal....”

Veianse aun las señales de las lágrimas que habian borrado algunas palabras de la carta anterior, escrita por una mano desfallecida.

Luego que Pog hubo leído esos pasages que pintaban tan dolorosamente el estado del alma de Emilia, permaneció un momento pensativo.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Este hombre tan cruelmente ultrajado, este hombre endurecido por el odio, no pudo rehusar un sentimiento de compasion en favor de aquella desgraciada muger.

Una lágrima.... una lágrima ardiente.... la sola quizá que habia vertido despues de largos años, vino á humedecer sus ojos.

De allí á poco se sublevaron sus resentimientos con mas fuerza todavia que anteriormente, contra el autor de todos sus males, y dió gracias al cielo por haberle hecho al fin descubrir al seductor de Emilia.

Pero no conviniendole por el momento detener su imaginacion en la terrible venganza que meditaba, continuó leyendo.

La siguiente carta; escrita tambien por Mad. de Montreuil, se hallaba dirigida al comendador de Ambiez.

CARTA QUINTA.

16 de Diciembre á las 9 de la mañana.

„Mi marido sabe ya la muerte supuesta de nuestro hijo..... su desesperacion raya en locura. Es tan estremado su pesar, que su carta me ha llenado de asombro..... La cuarentena se acaba dentro de quince dias..... para entonces no viviré..... mi crimen se sepultará conmigo. El me compadecerá y quizás llorará sobre mi tumba. Oh! engañar!..... siempre engañar!..... he aquí mi destino... engañar hasta cerca del sepulcro... Y será posible que Dios me llegue á perdonar?... no quiero pensar en su justicia, porque me estremezco..... Esta noche... á las once.... os abrirá Justina la puerta pequeña que da al bosque..... nos daremos el á Dios solemne, y puede ser que fúnebre.”



CAPÍTULO XXXIV.

EL ASESINATO.

CONTINUANDO Pog la inspeccion de las fatales cartas que contenia el cofre, hallóse un papel roto por algunos lados, que contenia una especie de confesion escrita por el comendador, sin saberse con qué objeto, ni à qué persona habia sido dirigido, siendo probable que hubiese sido formado el tal documento pocos dias despues de la sangrienta catástrofe que en el mismo se referia.

Varios pasages, borrados quizá á propósito, parecian referirse á un viage á Langüedos que Pedro de Ambiez verificó probablemente en la propia época, para informarse sin duda de la suerte de su desgraciado hijo.

He aquí lo que pudo leer Pog del espresado papel.

.....
 Y ~~mis~~ manos se ha-

llan teñidas de sangre..... acabo de cometer una muerte.....

He asesinado al hombre á quien ya habia inferido una mortal ofensa....

A las once me dirigí à la pequeña puerta del parque ... Fuí introducido en la habitacion de Emilia.

Hallábase esta acostada, cubierta de una palidez aterradora, casi moribunda.

Apesar de su notoria belleza, se asemejaba á un espectro. Y era que la mano del Todo-Poderoso habia tocado ya á aquella muger culpable.

Reclinéme un poco sobre una de sus almohadas. La infeliz me alargó su mano desfallecida y helada....

Apretéla contra mis labios.... frios tambien.

En semejante actitud, arrojamós por última vez una dolorosa mirada hacia lo pasado, y me acusé sinceramente de haberla perdido, de haber arrancado la felicidad de un corazon tan cándido y tan puro.

En seguida hablamos de nuestro desgraciado hijo, vertiendo abundantes lágrimas.... sí... llorando amargamente.... cuando he aquí que de improviso....

Ah! todavia es, y siento inundarse mi frente por un sudor frio que me acobarda: herizanse mis cabellos.... una voz terrible parece que me grita: Asesino.... asesino....

Oh! en vano pretenderia desechar los crueles remordimientos que me despedazan el alma.... en vano porque hasta el último de mis dias conservaré delante de mí la presencia de mi víctima.....

Pero coordinemos esos míseros recuerdos.

Fué aquel el momento mas terrible de mi vida.

El cuarto de Emilia estaba débilmente alumbrado por una mariposa colocada cerca de la puerta.

Me hallaba sentado junto al lecho, con la frente apoyada sobre la mano de aquella infeliz, que por mas esfuerzos que hacia, no podia contener los sollozos.

El mas profundo silencio reinaba al rededor de nosotros.

Acababa de hablarle de nuestro hijo, y de ofrecerle seguir fielmente su voluntad hasta el postrer instante de mi vida.

Habia tratado de consolarla, de infundir en su corazon la esperanza de dias mas tranquilos y felices, de aconsejarla en fin que se revistiese del valor necesario para seguir ocultando todo á su marido, cuyo reposo y felicidad consistian solamente en la ignorancia en que á la sazón se encontraba,

De repente, la puerta que estaba detras de mí, se abrió con extraordinaria violencia.

Emilia dió un grito, esclamando llena de terror: Mi marido!... yo me muero.

Antes que hubiese podido volverme... un movimiento involuntario del esposo, apagó la mariposa.

Quedamos los tres sumergidos en una oscuridad intensa.

—No me mates antes de haberme perdonado, exclamó Emilia.

—Oh! sí... vas á morir en este instante... en seguida morirá él, dijo M. de Montreuil con una voz sorda.

Horrible fué este momento, cuyo recuerdo hiela la sangre en mis venas,

El se adelantó á tientas... yo dí tambien un paso procurando salirle al encuentro... y contenerle.

No nos digimos ni una palabra.

El silencio era profundo.

Unicamente se oían nuestras respiraciones oprimidas, y la voz baja y convulsiva de la desventurada Emilia, que murmuraba:—Señor, tened piedad de mí... Señor, tened piedad de mí.

En esto, sentí sobre mi frente una mano fría como el mármol.

Era la de su marido.

Buscándome en la oscuridad me habia tocado.

Sentí que se estremeció, y le oí decir en seguida.—Su cama debe por consiguiente estar á mano izquierda.

Esta calma me asombró.

Precipitéme sobre él.

Però en aquel momento, Emilia, á quien sin duda habia ya cogido su marido, exaló un grito agudo y doloroso, diciendo:—Misericordia.... misericordia.....

Fuí entonces á apoderarme de él á viva fuerza, cuando sentí que la punta de un puñal me hirió en la mano.

Emilia dió un largo suspiro, la infeliz se hallaba muerta ó herida : su sangre saltó hasta mi frente.

Entonces, se trastornó mi cabeza.

Me sentí dotado de una fuerza sobrenatural.

Con la mano izquierda cogí el brazo derecho del asesino, arranquéle el puñal con la derecha, y se lo hundí en el pecho antes que hubiese podido hacer el menor movimiento,

Lo oí caer á mis pies sin exalar ninguna queja. Desde aquel instante perdí el conocimiento.

Cuando al salir el sol del siguiente día, volví en mi acuerdo, halléme tendido sobre unas malezas y cubierto de sangre.

Durante algunos momentos no pude coordinar mis ideas, pero cuando todo se me vino á la memoria, me levanté y volví á entrar en mi casa, procurando que nadie me mirase.

Apenas habia puesto los pies en ella, advertí que se habia perdido mi cruz de Malta. Quizás me habria sido arrancada en la lucha de la noche anterior.

Volví á hallar á Peyroü, que me aguardaba con mis caballos, y al fin logré llegar hasta aquí... (*En este lugar del escrito faltaban unas cuantas páginas*)..... y ella no....

Los dos descansan en una misma tumba. Esta idea de asesinato me persigue sin.... soy doblemente criminal.... Mi vida entera no será bastante para espiar ese atroz delito.....

Lo demas del documento no pudo ser leído por Pog, porque tambien faltaba la página en que aquel concluía,

El último papel que contenia el cofre era una car:

ta dirigida à Peyroü por un patron de barco de las inmediaciones de Aiguemorte , cinco años despues de los sucesos que se acaban de referir, y el mismo año, sin duda, del robo de Erebe por los piratas, en la costa de Langüedor.

Peyroü, que servia entonces á bordo de las gale-
ras de la religion, con el comendador, habia estado en el secreto de aquella misteriosa y sangrienta tragedia.

La siguiente carta le fué enviada á Malta , en donde habia continuado sirviendo al comendador, el cual , á pesar de que habian transcurrido cinco años desde la fatal aventura, no habia querido volver á pisar, ni una vez siquiera, el suelo de su pais.

Al señor Bernardo Peyroü , comitre-patron de la Nuestra Señora de los Siete Dolores.

"Mi querido Peyroü: acaba de suceder una gran desgracia: hace tres dias que una galera berberisca ha hecho un desembarco en la costa que no estaba guardada.

Los piratas lo han puesto todo á sangre y fuego, llevandose como esclavos á cuantos habitantes han podido poner á la cadena. No sé cómo manifestaros lo que aun me resta que deciros. La muger Agniel , y el niño que le habiais confiado, han desaparecido, y de consiguiente no cabe duda de que ó han sido asesinados, ó hechos cautivos por los piratas. He estado en su casa y todo anuncia en ella las señales de la violencia. Ay de mí! os lo

repito, no hay duda de que la muger y el niño deben de haber participado la misma suerte que los otros habitantes de ese desgraciado pueblo. Y si esto es así, podrá resistir aquella tierna criatura las fatigas é incomodidades de la navegacion?

Os remito lo único que se ha encontrado en la casa, el retrato del niño, hecho de orden vuestra en Montpellier, hará como un mes. He visto últimamente el original y puedo aseguraros que está muy parecido. Oh! Dios mío! quizás sea esa triste copia lo único que al presente quede de ese ser infortunado.

Envio esta directamente á Malta, por conducto de la tartana Santa Cecilia, á fin de que lo sepais todo con seguridad y prontitud.

P. D. En el caso inesperado de que el niño llegase á ser habido, os advierto que en el brazo izquierdo tiene impresa la figura de una cruz de Malta.».....

.....

Para completar estas esplicaciones resta decir, que aunque peligrosamente herido, tuvo Pog (M. de Montréuil) el suficiente valor y presencia de espíritu para envolver aquella fatal noche con el velo del mas profundo misterio.....

Despues de la muerte de Emilia, ordenó á Justina, bajo terribles amenazas, tuviese cuidado de manifestar á todo el mundo que su señora, ya enferma con motivo de la muerte de su hijo, habia succumbido de sobre-parto.

Nada mas natural que esta version, y así es que fué generalmente creída.

Entretanto, permaneció Pog oculto en su casa hasta que la herida se hubo curado del todo.

Aunque á fuerza de promesas, unas veces, y de amenazas otras, procuró saber de Justina, el lugar donde se hallaba el niño, no le fué posible averiguarlo.

Réstanos ahora explicar el cómo Pog sorprendió juntos á Emilia y al comendador.

Al saber en el lazareto de Marsella la muerte supuesta de su supuesto hijo, experimentó Pog un violento disgusto, y fue tal el estado de desesperacion y abatimiento en que conceptuó á su esposa, que despreciando la pena de muerte en que incurrian los desertores del lazareto antes de espirar la cuarentena, dejó aquella misma noche, á uado, la isla de Ratonneau, en donde se hallaban entonces situados los buques cuarentenarios.

Llegado apenas á la costa en la que lo esperaba con sus ropas un criado fiel, tomó inmediatamente el camino de Lion, corriendo la costa á escape bajo un nombre supuesto.

Dejando los caballos á distancia de un par de leguas de su casa, llegó á ella á pié por un camino de travesía, y como al pasar por delante de la puerta que daba al bosque, la vió abierta, por haberla dejado en aquella disposicion el comendador, entró hasta el patio interior sin la menor dificultad.

Hacia algunos dias que Emilia, por mas prudencia y precaucion, habia alejado á los criados bajo diferentes pretextos, conservando solamente cerca de sí á dos de sus doncellas en quienes tenia completa seguridad.

He aquí por que su esposo, habiendo encontrado la casa casi desierta pudo llegar, sin ser apercibido,

hasta la misma puerta del cuarto de Emilia. Esta, que lo creía detenido aun en el Lazareto durante diez dias que le faltaban para concluir la cuarentena, no habia podido tener la menor sospecha de su arribo.

Cuando oyó Pog la conversacion de su muger con Pedro de Aubiez, no le quedó duda de su deshonra.

Así que se halló completamente restablecido, abandonó para siempre su casa de Lyonnais.

Seguro del silencio de Justina, que ningun interes podia tener en descubrir lo ocurrido, dejó para siempre la Francia, llevándose consigo una suma considerable en oro.

Luego que se advirtió su desaparicion del Lazareto, se creyó, y esta creencia se acreditó como una verdad, que en medio de su dolor al saber la pérdida de su hijo, Mr. de Montreuil se habia arrojado al mar. La noticia de su muerte se esparció tambien por Francia, y el comendador creyó á su víctima muerta de resultas de la herida que le habia causado en aquella noche para siempre memorable.

Pog habia pues ignorado siempre el nombre del seductor de Emilia.

El único indicio que tuvo, pero indicio que no habia podido aclarar sus dudas, era la cruz de Malta del comendador, á el que durante su lucha con Pog en el cuarto de Emilia, se le habia caído al suelo.

La cruz tenia en la abrazadera las iniciales L. P., lo que indicaba que su poseedor sabia la *lengua ó dialecto provenzal*.

Fácil es ahora comprender el odio feroz que

Pog abrigaba contra todos los caballeros de Malta franceses.

Tan escesiva habia sido siempre su sed de venganza que sus ataques se dirigian con preferencia contra el Langüedoc y la Provenza, como quiera que el seductor de Emilia debia ser algun caballero de Malta nacido en esta provincia.

Infútil seria decir si el amor que Pog habia esperimentado por Emilia antes de su traicion, habia sido violento y apasionado....

El retrato que el comendador de Aubiez habia hecho colocar encima del atahud que le servia de cama, en espiacion del asesinato que cometiera, era el de Pog, retrato que Peyroñ le habia proporcionado despues de la venta de la casa de Lyonnais.

Luego que acabó de leer las fatales cartas que le revelaran tan crueles misterios, permaneció Pog un momento oprimido por su dolor.

Sus ojos se cerraron.

Mil ideas, mil pensamientos confusos se agitaron en su imaginación.

Hubo un instante en que temió volverse demente.

Pero poco á poco se apaciguó aquella especie de vértigo

Y en medio de una calma horrible, mas temible aún que la cólera y el despecho, se puso entonces á meditar en los nuevos medios de venganza que le sugirieran su odio implacable y su corazon empedernido.

CAPITULO XXXV.

PROYECTOS.

 NA vez iluminado Pog, acerca del nacimiento de Erebe, dió gracias al infierno de haber colocado en su poder á aquel jóven desgraciado.....

.....
Erebe, ese hombre que siempre le inspirara tantos sentimientos de aversion, era el hijo de su mas mortal enemigo; pero tambien lo era de una muger á quien Pog habia adorado con delirio.....

.....
Un hombre de su carácter debia obrar con esmerada prudencia para no ver frustrada la ocasion de satisfacer la rabia que le devoraba.

La muerte de Erebe no podia satisfacerle; por mas cruel y lenta que fuese solo se reduciria á un dia de suplicio, y este no era suficiente.

Verdad es que si Erebe debia ser considerado

como la personificación viva del crimen del comendador, era por lo menos inocente de semejante delito; pero habia mucho tiempo que Pog habia perdido la conciencia de lo justo y de lo injusto.

No dudó pues en mirar á Erebe como una víctima sacrificada á sus resentimientos. Al propio tiempo se estremeció de siniestro júbilo cuando averiguó que Pedro de Ambiez habia sido el seductor de su muger; porque esto le facilitaba la ocasion de saber á donde podria dirigir sus tiros.

Todo parecia favorecer sus proyectos: creia haber matado á Raymundo V, baron de Ambiez, en el ataque de Ciotat: Reina, robada por Erebe, era sobrina del comendador: parecia que el destino se hallaba de acuerdo con él para perseguir y esterminar á esta familia.

Tales eran las reflexiones que se hacia Pog, cuando las dos galeras y el javeque llegaron al surgidero de las islas de Santa Margarita.

Apenas echaron anclas, vino Hadji á bordo del *Galeon rojo* y halló á Pog absorto en sus meditaciones.

En pocas palabras le instruyó de los proyectos de Erebe, y de sus vanas tentativas para seducir á la tripulacion y dar á huir hácia el Oriente.

Pog palideció de sobresalto... Erebe habria podido escaparse de sus manos, sin la fidelidad de Hadji y de sus marinos! Su venganza no conoció ya límites!!

Dió mil gracias al gitano por su conducta en esta circunstancia, y lo hizo con tanta espresion que Hadji se quedó en extremo admirado, como que

esos sentimientos contrastaban hasta lo sumo con el caracter de Pog.

—Yo y mis marineros, dijo el gitano, te hemos permanecido fieles, porque así lo exige nuestro propio interes; por lo demas, Pog Reis, si quieres creedme, aprovecha la primera ocasion que te se presente para echar á ese jóven en tierra. El se pierde miserablemente, se va volviendo débil con escape: ahora mismo le acabo de ver llorar á los pies de esas dos mugeres: te aconsejo, pues, que lo abandones en la primera ocasion; así como así, no ha de hacer mas que incomodarnos.....

—Abandonar á Erebe! exclamó Pog con una expresion tan apasionada que Hadji le miró con estupor.

—Abandonar á Erebe! prosiguió, luego tú no sabes.... pero que digo?.... tú debes ignorarlo... Ahora mismo.... en este mismo instante me vas á traer á ese jóven.... y cuenta que me respondes con tu vida.... lo entiendes?.... Pero no.... yo mismo voy á encontrarlo en su javeque.... eso será lo mas seguro.....

En este instante entró el piloto del *Galeon Rojo* y dijo á Pog con agitacion: señor, examinando el horizonte con mi antejo, acabo de descubrir á lo largo una galera y una polacra..... Esas dos embarcaciones pueden muy bien pasar al sud de nosotros sin que lo notemos quiera Dios que no sea.... la tal galera negra suele ser muy fatal para aquellos á quienes ataca....

—La galera negra? preguntó Pog.

—Quién no conoce la galera negra del comendador de Ambiez! dijo el piloto.

—Toma! sin duda debe ser ella, exclamó el gitano; de un momento á otro se aguardaba al comendador en la Casa-Fuerte de Raymundo V..... Pedro de Aubiez habrá llegado á ella despues de nuestra salida de la misma, habrá visto las ruinas que hemos causado en aquellos contornos, habrá sabido el robo de su sobrina, la muerte de su hermano..... y seguramente viene á buscarnos para vengarse....

—Con que esa galera.... es la del comendador Pedro de Aubiez? dijo Pog enmedio de la sensacion mas profunda: Pedro de Aubiez.... el comendador.... aquí.... él....

Imposible seria querer pintar la espresion de júbilo salvaje con que Pog pronunció estas palabras.

En seguida juntando las manos y cayendo de rodillas, exclamó lleno de fervor:

—Dios mio!.... Dios mio!.... perdonadme. Largo tiempo he dudado de vuestra justicia: hoy sin embargo se me revela en todo su esplendor y magestad. Sí, Dios mio! perdonadme!... En un mismo dia poneis á merced de mi venganza al padre y al hijo.... El padre y el hijo en mi poder! Oh! señor! conozco que sois soberanamente grande y soberanamente justo.

Despues de haber orado se levantó Pog, y se puso á pasear apresuradamente y sin decir la menor palabra; sin duda habia olvidado la presencia de Hadji y del piloto.

Asi se pasó media hora. El gitano examinaba á Pog con ávida y sombría curiosidad.

Esperaba verlo salir del caos á donde sus ideas parecian haberlo sumergido.

En fin, cediendo Pog á la violéncia de tantas emociones, se sintió debilitarse, se puso pálido como un espectro, y sin la ayuda de Hadji y del piloto ciertamente habria caído de espaldas.

El gitano lo colocó sobre la cama, sacó un frasco de la cintura, se lo dió á oler, le hizo respirar, y muy luego, en fin, salió Pog-Reis de aquel desvanecimiento pasagero.

—De todo me acuerdo, dijo mirando al rededor de sí con la mas viva ansiedad. Tú me crees débil.... Hadjí.... pero qué quieres?.... Ha vuelto el tiempo de los milagros.... Oh! el Todo-Poderoso acaba de imponerme deberes que me precisa cumplir ... Ya me siento fuerte... sí ... la voz de Dios me lo ordena.... la oigo en este instante.... me precisa dar al mundo un terrible ejemplo.... Traeme inmediatamente á Erébe, Hadjí.

Estas palabras, el acento dulce y la fisonomía casi tranquila de Pog fueron para el gitano un nuevo motivo de admiracion y de asombro.

—Se hará como lo quereis, señor, ahora mismo voy a enviaros al jóven, ó á traerlo yo mismo, para mayor seguridad.

—No és esto todo, Hadjí... Tú amas el pillage como Trimalcion-Reis, pero amas tambien el combate y los peligros; pues bien, escúchame. La fortuna te depara una ocasion de distinguirte y de llevar la mejor parte en un brillante combate, del que no obstante solo serás espectador. Se trata de que salgas con el javeque y de llegar con él á donde se halle la galera negra del comendador. La marcha de tu buque es superior á la de todas las galeras....

cuando estés á cierta distancia verás una bandera negra, y por este medio atraerás al comendador hasta esta rada.

—Comprendo.

—Me comprendes, Hadji? la culebrina de la Casa-Fuerte nos ha hecho tales averías, que han de pasar muchos días antes que nos hallemos en disposicion de poder salir nuevamente; pero pocas horas necesitamos para hallarnos en estado de sostener un combate á el ancla, y muy raras serán las que se hayan dado hasta el presente, semejantes al de que te hablo, si me traes á esta bahía la galera de Pedro de Ambiez.

—Volveré en los términos que deseais.

—Sí, pero antes, quiero que me traigas á Erebe.

—Al instante, señor.

—Y ten cuidado de no revelar mi proyecto á Trimalcion... una vez que se haya empeñado el fuego por una y otra parte, estoy seguro que ese bruto sabrá cumplir con su deber.

Descuidad... antes de una hora, la galera negra doblará esta punta en persecucion de mi javeque...

—Y entonces... y entonces, dijo Pog hablando consigo mismo, con un aire de inspiracion, entónces esta bahía, ahora tan tranquila, presenciara una de esas terribles escenas cuyo recuerdo asombra algunas veces á la humanidad durante muchas generaciones.

—Me voy, para volver con Erebe, señor, dijo Hadji, y desapareció.

Pog se arrodilló implorando inútilmente del cielo la proteccion y ayuda que creia necesitar para llevar á cabo el horrible proyecto de venganza que se abrigaba en su empedernido corazon.

CAPITULO XXXVI.

LA ENTREVISTA.

MIENTRAS que el gitano se dirigia á bordo del *Galeon Rojo*, Erébe, casi conceptuado como prisionero, compartía la cámara del javeque con Reina y Estefanía.

Apesar de su despecho y de las vivas inquietudes que la agitaban acerca de la suerte de su padre, la señorita de Ambiez no habia podido permanecer insensible a la desesperacion de Erébe.

Habiase reprochado el rapto con tanta amargura, y eran tantos los esfuerzos que habia hecho para obtener del gitano la libertad de las dos jóvenes, que la angelical Reina, se conolió al fin de él.

A lo menos, en la cruel posicion en que se hallaba podia contar de seguro con un defensor enérgico y decidido.

La débil claridad de un día encapotado de nubes, alumbraba apenas la reducida habitacion que contenia aquellas tres personas combatidas por afectos distintos, y sometidas á una misma desgracia.

Estefania, rendida de fatiga, dormia medio acostada sobre una estera.

Reina, sentada á corta distancia, ocultaba el rostro entre sus manos.

Erebe, inclinado hácia adelante, y con los brazos cruzados, bajaba la cabeza, discutiendo por sus mejillas un raudal de lágrimas amargas.

—Nada .. nada.... no encuentro ningun medio, dijo en voz baja: en seguida levantando la cabeza, y dirigiendo á Reina una mirada suplicante, añadió. Y qué hacer, Dios mio! qué hacer para arrancarnos del poder de esos miserables?

—Padre mio! dijo sordamente la señorita de Anbiez, y volviendose hácia Erebe continuó. Ah! maldito seais... vos que habeis causado todos mis males... sin vos, me encontraria ahora al lado de mi padre, de mi padre que quizá esté sufriendo, que quizá se encuentre herido... á lo menos no le faltarian mis cuidados... ah! sí, maldito seais!!!

—Sí, ... siempre maldito! repitió Erebe con amargura. Maldito sin duda de mi madre en el instante en que me dió á luz... maldito por el hombre que me ha recogido!! Maldito de vos! añadió con la mayor desesperacion.

—No habeis arrancado una hija á su padre? No habeis sido muy á menudo cómplice en las viles expediciones que han asolado ese desgraciado pueblo? exclamó Reina indignada.

—Oh! por piedad, no me opríméis mas de lo que lo estoy! Sí, verdad es que he sido cómplice en esos atentados; pero tambien lo es que fuí elevado al mal, como vos al bien! Vos tuvísteis una madre! teneis un padre! siempre habeis tenido á la vista ejemplos nobles que imitar Pero yo, arrojado por la suerte en medio de esos miserables á la edad, segun creo, de cuatro ó cinco años; sin parientes, sin ningun protector, víctima de Pog-Reis, que por pasatiempo, como me dijo ayer, me ha encaminado al mal del mismo modo que á un lobo pequeño se enseña á ser carnicero, yo habituado á no escuchar otro language que el de las malas pasiones, y á no conocer ningun freno, creo estar en muy distinto caso; y sin embargo, heme aquí arrepentido de los males que he causado heme aquí llorando sí llorando de desesperación porque no puedo salvaros; estas lagrimas que los mas crueles dolores no hubieran sido poderosos á arrancar de mis ojos, las vierto ahora en abundancia producidas por el sentimiento de haberos ofendido, Bien habréis notado que he procurado reparar esta ofensa queriendo restituiros á la casa de vuestro padre. Desgraciadamente no me ha sido dable conseguirlo. Ah! ojalá y nunca os hubieran visto mis ojos tan bella y tan seductora cuando aquel dia en las rocas de Provenza

—No digáis una palabra mas, exclamó Reina con dignidad. Desde ese dia empezaron mis desgracias Oh! ese dia fué tan fatal como este!

—Fatal si . . . fatalísimo, porque si no os hubiera conocido, no habria sentido ninguna aspi-

racion hácia el bien.... mi vida entera hubiera sido consagrada al crimen, y sobre todo, no me veria atormentado por los remordimientos que ahora siento en mi alma, dijo Erebe con aire sombrío.

—Desgraciado, exclamó Reina arrastrada á su pesar por una secreta inclinacion. No habéis así. A pesar de todo el mal que habeis ocasionado á mí y á los míos, estad seguro de que no seria tan odioso á mis ojos vuestro fatal reencuentro, si hubieseis de deber á este los únicos buenos sentimientos capaces de encaminaros un dia por el sendero de la virtud, y de salvar vuestra alma de los tormentos que la amenazan.

Reina de Aubiez pronunció estas palabras con una emocion tan viva y con tal acento de interes, que Erebe cruzó las manos mirándola lleno de admiracion y de reconocimiento.

—Salvar mi alma!... yo no comprendo vuestras palabras... Pog-Reis me ha dicho que no existe el alma... Pero en fin, veo que os habeis compadecido algo de mí. Esas son las únicas palabras de bondad y de consuelo que he oido desde que existo. La dureza, la violencia me irritan y exasperan..... la bondad me llegará á dominar seguramente.... me hará mejor de lo que soy; pero, ay de mí! á quién le importa mi enmienda? á nadie! Al rededor de mí no veo mas que odio, desprecio... indiferencia.

Erebe llevó la mano á los ojos y guardó silencio.

No pudo Reina al oirlo dejar de compadecer á aquel infortunado, y de estremecerse al considerar los detestables principios que se le habian hecho recibir.

Creyó la jóven de Anbiez que los buenos instintos de Erebe pugnaban con su educacion á fin de encaminarlo por el sendero de la virtud, y que aquel corazón no se hallaba enteramente corrompido.

Desde que habia caído en poder de los piratas no habia traspasado el jóven los límites del mas profundo respeto; y si la sustragera de la casa paterna con la mayor audacia, mostrábase ahora hácia ella lleno de sumision y de timidez.

Pero bien pronto, sonrojándose por esos sentimientos de conmiseracion, y echandose en cara el olvido de las vivas inquietudes que le causaba la suerte de Raimundo V, exclamó.

—Pero, y mi padre!!..... qué habrá sucedido á mi padre?... Cuándo lo volveré á ver? oh! esto es insoportable, Dios mio!

Creyendo Erebe que las palabras de Reina iban dirigidas á él, le contestó tristemente:

—Pensais por ventura que no apelo á todos los medios con que puedo contar para arrancaros de aquí? Pero si esos medios no producen el resultado que deseo, qué quereis que haga? Ah! sino fuese por vos, y por la esperanza que aun me resta de poderos servir de utilidad.... Erebe no concluyó; pero era tan sombría su espresion que asombrada Reina exclamò:

—Qué quereis dar á entender con eso?

—Quiero decir que cuando no se puede soportar la vida, lo mas prudente es desembarazarse de ella. Cuando os halleis libre, cuando os llegue á ver fuera de la férula de estos malvados, entonces, creedme, Erebe dejará de existir.... se matará.

—Todavía un nuevo crimen! una vida ya tan culpable como la vuestra terminará pues con un horrible atentado! exclamó Reina. Pero ignorais acaso que vuestra vida no pertenece sino al Ser Supremo?

Prebe se sonrió amargamente.

—Mi vida me pertenece toda vez que está en mi mano la facultad de librarme de ella cuando quiera. Luego que os haya dejado, es decir, luego que me halle ausente de vuestra vista, creéis que me será posible vivir? Si ahora no me mato á vuestros pies es porque, como ya os he dicho, aun me anima la esperanza de seros útil. No, no quiero vivir. Vos me habeis hecho comprender cuán criminal ha sido la existencia que he arrastrado hasta aquí. Pudiera pensar en el porvenir, es cierto! pero el porvenir para mí.... sois vos.... y yo soy indigno de vos.... y vos no me amais.... y vos no me amaréis jamás. Oh! maldito sea el gitano que me ha engañado, ese pícaro que me dijo que vos no habiais olvidado al que tuvo la dicha de salvar la vida á vuestro padre!....

—Nunca, nunca he olvidado que vos sois el salvador de mi padre! dijo Reina con dignidad. Y si es cierto que lo que habeis hecho despues conmigo es una cosa inaudita, tambien lo es que debo agradecer los esfuerzos que acabais de hacer para reparar ese ultrage. El arrepentimiento, los remordimientos de los mas grandes crímenes, hallan gracia delante del Señor. Si él permite que vuelva al seno de mi casa y al lado de mi padre.... yo os perdonaré.... En tal caso, antes de separarnos os diré "No

desconfiéis de la bondad infinita de Dios. En lugar de entregaros á una desesperacion insensata abandonad para siempre á los que os han hecho cómplice de sus delitos: haceos instruir en nuestra santa religion; aprended á conocer, á amar, á bendecir al Todo Poderoso; sed hombre de bien; probad al mundo, con una vida ejemplar, que habeis huido de la suesta via en que os hallabais empeñado, y entonces.... entonces se podrán compadecer vuestros pasados infortunios.... entonces se podrán olvidar vuestros ultrages.... entonces se creará en fin que efectivamente habeis querido espiar vuestras culpables acciones.

—Y si siguiese vuestros consejos, exclamó Erebe exaltado por el noble y piadoso language de Reina, si me hiciese hombre de bien, llegaria para mí un dia en que pudiese presentarme en la Casa-Fuerte de Raymundo V?

Reina bajo los ojos.

Abrióse en esto la puerta de la cámara, y apareciéndose por ella el gitano, libró quizas á la jóven de una respuesta embarazosa.

Estefania se despertó sobresaltada y dijo con sencillez:

—Ay! Dios mio, señorita, soñaba que me estaba casando con el pobre Luquin, que nos habia salvado, y que habia hecho prender á ese malvado gitano.

—Pues justamente mis deseos se hallan en oposicion con todo lo que acabais de soñar, dijo el gitano riéndose con desvergüenza. Creed que tales son los votos que hago por el capitan Luquin.

—Qué quieres? exclamó Erebe interrumpiendo á Hadjí con impaciencia.

Vengo á buscaros... Pog Reis os llama, y os está esperando á bordo del *Galeon rojo*.

—Dí á Pog Reis que no saldré del javeque sino para conducir á tierra á la señorita de Aubioz. Ella no tiene aquí mas protector que yo, y no la abandonaré.

El gitano, conociendo la resolucion de Erébe, prefirió recurrir á un embuste, á emplear la fuerza para alejarlo de la señorita de Aubiez, y así es que le dijo.

—Pog Reis os llama porque quiere desembarazarse de vóz, porque sabe que habeis intentado hacer obrar la tripulacion contra sus órdenes. En cuanto á estas dos mugeres, prefiere un rescate.... y trata de encargaros el que vayais á pedirlo á Raymundo V. Una vez que se halle aquí el dinero, vos mismo podreis restituir estas dos palomas á la Casa-Fuerte del baron.

—Mientes, miserable! exclamó Erébe, ese es un lazo que se me tiende para arrancarme de aquí.

—Señor, contestó Hadjí, si tuviese tan solo la intencion de alejaros de este sitio, quien podria estorvarme el llamar á nuestra gente y apoderarme de vos á viva fuerza?

—Tengo un Kandjar á mi cintura! dijo Erébe.

—Y aun suponiendo que mataseis uno, dos, ó tres de esos honrados piratas, no tendriais al fin que sucumbir á la fuerza del número? Creedme, pues, venid al *Galeon rojo*, Pog Reis os dará sus instrucciones y su lancha; en seguida ireis en busca de Raymundo V, y mañana mismo podreis estar de vuelta con una buena cantidad de oro, que de

muy buena gana os facilitará el viejo baron por el rescate de su hija: mañana os digo, antes que llegue la noche podeis llevaros á estas dos infantas.

—Qué hacer! Dios mio? exclamó Reina. Lo que este hombre dice puede ser verdad; y en tal caso es positivo que mi padre no titubeará en dar cualquier suma por considerable que sea. Pero si este hombre miente, entonces, ay de mí vamos á perder el único protector que nos queda, añadió la jóven volviéndose hacia Erebe.

Este por su parte se hallaba poseido de las mismas dudas. Conocía que no le era dable resistir al número, y que rehusando el obedecer las órdenes de Pog, podía agravar la situacion de la señorita de Arbiez.

Despues de algunos instantes de silencio, dijo Reina á Erebe con un tono lleno de valor y de heroica resolucion.

—Id en busca de mi padre... y dadme ese arma, añadió señalando al puñal que Erebe llevaba á la cintura. Quedo aquí sin defensor; pero á lo menos la muerte sabrá garantirme del deshonor...

Poseido de respeto al oir estas palabras tan sencillas é imponentes, arrodillóse Erebe delante de Reina, y le dió su kanjar sin pronunciar una palabra, como si hubiese temido profanar la solemnidad de aquella escena.

Dejó entonces la cámara seguido del gitano, embarcóse en una canoa y se dirigió en busca de Pog abordo del *Galeon-rojo*.

Hadjí dejó a Erebe en esta embarcacion, y volvió á ganar su javeque para dar cumplimiento á las órdenes de Pog.

Estaba ya el gitano puesto á la vela y fuera de la bahia y ni Reina ni Estefania se habian aun apercebido del movimiento de partida.

Despues de haber dado algunas bordadas distinguió perfectamente hácia la parte del sud la galera negra del comendador y la polacra del capitan Trinquetaille. Ambos buques venian de Ciotat.

Pocas palabras nos bastarán para explicar su presencia en aquellas aguas, y cómo habian podido averiguar el rumbo de los barcos piratas,



CAPITULO XXXVII.

LOS TRES HERMANOS.

 L romper el día había llegado Pedro de Anbiez á la altura del cabo del Aguila.

Apenas la galera negra echó anclas en el puerto de Ciotat, cuando el comendador bajó á tierra acompañado de su hermano.

En todas partes encontraron mil muestras inequívocas de la crueldad y barbarie de los piratas.

Los desolados habitantes del pueblo habían averiguado ya toda la estension de sus pérdidas. Cada familia sabia tambien quienes de los suyos habían sucumbido en la pelea, ó caído en el seno de la esclavitud y de la miseria.

Durante la batalla nadie había pensado en otra cosa que en defenderse y rechazar al enemigo; y como la noche hubiese cubierto con un denso velo aquel cuadro de ruinas, la reaparicion del siguiente día, mostrándolo en toda su deformidad acababa de producir en los ánimos un sentimiento inexplicable de horror y de desesperacion.

El comendador y el padre Elzear recorrieron aquel teatro de desastres, prodigaron sus consuelos á los desgraciados que les salian al encuentro, y procuraron tomar informes acerca de su hermano.

Supieron que este habia hecho una útil y valerosa diversion, viniendo á atacar á los piratas á la cabeza de la gente de la Casa-Fuerte; pero nadie les pudo dar razon de si el baron se hallaba ó no herido.

Inquietos como era consiguiente se dirigieron á toda prisa á la Casa-Fuerte, seguidos de alguna gente de la galera, y del capitan Luquin Trinquaille, que tambien habia anclado su polacra en el puerto.

Llegados al castillo de Ambiez, vieron que el puente estaba echado, y el gran patio enteramente desierto, á pesar de que era la hora del trabajo.

Subieron aceleradamente la escalera, entrando en la espaciosa galeria en donde, la víspera habia tenido lugar la ceremonia de la Pascua.

Todos los habitantes de la Casa-Fuerte, hombres, mugeres, niños, ancianos, estaban arrodillados en aquel vasto salon en que reinaba el mas profundo silencio.

Era tan estremado el recogimiento del auditorio, y tanta la ansiedad con que todas las miradas se dirigian á la puerta entreabierta de la habitación de Raimando V, que nadie advirtió la entrada del comendador y del padre Elzear.

En el fondo de la galeria, bajo el dosel, veíase aun el Nacimiento, obra del ama Dulcelina y del buen capellan. Algunas bujias permanecian aun encendidas en los candeleros de cobre. El gran leño de Pascua humeaba todavia en el centro de la chimenea.

nea, que seguía rodeada de ramas verdes de árboles ornadas de frutas, de flores y de cintas.

Nada mas sorprendente que aquel nacimiento alumbrado por los primeros rayos de la pálida luz de un día de invierno.... Nada mas doloroso que aquel contraste entre la fiesta de la noche y el duelo de la mañana.

Después de haber contemplado un instante esta escena siniestra é imponente á la vez, el comendador apartó dulcemente con la mano á algunos vasallos del baron, para poder llegar al cuarto de su hermano.

—Monsieur el comendador! el buen padre Elzéar!

Tales fueron las palabras que circularon entre aquellas gentes inquietas, que esperaban con vivísima ansiedad noticias relativas á la salud de Raimundo V.

No se sabia aun si las heridas daban alguna esperanza.

Pedro de Ambiez y su hermano procurando no hacer ruido entraron en el cuarto del baron.

El viejo gentilhombre se hallaba tendido sobre el lecho, vestido con sus ropas de ceremonia y con las botas puestas.

Una palidez lívida cubria su venerable figura. Sus largos cabellos blancos se veian empapados en sangre.

El abad Mascarolus curaba las heridas que el baron habia recibido en la cabeza. Honorato de Berrol asistia al capellan en este piadoso deber.

El ama Dulcelina que no cesaba de llorar, cro-

taba los pedazos de lienzo para las heridas, en tanto que Laramee, inmóvil á los pies de la cama de su señor, apenas podía contener los sollozos, y parecia no ver ni oír nada de lo que pasaba á su alrededor.

Hallabanse tan dolorosamente absortos los actores de esta triste escena, que Pedro de Ambiez y su hermano entraron sin ser apercibidos de nadie.

—Hermano mío! exclamaron á la vez el comendador y el religioso precipitandose de rodillas al lado de la cama de Raimundo V, cuyas heladas manos besaron con fervor.

—Decid, abad, son muy graves las heridas? preguntó el comendador mientras que Elzéar continuaba arrodillado.

—Ay de mí! Sois vos? señor comendador, dijo el capellan cruzando las manos en señal de sorpresa. Que no hubieseis llegado ayer.... ah! entonces ninguna de las muchas desgracias que ahora nos oprimen habrían sucedido.... mi señor no se encontraría en peligro de muerte.

—Gran Dios! exclamó Pedro de Ambiez. Es preciso ir á llamar inmediatamente al hermano Anselmo, cirujano de mi galera.... él os ayudará.... conoce las heridas causadas por armas de guerra.

Viendo á Luquin Tinquetaille á la puerta, le dijo: presto, vé á buscar al hermano Anselmo y traemelo aquí luego, luego.

Luquin desapareció al punto para ir á egecutar las órdenes de su señor.

El abad parecia escuchar con una viva ansiedad la respiracion oprimida del baron... En fin, Rai-

mundo V. hizo un ligero movimiento, volvió la cabeza del lado del capellan, y exaló un largo suspiro.

El comendador y el religioso interrogaron al abad con una mirada iquieta.

Contestóles este con un signo de aprobacion, y se aprovechó de la posicion que acababa de tomar el enfermo para concluir de colocar el aparato sobre sus heridas.

El padre Elzéar, inquieto por no ver á Reina á la cabecera de la cama de su padre en semejantes momentos, dijo en voz baja á Honorato.

—Y Reina? La desgraciada no habrá tenido ánimo para soportar este cruel espectáculo.

—Cielos! exclamó Honorato dolorosamente sorprendido, luego no sabeis, padre mio, todas las desgracias que han llovido sobre esta casa! Reina ha sido robada por los piratas.

El padre Elzéar y el comendador se miraron estupefactos.

—Dios mio! Dios mio! ahorradle este último golpe á su ancianidad, dijo el religioso, cruzando las manos con fervor y levantando al cielo una mirada suplicante, haced que se pueda sustraer á esa desgraciada criatura del poder de los infieles.

—Y esos piratas.... esos piratas, no se sabe hacia que parte han huido? dijo el comendador con una rabia concentrada. Es necesario preguntar á todos los patrones de barcos que deben llegar.... quizá podremos adquirir algunas noticias del rumbo que hayan tomado.

Ay de mí señor, dijo Honorato, no hace mas que una hora que he llegado á la Casa-Fuerte, á

esta casa que yo y los huéspedes del baron habíamos dejado tan apacible, tan tranquila! Ignoraba completamente los desastres ocurridos. Luego que trasladaron aquí al baron, el abad me envió un proprio y de sus resultas he venido para ver à mi segundo padre caer moribundo.... y para saber el rpto de la señorita de Ambiez, añadió Honorato con desesperacion.

Entretanto continuaba sin conocimiento el herido. De cuando en cuando daba un débil suspiro y volvía á casa en aquella especie de letargo que tenía embargadas sus facultades.

El comendador esperaba con impaciencia al cirujano de su galera porque creía que sus conocimientos eran superiores á los del capellan.

En fin, llegó seguido de Luquin Trinquetaille, que á pesar del silencio que reinaba al lado del enfermo gritó desde la puerta al comendador.

—Señor, los piratas deben hallarse anclados en la costa á veinte y cinco ó treinta leguas de aquí, todo lo mas.

Pedro de Ambiez le hizo señal de que callara, y yéndose hacia él lo llevó á la galeria, que se hallaba desierta porque los vasallos acababan de retirarse á invitacion del capellan.

—Qué dices? preguntó el comendador á Trinquetaille. Quién te ha dicho eso?

—Monseñor, me lo ha dicho un patron de barco, Nicard. Esta noche ha pasado junto á dos galeras y un javeque que iban costreando, y con mucha facilidad pudo conocer al *Galeon rojo*. Añade que dichas embarcaciones caminaban con bastante len-

titud á causa sin duda de las averías que han experimentado; y que no sería extraño que tuvieran que acogerse á cualquiera de las enseadas desiertas de la costa.

—En efecto, dijo el comendador con aire de reflexión, preciso es que tengan grandes averías, para permanecer en estas costas, en lugar de huir hácia la parte del sud con sus cautivos y su botín.

—Esas averías, no cabe duda, monseñor, de que las habrá causado la culebrina de la Casa-Fuerte.

—La venganza del Señor va pues á alcanzar á esos bandidos sedientos aun de sangre y de pillage, dijo el comendador con una voz sorda. Quizá podré arrancar de sus manos á la desgraciada hija de mi hermano.

—Y tambien, si os place, á su sirviente Estefania, dijo Luquin. Esos bribones se la han llevado sin duda con la ayuda de un maldito gitano que Dios pondrá algun dia en mi presencia.

—No hay que perder un momento, dijo el comendador despues de haber reflexionado algunos minutos, corre al puerto, dí de mi parte al rey de los caballeros que prepare todo lo necesario para la partida de mi galera, y tu me seguirás con la polacra. A qué altura encontró el patrón Nicard al *Galson rojo*?

—A la altura de la isla de San Féréal, monseñor.

—Entonces no tenemos necesidad de visitar la costa mas acá de dicha isla. Luego que salgas procura hacerlo del lado de allá examinando todos los puntos en que puedan haberse abrigado los piratas. Si ves alguna cosa que te infunda sospecha

cuidarás de noticiármelo al momento. Yo tendré especial cuidado de hallarme siempre á la vista de tu buque.

—El cielo bendiga vuestra empresa, monseñor, y haga que pueda yo servirlos de ayuda!...

Luquin Trinquetaille, animado con la esperanza de volver á encontrar á Estefania, ó cuando no, de vengarse del gitano, corrió al puerto con la mayor celeridad.

Pedro de Ambiez volvió á entrar en la habitación de Raymundo V. El cirujano de la galera le dió alguna esperanza; la respiración del herido era mas desembarazada y su soñolencia parecia menos pesada.

El comendador permaneció algunos momentos sombrío y pensativo contemplando á su hermano. Ciertos presentimientos que no podia dominar le decian interiormente que aquel dia seria un dia fatal. Acongojado por tener que separarse del baron, sin que lo hubiese reconocido, y siéndole imposible permanecer allí mas tiempo, se arrojó al lecho del enfermo, inclinóse hácia él, y le dijo en voz baja:

—Adios... adios, pobre hermano mio... adios....

Luego que se enderezó, su figura austera y dura se hallaba conmovida, y una lágrima humedeció sus ojos.

—Abrazadme, hermano mio, dijo á Elzéar. Parto para un combate .. para un combate encarnizado, porque el *Galeon rojo* es intrépido. Tengo la esperanza de encontrar á los piratas en alguna ensenada de la costa.

—Yo os sigo, señor comendador, exclamó Honor

rato de Berrol, par mas sensible que me sea separarme de Raimundo V en estos momentos: os suplico pues que me admitais como á un voluntario.

Pedro de Ambiez pareció agitado por una lucha de encontradas ideas: conocia el valor de Honorato; pero sabia al mismo tiempo cuan espuesta era la empresa que iba á acometer, y preveía que seria una de esas luchas funestas para todos los que toman parte en ellas.

—Comprendo vuestro ardor, le dijo, es posible que encontremos á los piratas, y aun que les arranquemos á Reina de Ambiez; pero si no sucede así, si ni ella ni yo volvemos, quién lo consolará? añadió señalando á Raimundo V: quién podrá consolarlo mejor que vos, á quien ama como á un segundo hijo?

—Y si ni vos ni su hija vuelven, quién me consolará á mí? exclamó Honorato, quién me consolará de no haberos seguido ni participado de vuestros peligros?

—Venid pues, dijo el comendador, me es imposible seguir combatiendo una resolucion tan noble.... Partamos... Adios otra vez, hermano mio, ruega por nosotros, añadió estrechando entre sus brazos al venerable padre Elzéar.

—Cielos Santos! protegedlos en esta arriesgada empresa! permitid que la jóven recobre su libertad, y que nuestro hermano, al despertar del doloroso letargo que le embarga, la encuentre arrodillada à su cabecera!

—Ojalá sean oidos vuestros ruegos, dijo el comendador, y apretando por tercera vez la mano he-

lada del baron, salió apresuradamente, y se encaminó al puerto. Allí encontró su galera dispuesta para partir, y habiendose hecho á la vela siguió el mismo rumbo que la polacra del bravo Trinquetaille.....

Por esta razon se habia divisado la galera negra en las inmediaciones de la bahia de Lerins, donde estaban ancladas las dos galeras piratas, cuando Hadjji salió de la rada con su jaycque para ejecutar las órdenes de Pog y empeñar en su persecucion al buque de la religion.



CAPITULO XXXVIII.

PREPARATIVOS DE COMBATE.

 El viento era favorable á la galera negra y á la polacra; pero despues de haber pasado la isla de Lerol, las dos embarcaciones aflojaron un tanto su marcha.

Luquin Trinquetaille visitó las diferentes ensenadas y abrigos de la costa, sin encontrar en ninguna de ellas los buques piratas que debia señalar al comendador por medio de un tiro de pedrero.

A la tarde, y quando el sol empezaba á declinar sobre el horizonte, llegaron ambas embarcaciones á la vista de las islas de Santa Margarita, precisamente en el momento en que el javeque de Hadjí, segun hemos dicho, salia de la rada por órden de Pog.

El capitan Trinquetaille señaló el javeque é hizo fuerza de vela por alcanzarlo.

El gitano aflojó su marcha y lo aguardó.

El novio de Estefania ayudado de su anteojo, reconoció á Hadjí que gobernaba él mismo la pequeña nave.

El digno capitan del *Santo Terror de los Moriscos* se estremeció de rabia á semejante vista, y le fué preciso hacerse estremada violencia para no ir á atacar al hombre á quien miraba como autor del robo de Estefania, pero fiel á las órdenes del comendador, dobló la punta de Lerol, verificado lo cual reconoció inmediatamente al *Galeon rojo* y á la galera de Trymalcion ancladas en la bahía y muy próximas la una á la otra.

Teniendo, pues, noticia cierta de los piratas, volvióse hácia la galera negra para anunciar este descubrimiento á Pedro de Ambiez, en tanto que Hadjí entraba á toda vela en la bahía.

Luego que llegó á popa del barco de la religion para comunicar dicha nueva al piloto, este le ordenó de parte del comendador, que pusiese la polacra á la capa y subiese á bordo.

Obedeció al punto Luquin, aunque en extremo desesperado por ver que el javeque de Hadjí, á quien deseaba combatir, se le escapaba de entre las manos.

Los caballeros se hallaban reunidos sobre el puente de la galera, que acababa de hacer sus preparativos de combate.

Todo el mundo se disponia para la pelea en medio de un general silencio.

La fisonomía austera y tranquila de los soldados de la cruz demostraba que en aquellos aprestos no habia ninguna cosa nueva para ellos.

Los caballeros inspeccionaban con el mayor cuidado los diferentes servicios de que se hallaban encargados; pero todo se hacia con una calma y una

tranquilidad tan impasibles, que cualquiera hubiera podido decir que solo se trataba de los preparativos de alguna solemnidad religiosa.

Apenas llegó Luquin al puente le dijo el oficial de guardia que aguardase un poco, que el comendador iba á subir al instante.

Pedro de Ambiez, arrodillado en su cámara oraba con el mayor fervor. Cruels y negros sentimientos se habian apoderado de su espíritu despues de su partida de la Casa-Fuerte. En la exaltacion de sus remordimientos creia hallar una coincidencia providencial entre su regreso y los terribles desastres que acababan de oprimir á su familia.

Acusábase de haber, por medio de su crimen, llamado la venganza celeste sobre los suyos.

Su imaginacion vivamente escitada por las violentas emociones que le acometian, evocaba fantasmas singulares.

Al arrojar una mirada sombría sobre el retrato de Pog (Mr. de Montreuil) que habia colgado en su cámara, le pareció que los ojos del retrato de aquel jóven brillaban con una claridad sobre natural.

Dos veces se aproximó al lienzo para asegurarse de que no era juguete de una ilusion, y dos veces se retiró asombrado, sintiendo su frente bañada de un sudor frio, y los cabellos herizados de espanto.

Al fin abandonole la razon, y dejó de ver... mil objetos sin nombres discurrieron por delante de sus ojos con admirable rapidez, y él mismo se creyó envuelto en aquel torbellino.

Pero poco á poco volvió en su acuerdo, y habiendo cesado semejante aberracion, hallóse en la cámara de la galera frente á frente del retrato de Pog.

Por la primera vez de su vida, al reflexionar en el combate que iba á sostener contra los piratas, experimentó el comendador un siniestro presentimiento. En lugar de ir á la batalla con la impetuosidad salvaje que le era natural: en lugar de pensar con una especie de júbilo en el tumulto de los combatientes cuyas mil voces furiosas, solo podrian sofocar por un instante la gran voz de sus remordimientos, el comendador tuvo ideas de muerte.

Estremecióse al preguntarse si su alma parecería delante del Señor. . . . si las austeridades que durante tantos años se habia impuesto, bastarian para la espacion de su crimen.

Poseído de estas ideas, se arrodilló nuevamente y suplicó a Dios con fervoroso ruego que se sirviera darle el valor y la fuerza indispensable para poder llevar á cabo su última mision, hacer triunfar otra vez mas el estandarte de la cruz y sustraer á Reina de las manos de sus raptos.

Cuando concluyó la plegaria, llamaron á la puerta.

Pedro se levantó.

Era el artillero Hugues.

—Qué quieres?

—Un hombre, enviado por los infieles viene de parlamentario en una canoa. Quereis que lo destruyamos con un tiro de pedrero, ó que se le haga subir á bordo?

—Que se le haga subir.

—Y adonde he de conducirlo?

—Aquí.

—Sospechóse Pedro de Ambiez el objeto de semejante paso. Como los piratas tenían en su poder á Reina, quizá intentarían tratar de su rescate.

El artillero volvió de allí á poco seguido del gitano.

—Qué quieres? le dijo el comendador.

—Haced retirar á ese hombre: vuestros oídos solamente deben escuchar lo que mi boca va á decir.

—Eres un descomedido, replicó Pedro de Ambiez lanzando una mirada perspicaz al gitano.

En seguida, dirigiéndose á Hugues, añadió:

—Déjanos, vete.

—Solo con ese bandido, señor comendador?

—Somos tres, dijo Pedro de Ambiez mostrando su masa de armas colgada en la pared.

—Me tienes acaso por un asesino? dijo Hadji con altanería.

El artillero se encogió de hombros y salió casi con disgusto, por mas que la elevada estatura y robustez de su capitán comparados con la endeble estructura del gitano debieran haberle tranquilizado.

—Habla.... porque no quiero hacerte crucificar todavía en la proa de mi galera, dijo Pedro de Ambiez al gitano.

Este, conservando su audacia acostumbrada, respondió:

—Eso sucederá cuando suceda. Pog-Reis me envia cerca de vos, monseñor. El és el que esta noche ha atacado á Ciotat: él es el que tiene en su poder á Reina de Ambiez.

—Y qué quieres decir con eso? preguntó el comendador; acaso, que me entregará sus cómplices, á trueque de que le salve la vida? Ah! nada mas justo: tanta barbarie debe ocultar tan innoble cobardía. Si es así, me alegro de saberlo. Los dos capitanes de galera y tú, sereis descuartizados todos tres antes de ser quemados; y eso, inmediatamente despues que me hayas entregado vuestros cómplices, atados de pies y manos para sufrir el castigo que merecen. . . . De consiguiente ve, ve á decir mis intenciones á los tuyos: quítate de mi presencia! la sangre me hierve en las venas al pensar lo que habeis hecho en ese desgraciado pueblo, lo que habeis hecho con mi hermano! márchate, corre, vuela, que no quiero manchar mis manos en la sangre de un bandido: vé á prevenir á tus cómplices la suerte que les espera!

—Yo no he asistido al ataque de Ciotat, monseñor.

—Acabará?

—Y bien, monseñor, Pog-Reis y el otro capitán proponen un combate singular á vos y á uno de vuestros caballeros, dos contra dos, con espada española y con puñal. Si muriese él, atacareis vos sus galeras despues del combate, siendoos tanto mas fácil el apoderaros de ellas, cuanto que serán dos cuerpos sin cabezas. Si moris vos, vuestro teniente atacará las galeras de Pog-Reis. El deseo de vengar vuestra muerte renovará el ardor de vuestros soldados, y nadie puede dudar que harán los mayores esfuerzos para ofrecer en holocausto á vuestros manes á Pog-Reis y su tripulacion. Ya veis que esto no al-

tera en nada vuestros proyectos: no hay mas diferencia sino que el capitán del *Galeon rojo* quiere hallarse frente á frente del capitán de la galera negra. El tigre y el leon pueden muy bien hacerse fiente.

El comendador escuchó silencioso y estupefacto esta insolente y desusada proposicion; pero cuando el gitano hubo acabado de hablar, no pudiendo contener un ímpetu de cólera le echó mano á la garganta y exclamó:

—Miserable! es ese el mensage de que estás encargado?... Cómo te atreves á venir á proponerme el que cruce mi espada con la de un asesino como Pog-Reis, ó la de cualquiera de sus bandidos? Cruz Santa! añadió el comendador rechazando tan vivamente al gitano que fué á caer al otro lado de la cámara, para castigar debidamente tu imprudencia, voy á ordeñar que te den veinte latigazos sobre un cañon antes de que sufras el suplicio.

Hadjí lanzó una mirada de tigre sobre Pedro de Ambiez, apretando convulsivamente las quijadas; pero como conociese que en una lucha con el comendador quedaria vencido, tomó el partido de contenerse, y replicó:

—Monseñor, Pog-Reis ha previsto esa negativa; pero á fin de deciros me dijo al despedirme de él que os recordase que la hija de vuestro hermano se encuentra en su poder. Si reusais su proposicion, si atacais á viva fuerza sus galeras, tened entendido que Reina de Ambiez y cuantos cautivos hemos hecho serán al punto asesinados.

—Miserable!

—Si al contrario aceptais el combate, dandome

en señal vuestro guante... Reina de Ambiez será al instanté conducida aquí, sin condiciones de ninguna especie, así como los prisioneros que Pog-Reis ha sacado de Ciotat.....

—Jamás entraré en trasacciones con semejantes asesinos... Vete....

—Miraos bien en ello, monseñor; considerad que si atacais á Pog-Reis, se defenderá denodadamente. Si lo venceis, entregará á las llamas su galera y os quedareis sin Reina y sin los cautivos; al paso que aceptando ese combate, podreis tener el placer de restituir la jóven á su padre, y los cautivos á su pueblo.

—Calla... dijo el comendador, que no pudo dejar de reflexionar en las ventajas que encerraba esta proposicion, á pesar de la audaz insolencia con que habia sido hecha.

—En fin, continuó Hadjí, como si hubiese guardado para lo último esta nueva consideracion como la mas decisiva, en fin, el espíritu misterioso quiera el combate que Pog-Reis os propone.... Sí, esta mañana despues del ataque de Ciotat, cansado Pog de tanta fatiga, se quedó dormido y tuvo un sueño: una voz le dijo que un combate singular entre él y un soldado de la cruz debia tener hoy lugar en espiacion de un gran crimen.

Estas palabras hicieron estremecerse al comendador. Hacia algun tiempo que, la misma exaltacion de su imaginacion le habia hecho creer que su crimen era el origen de todos los males que oprimian á su familia. Pero cuando oyó á Hadjí hablar de la espiacion de un gran crimen, creyó leer la voluntad

de Dios en esas palabras, dichas en su concepto, por pura casualidad.

—Qué sueño ha sido ese? qué sueño?.... Habla.... dijo al gitano con una voz sorda y azorada.

—Y qué os importa el sueño, monseñor?

—Habla, te digo,.... habla.

—Pog-Reis se ha visto transportado al espacio de las visiones, replicó Hadjí con un énfasis oriental; ha oído la voz del espíritu que le ha dicho "Mira".... y al instante vió á una muger en un atahud.... y esa muger habia sido herida en el corazón, y de su herida manaba sangre. Y despues de la muger muerta vió Pog-Reis elevarse la figura de un soldado de Cristo.... y esa figura eras tú.

—Quién?.... yo!.... yo! exclamó el comendador inmóvil de estupor.

—Tú.... dijo Hadjí disimulando su júbilo al ver que la relacion dispuesta por Pog correspondia á los votos del pirata.

Pog (M. de Montreuil) juzgando del carácter religioso y exaltado del comendador por las cartas que el gitano habia sorprendido en la cabaña del vi-gía, no dudaba que Pedro de Ambiez, al oír la relacion del supuesto sueño se decidiria inmediatamente al combate. Semejante revelacion debia en efecto impresionarlo profundamente pareciéndole sobrenatural, toda vez que creia su crimen envuelto para siempre en las sombras del olvido.

—Ah! Dios lo quiere.... Dios lo quiere, murmuró á media voz el comendador.

El gitano continuó sin dar á entender que lo habia oído.

—El espíritu ha dicho á Pog: Mañana comba-
tirás cuerpo á cuerpo con ese soldado de Cristo,
y se espíará un gran crimen.... Pog-Reis ha co-
metido muchos crímenes, jamás habia tenido re-
mordimientos; pero la revelacion del espíritu ha to-
cado su corazon, y ha querido obedecerle. En esta
atencion os ofrece, pues, el combate.... guárdate de
reusarlo. Cristiano! el Dios de todos envia á todos
indistintamente sus órdenes. Por medio de los sue-
ños les comunica su voluntad. Quizá te haya esco-
gido por instrumento de una gran venganza, y debes
obedecerlo. Quizá, pidiéndote el combate, te pida
Pog-Reis su muerte....

Fácil es comprehendre el asombro del comenda-
dor al oir al astuto interlocutor que se hallaba en
su presencia. En las palabras de este creyó ver una
revelacion divina, y oir la voz del Señor que le or-
denaba la terrible espíacion.

Al contrario de Hadjí, reputábase como la víc-
tima que la cólera celeste queria hacer caer bajo los
golpes de Pog.

En fin, y sin embargo del combate, Pedro de
Anbiez aseguraba la libertad de su sobrina, volvia
una hija á su padre y una multitud de prisioneros al
seno de sus familias desoladas.... en todo lo cual ha-
bia una prueba de que la justicia divina no que-
ria herir mas que á él, supuesto que le proporcio-
na los medios para reparar en parte las desgracias
que su crimen habia podido acarrear sobre sus pa-
rientes.

Si se reflexiona que los remordimientos incesan-
tes de Pedro de Anbiez, sin alterar su razon, lo ha-

bían por lo menos predipuesto á una especie de fatalismo religioso, poco ortodoxo sin duda; pero á propósito para impresionar su carácter sombrío y concentrado, se comprenderá fácilmente el efecto que el language de Hadjí debió producir en él.

Despues de un momento de silencio, dijo al gitano.

—Vete al puente; yo te daré mis órdenes.

En seguida hizo venir á uno de sus oficiales, ordenóle que conduxese á Hadjí al sitio indicado, y que vigilase cuidadosamente hasta el menor de sus movimientos.



CAPITULO XXXIX.

EL DESAFIO.

EL comendador suplicó al capellan de la galera negra, por medio de uno de sus subordinados, que se sirviese bajar á la cámara..... Mientras que Pedro de Ambiez confesaba sus pecados (á escepcion del caso de muerte, reservado al gran penitenciario de la órden) y recibia la absolucion, el gitano, conseqüente á la órden del gefe del buque, se encaminó al puente del mismo. La primera persona á quien encontró fué al capitán de la *Santo terror de los moriscos, por la gracia de Dios.*

Hadji, afectando una alegría inoportuna, se aproximó á Luquin y le dijo:

→ Quien hubiera creído, amigo mio, que nos habriamos de volver á encontrar en este sitio, cuando en la Casa-Fuerte de Raimundo V, aquella bonita muchacha que sabeis, me dió las cintas color de fuego, que tanto disgusto os causaron!

Semejante escaso de impudencia habria costado caro al gitano, si el oficial que lo custodiaba no hubiese advertido á Luquin, que aquel se hallaba bajo su proteccion en virtud de una órden del comandante.

Entretanto el sol comenzaba á declinar; el mar estaba en calma: á lo lejos, entre dos rocas bastante elevadas se veia casi el fin de la bahia el *Galeón rojo* y la galera de Trymalcion ancladas cerca una de otra, y no distante de ellas el javeque de Hadjí.

La canoa que habia conducido al gitano se balanceaba dulcemente sobre las olas, amarrada á la popa de la galera negra.

El cielo era puro, y tan solo se divisaba por el ocaso una ancha zona de nubes de un gris rojizo.

Hughes, el artillero, se aproximó al oficial que custodiaba á Hadjí, y moviendo la cabeza en señal de duda, y señalando al occidente le dijo:

—Nada me gustan esas nubes que se van amontonando allí abajo; me parecen siniestras, porque estamos en una calma completa.... Si las disipa el sol al ocultarse, hará una bella noche, pero si por el contrario cubren ellas al sol.... entonces....

—Os comprendo, Hughes, podrá saltar el viento, podrá haber un huracan y la noche será fatal; replicó el oficial. Felizmente nos queda tiempo aun. Y volviéndose hácia Hadjí, añadió: poco importa á tí y á los tuyos ser colgados en medio del viento, ó de una calma como la que ahora reina.

—Mejor quiero que me cuelguen con huracan: el viento mece á uno y se camina con mas gusto, á la eternidad, respondió Hadjí con una sonrisa de indiferencia.

El comendador apareció sobre el puente.

Los caballeros reunidos en la popa le saludaron con respeto.

Pedro de Ambiez se hallaba completamente vestido de negro. Su fisonomía parecía mas pálida y sombría que de ordinario. Llevaba al costado una larga espada con guarnición de hierro y un puñal: en la mano derecha tenia puesto un guante negro de búfalo, y la izquierda se veía desnuda.

Hizo una señal al gitano y le arrojó su guante izquierdo.

Hadjí se apoderó de él, e iba á hablar; pero el comendador con un ademán imperioso, le mostró la cañon donde había venido.

Bajó Hadjí á su embarcacion, y al punto se le vió dirigirse á todo remo hácia las galeras de los piratas.

Asombrados de la accion del comendador, los caballeros y Honorato de Berrol, que se hallaba entre ellos, se miraron con aine de sorpresa.

El comendador, despues de haber seguido algun tiempo con la vista al gitano, se volvió al grupo que le rodeaba y le dijo en alta voz:

— Hermanos: vamos á combatir á esos infieles. Se echará al agua la chalupa: mientras que la galera negra dirige su ataque contra el Galeon rojo, la lancha lo verificará contra el otro buque pirata. Rey de los caballeros, añadió el comendador mirando al que desempeñaba dicho destino, vos tomareis el mando de la galera negra: el hermano de Binville que es el teniente mas antiguo de la galera, mandará la chalupa. Entretanto, disponed cómi-

tra, que se aumente el número de remos, porque el sol se nos va, y no nos queda mas que una hora de dia para poder castigar á esos infames.

Aunque los caballeros no hubiesen comprendido qué motivo tenia Pedro de Aubiez para confiar la direccion de la galera y chialupa á otras manos que las suyas, se apresuraron sin embargo á ejecutar sus ordenes sin hacer la menor reflexion en contrario.

Una parte de la tripulacion se embarcó en la gran lancha que fué puesta bajo las órdenes del caballero de Blinville, y los dos buques se dirigieron á todo remo hacia la entrada de la bahía.

El segundo del capitan Trinquetaille imitó esta maniobra, y dirigió la polacia de manera que pudiese seguir el movimiento y hallarse siempre á la vista de la galera negra.

Honorato se aproximó al comendador y le dijo:

—Señor comendador, quisiera combatir á vuestro lado; Reina de Aubiez era mi prometida.... Raymundo V ha sido un segundo padre para mí, he aquí porque debo buscar el peligro.

Pedro de Aubiez miró fijamente á Honorato.

—Es verdad, caballero, le dijo, es cierto, teneis una doble venganza que satisfacer. Para asegurar la libertad de Reina antes de la accion, he consentido en batirme con uno de los dos capitanes piratas; pero debo llevar conmigo un segundo combatiente: quereis vos serlo?

—Vos! señor.... vos!! aceptar vos una proposicion semejante, exclamó Honorato, hacer tal honor á....!

—Quereis tirar de la espada y del puñal al mismo tiempo que yo, jóven? dijo con aspereza Pedro de Ambiez.

—Tendré mucho gusto en ello, señor comendador. Mi espada se halla á vuestras órdenes.

—Id, pues, á armaros y estad pronto á seguirme cuando baje.

Despues de un momento de silencio añadió.

—Veis aquella chalupa que dobla la punta....? pues trae á bordo á Reina de Ambiez y á los cautivos de Ciotat.

—A Reina! exclamó Honorato.

—Miradla, dijo el comendador.

Efectivamente la chalupa de Hadjí se aproximaba con tanta rapidez que muy pronto reconoció el caballero de Berrol á Reina, á Estefania, á otros dos jóvenes y como una veintena de habitantes de Ciotat hechos prisioneros en el desembarco de los piratas.

Como los caballeros de la galera de la religion se hallaban ignorantes del convenio celebrado entre el comendador y el gitano no podian comprender el por qué los piratas se habian prestado tan docilmente á devolver sus prisioneros.

Así que la chalupa estuvo próxima mandó el comendador al cómitre levantar los remos de la galera para esperar la embarcacion, que de allí á un instante atracó al costado.

Pedro de Ambiez acudió desde luego para recibir á su sobrina, que se arrojó inmediatamente en sus brazos con toda la efusion del mas puro reconocimiento.

—Y mi padre? exclamó la jóven.

—Vuestro regreso templará su dolor, hija mia, contestó el comendador, que no queria instruir á su sobrina del fatal estado de Raimundo V.

—Honorato, sois vos? dijo Reina, alargando la mano al caballero, á quien no habia visto hasta entonces. Ay de mí, en qué tristes circunstancias volvemos á vernos! Pero quien se ha quedado al lado de mi padre? como lo habeis dejado solo?

—Reina, se trataba de salvaros, y he seguido al comendador. El padre Elzéar se halla en la Casa-Fuerte con Raimundo V.

—Pero ahora que estoy libre, no vendreis conmigo á volver á ver á mi padre?

Ir con con vos!.... no.... Reina.... me quedo con el comendador. Mañana sin duda nos veremos. Adios Reina, adios!

—Cielos! con qué aire os despedís de mí, exclamó la jóven al reparar en la espresion, casi solemne, de la fisonomía del caballero. Pero decidme, añadió la jóven, decidme Honorato, si no hay ningun peligro que temer, ni pensais en atacar á los piratas, por qué os quedais aqui?

—Ciertamente que no hay peligro, ni se piensa en ese ataque, dijo Honorato con embarazo; pero el comendador desea asegurarse de la partida de esos miserables.

Despues de haber dado varias disposiciones, aproximándose Pedro de Aubiez á su sobrina y cogiéndola por la mano.

—Embarcaos al instante hija mia, la dijo, el sol ya á ocultarse. Luquin Trinquetaille os conducirá á

bordo de su polacra. Mañana al rayar el día os encontrareis en los brazos de vuestro padre. En seguida, dirigiéndose al capitán de la *Santo Terror de los Moriscos*, (que lanzaba miradas furiosas al gitano al ver á este al lado de Estefania) le dijo:

—Con tu vida me responderás de la señorita de Ambiez. Parte al instante, condúcela á la Casa-Fuerte en compañía de las otras jóvenes, y de su sirviente. Los hombres se quedarán para reforzar la tripulación de mi galera... Adios, Reina, abrázame hija mia; dí á mis hermanos que espero verlos mañana.

—Dudais acaso el que sea así? luego entonces hay algun peligro, tío mio!

—El sol se oculta, embárcate pronto hija mia, dijo el comendador sin contestar á la pregunta de su sobrina, y llevandola al costado del buque para hacerla descender á la canoa que debia conducirla á bordo de la polacra.

Mientras que Reina cambiaba el último adios con Honorato, el gitano, siempre impudente y cínico se arrimó al lado de Luquin. Hadji tenia á Estefania de la mano.

—Os entrego esta bonita muger; casaos con ella con toda seguridad. Ay de mí! querida, es preciso que te resignes; jamas olvidaré tu ternura; no tengas cuidado.

—Mi ternura! qué se entiende! exclamó Estefania indignada.

—Ay! es verdad no me acordaba que estabamos convenidos en no decir nada delante de esta especie de cuervo.

—Luquin, á tu canoa.... exclamó el comendador con una voz imperiosa.

Vióse, pues, obligado el digno capitán á devorar en silencio este nuevo ultraje y á descender á toda prisa á la canoa para recibir en ella á la señorita de Ambiez.

Cinco minutos despues la polacra, gobernada por el mismo Luquin hacia vela para la Casa-Fuerte, conduciendo á su bordo á Reina, á Estefania y á otras dos jóvenes que tambien acababan de ser arrancadas milagrosamente á la suerte cruel que les esperaba.

Luego que se alejó la polacra, aproximandose respetuosamente el gitano á Pedro de Ambiez, le dijo.

—Pog-Reis ha cumplido su palabra, monseñor.

—Y yo no faltaré á la mia. Vé á esperarme á tu chalupa.

El gitano hizo una reverencia y dejó la galera.

Pedro de Ambiez dijo al caballero de Blinville que debia mandar en su ausencia el buque de la religion.

—Si dentro de media hora no he vuelto á bordo... entrareis en la bahia y atacareis á los piratas con arreglo á las órdenes que os tengo comunicadas: la galera negra combatirá con el *Galeon rojo* y la lancha embestirá al otro buque.

—Se comenzará el ataque sin esperaros, señor comendador? repitió el teniente creyendo no haber comprendido bien.

—Se comenzará sin aguardarme, si dentro de media hora no he vuelto, repitió el conmendador con voz firme.

Uno de sus criados llegó entonces y le puso el sombrero y un gran manto negro con la cruz blanca de la orden.

Seguido de Honorato dejó la galera en medio de la admiración que entre todos sus subordinados produjo aquella inesperada ausencia.

Hallábase Hadjí colocado al timón de la chalupa... cuatro esclavos moros llevaban los remos.

Apenas el comendador y Honorato entraron en la lancha, partió esta con la mayor rapidez, cruzando las olas que empezaban á inflamarse, y alejándose vivamente de la galera negra en dirección de la punta occidental de la bahía.

Pedro de Ambiez, que iba envuelto en su manto volvió la cabeza y arrojó la última mirada sobre la galera como para asegurarse de la realidad de los sucesos que estaban ocurriendo.

Sentíase arrastrado por una fuerza superior á la cual obedecía casi sin reflexionar... Después de algunos momentos de silencio.

—En donde espera ese hombre? preguntó á Hadjí.

—En la playa, cerca de las ruinas de la abadía de San Víctor, monseñor.

—Haz pues remar á tu gente porque vamos muy despacio, dijo Pedro de Ambiez impulsado por su estremada impaciencia.

—El mar se vá alborotando demasiado, el cielo se cubre de espesas nubes: mala noche se prepara, dijo Hadjí á media voz.

Pero el comendador, absorto en sus ideas, no le contestó una palabra.

Poco faltaba ya para que el sol despidiese sus últimos rayos: bien pronto se cubrió completamente por una ancha zona de nubes negras, que inmóviles al principio en el orizonte, comenzaron luego à avanzar con increíble celeridad.

Algunos truenos sordos y lejanos, que son muy comunes en Provenza durante el invierno, anunciaron en fin uno de esos terribles huracanes tan frecuentes en el Mediterráneo,



CAPITULO XL.

EL COMBATE.

L creciente murmullo de las olas, el rogado temeroso del viento que se aumentaba por instantes y la tormenta que se oía á lo lejos, todo anunciaba una formidable tempestad.

Pero la chalupa tocó en la orilla, en una playa solitaria.... cercada de trozos de granito rojizo.

El comendador y Honorato pusieron el pie en tierra precedidos por Hadjí, que parándose de repente, dijo á Pedro de Ambiez.

—Monsieur, seguid por esa senda trazada en la roca: no tardareis en llegar á las ruinas de la abadía de San Victor. Pog-Reis os espera en ellas.

Sin contestar una palabra á Hadjí, empeñose Pedro de Ambiez con resolucion en una especie de grieta formada por una cortadura de la roca, y tan angosta que apenas podia atravesar por ella un hombre.

Honorato, no menos animoso, siguió al comen-

dador, reflexionando que cualquiera que, colocado sobre una de las alturas de las dos rocas por entre las cuales iban caminando, quisiese asesinarlos, podía verificarlo con facilidad, sin mas que dejar rodar una de las enormes piedras que coronaban las crestas de aquellos escarpados roqueos.

Entretanto, la tempestad se aproximaba cada vez mas.

El ruido del viento y del mar que crecian por momentos, bramaban con furia en la inmensidad del espacio.

Desde lo alto de las nubes, les contestaba la voz tonante de la tormenta. . . . habia comenzado la lucha entre la naturaleza y los elementos.

El comendador marchaba aceleradamente. Creia ver en esa violenta tempestad un nuevo presagio. . . parecía que la venganza celeste se rodeaba de una magestad terrible. . . . para descargar su ira sobre él.

Mientras mas reflexionaba en el extraño sueño que le habia referido el gitano, afirmábase todavia mas en la idea de que ese sueño habia sido una manifestacion inequívoca de la voluntad divina.

Por uno de esos fenómenos tan comunes de la imaginacion, vínosele repentinamente á la memoria toda la ensangrentada tragedia de su amor con Mad. de Montreuil. . . . el nacimiento de su desgraciado hijo, la muerte de Emilia, el asesinato de su marido: todo se le ocurrió de improviso, y con una precision tan terrible, como si su crimen se hubiese cometido el dia antes.

El estrecho pasaje que serpenteaba á través de las rocas, se auchó un poco, y así el comendador

como Honorato, dejando á la espalda aquellas murallas de granito se hallaron enfrente de las ruinas de la abadía de San Víctor.

A nadie vieron en aquellos sitios.

La bahía se apareció delante de ellos en toda su estension.

Al sud, se hallaba circuida por las rocas que acababan de atravesar; al norte y al oeste lindaba con las ruinas de la abadía, y al este se descubría el puerto donde estaban ancladas las galeras de los piratas.

El dia, que no proporcionaba ni luz ni oscuridad completas, arrojaba una estraña y siniestra claridad sobre las rocas, las ruinas, la playa y el mar;

Las olas embrayecidas rugían furiosamente: la tormenta hacía retemblar el espacio.... Nada parecia por aquellos contornos.

Honorato, no obstante su valor, se sintió vivamente conmovido al ver el espectáculo lúgubre y desolador que se ofrecia á sus miradas.

Entretanto, de pies, envuelto en su largo manto negro, con la figura siniestra y contraída, parecia el comendador en actitud de evocar los malos espíritus.

Tres veces llamó á su adversario con una voz turbada y sepulcral diciendo de esta suerte: Pog-Reis!! Pog-Reis!! Pog-Reis!!....

Nadie le contestó.

Un enorme mochuelo pasó en aquel momento sobre su cabeza, dió un grito enorme y fué á parar su vuelo en lo alto de un arco maciso como el de un puente, que en otro tiempo servia de entrada al claustro,

—Nadie parece, dijo Honorato. No temeis ninguna emboscada, señor comendador? empiezo á creer que habeis hecho mal en confiar demasiado en las palabras de esos miserables.

—La venganza divina toma toda clase de formas, contestó Pedro de Aubiez.

Y volvió á caer en su silencio. Miró entonces con sombría distraccion el pesado arco que otras veces daba entrada al claustro y cuyo interior se hallaba sumamente oscuro.

De repente la pálida claridad de un relámpago, arrojó su flama sulfurosa sobre aquel arco iluminándolo con una luz lívida.

Al relámpago sucedió la detonacion del trueno, y por una estraña casualidad, vióse al mismo tiempo salir de la oscuridad de la bóveda á dos hombres que se dirigieron á paso lento hácia el comendador y Honorato de Berrol,

Uno de ellos era Pog.... el otro era Erebe.

Pog traia una espada en la mano derecha: el brazo izquierdo echado al cuello de Erebe, le servia para apoyarse sobre este dulcemente, como pudiera hacerlo un padre con su hijo.

Erebe traia tambien una espada desnuda en la mano derecha.

Uno y otro se avanzaron lentamente hácia el comendador y Honorato.

Pedro de Aubiez permaneció petrificado.

Sin decir una palabra echóse vivamente hácia atras, cogió del brazo al caballero de Berrol, y con un movimiento de terror y espanto, le señaló con el dedo á Pog y Erebe,

Apesar del cambio verificado por los años en las facciones de Pog, el comendador reconoció al punto en este al mismo M. de Montreuil, marido de Emilia, el hombre á quien creia haber asesinado y cuyo retrato habia conservado en espionaje de su delito.

—Dios eterno!! qué es esto!! no hay duda.... los muertos salen de sus tumbas! dijo el comendador en voz baja, retirandose más atras, y agarrado siempre de Honorato, á medida que Pog iba adelantandose.....

El caballero de Berrol que ignoraba todo lo que habia de terrible en esta escena, se sintió sin embargo interiormente turbado, no tanto de la aparicion de los dos piratas, como de la visible pusilanimidad del comendador, cuyo arrojo é intrepidez eran tan conocidos.

Pog se detuvo.

—Me reconoces? Me reconoces? dijo al comendador.

—Si no eres una fantasma, te reconozco, contestó el comendador clavando en el marido de Emilia su mirada fija y asombrada,

—Te acuerdas de la desgraciada muger de quien puede decirse que fuistes el asesino?....

—Me acuerdo.... me acuerdo y me acuso lleno de dolor y de arrepentimiento.... Y al decir estas palabras comenzó á golpearse el pecho con violencia y contriccion.

Apenas habia acabado de hablar, el impetuoso Ercébe, en cuyas facciones se hallaba pintada una rabia desesperada, levantó su espada y quiso precipitarse sobre el comendador,

Pog le detuvo con mano firme, diciendole:

—Aun no es tiempo.

Erebe clavó la punta de su espada en tierra y levantó los ojos al cielo.

—Me debes una sangrienta reparacion, dijo Pog.

—Mi vida te pertenece. No levantaré mi espada contra tí, contestó el comendador, bajando la cabeza.

—Sin embargo, has aceptado el combate.... tengo tu palabra.... he aquí à tu adversario, dijo señalando á Erebe.... y aquí al mio, añadió mostrando á Honorato.

—Ea pues, espada en mano! exclamó el caballero de Berrol, que deseaba á toda costa poner fin á una escena, que sin quererlo, le helaba de espanto.

Y se avanzaba hácia Pog.

—Ahora mismo! exclamó Pog.

—Al instante, al instante, exclamó Honorato: espada en mano!

Pog se dirigió á Pedro de Ambiez y le dijo en tono imperativo.

—Ordena á tu segundo que espere el resultado de tu combate con este jóven capitán.

—Caballero, os suplico que espereis, dijo el comendador con resignacion.

—Defiende pues tu vida, asesino! exclamó Erebe adelantándose con la espada levantada hácia Pedro de Ambiez.

—Pero.... es muy jóven! dijo este último mirando á su adversario con una especie de compasion despreciadora,

—Acuérdate de tu madre! dijo Pog al oído de Erebe.

—Sí, soy un jóven.... es verdad.... y tambien lo es que soy el hijo de aquellos de quienes fuistes el asesino! exclamó el desgraciado dando al comendador en el rostro con el puño de la espada.

El lívido semblante del viejo soldado de la religion se mudó súbitamente, convirtiéndose en el mas vivo carmin, y arrastrado por el ultrage que se le acababa de hacer, se precipitó sobre Erebe diciendo en alta voz:—Señor, cúmplase tu voluntad....

Y entonces.... entonces se empeñó una lucha cruel, una lucha parricida y sin ejemplo.

Y como si la naturaleza entera se hubiese horrorizado á la vista de aquel abominable espectáculo, la oscuridad se hizo mas profunda.

La luz de los relámpagos dejó ver el cielo á manera de una inmensa bóveda negra y aterradora, la tempestad desencadenó sus furores, las rocas parecieron conmoverse por sus cimientos.

Entretanto, continuaba el combate parricida con el mismo encarnizamiento.

—En fin.... despues de veinte años, gusto un momento de verdadera, de inefable felicidad.... que caiga el rayo!!.... que estalle de una vez la tempestad!! la naturaleza entera toma parte en mi venganza! exclamó Pog con júbilo salvaje.

Al mismo tiempo, Honorato, sin poder darse cuenta de lo que sentia interiormente, gritó trastornado:

—Dios mio! no sé por qué motivo me causa

tanto horror este combate.... basta.... basta ...

Y quiso arrojarle entre Pedro de Aubiez y Erebe.

Pero Pog, dotado en aquel instante de una fuerza sobrehumana, paralizó su movimiento, diciendo en voz baja y con un acento feroz.

—Y mi venganza!!!

El infeliz Erebe cayó en tierra sin sentido....

.....
—Pedro de Aubiez, has matado á tu hijo.... mira estas cartas, examina estos retratos, gritó Pog con una voz estentórea, que dominó al huracán, y arrojando á los pies del comendador el cofre sustraído por Hadjí de la cabaña de Peyroü.

Inmediatamente estalló el relámpago precursor de la desolacion.

El cielo, la bahía, las ruinas, las rocas, el mar en fin, parecieron otros tantos volcanes.

Una explosion aterradora hizo temblar el suelo, y la mayor parte de las ruinas de la abadía vinieron á tierra, mientras que una manga impetuosa de viento discurrió por la bahía, envolviendo cuantos objetos encontró al paso en su irresistible y gigantesco torbellino.....

.....
.....



CAPITULO XLI.

CONCLUSION.

 RES días despues del funesto combate del comendador de Ambiez y de Erebe, se hallaban ancladas en el puerto de Ciotat la galera negra y la polacra de Luquin Trinquetaille.

Las nueve de la mañana acababan de sonar en el relox de la Casa-Fuerte.

El capitan Trinquetaille atravesó entonces de puntillas la galeria en que habia tenido lugar la ceremonia de la Pascua, y se dirigió hácia el departamento que habitaba la señorita de Ambiez.

Llamó á la puerta del oratorio, y salió á abrirla Estefania.

—Y bien! Luquin, le dijo al punto la jóven con aire de inquietud, cómo ha pasado la noche!

—Mal, Estefania, muy mal; segun dice el señor abad, no hay ninguna esperanza.

—Qué desgracia! replicó la jóven. Y el señor comendador?

—Sigue en el mismo estado, sentado á la cabecera, como una estatua, sin moverse, sin hablar..... sin ver... sin oir... El padre Elzéar dice que si el señor comendador pudiese llorar... se salvaria; pero que sino.....

—Qué!

—Teme que la cabeza..... y Luquin hizo una señal que indicaba la posibilidad de un caso de demencia.

—Ay Dios mio! si así sucede, que desgracia tan cruel se añadirá á las que ya experimentamos.

—Y como está la señorita de Ambiez? preguntó Luquin.

—Como es consiguiente. Esa triste ceremonia del bautismo de ayer la ha conmovido estremadamente: monseñor ha querido que ella sea la madrina de ese pobre jóven pagano á quien sus compañeros llamaban Erebe; á no haber sido así, no podria morir cristiano, porque á pesar de sus años aun no se hallaba bautizado. Pero el infeliz no llevará mas que hasta esta tarde los nombres que monseñor y la señorita le han dado.

—Y monseñor? preguntó Luquin.

—Oh! en cuanto á monseñor, ya estaria en pié y al lado del señor comendador si se lo hubiesen permitido. El abad Mascarolus dice que cualquiera en su lugar habria muerto de resultas de semejante herida, y que es preciso que monseñor tenga los huesos de la cabeza tan duros como chinos.... para haber resistido el golpe que ha llevado en ella. Gracias á Dios que el que lo ha descargado no dará ningunos mas!

—A propósito, Estefania, sabéis que no se ha podido encontrar el cuerpo de Pog Reis bajo las ruinas de la abadía?

—Pues como!

—He aquí lo que me ha contado M. Honorato acerca de esto, el cual debe saberlo. En el momento en que el desgraciado joven cayó herido por el señor comendador, Pog Reis se hallaba sugetando á Honorato para evitar que fuese á separar á los combatientes. De repente, según sabéis, cayó un rayo en la bahía, el cual fué á parar á bordo del *Galéon rojo*, de cuyas resacas, habiéndose pegado fuego á la pólvora, no solo se voló este buque sino la otra galera anclada á corta distancia y harto averiada ya con motivo de las balas de la culebrina de Laramée.... Ni siquiera un pirata pudo escapar. El mar se hallaba tan furioso que el mejor nadador habría tenido que ahogarse.

—Pero, y Pog Reis? preguntó Estefania.

—La esplosion fué tan fuerte que la tierra se conmovió: sorprendido entonces el pirata no vaciló en abandonarme, me ha dicho Honorato y corrí al instante hácia el comendador el cual se habia arrojado sobre el cuerpo de su hijo y lo abrazaba sollozando. Entre tanto Pog Reis, ineierto y horrorizado fué á detenerse al pié de las ruinas; pero aquellos antiguos paredones bamboleándose á impulsos de la conmocion y de la violencia del huracan, cayeron al fin y enterraron entre sus escombros al infiel y despiadado Pog. Los pescadores que esta mañana vinieron de la bahía digeron que las piedras son tan enormes que no habiéndose podido mover,

se ha renunciado al proyecto de buscar el cuerpo de ese miserable.

—Ay Dios mío! Luquin, qué acontecimiento tan horroroso, y cuan bien prueba que el cielo es justo.

—Es indudable, Estefania, que el cielo ha hecho bastante, pero aun queda una cuenta que arreglar,

—Que quereis decir con eso?

—Cuando oimos la esplosion desde abordo, y volvimos á toda vela hácia la Casa-Fuerte algo mas apriesa de lo que yo hubiera querido, porque la tempestad jugaba con mi polacra como el viento con una pluma,....

—Efectivamente, Luquin, momentos hubo en que nos creimos perdidos. Qué tiempo! que olas! yo pensé haber escapado de un peligro para caer en otro mayor.

—Sí.... sí.... Y bien! que es lo que pasó á un tiro de cañon de nosotros durante el huracan?

—Qué sé yo? El miedo por una parte, y el cuidado de mi señora por la otra eran suficientes motivos para que no me ocupase en nada de cuanto pasaba á mi alrededor.

Pues sabed que el jabeque de ese maldito gitano, que el infierno ha dejado sobre la tierra no sé por qué, emparejó al instante con nosotros. La casualidad hizo que hubiese anclado á mucha distancia de las galeras, por cuya razon no padeció lo mas mínimo con la esplosion. Dos horas despues de haber traído al señor comendador, á Honorato y á ese desgraciado jóven, á bordo de la galera, aprovechándose del increíble olvido del señor comendador que descuidó el hacerlo prender, tuvo la auda-

cia de darse á la vela, y el és el que vimos pasar cerca de nosotros, volviendo sin duda hácia el Sud, donde habrá al fin perecido si Dios ha querido completar el terrible ejemplo que acaba de dar confundiendo en el abismo del mar á las dos galeras llenas de infieles. He aquí lo que deseo, y por lo que dije antes que aun queda una cuenta que ajustar.

—Vamos, vamos, Luquin, demasiado habeis insultado á ese miserable para que sigais ocupandoos de él. Y sobre todo no olvidéis que él es el que ha restituido la libertad no solo á mí, sino á la señorita Reina, á los prisioneros y al escribano Isnard y su escribiente que hacian parte de los cautivos. Tened pues alguna piedad para con vuestro prójimo.

—Mi prójimo.... mi prójimo ese miserable vagamundo!.... el prójimo de Satanás!

—Ah! sois muy rencoroso!

—Voto á tal! exclamó Luquin enfurecido: no puede ser mas clara la defensa que estais haciendo de él, solo falta que os compadezcáis de... Muy bien lo decia ese malvado, que quizá llegaríais á compadecerlo.

—En efecto, si comenzais á importunarme con vuestros celos, hareis que me acuerde.....

—Acordaros de él?... y os atreveis?...

—Sin duda, porque al menos cuando me hallaba en el buque bajo su poder me dejó llorar y quejarme sin meterse conmigo para nada.....

—Prueba clara, voto al demonio! de que las palabras de ese pícaro insolente eran suficientes para distraeros de la pena que experimentabais.

Indignada Estefania iba á contestar á su amante, cuando oyó la voz de la señorita de Ambiez que la llamaba con instancia.

Fué al momento hácia su cuarto lanzando antes á Luquin una mirada llena de cólera.

Hallábase el capitán inclinado á arrepentirse de sus sospechas, cuando el mayordomo Laramée, saliendo precipitadamente de la habitacion de Raimundo V. le dijo.

—Ola, Luquin, venid, venid á ayudarme á transportar á monseñor al cuarto del comendador. Está todavía muy débil para poder andar: lo llevaremos en su sillón.

Luquin siguió á Laramée y entró con este en el cuarto de Raimundo V.

El anciano, cuya palidez era estremada, tenia puesta al rededor de la cabeza una ancha venda de color negro; pero habia recobrado en parte la vivacidad y energia que le eran naturales. A su lado se veia al abad Mascarolus.

—Decis, abad, que se muera ese desgraciado y que desea hablarme?

—Sí, monseñor.

—Y mi hermano Pedro?

—Sigue en el mismo estado, monseñor.

—Pronto... pronto... Laramée, échame un manto, y llévame del mejor modo posible, porque aun no puedo andar sin ayuda.

Luquin y Laramée cogieron el sillón uno á cada lado, y de esta manera transportaron al barón á una habitacion donde se hallaba tendido el desgraciado Erebe.

A la puerta del cuarto estaba parado el vigia Peyrou agnardando con la mayor ansiedad noticias de su antiguo capitan.

La figura de Erébe denotaba todos los síntomas precursores de una muerte próxima. Sus facciones hasta entonces tan bellas y tan puras se contraian dolorosamente; la palidez de la muerte las cubria.

La herida era mortal y no daba ninguna esperanza.

Pedro de Ambiez que tenia puesto el mismo vestido que llevaba el dia del fatal encuentro, se hallaba sentado al pie de la cama de su hijo en una inamovilidad absoluta, con la cabeza caída sobre el pecho, con las manos colocadas sobre las rodillas, con su mirada fija, ardiente, clavada en la tierra. Desde el dia anterior no habia dejado esta posición.

El padre Elzéar, sentado á la cabecera del enfermo levantaba su pesada cabeza y la arrimaba á su pecho con una dolorosa emocion.

Raimundo V se hizo colocar cerca del lecho,

Luquin y Laramée se retiraron.

—Dios me perdonará, no es verdad, buen religioso? dijo Erébe á Elzéar con voz defallecida. El tendrá piedad de mí en gracia de la ignorancia en que hasta ahora he vivido..... Ay de mí.... no hace mas que dos dias que me hallo instruido en su verdad santa!

—Esperad.... esperad en su misericordia infinita, porque al presente sois cristiano. Dos dias de arrepentimiento y de creencia, son suficientes para borrar las culpas de muchos años.

—Oh!.... yo moriría mas tranquilo, moriría con una esperanza mas si mi padre quisiese perdonarme tambien, dijo Erebe con amargura. En seguida continuó desordenadamente, acometido sin duda de delirio.

—Oh! maldicion sobre Pog-Reis! que me hizo creer, enseñándome esos retratos que mi padre había sido el asesino de mi madre y de los míos. Solo así pudo sublevar todo mi odio.... Ay de mí! confieso que lo creí, porque él, que tan inhumano fué siempre conmigo, se echó á llorar.... sí.... á llorar, y apretándome entre sus brazos me pidió perdon del mal que me había hecho.... Yo entonces, viendo derramar lágrimas á un hombre tan implacable, repito que lo creí, y no vacilé en aceptar el fatal combate.... verdad es que Reina de Ambiez estaba segura y yo podia morir. Y vos, señor, vos, dijo Erebe mirando á Raimundo V, me perdonareis tambien?

—Desgraciado! no fuistes tú el que me salvó la vida en las rocas de Ollicule?... Aunque es cierto que mi hija se ha encontrado en tu poder, ¿no lo es tambien que la has respetado y defendido? En fin, no eres el hijo de mi hermano?... serás, si se quiere, hijo de un amor culpable; pero voto á tal? que no por eso dejas de ser de la familia.

—Raimundo... Raimundo! dijo dulcemente Elzéar á su hermano con un tono de reconvencion.

—Padre mio! padre mio! ah! no me oye!... Moriré pues sin que me haya dicho, *Hijo*, exclamó el desgraciado Erebe con voz desfallecida; é incorporandose en la cama con un movimiento convulsivo,

echó los brazos al cuello á Pedro de Ambiez, y dejando caer su pesada cabeza sobre el seno paternal, exclamó: padre mio, padre mio, no me ois?

Aquel grito desolado, espirante, en el cual parecia que Erebe habia reconcentrado el resto de sus fuerzas, fué por última vez á resonar en lo íntimo del corazon de Pedro de Ambiez.

El comendador alzó lentamente la cabeza, miró alrededor de sí, y fijó la vista en el moribundo Erebe que seguia abrazado á su cuello.

Entonces, comprimiendo cariñosamente entre sus manos la cabeza de su hijo, aplicó un beso á su frente con toda la ternura del afecto paternal.

En seguida reclinó la cabeza del paciente contra su pecho, diciendole en voz baja con una sonrisa extraña y un acento lleno de bondad.

—Hijo... tu me has llamado... he oido tu voz en medio de las tinieblas... he venido... y me vuelvo á marchar... A Dios... duermee... descansa en paz, hijo querido de mi vida.... á Dios....

Y al concluir estas palabras cubrió el rostro de Erebe con un lienzo mortuario.

—Hermano mio!... qué es lo que haces? exclamó el padre Elzéar descubriendo vivamente la fisonomía del jóven, y mirando con extrañeza á Pedro de Ambiez.

Este, pareció no oir lo que se le decia: habia vuelto á caer, por decirlo así en aquella especie de opresion muda y sorda de la cual no debia volver á salir.

Erebe desfallecia por momentos.

—Señor, concederme la última gracia que ambiciono, dijo á Raimundo V.

—Habla... habla... hijo mio... Desde luego te la concedo.

—Quisiera ver una vez todavía á vuestra hija. Ay de mí, tambien debe ella perdonarme!

—Reina! tu prima! tu madrina! consiento en ello con todo mi corazon, Elzéar, hermano mio, que-reis avisarle?

—Los instantes son preciosos, es preciso pensar en Dios, hijo mio, dijo Elzéar á Erébe.

—Ah! por piedad!... que yo la vea, ó sino, moriré desesperado, replicó Erébe con una voz tan conmovida que el buen religioso se apresuró á salir.

Raimundo V cogió entre las suyas las manos de su sobrino.

Ya las tenia heladas.

—Ella no viene..... dijo Erébe; y por consiguiente es preciso que....

Su voz se debilitó..... fuele imposible continuar.

En esto entró Reina acompañada del padre Elzéar.

Levantóse apenas el enfermo apoyándose débilmente sobre el codo izquierdo, quitóse con la mano derecha una pequeña cadena de oro que tenia al cuello y alargándosela á Reina, le dijo.

—Tomad... Me perdonareis?

—Llevaré siempre esta cadena en memoria del dia que salvasteis á mi padre, contestó Reina con una emocion difícil de explicar.

—La llevareis siempre con vos? dijo Erébe.

—Siempre! sí, siempre! contestó Reina no pudiendo contener las lágrimas.

—Ah!.... entonces, ya puedo morir!

Un ligero colorido discurrió por última vez sobre su rostro, contraído por la proximidad de la muerte.

— Hermano mio, dijo levantándose el padre Elzear y con una voz austera, este jóven va á morir.

Comprendiendo Raimundo V que los últimos momentos de Erebe solo pertenecian á Dios, abrazó otra vez á su sobrino, hizo llamar à Luquin y Laranée para que lo condujesen, y salió al instante de la habitacion acompañado de la desolada Reina.

Entretanto el comendador continuaba callado é inmóvil, sentado siempre á la cabecera de su moribundo hijo.

Raimundo V se apresuró á enviarle á Peyroü, creyendo que su vista le haria volver del letargo que le embargaba.

El vigía se aproximó pues á Pedro de Ambiez, diciéndole à media voz:

==Señor comendador, venid conmigo.

Sea que la voz de Peyroü, que hacia largo tiempo no heria sus oidos, penetrase hasta su corazon, ó que obedeciese en aquel momento á un instinto inesplicable, lo cierto es que el comendador se levantó y siguió al vigía sin... habremos de decirlo? lo siguió sin dirigir á su hijo la postrera y paternal mirada.

El padre Elzear quedó solo con el paciente.

Un cuarto de hora despues el desgraciado Erebe habia dejado de existir.....

Fue enterrado en el cementerio de Ciotat.

Los penitentes acompañaron su cadáver hasta la

sepultura. Y cuando hubo concluido la fúnebre ceremonia todos se dispersaron.

Tan solo uno de ellos se quedó largo rato al lado de la tumba.

Cosa estraña! el penitente de que hablamos no habia tomado parte en los cánticos de la iglesia, y ni aun siquiera habia rociado el féretro con agua bendita.

Sin embargo, hasta que llegó la noche no se apartó de aquel sitio.

Dirigióse entónces á paso lento á un sitio abrigado de la playa en donde halló una canoa y se embarcó inmediatamente en ella.

Este falso penitente era Hadjí. Habia dejado á la capa su javeque y venídose á tierra deseoso de tributar el último homenaje á la memoria del desgraciado en cuya perdida tuviera tanta parte.

Desde aquella noche no se volvió á oir hablar del gitano.

Pedro de Ambiez continuó hasta el fin de sus dias en un estado que no era ni la razon ni la locura. Jamas se le volvió á oir ni una sola palabra, aunque siguió habitando la casa de su hermano.

No contestaba á ninguna de las preguntas que se le hacian. Todas las mañanas iba á sentarse cerca del sepulcro de su hijo, y allí permanecía hasta la caída de la tarde, absorto en una meditacion profunda. Peyroü no se separaba de su lado; pero el comendador no daba á entender que se hallase apercibido de su presencia.

El virtuoso padre Elzear, despues de haber pasado algunos meses en la Casa Fuerte, comenzó nue-

vamente su vida aventurera de redentor de cautivos, hasta que los años le obligaron á renunciar á sus viajes.

Reina no casò con Honorato de Berrol. Fué fiel á la memoria de Etébe.

Algunos años despues casóse Honorato con otra. La virtuosa Reina fué para él y para su esposa la mejor y la mas tierna de las amigas.

Raymundo V, curado al fin de sus heridas, cabalgó aun largo tiempo sobre su querido Mistroü.

El cardenal de Richelieu, instruido que se halló de la conducta noble observada por el baron despues del desembarco de los piratas, olvidó al punto la mala pasada que el enfadado anciano jugó al escribano Isnard.

Poco tiempo despues, enviaron á la Bastilla al mariscal de Vitry con motivo de cierto disgusto habido entre él y monseñor el arzobispo de Burdeos, Raymundo V se creyó vengado.

El digno Luquin Trinquetaille se casó con Estefania, y aunque siempre tuvo una ciega é ilimitada confianza en su muger, confianza á que ella era acreedora, vivió sin embargo con el disgusto de no haber podido ahogar entre sus manos á su irreconciliable enemigo el gitano.

El mayordomo Laramée murió al servicio del baron.

El venerable abad Mascarolus dió aun esclentes y maravillosas recetas al ama Dulcelina, y esta por su parte pudo seguir poniendo sus nacimientos durante algunos años mas, aunque felizmente no se parecieron en nada al de la fatal Pascua de 1632.

FIN.

INDICE-

		<i>Páginas.</i>
	Introduccion.....	1
CAP.	I.—Mistraou.....	11
	II.—El vigía.....	27
	III.—Estefania.....	37
	IV.—Los novios.....	49
	V.—La Casa-Fuerte.....	58
	VI.—La cena.....	69
	VII.—La novia.....	82
	VIII.—El cuadro.....	93
	IX.—El escribano.....	103
	X.—El recuento.....	113
	XI.—El gitano.....	130
	XII.—La guzla del Emir.....	139
	XIII.—Los celos.....	148
	XIV.—La citacion.....	159
	XV.—Los prudentes hombres de mar.....	173
	XVI.—La sentencia.....	188
	XVII.—El ante-ojo.....	210
	XVIII.—La bolsa.....	222
	XIX.—El sacrificio.....	231
	XX.—La galera.....	245
	XXI.—El hermano de la Merced	253
	XXII.—El comendador.....	264
	XXIII.—La polacra.....	275
	XXIV.—El Galeon rojo y la Sy- barita.....	283

XXV.	—Pog y Erébe.....	296
XXVI.	—La conversacion.....	311
XXVII.	—Hadji.....	326
XXVIII.	—La pascua.....	340
XXIX.	—La intimacion.....	359
XXX.	—El desembarco.....	369
XXXI.	—El javeque.....	384
XXXII.	—El descubrimiento.....	404
XXXIII.	—Las cartas	410
XXXIV.	—El asesinato.....	425
XXXV.	—Proyectos.....	435
XXXVI.	—La entrevista.....	441
XXXVII.	—Los tres hermanos.....	451
XXXVIII.	—Preparativos de combate	461
XXXIX.	—El desafio	472
XL.	—El combate	482
XLI.	—Conclusion	490

